

El
señor
de la
ceniza

LUCY
VALIENTE

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición: junio de 2021

A todos los que no se someten.

Nota al texto

Los capítulos XVI y XVII relatan los destinos de Petrov Sobo y Mikah Boer de forma independiente (aunque vinculada) a la historia de Iacov Batran. Son, por tanto, opcionales. Están disponibles en la versión física.

La tapa dura incluye material adicional: una galería de imágenes (entre ellas, retratos de los personajes), e información sobre Vlad III de Valaquia y la figura del vampiro en la literatura de ficción.

En el siglo XV, un hombre luchó por su familia y su tierra con una gran brutalidad. Hoy en día, algunos ven sus actos con horror, lo tienen por un villano, mientras para otros, sin embargo, es un héroe.

De lo que pocos pueden escapar es de la enorme fascinación que provoca su figura. Clave en una de las mayores leyendas de la humanidad y en cientos de historias con diversas miradas.

Fue nombrado por sus amigos y también por sus enemigos, pero todos lo conocen como Drácula.

Todos creen conocerlo.

Ahora, sabrás la verdad.

ÍNDICE

<u>CAPÍTULO I. LA CAMISA</u>
<u>CAPÍTULO II. LA CENA</u>
<u>CAPÍTULO III. LA CARTA</u>
<u>CAPÍTULO IV. EL TRABAJO</u>
<u>CAPÍTULO V. LA PUERTA</u>
<u>CAPÍTULO VI. EL TRATO</u>
<u>CAPÍTULO VII. EL HIJO</u>
<u>CAPÍTULO VIII. EL PESAR</u>
<u>CAPÍTULO IX. LA ANCIANA</u>
<u>CAPÍTULO X. EL AMIGO</u>
<u>CAPÍTULO XI. EL ABUELO</u>
<u>CAPÍTULO XII. LA SANGRE</u>
<u>CAPÍTULO XIII. LA BRUJA</u>
<u>CAPÍTULO XIV. LA IRA</u>
<u>CAPÍTULO XV. LA CENIZA</u>
<u>CAPÍTULO XVIII. EL MÁS ALLÁ</u>

CAPÍTULO I. LA CAMISA



ilhelm se había instalado en una recóndita región del sur de España, a **W**varios miles de kilómetros de distancia del hogar de Iacov. Al parecer, había conocido a alguien con quien había conseguido compartirlo todo, o eso le había escrito a su amigo en su última carta. Y allí estaba Iacov, preso de la curiosidad y, para su vergüenza, también de la envidia.

Tras viajar durante casi toda la noche, por fin pudo avistar Valdelarrosa. No era más que otro pequeño cúmulo de luces en la negrura de suaves montañas repletas de vegetación, igual que la media docena de pueblos que había dejado atrás en la última hora, aunque de mayor tamaño y coronado por un castillo a medio derruir. Para llegar hasta la casa de Wilhelm debía atravesar parte de él, pero llevaba demasiado tiempo sin probar bocado.

Aparcó el coche a suficiente distancia de la entrada del pueblo y siguió a pie. El aire olía a jara y a tierra mojada y lo único que Iacov escuchaba era el sonido del bosque. Entonces, captó algo más. Provenía del otro lado de la carretera. La cruzó y, un par de metros después, dio con un camino, con una verja al fondo que protegía el acceso a una casa. Se aseguró de que no había perros antes de continuar.

Sin percances como de costumbre, regresó al coche y entró y salió del pueblo. Vio la bifurcación que Wilhelm le había indicado y que no aparecía en el navegador, y avanzó hasta toparse con una puerta de hierro negro flanqueada por un muro aún más alto, de un blanco impoluto. Se bajó del coche para llamar al telefonillo.

—¿Quién es? —preguntó una joven en castellano.

—Wilhelm me espera —contestó Iacov.

—¿Quién?

—Guillermo —aclaró él de mala gana.

—¿Es usted el señor Batran? Oh, perdone, enseguida le abro.

Iacov regresó al coche y esperó a que la puerta se desplegara por completo antes de cruzarla. Le decepcionó lo que halló al otro lado, Wilhelm podía permitirse un sitio mejor, porque aunque grande y bien cuidado, tanto la casa como el jardín desprendían un aire demasiado rural para su gusto. No obstante, le encantaron los dos deportivos que había aparcados en un lateral, aunque él los habría protegido con un garaje.

Una criada lo esperaba junto a la entrada de la casa. Iacov ni la miró al pasar al interior, pero notó cómo se aceleraba su lozano corazón. Margarita, como se presentó ella, le pidió que esperara en el salón a que los señores bajasen para recibirlo. También le ofreció un refrigerio. Él consideró aceptar, sin embargo, eso sería una falta de respeto hacia su anfitrión y no se equivocó al suponer que la criada saldría casi corriendo de allí.

Iacov estaba acostumbrado a causar aquel efecto en las mujeres. Aunque en un principio lo había divertido, llegó un momento en el que solo le despertaba compasión y eso le quitaba todas las ganas. También existía quien pretendía cazar al cazador, y esas mujeres también lo entretuvieron, mucho y durante muchos años, pero al final, siempre se acababa todo y nunca resultaba ser como a él le habría gustado.

Nada en la estancia que lo rodeaba se podía comparar con su propia casa, ni tampoco con la que su amigo había perdido. No obstante, había ciertos lujos como el tejido del sofá en el que se había sentado, que era de gran calidad y belleza al igual que sucedía con la alfombra bajo sus pies. Vio además un mueble de buena madera que cobijaba una fina vajilla, cuadros firmados en las paredes y un enorme jarrón chino en un rincón. Un gran espejo decorado con pan de oro coronaba la chimenea encendida.

Se incorporó y se acercó al fuego. Aunque el frío de la noche no le afectaba en absoluto, era en cambio muy sensible al calor. Se agachó y metió la mano en las llamas, y admiró cómo desaparecía el vello de los dedos y cómo poco a poco la carne comenzaba a cocerse, mientras, a través de los siglos, escuchaba los gritos de aquellas mujeres del demonio, y veía unos ojos, negros y cerrados, justo delante de dos muchachos dándose un beso.

«Esto es culpa tuya».

No se apartó de la chimenea hasta que captó unos pasos, risitas y unas palabras de enamorados.

—Buenas noches —dijo Wilhelm al entrar en la estancia. Traía una sonrisa de la que no parecía poder deshacerse, hasta que se fijó en la mano de su amigo—. ¿Qué le ha pasado a tu ropa? ¡Margarita!

La criada apareció enseguida. Wilhelm le ordenó que acomodase el equipaje de Iacov y le preparase un baño, y luego le preguntó a este si necesitaba comer. Cuando su amigo negó con la cabeza, fue a por la persona que esperaba en el pasillo.

—Te presento a Blanca —dijo con un orgullo evidente.

Aunque Iacov había visto mujeres muy hermosas a lo largo de su existencia, debía reconocer que aquella en particular era especialmente bella. Esbelta, de tez morena y ojos como el chocolate, tenía un largo y rizado cabello negro que le caía en cascada por la espalda. Pero más importante: olía muy bien y su pulso era firme, al igual que su mirada mientras correspondía la de Iacov.

A pesar de que él era bastante diestro ocultando sus emociones, temió que su amigo captase su deseo. Sin embargo, no tardó demasiado en comprobar la altivez de la mujer y cómo se resistía a brindarle el respeto que él merecía. Para ella, Iacov no era más que un invitado y no pensaba rendirle pleitesía alguna, sin importar lo que Wilhelm le hubiera advertido, y con esa insolencia pretendió conversar sobre la relación que unía a los dos hombres.

—La verdad, creía que no existías —dijo Blanca—. Creía que eras una excusa para tener que vivir en este lugar. Hay cosas que no terminan de encajarme.

Iacov miró a Wilhelm. En su carta, este no había especificado hasta qué punto había sido sincero con su nueva amante, pero por la mirada que devolvió y por las palabras de ella, Iacov dedujo que la pareja no había hablado sobre la Orden. Y se sintió un poco menos desdichado.

—Wilhelm era mi vasallo en vida y luego quedó vinculado a mi familia. Debe cumplir mi voluntad.

—¿Y qué pasa con los señores que vinieron después?

—Los que eran como nosotros murieron del todo. Soy el único señor que queda.

Blanca pareció acusarlo con sus ojos de gacela. Resultaba evidente que aquello ella ya lo sabía, y que solo había querido comprobar a quién debía culpar de un aislamiento que, estaba claro, no la satisfacía en absoluto. Un anuncio de final que también consoló a Iacov.

—¿Y cómo podéis llamaros amigos si lleváis años sin veros?

Él necesitó apretar los dientes, mientras Wilhelm hacía como si no hubiera oído nada, como si casi estuviese rezando para que aquel encuentro terminase y lo hiciera bien, algo que a Iacov ni se le escapaba ni estaba dispuesto a contradecir tan pronto.

—El tiempo no es igual para nosotros, y yo he estado descansando.

—¿Te refieres a dormir? ¿No es eso una pérdida de tiempo? Con tantas cosas que pueden hacerse...

Aquella mujer no iba a desistir en cuestionarlo y faltaba poco para el alba, así que Iacov se despidió para retirarse a su habitación. Allí encontró a Margarita, que había cumplido con todo lo encomendado y lo esperaba mansa como un cordero. Ella se había preparado, se había puesto una camiseta de tirantes y tenía el cabello recogido en una coleta alta, sin embargo, sus ojos evitaban a los de Iacov y su boca suspiró cuando él se quitó la chaqueta y la camisa. Iacov le entregó ambas prendas, arruinadas por el fuego, y le indicó que se marchase con un simple gesto de la mano.

—El señor... —comenzó Margarita.

—No tengo hambre.

Ella dudó, preocupada seguramente por los problemas que tendría con Wilhelm o con Blanca, pero Iacov la miró de tal modo que no tardó en convencerse de lo que debía hacer.

Cuando terminó de desvestirse, Iacov se metió en la bañera y se sumergió por completo. Así se quedó varios minutos seguidos, disfrutando de cómo el agua limitaba los olores y los sonidos que siempre lo rodeaban. Esta vez no recordó el dolor, sino el placer de encontrarse bajo una losa de mármol desde el momento en el que por fin cede el anhelo de sangre. No se movió hasta que empezó a notar el cosquilleo en los dedos de los pies.

Se acercó a la ventana y contempló el ondulado horizonte. Sobre los árboles, de color verde casi negro, el cielo empezaba a clarear. Y como cada día al final de cada noche, desde hacía ya demasiado tiempo, un mismo pensamiento afloró a la superficie. Iacov estaba muy cansado, en el más amplio sentido del término, y sin embargo, por muy atractiva que le resultase la idea de exponerse al sol, por mucho que le humillase no ser capaz, no terminaba de encontrar el valor preciso.

Y mientras él cerraba los ojos, Elena los abría. Como todas las mañanas, la joven se levantó la primera, se vistió, preparó el desayuno y fue a despertar a su hermana pequeña. María, como todas las mañanas, tardó bastante en salir de la cama y protestó cuando se encontró la comida casi fría.

—Es lo que hay —repuso Elena—. Haberte levantado antes.

Ignoró los pucheros y los ojos de perro abandonado de su hermana. Antes de salir a la calle, metió el bocadillo para el recreo en la mochila de María y

cogió su bolso. Tuvo que llamar a voces a la muchacha.

Dejó a María en el instituto y regresó a casa. Junto a la entrada había ya una mujer esperando. Era Claudia, la esposa del dueño del bar de la esquina.

—Hola, Elena. ¿Cómo estás? ¿Y tu hermana?

—Bien, gracias. Estamos bien.

Había dicho aquello tantas veces que ya le sonaba como si fuera cierto. Aunque, de todos modos, la propia pregunta pocas veces era más que una simple cortesía.

—Necesito un vestido para una boda —informó Claudia en cuanto entró en la casa.

—¿De quién es la boda? —preguntó Elena yendo a por su costurero. La mujer empezó a desvestirse.

—Pues de Paquita, la hija de Mercedes la panadera.

—¿La hermana de Antonia? No me ha dicho nada.

—Es que no ha sido seguro hasta ayer. Oye, te veo esta noche, ¿no?

—Estoy con el periodo y no me apetece mucho, pero mi hermana está deseando ir.

—Me lo imagino.

—Solo tiene quince años, Claudia. Dice que sus amigas saben más que yo, pero a mí me parece demasiado joven.

La mujer sonrió.

—Me pasa lo mismo con mi hija, querida. Lo que tienes que hacer es confiar en ella. No hay otro remedio. ¿Cómo está Roberto?

—Bien, gracias.

Dos personas más acudieron con la misma idea que Claudia, y con aquellos tres encargos, Elena creía poder aguantar un par de meses más. Hacía solo una semana que había tenido que ocultarle a María una carta de impago. Aunque no era la primera que recibían en los últimos meses, Elena se había propuesto que su hermana no se enterase de nada, porque de lo único que esta tenía que preocuparse era de terminar el instituto y de lograr la beca para la universidad.

Al saber lo que había para comer, María torció el gesto.

—Quiero pescado —se quejó mirando las sobras de cocido.

—No hay. Venga.

—¿Por qué no vas a ver a Antonia? Me han dicho que su sobrina se casa. ¿Puedes hacerme un vestido de color azul para la boda?

—Me han encargado varios, pero lo intentaré.

—Hacen muy buena pareja, ¿no crees?

A Elena le disgustaba el excesivo interés que su hermana mostraba por los romances y no contestó.

—¿Y sería posible que me consiguieras un móvil nuevo?

—Si por conseguir te refieres a comprar... ¿Qué le ha pasado al tuyo?

—Bueno, está algo antiguo.

—Si prefieres el mío...

—No, no.

Elena esbozó una sonrisa para su hermana.

Faltaban aún dos horas para que anocheciera cuando escuchó la ducha. La idea de permitir que María fuese a la feria seguía sin convencerla, por mucho que la chica le hubiera asegurado que tendría cuidado, pues sospechaba que en cualquier momento buscaría estar sola con el hijo del carnicero, con quien Elena la había visto en una actitud demasiado cercana. Si bien Jaime era agradable y formal, también era tres años mayor que su hermana y a Elena le preocupaba que ella acabase con un corazón roto que la distrajera demasiado de sus estudios. No obstante, había llegado con María a un acuerdo y la chica había sacado sus buenas notas en el último mes.

Su hermana se puso un vestido que la propia Elena le había confeccionado. Le quedaba muy bien, aunque la hacía verse demasiado adulta. Se dejó el cabello suelto y le rogó a Elena que le prestase algo de su maquillaje, pero esta se negó en redondo. Permaneció enfurruñada hasta que Roberto apareció para recogerlas a ambas con su coche.

Al ver a Elena, el joven sonrió de esa manera suya que a ella la hacía sentirse tan especial. Habían pasado ya dos meses desde que él se confesó y en ningún momento había dejado de ser un novio de lo más atento y considerado, en todos los sentidos, por no hablar de que solo le restaba un año de carrera para convertirse en arquitecto. Lo que toda mujer debía querer. Sin embargo, Elena no terminaba de corresponderlo.

La pareja bailó repetidas veces y se comió unos churros con chocolate. Ella intentó divertirse, intentó sonreír con sinceridad, pero no podía dejar de

mantenerse en todo momento pendiente de su hermana. No podía acallar la voz que le decía que no estaba como quería estar.

Y mientras, aunque ya hacía un buen rato que había anochecido, Iacov seguía tumbado en la cama. No podía dejar de darle vueltas a la forma en la que Wilhelm miraba a su mujer, ni podía olvidar cómo su amigo se mostraba de lo más solícito con ella. La adoraba e incluso parecía agradecerle que estuviesen juntos, y eso quemaba a Iacov más que el fuego.

Quería evitar encontrarse con cualquiera de los dos, así que se marchó a cazar. El ruido fue en aumento conforme avanzaba hacia el pueblo, hasta que llegó a la conclusión de que había algún tipo de fiesta. Lo tentó la idea de acercarse del todo, era algo que no podía hacer, sin embargo, una vez más tendría que conformarse con la ignorancia de sus víctimas. Ni siquiera debía ya arriesgarse con los indigentes.

Pero no logró dar con nadie apropiado, ni dentro ni fuera de las casas. Así que, a pesar de los sonidos y olores de la muchedumbre, se acercó un poco más. Y por fin, sintió algo. Eran dos personas, una mujer muy joven y un hombre un poco mayor que ella, que le susurraba tonterías al oído, y Iacov se debatió entre seguirlos o continuar esperando. Dedujo que el joven estaba llevando a su novia a casa y que no tardaría en quedarse solo.

La pareja se metió por una calle secundaria y luego entró en un callejón que ascendía hasta una pequeña plaza. Allí había una única farola y dos bancos de hierro, y ambos se sentaron en uno de ellos. Y empezaron a besarse. Aunque Iacov estuvo a punto de retroceder para buscar una comida menos empalagosa, se le ocurrió una idea mejor. De todos modos, aquello acabaría siendo una decepción para ambos, igual que tarde o temprano lo sería para Wilhelm.

Entonces, el joven intentó meter una mano bajo el vestido de la chica, y ella detuvo el beso y trató de ponerse en pie. Él, con un tono de voz que pretendía seducirla, la atrajo a sí y siguió besándola, pero ella ya no quería continuar. La chica intentó zafarse y al final tuvo que recurrir a dar gritos. El joven la golpeó y la tiró al suelo.

A lo lejos, Iacov escuchó a una mujer llamando a una tal María. Si bien todavía estaba a suficiente distancia como para que la pareja no la oyera, tanto ella como otra persona corrían directos hacia allí, y aunque Iacov sabía que lo más sensato era marcharse, vio aquello como una oportunidad para dejarse llevar. Pensaba abandonar el pueblo esa misma noche, así que

no tendría que justificar nada ni pagaría las consecuencias. Y cuando la recompensa entró en él, aunque fuese breve y en un rincón oscuro, no pudo hacer otra cosa que sonreír.

Llevaba muchos años sin matar a nadie, sin embargo, enseguida se sintió como en los buenos tiempos. Tiempos en los que cazaba con libertad, en los que podía hacer lo que quisiera a quien quisiera, en los que eran otros los que sentían miedo. Tiempos que él no deseaba que regresasen, pues lo habían conducido en gran parte hasta donde estaba, pero que añoraba desde el fondo de su ser.

No fue hasta que vio al joven tirado en el suelo, con el cuello torcido y los ojos muy abiertos, que se dio cuenta de que había cometido un error. Para entonces la mujer casi había alcanzado la plaza, y la chica, arrodillada a unos metros de distancia de Iacov, gritó con tal fuerza que él sintió un dolor agudo.

—¡María! —exclamó Elena.

El corazón le latía a gran velocidad y emanaba un fuerte aroma que hizo salivar a Iacov, pero allí había tres personas y él ya se había descontrolado demasiado. Iacov salió de la plaza por donde había entrado, cuidándose de la luz de la farola, y empezó a correr, sin detenerse hasta que llegó a casa de Wilhelm. En esos momentos no podía arriesgarse a seguir con la caza, de modo que tendría que recurrir a Margarita.

Elena y Roberto se habían asustado y se quedaron sin saber qué hacer cuando María, entre sollozos, señaló un rincón de la plaza. Ella se acercó muy despacio hacia el bulto que había en el suelo, hasta que Roberto la detuvo para hacerlo él. María no dejaba de llorar y Elena la abrazó y trató de tranquilizarla, sin embargo, fue imposible cuando Roberto confirmó que Jaime había muerto.

María no quiso aclarar nada hasta que llegó la policía. Tres horas después, Elena tuvo que irse de la comisaría solo con su hermana.

—¿Cómo se te ocurre? —espetó una vez en casa. Pero enseguida se arrepintió, y modificó su tono de voz para tratar de que sonase más dulce—: No pasa nada. No te preocupes. Mañana será otro día. Ahora descansa. Yo me encargo de todo.

Arropó a María en su cama como la niña pequeña que aún era para ella y se quedó en la habitación hasta que la vio dormirse. Aunque nunca lo admitiría ante nadie, se alegraba de la muerte de Jaime pese a que le

preocupaban mucho las consecuencias. El desconocido había desaparecido, y la policía no se creía su existencia y sospechaba de Roberto.

Faltaba poco para el amanecer y estaba agotada. María no iría al instituto ese día, así que se metió en la cama y trató de dormir un rato. Sin embargo, un grito la despertó apenas dos horas después y fue corriendo con su hermana. Aunque solo había sido una pesadilla, María no consiguió conciliar el sueño de nuevo porque decía que temía que aquel desconocido viniera a por ella. Elena le dio una pastilla y esperó hasta que le hizo efecto.

Llamó al abogado para ver qué podía averiguar, pero no habría noticias hasta que estuvieran los primeros resultados de la autopsia. Igual que si se hubieran confabulado en su contra, el cartero tocó el timbre para entregarle una carta certificada en la que amenazaban con cortar el suministro de luz. Elena suspiró y la escondió con las demás.

Iba a preparar algo para comer cuando vio el cesto con los arreglos que tenía pendientes de entregar. Unos veinte minutos después, estaba llamando al telefonillo para que le abrieran aquella enorme puerta de hierro negro. Al volver a ver la preciosa casa que se escondía detrás, sintió la misma frustración de siempre, acrecentada por el hecho de tener que llamar a la puerta trasera.

Antonia y Margarita estaban pelando unas patatas y cortándolas en rodajas. En mitad de la mesa de la cocina, sobre una tabla de olivo inmensa, había dos lubinas bien gordas y brillantes. Al ver la cara de Elena, Antonia le prometió en silencio que le entregaría lo que sobrara una vez que los señores hubieran almorzado. Elena se sintió avergonzada la primera vez que la vio tirando manjares intactos y le pidió que se los diera, y le seguía inquietando la razón de semejante desperdicio, pero aquello pronto se convirtió en parte de la rutina.

—Ni teniendo visita aprovechan mejor la comida —se quejó Antonia mientras se lavaba las manos.

—¿Visita? —preguntó Elena, colocando la cesta sobre una silla.

—Un amigo del señor ha venido a pasar unos días.

—Ya se ha marchado —intervino Margarita.

Aunque Antonia la miró ceñuda, no replicó. Se acercó al cajón en el que guardaba el dinero para los recados y le entregó a Elena lo que le debía. Esta era muy consciente de que la cocinera solo le encargaba aquellos

arreglos para ayudarla, pero el orgullo era algo de lo que últimamente carecía bastante cuando se trataba de dinero.

—Voy a necesitar un vestido —dijo Antonia con una sonrisa.

—Sí, me he enterado. Me alegro mucho. Pásate cuando quieras, o si lo prefieres, te tomo medidas aquí mismo.

—Pues si no te importa, vente más tarde. Toma, tengo algo para ti.

Le entregó una bolsa, que Elena comprobó en cuanto salió de la casa. Encontró una camisa de una calidad excepcional, aunque con una manga destrozada por el fuego, y oculta entre la tela, había una caja llena de pastas con un aspecto delicioso.

Ya en casa, en los ratos que nadie la reclamaba y para mantener la vigilia, se entretuvo con la camisa. Antonia la había lavado, así que Elena se centró en intentar aprovecharla de la mejor manera. Si bien la manga no tenía remedio, los brazos eran tan largos y el cuerpo tan amplio, que consiguió convertir la prenda en una especie de camisón para dormir.

Al regresar con la cocinera, esta le ofreció un táper con una lubina entera en su interior, pero portaba además una expresión que a Elena le impidió aceptarlo.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento, cielo, pero no podré darte nada más, al menos por un tiempo. Y tampoco podré hacerte más encargos. Aunque, por supuesto, sigue en pie lo de mi vestido para la boda.

Elena se limitó a asentir con la cabeza. Sabía que no tenía derecho a protestar, sin embargo, llevaba tanto tiempo aceptando aquellos regalos que no pudo evitar enfadarse. No con Antonia, por supuesto, sino con Margarita. Estaba bastante segura de que la criada era la culpable.

De vuelta en casa, encontró a su hermana sentada en el sofá y comiendo pastas. Aunque María no había tocado la comida que ella había preparado, parecía más animada y Elena decidió no reñirla.

—¿Cómo estás?

—Bien —contestó María no muy convencida—. ¿Y Roberto?

—Aún sigue en comisaría, pero no tardarán en dejarlo ir. ¿No quieres un poco de arroz?

María negó con la cabeza y Elena le dio un abrazo. Cuando esta fue a coger el móvil para llamar al abogado, su hermana la detuvo y ella intuyó lo que iba a decir.

—¿Cómo sabías dónde estábamos?

—Te aseguro que solo pensaba usarlo como último recurso.

No se enorgullecía precisamente de haberle puesto rastreo a su móvil, sin embargo, tampoco podía arrepentirse y esperaba que ella lo comprendiera.

—He pasado mucho miedo —dijo María—. Aún lo siento. Pero quiero que lo quites.

—Lo haré si me prometes que tendrás más cuidado a partir de ahora.

—¿Crees que tuve la culpa de algo?

—No —aseguró Elena—. Pero debes cuidarte, María. Entiéndelo. En el mundo hay muchos peligros y uno debe intentar protegerse.

—¿Y qué querías que hiciera? Muchas se van por ahí con chicos y no les pasa nada. ¿O es que pretendes que nunca me quede sola con nadie?

—Ojalá —dijo Elena con una sonrisa.

María trató en vano de darle un manotazo. El gesto de su hermana desapareció cuando supo que no había novedades del forense.

CAPÍTULO II. LA CENA



El olor de la sangre había despertado a Iacov en pleno día. Poco después, **E** había escuchado la voz de Elena. Nada podía hacer él por evitar el dolor que aquello le provocaba, solo podía intentar paliarlo imaginándose muy lejos de allí, en su hogar, descansando a kilómetros de distancia de cualquier menstruante. No faltaba demasiado para ese momento, de todos modos; esa misma noche, en cuanto se pusiera el sol, abandonaría aquel pueblucho para no volver, o al menos hasta que su amigo se hubiera aburrido de su amante.

En cuanto recuperó la movilidad, se vistió y cogió su maleta para meter en ella todas sus pertenencias. Casi había terminado cuando escuchó los pasos y los latidos de Margarita. La criada se detuvo delante de la puerta de la habitación y se quedó allí, sin moverse ni decir una sola palabra. Dio un respingo cuando Iacov abrió la puerta de golpe.

—Buenas noches, señor.

—Me voy.

Margarita entrelazó los dedos como si rezara y lo miró a los ojos como si pidiera.

—¿Quiere...

Iacov negó con la cabeza y el rostro de la criada se llenó de decepción. Asqueado, dio un paso adelante y ella tuvo que echarse atrás, pero antes de que él se alejara, Margarita lo agarró del brazo. Aunque fue apenas un instante y la criada corrió a disculparse, Iacov le propinó una bofetada que la hizo gemir de dolor.

Él seguía oyendo sollozos cuando bajó las escaleras. Aquella joven conocía su condición y aun así buscaba satisfacerlo, pero resultaba demasiado solícita y demasiado anodina como para siquiera pretender conseguirlo. Iacov recordó los pensamientos y emociones que lo habían asaltado al leer la carta de Wilhelm, y al conocer a Blanca, y al escucharlos a los dos dar vueltas y susurrar cosas y gozar el uno con el otro. Por muchas pegadas que le buscase a la relación, deseaba aquello y Margarita solo era un triste remiendo para una hedionda herida.

—¿Seguro que no quieres quedarte un poco más? —le preguntó su amigo cuando fue a despedirse de él.

—Seguro.

Wilhelm le hizo una reverencia, a pesar de que sabía que con ello evidenciaba demasiado una época anclada en el pasado y que eso

disgustaba a su amigo. Lo hacía incluso su mero deber.

—Siempre serás mi señor —dijo encogiéndose de hombros.

Iacov metió la maleta en el coche y bajó las ventanillas para que se disipase la peste a productos de limpieza que aún impregnaba los asientos. Casi había salido del pueblo cuando captó el aroma de Elena. Aunque había decidido esperar hasta el siguiente pueblo para alimentarse, cuando fuese más seguro y también más probable que encontrara presas dormidas, aquello olía demasiado bien.

Aparcó junto a una plaza con un enorme alcornoque plantado en su centro. El aroma procedía de una de las casas de alrededor, con un tejado que necesitaba alguna reparación y varios desconches en la pintura de la fachada. Iacov chasqueó la lengua al darse cuenta de que había alguien más dentro de la casa. Entonces, escuchó unos pasos y vio a un hombre tan grande y fuerte que parecía hecho para él, pero cuando se dispuso a asaltarlo, otro hombre apareció y los dos iniciaron una conversación.

Iacov estaba hambriento, y que la joven que lo atormentaba saliese a la calle a tirar la basura no hizo sino empeorar la situación. Aunque lo más sensato era marcharse de allí y buscar otra presa, o quizás incluso ir a por Margarita, Iacov no se movió. Mientras observaba cómo Elena regresaba a su casa, comprendió que no podía salir de aquel pueblo hasta no haber conseguido probar su sangre.

Así que reunió toda su paciencia y esperó hasta percibir el sosiego del sueño en los corazones de ambas inquilinas. Entonces, forzó la cerradura y entró en la casa. No se encontró un vestíbulo, ni lo esperaba, sino una estancia que era salón y comedor al mismo tiempo, llena de mobiliario sueco y dominada por el aroma que le estaba impidiendo ser razonable.

Avanzó despacio hacia la habitación en la que dormía su presa. La puerta estaba entornada, y para él eso fue como una invitación. Elena yacía de lado mirando hacia la pared, cubierta hasta la oreja por una gruesa manta, y respiraba con tranquilidad, ajena por completo a sus intenciones. Aquellos instantes le parecieron a Iacov tan deliciosos que se tomó un poco más de tiempo antes de proceder.

Se inclinó sobre la cama y apartó con sumo cuidado la manta que protegía a la joven. Solo un poco, lo suficiente como para descubrir su cuello. Unos mechones de pelo se interponían, así que los retiró lentamente con su dedo índice izquierdo, en el que portaba un anillo de acero y oro con

forma de garra muy afilada, antes de pinchar con él su lengua y luego la piel de Elena. Y por fin, unió su boca a ella, para trago a trago embargarle un profundo alivio. No duró mucho, una vez más, pero aquella sensación era cuanto justificaba toda su existencia.

Ya se marchaba cuando escuchó gritar a la hermana de Elena. Iacov se quedó quieto en mitad de la estancia que era a la vez salón y comedor. La joven apareció enseguida y, sin percatarse de la intrusión, fue directa a atender a María. Iacov no podía arriesgarse a que alguna de las dos lo oyese abriendo la puerta de la casa o restaurando la cerradura, así que se retiró a un rincón y esperó.

De ese modo se enteró del nombre de su última presa. Una información que no le interesaba en absoluto, como tampoco quería saber qué le pasaba a la chica, pero tuvo que escuchar eso también. Al parecer, estaba más afectada por su intervención que por la agresión que ella había estado a punto de sufrir.

—No te preocupes —dijo Elena—. Me parece que sé quién es y mañana iré a investigar.

—¡No! Por favor, Elena, déjalo estar.

—He de hablar con él.

—¿Por qué?

—¿Cómo? Tiene que testificar, o de lo contrario Roberto podría tener graves problemas.

—A Roberto no le pasará nada. No estaba allí.

—Eso solo lo sabemos nosotras y él. Las únicas huellas que han encontrado son las suyas y creo que piensan que él te defendió.

—¿Y tú te crees que va a exponerse a que lo juzguen por...

Iacov rodó los ojos, conteniéndose para permanecer en su sitio. Las hermanas no decían más que tonterías y solo lo estaban retrasando; a ese paso tendría que posponer su viaje un día más, un pensamiento que le provocó ganas de acabar con las dos.

—No creo que funcione —admitió Elena—, pero he de intentarlo. Entiéndeme, tengo que ayudar a Roberto. No puedo quedarme de brazos cruzados.

—No sabes el miedo que sentí. Y si el dueño de esa casa tiene algo que ver... Por favor, Elena, aléjate de ellos. Deberías dejar de ir a ese lugar.

—¿La lubina no te ha gustado? Venga, vuelve a dormirte.

Dejó la puerta de la habitación entreabierto e hizo lo mismo con la suya. Iacov siguió esperando hasta que por fin le pareció seguro abandonar la casa. Para entonces tenía un humor de perros, que no hizo sino empeorar al percatarse de lo avanzada que estaba la noche, demasiado como para que le diera tiempo a encontrar un sitio apropiado para pasar el día.

Las palabras de Elena le revoloteaban sin cesar como moscas en la cara de un caballo. No entendía por qué razón la joven quería arriesgarse para ayudar a aquel idiota, un hombre que no había hecho nada por ella ni por su hermana. Quizás, simplemente, era tan tonta como Margarita, aunque pensar eso no lo hizo sentirse mejor, sobre todo porque sabía que se desvelaría en algún momento antes del atardecer.

Elena, por su parte, apenas consiguió pegar ojo. Estaba muy preocupada por lo que el futuro podría depararle a Roberto, y se sentía inquieta por su decisión de acudir a aquella casa. Dudó al ir a llamar al telefonillo, estuvo a punto de retractarse, pero finalmente logró reunir el valor para continuar, aunque no había decidido si llamaría a la puerta principal o a la secundaria cuando vio la fachada de la casa.

Como era casi seguro que Antonia se opondría a que avanzase más allá de la cocina y no quería causarle problema alguno a la buena mujer, agarró la aldaba con forma de cabeza de lobo y la hizo sonar. Margarita abrió la puerta, la miró de arriba abajo y se negó a corresponder su saludo.

—Quisiera hablar con el señor —dijo Elena.

Por mucho que había intentado que su voz sonase firme, eso a la criada le importaba bien poco. Viéndola reír, como si acabasen de contarle un chiste, Elena sintió el impulso de darle un puñetazo.

—No se encuentra —mintió Margarita con descaro—. ¿Quieres que le deje un mensaje o algo?

Fue a cerrar la puerta y Elena solicitó hablar con la señora, sin embargo, esta también había salido supuestamente. Al quedarse sola, Elena bordeó la casa hasta dar con las ventanas del salón, una estancia que seguía siendo tan amplia y hermosa como siempre, y las comprobó todas, pero ninguna estaba abierta y las del segundo piso, que tenían las cortinas echadas, quedaban demasiado lejos para que ella pudiera alcanzarlas. De modo que siguió y miró por la ventana de la cocina: Antonia se hallaba allí, preparando algo de comer.

Sentía el miedo crecer en su interior y volvió a dudar. Si entraba sin permiso, aunque fuera solo para intentar hablar con alguno de los señores, probablemente sería denunciada. No obstante, decidió comprobar el otro costado de la casa antes de llamar a la puerta de la cocina. No encontró ventana alguna abierta, pero en la biblioteca vio a Margarita, sentada en el sofá y leyendo un libro como si fuese suyo.

En aquel lugar pasaba algo raro. A Elena se lo había parecido desde el principio, hacía ya casi medio año, y mucha gente en el pueblo pensaba lo mismo. La señora se dejaba ver de vez en cuando, aunque no se relacionaba con nadie, pero el señor era un completo desconocido. Elena sabía que este existía únicamente porque Antonia lo mentaba. Vivían allí, apartados de todo y de todos, y habían cobijado a alguien que ella estaba casi segura de que era el que había acabado con la vida de Jaime.

Iacov, que había oído a la joven desde la carretera y la estaba escuchando acechar la casa, maldijo cuando Antonia no la echó sin más y fue a buscar a Blanca. Las dos hablaron sobre la intrusa, y la señora resolvió ir a atenderla.

—¿Qué deseas? —preguntó Blanca con cordialidad.

—Me llamo Elena. —Su voz sonaba bastante más tranquila que sus latidos—. ¿Sería posible hablar con el señor o con usted un momento?

—Ven a cenar esta noche —atajó Blanca—. Y tráete a tu hermana. Podremos hablar todos tranquilamente.

Elena se sorprendió ante aquella respuesta y no dijo nada más. Iacov dio las gracias cuando la sintió alejarse de la casa, sin esperar que Blanca iría directa a su habitación.

—Buena la has hecho —dijo ella—. Ahora tendremos que arreglarlo nosotros. Y no creas que te vas a largar sin más. Darás la cara —sentenció.

Hacía demasiado tiempo que nadie que conociera lo suficiente a Iacov lo trataba con tal desconsideración, pero como en esos momentos él ni siquiera podía mirarla, tuvo que limitarse a esperar y se consoló con ese pensamiento. Necesitaba mucho más para poder castigar a aquella mujer, aunque no fuera como a él le gustaría hacerlo.

No pudo volver a conciliar el sueño. Cuando por fin fue capaz de moverse, faltaban casi dos horas para que las hermanas aparecieran por la casa. Encontró a Wilhelm y a su amante en el salón.

—Aquí estás —dijo ella con desdén.

—Me voy —anunció Iacov.

—De eso nada.

Él le dedicó una mirada de advertencia. Wilhelm fue a intervenir, sin embargo, Blanca lo detuvo apoyando una mano sobre su brazo.

—No puedes irte. Es fundamental que te quedes a la cena y des tu versión de los hechos. Debemos aclararlo todo con el juez.

—¿Juez?

—Quisiste proteger a la chica y el joven te atacó y tuviste que defenderte —explicó ella como si él fuese estúpido—. Tranquilo, que será otro quien cargue con el proceso judicial.

Iacov se retiró antes de tener que arrepentirse por sus actos. Y, puesto que las hermanas no iban a formar parte del menú de la cena, centró toda su atención en la caza.

No había entrado aún en el pueblo cuando encontró a una pareja que fornicaba en un coche. Enseguida se alejó de allí. Captó poco después a dos individuos en bicicleta, que resultaron ser unos chavales y ninguno era muy grande, así que siguió al que tomó el camino más oscuro. En el momento apropiado, le lanzó una piedra para que se cayera de la bicicleta y acto seguido lo dejó inconsciente de un golpe en la nuca.

De nuevo en la casa, se duchó y se cambió de ropa antes de ir al comedor. Allí estaban Blanca y Margarita, revisando que la mesa cumpliera con el protocolo preciso.

—¿Y Wilhelm? —preguntó Iacov.

—«Guillermo» suena mejor —repuso Blanca—. Oye, estás guapo. El rojo no es un color fácil de llevar.

Iacov se limitó a dirigirse hacia una silla, pero la mujer le indicó un lugar en particular, y cuando él le dijo sin palabras que no era Wilhelm, que ella no le daba órdenes, Blanca lo ignoró. Iacov decidió hacer lo mismo, y ella le asestó una mirada antes de optar por marcharse.

Margarita se acercó a Iacov y le preguntó si necesitaba algo. Él hizo un gesto con la mano para que ella se apartase, pero la criada mantuvo la posición y los ojos clavados en su persona. Iacov pensó en hacerle tanto daño como para que ella perdiera el interés; no quería mancharse la ropa, así que se limitó a ordenarle que lo dejase solo y fue hasta a la chimenea.

Todavía admiraba el baile de las llamas cuando percibió el dulce aroma de Elena. La boca se le hizo agua y se prometió que, en cuanto acabase aquella dichosa cena, iría de nuevo a por la joven.

—Os presento a Santiago —dijo Blanca.

Iacov tardó todo un segundo en entender que se refería a él, y entonces apartó los ojos del fuego y vio a Elena. Aunque era perfectamente capaz de captar las formas de todo en plena oscuridad, la falta de luz le impedía siempre distinguir los colores. Y le sorprendió comprobar que Elena tenía el cabello rojo como la sangre y un cielo despejado a pleno día en la mirada.

El corazón de las dos hermanas latía a gran velocidad y él captó su miedo, en especial el de Elena. Blanca las colocó a ambas frente a Iacov en la mesa y ocupó una de las cabeceras, iniciando entonces una conversación muy poco trascendental de la que él no pensaba ser partícipe, pero que ellas agradecieron en silencio.

Elena miraba de reojo a Iacov de vez en cuando mientras su hermana evitaba hacerlo por completo, y al corresponderla, él se dio cuenta de que la joven más parecía sentir curiosidad que otra cosa. Y se encontró preguntándose qué pensaría ella de su persona, algo que Elena también hizo aunque intentaba convencerse de lo contrario.

Cuando llegó el juez, Wilhelm fue a recibirlo al vestíbulo. Los dos hablaron durante unos minutos sobre el acuerdo que iban a cerrar aquella noche, y luego entraron al comedor. Si bien el juezapestaba a colonia de setenta euros y a puro habano, esto era algo que Iacov agradecía en esos momentos y no se quejó cuando el invitado se sentó a su lado.

Blanca hizo sonar una campanita y enseguida apareció un efebo que empezó a servir la cena. El juez lo miró de arriba abajo y sus pequeños ojos brillaron, y algo parecido sucedió con la comida. Antonia se había esmerado y todo resultaba muy apetecible, sin embargo, nadie más aparte de él tocó apenas los platos. Blanca era muy frugal, y Elena y su hermana tenían el estómago más cerrado que una caja fuerte.

La negociación oficial no comenzó hasta bien entrado el condumio, pero tampoco duró demasiado. No obstante, Iacov aún tuvo que esperar a que trajeran el postre y a que el juez se lo terminase, antes de poder levantarse de la mesa. Entonces, Elena le pidió un momento a solas, y sorprendido, no dijo ni hizo nada mientras los demás abandonaban el comedor.

—¿Vamos? —les preguntó Blanca a los dos.

—Quisiera decirle algo —contestó Elena con firmeza.

La mujer le lanzó a Iacov una mirada de advertencia que a Elena le provocó un estremecimiento por el que se maldijo en secreto. Lejos del

juez, el sensible olfato de él se abrumó con el aroma de ella, y aunque no tenía hambre, Iacov con gusto habría tomado un postre tan delicioso.

La joven se refugió un momento en el fuego de la chimenea antes de mirar a su interlocutor, con esos ojos que a él también le recordaron al mar, y de repente fue como si perdiese convicción. Iacov se preguntó si habría captado su anhelo mientras ella combatía contra sensaciones que no debía tener.

—Quería darle las gracias por ayudar a mi hermana —dijo Elena regresando la vista a las llamas—. María no lo hará, quería mucho a ese...

—Entiendo —mintió él para atajar. Lo único que podía desear en ese momento era que la conversación acabase cuanto antes.

—Quiero decir, al fin y al cabo... Bueno, usted acabó con su vida. Pero, de no haberlo hecho, no sé lo que habría pasado.

Claro que lo sabía, lo sabían ambos, sin embargo, Iacov solo asintió con la cabeza. Ella frunció el ceño.

—¿No tiene ningún problema con eso?

—No.

Elena revisó el rostro de Iacov y no fue capaz de encontrar nada que la salvase de su confusión. Él halló placer en prolongar la agonía, o al menos eso se dijo para no moverse del sitio.

—¿De dónde es usted? —indagó Elena.

—¿Eso cambiaría algo?

—Solo he estado en este pueblo, así que quizá venga de un lugar en el que se considera bien matar a alguien.

Iacov arqueó una ceja.

—¿Nunca has salido de este pueblo?

—Entiendo que le resulte extraño, pero no todos vivimos igual.

—No sabes cómo vivo.

—¿En una choza? ¿Y cuánto cuesta ese traje? Es la primera vez que veo ese tejido en persona.

—Eres una insolente.

Lo era, aunque no de la misma enervante forma que Blanca; si Iacov pasaba por alto su padecer, incluso resultaba divertida. Elena miró el fuego y él captó rabia y tristeza en sus bonitos ojos.

—Para quienes son como usted, debe de ser muy fácil conseguir cualquier cosa que se propongan.

A Iacov se le escapó una sonrisa. El enojo tiñó el rostro de Elena y él pensó que se veía adorable.

—¿Le parece gracioso?

—Me parece que eres buena prejuzgando.

—¿No es así, acaso? ¿Y hay que ser como vosotros para tenerlo todo?

Iacov se puso serio.

—Si crees que lo tengo todo...

—No diré que el dinero da la felicidad, no lo creo, pero su falta me hace sentir miserable e impotente.

Él se quedó sin palabras. Se sentía de la misma manera, aunque no fuese por la misma razón.

—Quieres dinero —dedujo—. ¿Para poder comer pastas todos los días?

Elena le dedicó una mirada de desprecio que Iacov correspondió volviendo a sonreír.

—Lo que quería conseguir esta noche era ayudar a mi novio y darle las gracias a usted. Solo he podido quedar satisfecha con una de esas dos cosas.

Se encaminó hacia la salida del comedor, y él contuvo por última vez sus ganas de asaltarla fijándose en las llamas. La conversación empezó a darle vueltas en la cabeza y pensó en meter la mano, pero entonces apareció Blanca.

—La muchacha te ha soltado la lengua.

Iacov sabía cuál era la mejor manera de lograr tranquilidad y no estaba en aquella casa. Al verlo ir hacia la entrada principal, Blanca le ordenó que se quedara. Él se detuvo y se dio la vuelta, y por primera vez desde que la conocía, escuchó acelerarse el ritmo de aquel corazón por su culpa.

—¿Disfrutas arriesgando la vida?

—No me harás nada —aseguró ella sin alzar la voz.

—«Nada» es lo que eres. Una simple mujer que en unos pocos años no será más que un montón de huesos. Vuelve a faltarme al respeto y no tendrás ni siquiera eso.

La altivez de Blanca se quebró, pero Iacov no se sintió satisfecho.

—No te ayudaremos de nuevo —dijo ella.

Él siguió con su camino y pronto echó a correr. Sin embargo, al llegar a la plaza con el gran alcornoque, no había nadie dentro de la casa. Aunque no tuvo que esperar demasiado para ver a las hermanas: iban en un coche

con el joven que acababa de ser liberado. Torció el gesto cuando Elena lo besó a modo de despedida.

En cuanto se quedaron dormidas, Iacov entró en la casa y fue directo a la habitación de Elena. Solo entonces se percató de que las dos yacían juntas en la misma cama. Y dudó un único instante, el instante que tardó en recordar que ya había pasado tiempo de más en la casa de Wilhelm, pero cuando fue a agacharse, escuchó un gemido.

Se quedó quieto como una estatua y esperó. María se movió y le dio la espalda a su hermana, y entonces Elena se colocó bocarriba. Iacov comprendió que su presa ya no dormía, así que se replegó al rincón más oscuro de la habitación para esperar un poco más. Maldijo en su interior cuando la joven se incorporó y salió de la cama.

Elena llevaba puesto un camisón muy corto y a Iacov lo incomodó reconocer sus iniciales bordadas en la tela. La vio salir de la habitación y poco después tuvo que oírla orinar, pero ella no regresó: se fue a la cocina, se sirvió agua en un vaso y se sentó en una silla. Cuando Iacov la escuchó llorar, no pudo evitar pensar en sus palabras junto a la chimenea y también en el beso a aquel joven.

Por fin, la sintió volver a la habitación. Elena acababa de cruzar la puerta cuando se fijó en el rincón en el que se escondía Iacov, y sus latidos se desbocaron. Durante todo un segundo, lo único que hizo fue mirar la supuesta negrura. Entonces, sus ojos se desviaron hacia su hermana, y Iacov se preguntó si saldría corriendo o intentaría proteger a la chica.

Sin embargo, Elena siguió sin moverse y él decidió avanzar hacia ella. El corazón de la joven se alteró de tal manera que Iacov sonrió, a pesar de lo mucho que le dolían los dientes; ella parecía un cervatillo a punto de ser arrollado por un coche. Él la tomó del brazo y, aunque notó cierta resistencia, Elena dejó que la guiase fuera de la habitación.

—Es usted —susurró ella en cuanto la puerta estuvo cerrada—. ¿Qué quiere? ¿Qué hace aquí?

Aquello hizo que Iacov pospusiera un poco más la satisfacción de su deseo.

—Contesta —ordenó Elena ceñuda. Desconcertado, Iacov la soltó y ella aprovechó para apartarse de él.

—Fuiste a darme las gracias —le recordó Iacov—. Considero que eso significa que me debes una. Tu hermana, al menos.

—¿Y eso qué tiene que ver con que te cueles en mi casa?

Iacov intentó acercarse y ella se volvió a alejar.

—Pues que me marchó ahora y no sé cuándo regresaré.

—¿Y qué quieres?

—¿Ya no me tratas de usted?

—Has perdido mi respeto al entrar aquí y darme semejante susto.

—¿Ya no estás asustada?

Elena no contestó y el silencio se llenó con sus latidos. Iacov dio un paso hacia ella.

—No voy a hacer eso —aseguró Elena, topándose con una pared—. Y no tiene ningún sentido que ayudases a María y ahora pretendas abusar de mí.

Iacov se rio.

—No quiero abusar de ti. —Se colocó a menos de un paso de distancia de ella y Elena intentó escabullirse, pero se topó con un mueble.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres? No tenemos dinero.

—Tampoco es dinero lo que quiero.

—¿Qué es?

Iacov saboreó los instantes previos a cumplir por fin su deseo. Elena no podía negarse a complacerlo, o él tendría que recurrir finalmente a la violencia y eso no le convenía a ninguno de los dos.

—Quiero que te quedes muy quieta y que cierres los ojos.

Ella tardó en obedecer. Y cuando Iacov tocó su cabello para despejar su objetivo, dio un respingo y abrió los ojos.

—¿Qué te he dicho?

Elena suspiró antes de ceder de nuevo. Él controló su cuello con una mano, acercó la boca a su piel e hincó su anillo en ella. La escuchó gemir al dar el primer trago, cuando una parte de Elena pasó a ser parte suya, y notó que ella le agarraba la mano y cómo clavaba sus uñas con tanta fuerza que Iacov también sangró. Él gozó de cada segundo, consciente de que no habría otra ocasión, y al final, aunque no era necesario, lamió la herida.

Elena se palpó el lugar que acababa de estar unido a los labios de Iacov mientras se negaba a sí misma la comunión que había sentido.

—¿Cómo es posible?

—Magia.

Ella insistió, pero de ningún modo iba a hallar otra cosa que piel intacta.

—Me has mordido —espetó.

—¿Estás segura?

—Lo he notado. —Comprobó el otro lado de su cuello—. Y tu aliento...

—Son imaginaciones tuyas.

—No sé cómo lo has hecho, pero me has mordido y has...

—¿Qué?

Elena se apartó de él y tropezó con una silla. Los dos miraron hacia la habitación en la que descansaba María, aunque Iacov sabía que la chica seguía sumida en un profundo sueño.

—Ya me voy —dijo él—. Pero antes quiero que prometas, por la vida de tu querida hermana, que nunca le hablarás a nadie de que he estado aquí. Ni a ella siquiera.

—Si tú me prometes que no volverás nunca.

—No me gusta nada este pueblucho.

—Pero aquí vive tu amigo.

—Ya se mudará de nuevo. ¿Y tu promesa?

—No he oído la tuya.

Iacov chasqueó la lengua aunque, en realidad, estaba disfrutando.

—Te prometo que no volveré a pisar este pueblo del demonio, ¿contenta?

—Vale, no se lo diré a nadie, pero quiero algo a cambio: dinero, suficiente como para que pueda saldar algunas deudas y abrir una tienda. Aquí no hay mucho más porvenir que trabajar en el matadero, casarnos y criar hijos, y yo quiero que María vaya a la universidad.

Aquello disgustó a Iacov.

—No es necesario que me cuentes tu vida, no me interesa. —Vio que había conseguido que ella también se ofendiese y se sintió mejor—. Ve mañana a la casa.

En la calle, encontró un cielo que empezaba a clarear. Entonces, notó el cosquilleo en los dedos de los pies. Salió corriendo y no se permitió preocuparse hasta que las piernas le pesaron como si estuviesen cubiertas de cemento. La derecha le falló cuando acababa de cruzar el umbral de la casa de Wilhelm y estuvo a punto de caer de bruces.

Escuchó que su amigo le pedía a Blanca que interviniese y cómo ella se negaba en redondo. Iacov se la imaginó sonriendo al verlo tirado en mitad de las escaleras, y eso le dio fuerzas para arrastrar su pierna inútil y alcanzar por fin el pasillo, mientras se insultaba secretamente una y otra vez. Nada justificaba el haberse distraído de aquella manera.

Pero solo un par de metros antes de la puerta de su habitación, no pudo seguir en pie. Notaba la presión en el pecho y cómo trepaba hacia su cuello. En ese preciso momento apareció Margarita, y por una vez, Iacov se alegró de verla.

—Señor, ¿qué le ocurre?

Iacov reunió las pocas fuerzas que le quedaban para pedirle que lo llevase hasta su cama, sin embargo, la criada fue incapaz de moverlo un solo centímetro. Mientras ella corría en busca de Antonia, Iacov oyó la risita cruel de Blanca y la vana súplica de su amigo.

Margarita y la cocinera lograron meterlo en su habitación. Como subirlo a la cama resultó ser una empresa imposible para ellas, la criada le colocó una manta por encima.

—Iré a avisar a un médico —dijo saliendo por la puerta.

Wilhelm volvió a suplicar y Blanca cedió por fin. Interceptó a Margarita en el pasillo y le ordenó que se metiese en sus propios asuntos.

—Pero está muy mal —protestó la criada.

—Está perfectamente. Vete a hacer tus tareas.

Iacov tardó bastante tiempo en conciliar el sueño y despertó muy poco después de conseguirlo, cuando el aroma de Elena lo obligó a recordar todo lo que había sucedido y en especial lo que había estado a punto de suceder. Entonces, cuando escuchó la voz de la joven, se dio cuenta de que no solo deseaba recuperar su sangre.

—¿Qué hace aquí? —protestó Blanca cuando Margarita fue a avisarla—. Creía que todo había quedado claro.

—Dice que tiene que ver al señor Batran y me ha amenazado con entrar a la fuerza.

La mujer se dirigió hacia la puerta principal y, nada más abrirla, le espetó a Elena:

—¿Qué te pasa? ¿Es que no tienes educación?

—Santiago me dijo que viniera —repuso la joven sin achantarse.

—¿Para qué?

—Es un asunto entre él y yo, señora.

—No me digas. Pues no está. Se ha marchado.

Elena no replicó y dejó que Blanca cerrase la puerta. Le había cuestionado aquello mismo a Margarita, sin embargo, no se atrevió con la señora. No obstante, en lugar de marcharse, se fue a un costado de la casa y

allí se sentó en uno de los bancos de piedra que había entre las ventanas. Allí, donde torturó a Iacov durante minutos enteros, hasta que por fin se puso en pie y se encaminó de regreso al pueblo.

Él no fue capaz de volver a dormirse, y aún notaba el cuerpo completamente rígido cuando la joven reapareció exigiendo hablar con el señor de la casa. Y, ante la negativa de Margarita, entró sin más en el vestíbulo. El dolor que Iacov debía soportar lo hizo maldecirla y también dar gracias cuando Blanca amenazó con llamar a la policía, pero Elena no respondió como él pensaba y necesitaba, sino que retó a la amante de Wilhelm a que cumpliera sus palabras. Blanca decidió entonces conducir a la joven hasta el salón para que esperase allí, y acto seguido, fue a la habitación de Iacov para ordenarle que solucionase aquello.

Él se dispuso a largarse en cuanto pudo moverse, sin embargo, Wilhelm y su amante lo esperaban al final de las escaleras. Blanca lo miró como una madre a punto de castigar a su hijo por una travesura grave. Iacov sabía que tenía que acabar con aquello lo más rápido posible para alejarse cuanto antes de un tormento que había estado a punto de hacerlo polvo, y eso mismo se repitió una y otra vez mientras se acercaba al salón.

Elena estaba cotilleando el jarrón chino y él disfrutó carraspeando. Ella lo miró como si lo viera por primera vez, pero cuando él se le acercó, no permitió que los separase menos de un par de metros e incluso interpuso un sofá entre los dos. Iacov la dejó gozar de aquella sensación de seguridad, por falsa que fuera: podía oír su corazón aleteando como un colibrí y olfatear su exquisito aroma y debía preferir mantener las distancias.

Sacó de su chaqueta el sobre que Wilhelm le acababa de dar y lo arrojó con desdén al sofá. Elena lo miró un instante, luego a él, y finalmente se centró en conseguir su preciado dinero. Cuando entreabrió el sobre, sus ojos regresaron a los de Iacov llenos de asombro.

—Esto es demasiado.

—Es calderilla.

La mirada de desprecio que ella le lanzó lo hizo sonreír.

—Y hay mucho más de donde viene eso —añadió Iacov mientras avanzaba hacia la joven. Era una completa locura, pero un solo segundo le había bastado para imaginarse cómo sería llevársela consigo a su castillo y poder degustarla cada noche.

—Estate quieto —le ordenó Elena moviéndose en dirección contraria.

Entonces, se colocó delante de la chimenea. La luz del fuego iluminó su cabello y creó una magnífica aureola en torno a su ser, y a Iacov le pareció como si ella estuviera ardiendo. Y pensó que era como ver el sol, con toda su hermosura y su calidez, después de tantos años sin poder hacerlo.

Una intromisión lo devolvió a la realidad. Alentado por su amante, Wilhelm entró en el salón y Elena no dudó en aprovechar para marcharse de la casa.

—Amigo mío, creo que es el momento...

—Lo sé —atajó Iacov.

CAPÍTULO III. LA CARTA



Iacov escuchó la voz de Mihai a través de la losa de mármol:

—Amo, habéis recibido una carta del señor Prieten. Os la leo. —El sirviente carraspeó—. Gracias por tu inestimable ayuda. Sé que no te interesa mi vida ni la de mi hermana, pero no podía dejar de reconocer el valor de tu intervención. He podido abrir esa tienda y ahora soy más feliz. Sin embargo, siento que aún tengo una deuda contigo.

Devolvió la carta a su sobre.

—Ya está, amo. No hay despedida ni otro remitente.

Se encaminó hacia las escaleras, cerrando la puerta tras de sí. Sumido en la oscuridad como se hallaba, Iacov rumió las últimas palabras de Elena, consciente de que Wilhelm jamás le habría enviado aquella carta de sospechar siquiera lo que podía significar.

Había contado con que un pequeño descanso convertiría a la joven en un recuerdo más, pero su anhelo no había mermado ni con la distancia ni con el tiempo. Podía intentar seguir esperando, o podía distraerse con la caza o alimentarse de sangre rebosante de alcohol, o podía dejar de ser un cobarde de una vez por todas. Sin embargo, le pareció mucho más útil y sencillo ir a comprobar si lo que creía era verdad o no.

Tres hombres y unas cuantas horas de avión y de coche después, llegó a Valdelarrosa. La casa de Elena mostraba un aspecto exterior mejorado (habían reparado el tejado y la pintura de la fachada) y dentro solo estaba María, viendo la televisión o algo similar. Iacov escuchó un diálogo ridículo entre una mujer y un vampiro y se le escapó una sonrisa amarga.

Pensaba en dar una vuelta por el pueblo cuando sonó un móvil, y poco después apareció un coche. Elena venía con dos hombres. Uno de ellos, apenas un muchacho, se bajó del coche para acercarse a la casa. Iacov tuvo que ver cómo Elena le daba un beso en la mejilla al conductor y cómo este le preguntaba si podía seguir acompañándola.

—Hasta mañana —repuso ella, aunque sonreía.

—Pero te lo has pasado bien, ¿verdad?

Elena asintió y fue a despedir a su hermana, que se marchaba con su novio. Iacov esperó solo un poco más, hasta que tanto la pareja como el coche se hubieron alejado lo suficiente, antes de llamar a la puerta de la casa. Al verlo, Elena abrió en lo posible esos ojos suyos tan hermosos, y si bien no estaba en esos días del mes, él sintió que no podría desearla mucho más.

—Eres tú —murmuró ella.

Iacov dio un paso adelante y Elena, con el corazón loco, se echó hacia atrás y lo dejó entrar en la casa.

—Recibí tu carta —dijo él—. ¿Era la primera que escribías?

—Vuelves a entrar aquí sin permiso. Además, me prometiste que no volverías a este pueblo.

—Tú me has llamado —replicó Iacov encogiéndose de hombros. La idea de que ella lo rechazase le provocaba mayor temor del que jamás iba a reconocer, pero eso no significaba que fuera a permitir que Elena lo notase en lo más mínimo—. Decías que te sentías en deuda.

—Ya sé lo que decía.

Pestañeó despacio y se fijó en sus labios.

—No estoy aquí para ser tu amante —le advirtió él—. Ya sabes lo que quiero.

—¿Y qué pasa con lo que quiero yo?

Iacov le mantuvo la mirada mientras su mente discurría a toda velocidad.

—¿Me estás proponiendo un trato? ¿Qué hay de ese novio tuyo?

—No tengo novio. Roberto lo era, pero ya no.

—Te he visto con él y quería entrar en la casa. Déjame decirte que yo no comparto.

—¿Cuánto llevas espiándome?

—Es cierto, entonces.

—No, no lo es. Mira, si te escribí fue porque... quería verte de nuevo. Aunque en un principio me asustabas, sobre todo por tu forma de mirar y por tu tranquilidad al expresarte, luego... —Se tocó el cuello y bajó los ojos—. Contigo no sé nunca lo que puede pasar y eso... La verdad es que me encanta. No me ha ocurrido con nadie más. No he conocido a nadie como tú, tampoco, pero lo que quiero decir es que... Bueno, que me siento muy atraída por ti.

Iacov no replicó, sabiendo que lo que ella le estaba proponiendo era para él como intentar alimentarse a base de pan o queso, y Elena levantó la mirada, aunque no tardó en distraerse con sus labios. No obstante, había otras cosas que Iacov podía hacer para conseguir su propio propósito, así que la cogió en peso y la llevó a su habitación.

Llenó su piel de besos mientras le quitaba la ropa, y ella ya estaba bastante húmeda cuando la tocó entre las piernas. Jugó un poco con sus

dedos, pero sabía que usar la boca era su mejor opción. En cuanto logró que Elena se estremeciera de placer, obtuvo su premio directamente del interior del muslo de ella.

—No tomes mucho —pidió Elena entre jadeos.

Lo atrajo a sí para colocarlo entre sus piernas y besarlo con avidez. Iacov disfrutó del contraste de sabores, y de lo suave, cálida y tierna que era ella, aunque hacía tanto tiempo de la última vez que se sintió un poco torpe. Y cuando Elena quiso meter la mano en sus pantalones, tardó en reaccionar para detenerla.

—¿Qué pasa? Tengo condones.

Iacov se rio y ella frunció el ceño.

—No te enfades —pidió él, rozando la nariz de Elena con la suya—. No funciona ahí abajo.

Ella no ocultó su decepción. Iacov temió que fuese a romper el trato, pero solo tiró de él para recuperar el beso.

—¿Puedo tocarte de todos modos?

—Como quieras.

Elena primero lo desnudó, y mientras los dos se besaban, le dio un agradable masaje. Luego le dijo que usase los dedos, y lo rodeó con sus brazos, hundiéndole la cara en su cuello. Iacov aceptó sin dudar, aunque no comprendió que Elena gozaba también hasta que ella lo apretó contra sí y le pidió que fuese despacio.

Al acabar, Elena se recostó sobre él. Se asustó al no sentir su corazón, pero sí que latía, si bien a una velocidad bastante inferior a la habitual.

—¿Cómo lo haces? —preguntó mientras acariciaba su pecho.

—¿El qué?

—Que no me quede herida ni marca alguna, ni tampoco me duele.

Iacov le mostró su anillo y le dijo que aplicaba en él un ungüento anestésico y cicatrizante. Ella sintió curiosidad por su composición y no se quedó conforme, pero era mejor eso que revelarles que se trataba de la acción de su sangre y saliva.

—Y... Habías estado con alguien antes, ¿no?

—¿Por qué? ¿No te ha gustado?

—Sí, mucho, pero parecía como que dudabas un poco.

—Solo era falta de práctica.

—Bueno, eso tiene fácil solución.

Se subió sobre él y atrapó sus labios con los propios. Entonces, Iacov escuchó que un coche aparcaba fuera y corrió a darle un último bocado.

—Tu hermana —dijo procurando que su voz sonase neutral—. Está en la puerta.

—No te vayas.

Aquello complació a Iacov más de lo que pensaba admitirse a sí mismo.

—Necesito alimentarme, y tú querrás dormir.

—¿No lo has hecho ya?

—No es suficiente.

—Vale, pues vete.

Iacov le impidió salir de la cama.

—No te pongas así —susurró—. Suelo necesitar dos o tres personas si quiero que no mueran.

—Creía que eso no importaba.

—¿Y crees que podría ir dejando un rastro de cadáveres? Aunque aquella vez fuese conveniente.

—Ya te agradecí eso.

—Solo digo que...

—Vete.

—¿No lo entiendes?

Su intención no era pedirle que fuera más allá que cualquier otra mujer con la que había tratado, pero sí que era su deseo. Claro que eso jamás se lo diría, como ella no le diría a él que lo que le pasaba era que estaba celosa, aunque también aliviada.

—Me molesta —dijo Elena.

—Es lo que hay.

En cuanto la soltó, ella le dio la espalda y se tapó con las sábanas y con la manta. A Iacov le hubiera gustado complacerla más que ninguna otra cosa en esos momentos, y al mismo tiempo, la odió por su actitud. O más bien, por lo que su actitud le hacía sentir. Sin embargo, al abrir la puerta de la habitación, cuando ella murmuró un adiós, no quiso preguntarle, por si Elena le decía que no deseaba que regresara jamás.

A Blanca no le hizo ninguna gracia verlo de nuevo, pero Wilhelm no se opuso ni se opondría a que él pasase el día en su casa. De todos modos, Iacov pretendía regresar con Elena en cuanto se volviese a ocultar el sol.

Por desgracia, ella estaba acompañada, así que decidió ir primero a alimentarse. Aunque al volver nada había cambiado, necesitaba salir de dudas. Cuando Elena abrió la puerta, le preguntó por qué estaba allí y él se sintió más dolido de lo que se había imaginado.

—Me gustaría que llamasess antes —dijo ella muy seria.

—¿Quién es? —preguntó María.

—Un vecino. —Elena cerró la puerta tras de sí.

—He llamado —replicó Iacov.

—Digo al móvil. Apunta mi número.

—No tengo móvil.

Ella entornó los ojos.

—No lo uso —aclaró él—. ¿No quieres que esté aquí?

—Sí. Lo que no quiero es que mi hermana te vea. ¿Puedes venir más tarde?

Iacov estaba tan aliviado que asintió enseguida. Sin embargo, cuando por fin pudo tenerla entre sus brazos, la experiencia resultó algo decepcionante. Aunque para ella fue más bien al contrario, cuando él utilizó cierto artilugio que Elena guardaba en el cajón de la mesilla de noche.

—¿Cómo has conseguido algo así en este pueblucho? —preguntó Iacov agitando el pene falso en el aire.

—Lo compré por internet.

—Ah, claro.

—¿Tampoco lo usas?

—No tengo necesidad.

—¿Cómo es posible? Hoy en día hace falta para cualquier cosa.

Iacov quiso poder contestar. Elena no le dio importancia, preocupada como estaba por cómo se tomaría él una pregunta a la que le había dado vueltas durante todo el día.

—¿Podría añadir una condición a nuestro trato? Es que... no me gusta mucho que te alimentes de otras mujeres.

Iacov sonrió aprovechando que ella, con la cabeza apoyada en su pecho, no veía su rostro.

—Son hombres casi siempre. Y cuanto más grandes, mejor. Además, es como si a mí me molestase tu desayuno o tu cena. Pero, si quieres, te prometo que no volveré a tomar de una mujer.

El gesto de Elena también pasó desapercibido. Ella se fijó en su nuevo camión, colgado en la silla de su escritorio, y le preguntó si la camisa de la que había salido le había pertenecido aunque las iniciales no coincidiesen.

—Es de mi nombre rumano.

—¿Cuál?

Iacov siguió jugando con el consolador. Ella se lo arrebató y lo miró a los ojos.

—¿No me quieres decir tu nombre?

—Ya lo sabes.

—«Santiago» no empieza por i.

—«Santiago» te es más sencillo de pronunciar.

Elena le pegó con el consolador antes de pretender salir de la cama.

—Iacov —susurró él con sus bocas casi unidas—. Se traduce como Jacobo, de modo que es el mismo nombre.

La notó relajarse entre sus brazos.

—¿Cómo prefieres que te llame?

—«Santiago» está bien. Es como me has conocido.

—Puedo adaptarme.

—¿No te gusta?

—Sí, mucho.

—Pues entonces así se queda.

Que Blanca le cambiase el nombre a Wilhelm le había parecido un insulto, pero en su caso lo consideraba algo necesario. Lo que Elena veía de él era su mejor cara y con ella nunca podría ser Iacov del todo, ni nadie más, por mucho que deseara lo contrario. Y ocultar la otra cara no era mentir, era omitir la verdad, y además, lo complacía la forma en la que esta parecía desdibujarse como si prometiera desaparecer.

La siguiente noche, pudo comprobar que la decepción se debía a haberse alimentado antes de hacerlo con ella. Su anhelo se saciaba mejor si lo contenía, y era más satisfactorio cuanto más tardaba en obtener el premio. Elena se percató pronto de ello y empezó a jugar con su acceso, aumentando su deseo por sus encuentros. Él no sabía cuánto tardaría en aburrirse de ella, o ella de él, sin embargo, cada noche acababa pidiendo en secreto que hubiera una más.

En una ocasión, después de dejarla y mientras cazaba cerca de su casa, Iacov percibió su ciclo. Se contuvo de regresar, y ya en la cama, meditó

acerca de la conveniencia de visitarla durante los siguientes días. Temía que sumar su exigencia a la pérdida natural fuese peligroso para ella, considerando que Elena ya debía consumir un suplemento vitamínico a diario.

Al final, decidió ir a preguntarle. Al oír su inquietud, ella sonrió y lo besó con ternura en la mejilla, y él enseguida se sintió reconfortado.

—No creo que pase nada si tomas un poco.

Mientras la besaba por doquier, a Iacov se le ocurrió que podía complacerlos a ambos sin necesidad de poner a Elena en peligro. Ella al principio se mostró reticente, pero pronto cedió y gimió de placer, aunque mantuvo sus manos tapando su rostro hasta el final. Y ahogó un grito en cuanto Iacov se apartó.

—¿Qué pasa?

—Te has llenado todo.

Cogió un paquete de pañuelos del cajón de la mesilla de noche para limpiarle la cara.

—Me voy a duchar —dijo como si lo invitase a acompañarla.

—¿Y si nos pilla tu hermana?

—Está durmiendo a pierna suelta, como siempre.

Él la siguió solo para complacerla, porque el agua caliente le quemaba la piel y ya no debía tomar más. Sin embargo, después de que Elena se diera cuenta de su dolor y bajase la temperatura, disfrutó mucho de la experiencia.

Al regresar a la habitación, notó que había algo que ella quería decirle.

—¿Qué ocurre?

—¿Quieres quedarte? Me refiero a cuando termines.

El silencio se instauró en la habitación, al menos para Elena. La respuesta de Iacov no iba a gustarle y él no quería eso.

—No puedo.

Elena hizo pucheros, pero de ningún modo lo convencería.

—¿Es por la luz? Porque puedo echar la persiana.

Él se quedó mirándola sin saber qué decir ni cómo decirlo. Aquella conversación la había esperado casi tanto como temido.

—No soy idiota —agregó Elena—. Supongo que tienes porfiria o algo parecido.

Aunque Iacov dudó una sola fracción de segundo, fue tiempo más que suficiente para ella. Elena escrutó su rostro mientras muchas cosas le llenaban la cabeza, no obstante, ninguna de ellas hizo que mirase a Iacov con horror, fascinación o deseo.

—¿Duermes en algún sitio especial?

Él quiso bromear, decir que prefería un colchón de plumas con sábanas de seda a cualquier ataúd por caro que fuese, pero negar con la cabeza fue lo único que logró hacer.

—Entonces puedes quedarte aquí. Solo dime lo que necesitas. Te prometo que estarás bien.

Iacov lanzó un hondo suspiro.

—Necesito irme.

Elena no insistió. Sin embargo, la noche siguiente volvió a preguntar, y la siguiente. Solo una vez, pero en cada ocasión a Iacov le parecía más y más persuasiva. Él no tardó en comprender que podía ser cuestión de tiempo que ella se saliese con la suya.

Además, cada noche Elena intentaba que permaneciese más tiempo en su casa. Lo retenía con preguntas, y cuando Iacov no quería contestar, ella le hablaba sobre sus cosas. Sobre su vida en el pueblo, su hermana, la tienda, y sobre cómo había pasado el día. Él encontró que le interesaban aquellas cosas, excepto cuando Elena se refería a los hombres con los que había intimado.

Así, juntos los dos, Iacov se sentía como si fuera parte de algo más. Y en los momentos en los que su cuerpo estaba unido al de ella, con sus dedos bailando en el interior de Elena y la sangre de ella entrando en él, mentiría si dijera que tenía del todo claro dónde acababa su ser y dónde empezaba el de Elena. Ni siquiera cuando se separaban era capaz de sentirse completamente aislado. Y a pesar de saber que era imposible, deseaba con todas sus fuerzas que aquello durase para siempre.

Pronto, solo pudo llegar a una conclusión: su anhelo por ella había trascendido y ya no era solo algo físico. Su alma estaba tan hambrienta de la de Elena como su cuerpo lo estaba del de ella. Lo único que le quedaba por saber era si Elena pensaba lo mismo de él, aunque no entraba en sus planes preguntarle. Se convenció de que se conformaba con estar a su lado, porque eso era mejor que exponerse a comprobar que su conexión no era real.

Aunque en menor medida, había algo más que lo inquietaba: añoraba su hogar, y la idea de invitarla a regresar con él no se le iba de la cabeza. Estaba dispuesto a pasar toda la vida de Elena en aquel pueblo, pero, al menos una vez, quería que ella viera su país y el lugar en el que había hallado más dicha. Claro que debía reconocer que sentía un miedo profundo al pensar en ello; lo último que Iacov quería era que el sueño de aquellos días se terminase convirtiéndose en una pesadilla.

Para estar juntos el máximo tiempo posible, Elena había tenido que adoptar una nueva rutina: Iacov no se iba a cazar hasta poco antes del amanecer, y ella no se acostaba hasta que no había llevado a su hermana al instituto. Para ocuparse de la tienda por las mañanas contrató a un joven, algo que fue motivo de discusión entre ambos, pero estaba convencida de que no había nadie mejor en todo el pueblo.

Iacov se avergonzaba de los celos que lo invadían cada vez que se iba a dormir, e incluso el primer día no fue capaz de conciliar el sueño. Elena se dio cuenta pronto de su disgusto, y aunque al principio se regocijó un poco, no tardó en revelarle que su empleado jamás tendría interés en ella.

—¿Y tú?

Elena sonrió y negó con la cabeza. Le dio un largo beso antes de empezar a desvestirlo.

—¿No quieres saber por qué?

—¿Por qué, qué?

—Por qué no le interesaré.

—¿A quién?

Ella se rio.

—Me da igual —dijo Iacov—. Solo me importará si te toca, y entonces será lo último que haga.

Se arrepintió enseguida de sus palabras. Sin embargo, Elena lo atrajo a sí y lo besó con avidez.

El tiempo pasó volando como un pájaro asustado y de repente casi se había acabado el año. Entonces, unos días antes de Navidad, Elena le preguntó si podía hablarle a su hermana de él. A Iacov la idea le gustó y disgustó al mismo tiempo.

—¿No eras tú la que quería mantenerlo en secreto?

—Sí, pero estoy harta de esconderme. Y quiero decírselo.

—¿Qué quieres decirle?

—Pues... Que somos novios, ¿no?

Iacov se sintió henchido. La sentó en su regazo y le dio un largo y tendido beso.

—No le causé muy buena impresión —dijo, yendo a por su cuello.

De eso hace mucho —repuso ella apartándolo—. Me gustaría que cenásemos juntos en Navidad.

—¿Por qué siempre me haces lo mismo?

Elena sonrió y se mantuvo a la espera de que él aceptara. No le dejó continuar hasta que lo hizo. En ese momento, Iacov comprendió que probablemente no existía nada en el mundo que pudiera llegar a negarle de verdad a su pequeña.

La víspera de Navidad, Iacov apenas pegó ojo. Le preocupaba que María lo rechazase y que eso afectara a su relación con Elena. A la cena iría también Manuel, el novio de la chica, pero este desconocía lo sucedido con Jaime y él esperaba poder granjearse su simpatía con facilidad.

Por mucho que le disgustase la idea, lo mejor era alimentarse antes de acudir a la casa. No podría abordar a Elena antes de que lo viera su hermana, ni confiaba en lograr aguantar tanto tiempo con hambre sin mostrarse desagradable. Cuando se presentó, María lo miró de mala manera y le negó el saludo, pero Manuel sonrió y le tendió una mano, aunque luego se quedó como sin saber qué decir y al final se sentó con su novia en el sofá.

La cena era todo un despliegue de exquisiteces y a Iacov le agradó comprobar que Elena podía permitirse aquellas cosas. Su cuñada siguió ignorándolo, mientras que Manuel, en cuanto cogió un poco de confianza, se animó a hacerle una pregunta tras otra. No sobre su persona, porque el joven enseguida entendió que no conseguiría gran cosa, sino sobre historia, interesado como estaba en estudiar la carrera en la universidad.

Entonces, Iacov reparó en la tensión entre Elena y su hermana y en que eso estaba haciendo que su pequeña se sintiera incómoda.

—¿Qué problema tienes? —le espetó a María.

La chica lo miró igual que si estuviera loco. Elena puso una mano sobre su brazo como pidiéndole que no tocara aquel tema, pero él tuvo que insistir:

—Podrías no estar ahí sentada.

María se limitó a despreciarlo con los ojos.

—Es Nochebuena —dijo Elena—. Por favor, vamos a disfrutar de la cena.

Inició una conversación sobre otras personas del pueblo. Iacov notó su esfuerzo por mostrarse alegre, y pensó que María casi se la merecía tanto como él.

Tras el postre, Elena fue a su habitación y se trajo consigo unas bolsas, con un regalo para cada uno de los presentes. Cuando Iacov vio el suyo, lo embargó la sorpresa y también la culpa.

—No te preocupes —le dijo ella—. Navidad es mañana. Pero quería daros una cosita esta noche.

Él no replicó porque nada bueno tenía que decir, ya que tampoco había pensado regalarle nada al día siguiente. Al margen de que llevase varios años sin hacerle a nadie ningún regalo, había dado por sentado que disponía hasta el día de Reyes para decidirse. Elena lo observó mientras abría el paquete y se rio con la cara que puso al descubrir el interior, antes de aclararle que se trataba de un móvil que apenas servía para otra cosa que no fuera llamar y mandar SMS.

Le pidió a Manuel que acompañase a Iacov mientras María y ella fregaban los platos, sin embargo, su hombre no quería dejar a las hermanas a solas y se ofreció a ayudarla. Aquello la tomó desprevenida.

—¿Qué pasa? —preguntó Iacov en cuanto los dos entraron en la cocina—. ¿Te parece raro?

—Pues sí. Te imagino con sirvientes para todo, como tu amigo.

—Bueno, no te negaré que me gusta estar bien atendido, pero alguna que otra cosa he tenido que limpiar.

Elena se puso los guantes y él cogió un paño.

—¿Usarás el móvil? —preguntó ella. Iacov no quiso decirle que no—. Era de mi padre, el último que tuvo antes de que se comprase un *smartphone*, y le he puesto una tarjeta de saldo que está a mi nombre. No tiene acceso a internet y la batería dura más de una semana. Me gustaría que lo tuvieras por si necesitas hablar conmigo. Si no quieres que te llame, no lo haré.

Bajo aquellas condiciones, él accedió a satisfacerla.

—¿Has hablado con tu hermana?

—¿De ti? He hablado con ambos. María no está de acuerdo, pero espero que con el tiempo comprenda que esto es lo que me hace feliz.

Iacov la observó sin atreverse a decir nada, no se fiaba de cómo sonaría su voz, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Te quedarás esta vez? —preguntó ella.

—No puedo hacer eso.

—Podría ser mi regalo de Navidad.

Le puso ojitos. Iacov no pudo evitar sonreír.

—No quiero asustarte —confesó.

—Prueba.

Cuando regresaron al salón, María y su novio se habían marchado. El rostro de Elena se empañó de pesar. Iacov la estrechó entre sus brazos y se la llevó en volandas a la habitación.

Ella cayó inconsciente un buen rato antes del amanecer y él se debatió entre quedarse o marcharse, y al final, se separó de su pequeña y abandonó la casa. Aunque se dijo que solo quería conseguirle un regalo, sabía perfectamente que temía demasiado el momento en el que Elena lo viera ceniciento e inmóvil.

En cuanto pudo se fue al pueblo más cercano, que era más grande que Valdelarrosa y tenía muchas más tiendas. Compró una maleta y la llenó de ropa, zapatos y todo aquello que se le ocurrió que ella podría necesitar en el viaje que esperaba que aceptase hacer con él.

Elena estaba bastante disgustada, aunque no era solo porque él no se hubiera quedado a pasar el día en su casa. Una chica había sido asesinada. Iacov vio en sus ojos cómo le preguntaba si él era el responsable y cómo esperaba que la respuesta fuese negativa, y se marchó de allí sin decir nada. Aún no se había alimentado, así que se centró en ello y luego se fue directo a casa de Wilhelm.

Se sentía ofendido y decepcionado y tenía demasiado claro que la culpa no era de Elena. Ella siempre había sido la misma, nunca le había parecido bien la muerte de Jaime, y era él el que había acabado pensando que aquello podía llegar a funcionar. Aunque no le había hecho nada a ninguna mujer, no en los últimos tiempos, se trataba de algo que podría suceder tarde o temprano, y si Elena era incapaz de comprenderlo, entonces quizás los dos debían romper su trato.

Su bolsillo vibró. Al ver un mensaje de su pequeña, en el que le decía que regresara a su casa o de lo contrario se acercaría ella hasta allí, prácticamente salió corriendo. Y cuando la vio y se dio cuenta de que había llorado, lo que sintió al pensar que le había reclamado para dejarle le confirmó que aquello era lo último que él quería. Y que estaba dispuesto a no volver a matar a nadie si era necesario.

Pero ella no le pidió nada, solo lo abrazó y le dijo que lamentaba haberle enfadado.

—No me he enfadado —aseguró Iacov, besándola en la cabeza.

—Es que estoy asustada. María está convencida de que has sido tú y quiere denunciarte. Dice que lo hará si no te vas de aquí para siempre.

—¿Tú también lo crees?

Elena le reveló que la chica había sido violada, por lo que sabía que él no era culpable de aquello. Sin embargo, entendía que podía darse una situación similar en el futuro en la que él sí estuviese involucrado. Aunque era algo que le había rondado desde un principio, la ayuda que Iacov le había prestado a su hermana y cómo la hacía sentir a ella la habían distraído lo suficiente.

—Es posible —admitió él. Por mucho que se propusiera, necesitaba que al menos ella aceptara que podía fracasar.

—¿Por qué? Me gustaría saberlo.

Iacov meditó. La razón se había perdido en el pasado por culpa de la Orden, de su persecución y de su desprecio, llegándole a convencer de que su disfrute estaba en el acto en sí, en la caza, y no en la presa. Pero no. Jaime se lo había recordado.

—Algunas personas, si se les puede decir así, están mejor muertas. Son una carga, más que nada, y aliviarla tiene un precio. Entiendo en lo que eso me convierte, ni siquiera digo que sea justicia o que yo sí merezca existir, o que sea mi responsabilidad, sin embargo...

Se sintió ridículo y no concluyó, y menos cuando notó el dolor de Elena. Apretó sus brazos con las manos, aunque ella no hizo ademán alguno de quererlo apartar, y no se permitió más deducción antes de escuchar lo que fuera.

—No puedo aprobarlo —reconoció ella, resistiéndose a verbalizar su primer pensamiento—, pero eso no hace que te quiera lejos de mí. María

piensa que estoy loca, y es posible que así sea, pero lo que tengo claro es que no quiero que nos separemos y tampoco quiero que seas infeliz.

Iacov siguió mirándola y, por fin, consiguió ser correspondido.

—¿Te asusto o no? —preguntó. Elena negó con la cabeza—. ¿Y por qué tienes el corazón tan acelerado?

—¿Puedes oírlo?

—Como te oigo hablar.

—Sí, estoy asustada, pero no es por eso.

Iacov la agarró del cuello con una mano y besó con ternura su frente.

—¿Entonces?

Elena no contestó. Él volvió a besarla y le pidió en un susurro que se lo contase.

—Solo... me pregunto qué soy para ti. Bueno, aparte de...

—Somos novios, ¿no?

Una sonrisa curvó los labios de ella y él los besó, y también la besó en la mejilla y en la oreja. Cuando Iacov preguntó si era un buen momento para comer un poco, Elena lo atrajo hasta su cuello, y a él le pareció el trago más delicioso de todos.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Elena, como si fuese un secreto.

Iacov comprendió que solo tenía dos opciones: podía quedarse allí y tratar de hacer recapacitar a su cuñada o podía convencer a su pequeña de que abandonase aquel pueblo. Lo que tenía claro era que si le hacía algún daño a María, Elena se alejaría de él y eso era precisamente lo que quería evitar.

—Hagamos un pequeño viaje —contestó—. Hay muchas cosas que querría enseñarte, entre ellas, mi casa. Mientras tanto seguro que encuentran al culpable.

—¿Y quién cuidará de mi hermana?

—María ya es una mujer, Elena. ¿No va siendo hora de que aprenda a cuidar de sí misma? Además, no tendrá que hacer mucho más que levantarse sola y cocinarse las comidas. ¿No la crees capaz? Hasta tiene quien le limpie.

Ella le prometió que se lo pensaría, pero no tardó más de un día en aceptar. No se le ocurría una solución mejor para poder seguir juntos. Sin embargo, su hermana volvió a amenazarla, a gritos esta vez, hasta que Iacov optó por la primera opción, aunque pensaba insistir en la segunda. Una

opción más peligrosa, si cabe, que lo condujo hasta el lugar de los hechos, la casa de un joven de lo más popular entre las mujeres, cuyo valor para cometer tal crimen se derritó en perfecta cobardía ante la sola visión del intruso.

Pero logró controlarse, y Wilhelm se ocupó de todo lo demás.

CAPÍTULO IV. EL TRABAJO



adrid era el primer destino del viaje, y después vinieron Barcelona, **M** París, Londres, Berlín, Praga y, finalmente, Bucarest. Desde allí, un tren los llevó a la población más próxima al hogar de Iacov, que alcanzaron en un coche alquilado. Y por fin, tras casi medio año de ausencia, él pudo ver y sentir los bosques que tanto amaba.

Durante el viaje, Elena habló a diario con el joven que se estaba encargando de la tienda y con una de sus vecinas. Con su hermana lo hizo bastante menos, pues María se había opuesto a que se marchase con Iacov y estaba enfadada con ella, así que todo lo que quería compartir sobre lo que hacía con su hombre se lo fue contando a sus dos amigas del pueblo.

La primera noche, en el hotel, Iacov le reveló lo que ocurría cuando salía el sol, pero eso no evitó que ella se impresionase al presenciarlo por fin. Aunque fue un momento poco agradable, enseguida se alegró de su decisión y más aún cuando Elena le aseguró que mantendría las cortinas echadas. No obstante, por mucho que deseara estar con ella a todas horas, en la siguiente ocasión se tuvo que negar.

—Prefiero quedarme —insistió Elena.

—De ningún modo vas a estar encerrada todo el día.

—Pero ¿qué pasa si hay un incendio o algo así? ¿No podrías salir corriendo?

Iacov esbozó una sonrisa que pretendía tranquilizarla, aunque realmente reflejaba lo complacido que se sentía.

—Esperemos no tener tan mala suerte.

Elena bajó los ojos hasta que él le rozó la barbilla con un dedo.

—No temas, mi pequeña. Llevo muchos años con esto.

—¿Cuántos años?

Si bien hacía mucho tiempo que quería verbalizar aquella pregunta, casi desde el principio, la vergüenza de suponer cosas imposibles se lo había impedido. Ser testigo del descanso de su hombre le había dificultado más que nunca el ignorar pensamientos semejantes, por absurdos que pareciesen, y ya no podía seguir permitiendo una duda que la minaba por dentro y la apartaba tanto de él.

—¿De verdad quieres saberlo? —inquirió Iacov.

—Sí, de verdad.

—No llevo la cuenta exacta. Unos quinientos cincuenta años, desde que tenía veintiocho.

Por mucho que hubiera sospechado algo así, que casi lo supiera, Elena no tenía ni idea de cómo debía reaccionar.

—¿Me estás diciendo que eres... —Negó con la cabeza—. Eso no es posible.

—No soy más que lo que soy. El resto son solo cuentos.

Ella se sentó en el borde de la cama y él, atento a su expresión, hizo lo mismo.

—No te estás burlando, ¿verdad?

—Sería mejor así —admitió Iacov.

—¿Tu amigo también?

Él apenas dudó antes de asentir.

—¿Cuántos más hay?

—Pocos. No sé exactamente cuántos.

—Y ¿cómo fue? ¿Qué pasó? ¿O siempre has sido así?

—No, no siempre. ¿Conoces los conflictos que había en mi tierra con los turcos en torno al siglo XV?

—La verdad es que yo lo que sé de Rumanía se reduce a...

No pudo concluir. No podía decirlo en voz alta.

—¿Vampiros? —se burló Iacov. La vio avergonzarse y no controló el impulso de besarla, y ella no sintió rechazo, más bien lo contrario—. Preferiría no usar ese término, la verdad. Se ha degenerado.

—Supongo que si fueras como en las películas, le gustarías a mi hermana.

—No soy tan guapo, me temo.

Elena negó con la cabeza y le devolvió el beso.

—¿Lo de Drácula... —comenzó esperando que él le respondiera sin más.

—Hubo un hombre al que llamaron así, y también dijeron muchas cosas de él, desde el odio, el miedo o la ignorancia. Aunque nada como lo de ese libro. Es curioso que alguien que no podía conocerlo menos se acercase tanto a la verdad.

—¿Era como tú, entonces?

Iacov se vio arrastrado por el recuerdo y por el deseo de mostrar del todo su otra cara, pero logró contenerse, logró decir que aquel hombre había muerto hacía siglos, lo cual tampoco era mentira, y encauzar la conversación:

—En esa época había muchos problemas, pero los turcos eran una amenaza constante para toda Europa. Un día, una mujer muy hermosa se presentó ante el entonces rey, y le dijo que Dios le había otorgado a ella y a sus seguidoras la capacidad de hacer que un hombre fuese más fuerte de lo que cualquiera podría llegar a ser. Convenció a muchos de que su lucha era la nuestra, que era igual de justa. Pero cuando se vio el resultado, cómo los turcos ganaban terreno a pesar de nuestros esfuerzos y del precio que estos suponían, el rey las consideró enviadas del Diablo y las mandó ejecutar.

—¿Murieron todas?

—Sí —contestó Iacov con la mayor firmeza posible.

—Y... ¿las cosas que se dicen son ciertas? Lo de la estaca, el agua bendita... Los espejos ya he visto que es mentira, y también los colmillos.

—Cuentos, Elena, que ayudan a pasar las noches. El sol es lo único que me afecta.

—¿Y usar animales? Te facilitaría las cosas.

—Sí, pero no funciona.

—¿Y qué pasa si alguien bebe tu sangre?

—Enferma y acaba muriendo.

—¿Y hay más... seres?

—¿Como hombres lobo? Lo único que sé es que los perros son un incordio.

Notó el hormigueo en los pies y, por una vez, dio las gracias.

—Casi ha amanecido —dijo, tumbándose en la cama—. ¿No tienes sueño?

Elena se colocó a su lado y lo abrazó procurando no quedarse encerrada.

—Te quiero —susurró.

A pesar de la presión que Iacov sentía, su pecho pareció volverse mucho más amplio de repente. Sin embargo, no contestó. Aunque habría sido su primera vez, estaba seguro de que las palabras no eran suficientes. Muy pocas cosas creía comparables con la sensación que lo embargaba y casi todas tenían que ver con alguien que ya no volvería a ver jamás. Y pensó que todo merecía la pena por ese único momento.

—Mira lo que te he traído —dijo Elena al día siguiente, mostrándole una postal con la reproducción de una pintura impresionista—. Creo que es el amanecer más hermoso que he visto, considerando que no se puede mirar el sol directamente.

Iacov, observándola, no se sintió conforme con aquello. Acarició su mejilla, suave y cálida como quería recordar que era el tacto del sol, mientras ella le preguntaba por la primera vez que pudo ver al astro en una pantalla.

—No recuerdo el nombre de la película, ni la fecha, ni siquiera cómo era la sala, pero sí la decepción que sentí.

—Bueno, no es lo mismo, pero mejor algo que nada, ¿no?

—El problema es estar acostumbrado a vivir a medias.

—Ah, sí, eso puedo entenderlo.

Aquel viaje había sido como una luna de miel para él, y cuando por fin llegaron al castillo, fue como si lo hiciera con su esposa. Los recuerdos no tardaron en asaltarle, como siempre y pese al tiempo y la distancia, pero se negó más que nunca a prestarles atención. Elena, ajena por completo a ese pasado, lo primero que hizo fue lanzarle una mirada de reproche.

—Con que prejuizo.

Él se rio.

—No es para tanto. Por aquí hay varios así.

Si bien ella había conocido muchas maravillas durante el viaje, el hogar de su hombre la impresionó. No por su lujo o tamaño, sino por lo lúgubres que eran todas sus estancias. En ellas nunca daba la luz del sol: las cortinas siempre estaban echadas, y los postigos de las ventanas, siempre cerrados. La única iluminación procedía de las velas y estas eran bastante escasas. Además, parecía como si detrás de cada puerta se escondiese un secreto terrible, y en cada sombra, una bestia peligrosa.

El ambiente era frío y silencioso, y la servidumbre contribuía a ello. Eran gente sumisa, callada y con una piel cenicienta como la de Iacov cuando dormía, y a veces, Elena sentía que la vigilaban. De todos ellos, Mihai era el único que mostraba cierta cercanía: siempre estaba atento a lo que ella pudiera necesitar y le sonreía cuando se cruzaban. Los demás parecían tener demasiado miedo como para establecer ningún tipo de vínculo. Y ninguno de ellos, tampoco Mihai, terminaba de aceptar del todo la autoridad de Elena, como si necesitasen la aprobación constante de Iacov.

Él, en cambio, estaba conforme tanto con el castillo como con la vida ociosa, o eso parecía, mientras que a Elena no se le ocurría qué podía hacer para entretenerse cuando su hombre dormía o iba a alimentarse. No había

biblioteca ni conexión a internet y el edificio carecía de luz eléctrica. Iacov no tardó en notar su disgusto y le ofreció regresar a Valdelarrosa, pero la cara con la que lo hizo la obligó a negarse. Quizás fuese cuestión de tiempo que se acabase acostumbrando a aquel lugar, y de todos modos, solo estarían allí un par de semanas.

Aunque había algo que la inquietaba más que el castillo: el futuro de su relación con Iacov. No quería separarse de él, sin embargo, había algunas cosas que tenía que considerar antes de seguir exponiéndose a que se le partiera profundamente el corazón. Porque mentiría si dijera que no le preocupaba el hecho de que nunca podría tener un hijo de su hombre, y mentiría aún más si se negase que se sentía insatisfecha con su vida.

Cuando faltaban dos días para la fecha de regreso, Iacov le pidió que se quedasen allí un poco más. Elena accedió, pero no sin condiciones: necesitaba hacer algo útil, porque de lo contrario acabaría pagándolo con él. Iacov le propuso adaptar el castillo para que le resultase más agradable estar allí; tendría a su disposición los fondos que precisara y lo único que no podía hacer era contratar servicios del exterior.

Lo primero de todo era ocuparse de la limpieza y de ciertos arreglos necesarios. Sin embargo, encontró varias puertas cerradas a cal y canto. La servidumbre la remitió a Iacov, que le dijo que las llaves hacía tiempo que se habían perdido y que tampoco eran estancias que alguien necesitara. Entonces, una tarde, Elena dio con algo más extraño aún: aunque parecía ser otra puerta, carecía de pomo, goznes y cerradura. Era de madera muy oscura, con bellos detalles en hierro que dibujaban motivos vegetales, y tenía un símbolo impreso a fuego en el centro que le recordó a la escritura egipcia.

Cuando le preguntó a Iacov, él le aseguró que aquello era solo parte de la decoración, pero no fue capaz de creerlo. Algo le decía que el mayor secreto que aquel castillo podía guardar se encontraba detrás de esa especie de puerta. La idea de intentar abrirla se le pasó por la cabeza y estuvo muy tentada, pero eso hubiera sido una completa falta de respeto y no quería ofender a su hombre de ese modo.

La iluminación era un problema fundamental, aunque fuera solo para ella, así que encargó varias cajas de velas y escogió las estancias en las que ponerlas. No tenía sentido dejar operativo ni siquiera las zonas del castillo que estaban accesibles, pues era demasiado espacio para ellos dos solos, por

lo que mantuvo abiertas la cocina, el comedor, una pequeña sala de estar y la habitación que compartía con Iacov. El resto de las estancias se quedaría a oscuras y solo se limpiaría de vez en cuando.

Elena mandó entonces arreglar el jardín, y entre la maleza apareció un pequeño cementerio. Las lápidas estaban todas ennegrecidas y tenían numerosas grietas, por lo que apenas se podía distinguir nada de lo allí escrito. Los nombres parecían ser rumanos y las fechas se remontaban un par de siglos atrás. La servidumbre no quiso decirle nada, y cuando ella le preguntó a Iacov, él le prohibió tocar más el jardín.

—Dijimos la casa —aclaró al ver que había sido demasiado brusco.

—El jardín es parte de la casa —se defendió Elena—. Me gustaría poder pasar alguna que otra tarde en él.

—¿Y no puedes salir al balcón de nuestro cuarto?

—Santiago, por favor. Es inmenso y está desaprovechado.

—Deja el jardín en paz.

Tardó en regresar de cazar algo más que de costumbre. Elena le pidió disculpas por entrometerse en su intimidad, sin embargo, Iacov no solo entendía que ella quisiera saber cosas sobre él sino que era algo que, a pesar de todo, le complacía. Así, le reveló que las tumbas eran de miembros de su familia y le dio permiso para continuar arreglando el jardín, pero con la condición de que ignorase aquella zona.

De pronto, Elena se dio cuenta de que no le quedaba nada que hacer respecto al castillo; solo estar al pendiente de su mantenimiento. Y como su hombre deseaba seguir allí, tuvo que plantearse otra ocupación.

Iacov vivía del dinero que le enviaba Wilhelm. No había tierras que explotar ni ningún otro tipo de actividad económica ligada a aquel castillo, pero tampoco había manera de darle uso al talento de Elena como costurera. Él solo vestía lo mejor de lo mejor, que mandaba traer desde donde hiciera falta, y a menos que ella se dedicase a vestir a los sirvientes, en kilómetros a la redonda no había nadie más.

—¿No te basta con llevar la casa? —preguntó Iacov.

—No, no me basta. Necesito una ocupación.

—Pues aquí va a ser difícil. ¿Quieres volver?

Elena necesitó suspirar.

—¿Quieres que nos quedemos aquí para siempre?

Aunque Iacov se limitó a desviar la mirada, resultaba evidente cuál era la respuesta.

—Eso no puede ser, Santiago.

—¿Por qué no? ¿Quieres que nos casemos?

Elena no supo qué decir. Él la agarró de los hombros.

—¿Por qué no te basta con tenerlo todo?

—No lo tengo todo.

—¿Y qué te falta? ¿Por qué quieres trabajar? Podemos volver a ver a tu hermana, pero quisiera que viviésemos aquí juntos. Esta es tu casa si la aceptas.

—Me falta que me cuentes algunas cosas, pero espero que lo hagas con el tiempo. Ahora mismo lo que más me falta es poder hacer algo útil.

Iacov se sintió tan complacido y la comprendía tanto que, pese a las dificultades que aquello les podía acarrear, la admiró profundamente y la besó de igual modo.

—Puedo comprarte todo lo necesario para que confecciones aquí. Nos encargaremos de venderlo en los pueblos y ciudades.

Elena negó con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Pues que eso para mí es solo un trabajo, Santiago. Yo... Hay algo que siempre he querido hacer, pero lo veo muy difícil. Puede que incluso sea imposible.

—¿El qué? —la retó él.

—Estudiar medicina.

Aunque pensaba aquello a diario desde que era una niña, llevaba varios años sin decirlo en voz alta y enseguida sintió cómo se aligeraba su pesar. Iacov, en cambio, padeció la ironía de que alguien como él amase a una persona que quería dedicarse a salvar vidas ajenas, si bien lo consoló pensar en ahorrarle la insatisfacción a su pequeña.

—¿Y por qué no ibas a poder?

—Tengo veintitrés años, Santiago.

—Sí, eres una vieja.

—Son diez años al menos.

—Pues cuanto antes empieces, antes acabarás.

—Pero aún no tengo ni la selectividad. Fue... el año que murieron mis padres.

Iacov la abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—No sé qué es eso, pero sí sé que puedes conseguirlo.

Elena sonrió. Él también lo hizo, aunque no tardó en ponerse serio.

—Significa irnos, ¿no?

—Bueno, la selectividad puedo estudiarla aquí.

Sintió vértigo al caer en la cuenta de que aquella decisión implicaba pasar más de un año en el castillo. En cambio, Iacov se regocijó, tanto que hasta dijo:

—En mis tiempos solo las brujas sabían de esas cosas.

Ella lo pellizcó en un brazo y él se rio, justo antes de cogerla en peso y tumbarla sobre la cama.

Iacov contrató a un joven recién graduado para que ayudase a su pequeña a preparar la selectividad. Ninguna mujer que supiese castellano quiso desplazarse hasta el castillo. El joven se llamaba Vasile y tenía el cabello rizado y muy rubio, los ojos de color miel y una bonita sonrisa de ortodoncia. Aunque a Elena no le pareció nada guapo, más bien al contrario, sí que le resultó especialmente encantador.

Pero entonces se dio cuenta de que coqueteaba con ella. Si bien al principio fue algo sutil y fácilmente confundible con amabilidad, poco a poco sus miradas y sus comentarios fueron subiendo de tono. Al final, tuvo que ponerse seria y pararle los pies. Aunque, la verdad, fue más por él y por Iacov que por ella misma, porque sus halagos despejaban sus dudas y reforzaban su voluntad para seguir adelante con aquella locura.

—Estoy con Santiago. Es el hombre que te ha contratado, ¿recuerdas? Así que, por favor, vamos a centrarnos.

Vasile moderó su actitud en los días siguientes, si bien solía observarla mientras ella leía o realizaba alguna tarea en el comedor. Entonces, le reprochó que le dedicase tan poco tiempo al estudio.

—Si quieres presentarte el año que viene, deberías estudiar al menos cinco o seis horas al día. Aunque eres muy buena alumna, ten en cuenta que hace años que terminaste el Bachillerato.

Elena sabía que tenía razón, así que poco a poco fue restándole minutos a la noche y concediéndoselos al día. Iacov enseguida se dio cuenta de ello, sin embargo, no protestó porque para él lo más importante era conseguir

retener a su pequeña, ignorando que ella habría preferido que lo hiciera al creer que de ese modo no se sentiría tan culpable.

Un día, Vasile abordó la reproducción humana y le mostró una ilustración del sexo masculino, probablemente con la intención de incomodarla. Elena, en cambio, se puso triste.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, colocando una mano sobre la de ella. Elena deshizo el contacto de inmediato—. ¿Sabes?, no tiene por qué enterarse.

Ella le dedicó una dura mirada y Vasile sonrió.

—Creí haberme expresado con claridad.

—Eres una preciosa flor que se está mustiando aquí dentro. ¿Por qué has puesto esa cara cuando te he enseñado esto? Él no te satisface, ¿verdad?

—Cállate —ordenó Elena, cerrando el libro—. Creo que hemos acabado por hoy.

Se levantó de su silla y se dirigió hacia la salida de la estancia, pero Vasile la agarró y la intentó besar. Ella se resistió y lo golpeó en la cara, lo que le permitió soltarse y correr, hasta que él la detuvo y le tapó la boca con una mano para impedirle gritar. Elena se trasladó entonces hasta aquella lejana noche, sabiendo que Iacov no podría acudir al rescate esta vez.

Se obligó a relajarse. Vasile sonrió, complacido, y empezó a besar su cuello y su rostro, y ella lo besó a él con toda la pasión que supo demostrar mientras lo arrastraba hacia la mesa. Le dio entender que quería que la poseyera allí mismo, y Vasile se pegó a ella para demostrarle lo mucho que lo satisfacía tanto la idea como su actitud. Ansioso, se bajó los pantalones y la ropa interior, y se disponía a subirle la falda a Elena cuando se topó de lleno con la punta de uno de los cuchillos del almuerzo.

—Apártate de mí. —Los ojos de ella se fueron un instante hasta su miembro erecto y él interpretó que ella solo estaba jugando—. Quieto. Estate...

Vasile agarró su mano para tratar de quitarle el cuchillo, pero empleó tan poca fuerza que Elena logró zafarse con facilidad. Ella puso distancia entre los dos con su arma en alto, y entonces él se percató de que iba en serio. Se subió los pantalones y la persiguió, alcanzándola justo antes de que pudiera abrir la puerta del comedor.

—Eres una zorra. Si no es por las buenas, pues será por las malas.

El miedo se apoderó de Elena y Vasile aprovechó para tumbarla en el suelo y colocarse encima de ella. Elena había quemado sus opciones y ahora tendría que dejar que la violasen, si no quería sufrir más daño aún. Se consoló pensando que Iacov le daría su merecido a aquel monstruo.

Entonces, vio el cuchillo tirado en el suelo. Mientras debía soportar cómo Vasile la besaba y manoseaba, extendió el brazo y rezó por llegar. Estaba sola y nadie vendría a salvarla; dejó que aquel pensamiento la dominase por completo.

Todo pasó muy rápido. Recordaba haber tocado el cuchillo y sabía que aún lo tenía entre los dedos. El metal había chorreado sangre, que había manchado sus manos y su ropa. Junto a ella había un hombre que ya no respiraba, de cuyo cuello brotaba el mismo líquido rojo oscuro, que se extendía lentamente por la alfombra rumbo a su descompuesto almuerzo.

Elena permaneció allí tumbada un tiempo indefinido, con la mirada clavada en el cuerpo de Vasile. Los ojos de él seguían abiertos, pero ya no mirarían nada más. Ni sus manos tocarían a nadie. Él no volvería a hacer ningún daño. Entonces, alguien abrió la puerta situada a su espalda. Aunque le pareció que sucedía muy lejos, cuando notó un roce en el hombro, se volvió con rapidez y clavó el cuchillo sin contemplaciones.

Iacov se sacó aquella arma del muslo, la arrojó lejos y cogió a su pequeña en brazos para llevársela a su habitación. Ella permitió la cercanía hasta que él trató de desvestirla.

—Solo quiero que te des un baño. —El tono de voz de Iacov era el más suave y dulce que había empleado hasta el momento con Elena—. Me voy, ¿vale? Pero quítate eso. La bañera se está llenando.

Ella negó varias veces con la cabeza y regresó con él para que la abrazase.

—Lo lamento —dijo Iacov.

—No. Ha sido culpa mía.

Él la apartó lo justo y necesario para mirarla a los ojos.

—No digas eso. ¿Me has oído? Tú no tienes culpa de nada. Yo soy el que...

Sentía una decepción profunda de sí mismo. Y no solo por no haberse dado cuenta antes de la maldad de Vasile, no solo por no haber podido protegerla, sino también porque lo había escuchado todo y durante unos infernales segundos había creído que ella le estaba traicionando.

—Debí decírtelo —se lamentó Elena—. Debí decirte que estaba interesado. Pero pensé que... Y ahora...

—Pensaste que lo mataría. Y ahora está muerto, como debe ser. Y también debería estar agradecido, porque ha sido demasiado rápido.

Esperó el rechazo de ella, sin embargo, Elena volvió a reclamar su abrazo. Para ella, imaginar lo que su hombre le habría hecho a Vasile justificaba de algún modo sus propios actos, haciéndolos menos graves de lo que eran en realidad.

No se atrevió a entrar en el comedor durante los dos días siguientes. Cuando finalmente lo hizo, estaba todo tan limpio que por un instante le pareció como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué han hecho con él? —le preguntó a Iacov.

—Lo han llevado al bosque.

Elena se imaginó a las bestias devorando a Vasile y se sintió reconfortada. Algo parecido le ocurrió a Iacov, pero él tampoco se atrevió a compartirlo.

—¿Y qué pasará ahora?

—¿A qué te refieres?

—Pues que tendrá familia o algo. Alguien podría...

—No te preocupes. Aquí nadie sabe nada.

Aunque sonaba y se veía absolutamente convencido, Elena no pudo creerlo. Y, por desgracia, no tardó en saber que tenía razones para ello: Vasile se había estado comunicando con su hermano y este, ante la ausencia de noticias, había decidido venir al castillo. Iacov no quería eliminarlo sin más, dos desapariciones llamarían demasiado la atención, pero tenía preparada una excusa, algo sencillo, sin detalles que pudieran provocar alguna contradicción, y le aseguró a Elena, y a sí mismo, que todo saldría bien.

El hermano de Vasile llegó cuando el sol brillaba en lo alto del cielo, por lo que Elena tuvo que encargarse de recibirlo. Aunque el miedo y la culpa se habían ido apoderando de ella, se centró en parecer que estaba completamente tranquila y que era del todo inocente. Él se llamaba Ion y era muy parecido físicamente a su hermano, pero opuesto en todo lo demás: huraño y de pocas palabras, no había nada que pareciera complacerlo en absoluto; ni el viaje, ni los bosques, ni el castillo, ni la habitación que

ocuparía aquella noche, ni siquiera la cena con la que Elena quiso agasajarlo. Lo único que le importaba era saber qué había sido de Vasile y regresar cuanto antes a Bucarest para ocuparse de sus negocios.

—Se marchó hace una semana —dijo Elena en inglés, puesto que Ion no sabía castellano. Había ensayado aquella frase mil veces al menos y le pareció que había sonado convincente—. Pero venga, debe de estar cansado del viaje. Le llevaré a su habitación.

—¿Se marchó? No me dijo nada.

—No puedo decirle más, lo siento. Dijo que le había surgido una urgencia.

—¿Una urgencia? No me imagino cuál.

—Yo tampoco.

—¿Y el señor? ¿Dónde está?

—Vendrá para la hora de la cena. Está resolviendo unos asuntos en Bucarest.

Los ojos de Ion rebosaban de desconfianza y Elena rezó para que los suyos fuesen capaces de no delatarla hasta el final.

Iacov no se había podido levantar aún cuando Ion apareció en el comedor. Elena intentó darle a esta conversación, pero solo logró saber que tenía esposa e hijos mientras se esforzaba por no mirar la alfombra. Cuando por fin llegó su hombre, Ion ignoró toda cortesía y fue directo al grano:

—¿Y mi hermano?

—Elena ya se lo habrá dicho —contestó Iacov—: Vasile se marchó hace días. No sabemos nada de él desde entonces. Quedó un dinero por liquidar.

—Puso sobre la mesa un sobre bastante grueso—. Déselo cuando lo vea.

Ion observó el sobre un momento antes de cogerlo para guardarlo en su chaqueta.

—No imagino por qué se iría así de repente.

—Nosotros tampoco —aseguró Iacov.

Se suponía que aquella excusa era la mejor posible, porque alguien culpable se habría inventado algo aunque fuese mínimamente elaborado. Sin embargo, el silencio se apoderó del comedor y el aire pareció poder cortarse con cualquiera de los cuchillos que había en aquella mesa, y cuando Ion se dio cuenta de que el señor de la casa no probaba bocado, no dijo nada al respecto.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Elena a Iacov.

—He comido algo hace una hora.

—Está muy bueno —reconoció Ion.

Elena sonrió lo mejor que pudo.

—Me alegro. ¿Y qué piensa hacer? ¿Se marcha mañana?

Lamentó enseguida su pregunta, pero Ion no dio muestra alguna de haber captado su impaciencia.

—Querría hablar con las personas que trabajan aquí —repuso él.

Elena se percató de que había evitado llamarlos «sirvientes».

—¿Para? —preguntó Iacov.

Aunque su voz había sonado increíblemente neutra, sus ojos negros brillaban llenos de desafío. Elena no podía imaginar a alguien capaz de contradecirlo en aquellos momentos. Ion, sin embargo, insistió.

—Ellos no saben nada —aseguró Iacov.

La tensión en el ambiente no hacía sino crecer, y ninguno de los dos parecía dispuesto a plegarse ante el otro, así que Elena se atrevió a intervenir.

—Amor mío, deja que hable con ellos —dijo colocando una mano en el brazo de su hombre—. Que lo compruebe por sí mismo. Es su hermano, Santiago. Solo quiere saber a dónde ha podido ir.

Él desvió la mirada y ya no dijo nada más. Ion se disculpó para irse a su habitación, y en cuanto la pareja se quedó a solas, Elena se incorporó para abrazar a Iacov.

—No sabes cuánto lo siento —susurró.

—Tal vez sí debería acabar con él.

—No, tiene familia.

—¿Y qué? Estos bosques son peligrosos.

—Santiago, por favor.

Él se puso en pie y estrelló su servilleta contra su plato.

—Estoy harto —dijo yendo hacia la salida del comedor.

Ella se interpuso en su camino, pero Iacov la miró de una forma que la obligó a ceder. Sintió un gran alivio cuando él abandonó el castillo. Aunque intentó mantenerse en vela, al final se quedó dormida antes de que su hombre regresara, y al despertar, Iacov estaba a su lado y había cerrado con llave la puerta de la habitación.

Elena bajó a buscar a Ion, pero él ya se había marchado. Mihai le reveló que lo había hecho justo después de desayunar y que Iacov primero había

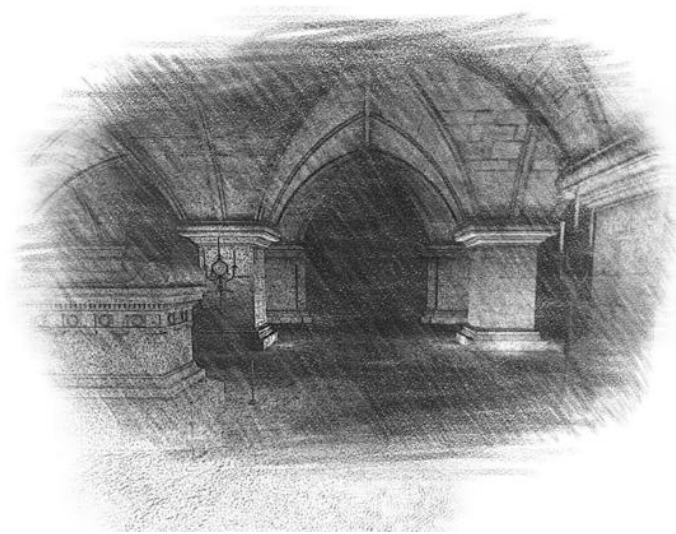
hablado con toda la servidumbre. Ella no necesitó preguntar para saber que ninguno de ellos le había dicho una sola palabra a Ion, y se contuvo para no reñirlos, porque ya no tenía remedio y porque el respeto que su señor les infundía habría impedido que hicieran cualquier otra cosa.

No recibieron noticia alguna en los siguientes días y Elena por fin pudo relajarse un poco. Iacov no se había mostrado alterado hasta el último momento, siempre parecía tener el control de sí mismo, y ella no podía evitar preguntarse cómo habría sido en el pasado. Cómo habría sido con la servidumbre para que esta le tuviera tal pavor, y cómo habría sido con otras personas, con sus presas y con sus enemigos. Imaginarlo la aterraba y fascinaba por igual, y eso hacía que se sintiera muy avergonzada.

Aunque lo que más le pesaba era otra cosa: ella sabía que debía sentir remordimiento por sus actos, pero no era así. Vasile se lo había buscado, y de volver atrás, Elena estaba bastante segura de que habría hecho exactamente lo mismo. Lo que sentía era miedo. Y temía tanto que aquello pudiera traer malas consecuencias, que se despertaba varias veces y, por eso, Iacov dedujo que a ella sí que le había afectado el haber matado a alguien.

Elena no quiso exponerse y él la mimó como nunca, haciendo que su amor le resultase lo bastante fuerte como para soportar el envite de cualquier contrariedad. Su frustración se retiró a un segundo plano, tan alejado de ambos que ella llegó a pensar que podría convivir con ese vacío en su vida. Odió profundamente el instante preciso en el que se dio cuenta de que aquello no iba a ser posible.

CAPÍTULO V. LA PUERTA



ra demasiado irresponsable volver a traer a alguien al castillo, y Elena no deseaba alejar a Iacov de su hogar, así que se propuso estudiar por su cuenta aprovechando las indicaciones de Vasile y todos los recursos que su hombre podía conseguirle.

Una noche, en la sala de estar, él le preguntó si quería ser su esposa y le entregó un anillo de oro blanco con un zafiro enorme engarzado en el centro, rodeado de brillantes. Parecía el anillo de una princesa. Elena se quedó mirándolo sin saber qué decir.

—¿No te gusta? Puedo conseguir otro, pero este me recordó a tus ojos.

—Es precioso, mi amor. No es eso.

—Entonces no quieres.

Ella respiró hondo para tomar fuerzas.

—Quieres pasar toda mi vida conmigo —dijo despacio.

—Claro que quiero.

—¿Y cuando sea vieja?

—¿Qué pasa?

Por un lado, aquella pregunta complacía a Elena como pocas cosas lo habían hecho en su vida, mientras que por otro, la obligaba a volver a tratar un tema que se le resistía.

—¿Has cambiado en todos estos años?

—No, pero yo no te veo de esa forma. Es más, daré las gracias cuando seas vieja.

—¿Por qué?

—¿Es que no sabes cómo me pones todos los meses?

Ella esbozó una sonrisa que Iacov corrió a besar.

—¿Y bien?

—Lo siento, amor mío, pero no puedo decirte que sí. Creo que es demasiado pronto para eso.

—Pero me amas.

—Sí, y también tengo veintitrés años. No puedo comprometerme de esa manera todavía. Por favor, entiéndeme.

Iacov se reclinó en el sofá y observó a su pequeña mientras terminaba de tomar una decisión. Se repitió que su tiempo ya había pasado y que, por tanto, algo así no iba a separarlo de ella. Claro que, en el fondo, esperaba que Elena se negase.

—¿Es por lo de ser madre? Porque podría soportar que lo fueras con otro.

Aquello tomó a Elena por sorpresa, aunque solo le recordó que realmente quería lo mismo que su hombre. Iacov se sintió muy aliviado al saber que concebir hijos era posible sin mediar intimidad.

—Entonces no lo entiendo. Yo tenía diecisiete cuando...

—¿Cuándo qué?

—Eran otros tiempos —dijo él poniéndose en pie.

—¿Has estado casado?

—Eso fue hace mucho.

—Espera. No me lo cuentes si no quieres, pero no te vayas enfadado.

—No estoy enfadado —aseguró Iacov—. Esperaré hasta que estés lista.

Al día siguiente, cuando los dos aún dormían, Mihai llamó a la puerta de la habitación. Alguien había entrado en los límites del castillo. Elena se vistió a toda velocidad y cerró la puerta con llave al salir.

—¿Puedes ayudarme?

—Por supuesto, mi señora.

—Pues, lo primero, trae a todos aquí.

Mihai la complació enseguida. Los sirvientes parecían más asustados de lo habitual y eso la puso más nerviosa, hasta que se percató de que en esos momentos ellos estaban a su cargo. Ellos y su hombre dependían de ella.

—Sea quien sea, vamos a actuar como si nada.

—Mi señora, no sé si sabéis que podemos sentirlo —dijo Mihai.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que sabemos dónde está aunque no lo veamos.

—¿Y eso cómo es posible?

Mihai bajó los ojos al suelo mientras sus compañeros se miraban entre ellos. Elena comprendió que era mejor dejarlo estar.

—Sea como sea, actuad con normalidad. No es seguro que quiera entrar aquí, pero necesito que, esta vez, si alguien os pregunta cualquier cosa, no os limitéis a no decir nada. Es sospechoso. Vosotros lo que sabéis es que Vasile se fue inesperadamente y eso es todo.

—Mi señora, el señor...

—No os preocupéis por él. Vosotros ayudadme a conseguir que todo salga bien y yo me encargaré de lo demás.

Los miró uno a uno. Aunque la mayoría evitó corresponderla, todos asintieron con la cabeza. Ella ignoraba si habían sufrido algún maltrato, pero si había sido así, eso había acabado; Iacov tendría que darle su palabra.

—Regresad a vuestras tareas. Mihai, quédate conmigo.

—Apenas habéis dormido, mi señora. Podéis regresar a la habitación y yo me quedaré en el pasillo.

—No podría volver a dormirme.

Entonces, llamaron a la puerta principal. El corazón estuvo a punto de salirse por la boca y le latió con dolorosa rapidez durante todo el tiempo que tardó en ver al intruso. Parecía ser un monje: vestía un hábito de color gris sujeto por un cordón dorado, su coronilla estaba rasurada y de su cuello colgaba un crucifijo de madera. De mediana edad y estatura, algo entrado en carnes y con la tez aceitunada, tenía unos ojos marrones que brillaban llenos de afabilidad.

—Buenos días —saludó con una sonrisa. Elena captó acento italiano.

—Buenos días. ¿Qué le trae por aquí?

—Oh, disculpe mi intromisión. Verá, estoy de viaje y he visto el castillo. Me preguntaba si sería posible que me dieran un poco de agua. Creo que aún me queda bastante para llegar a Bucarest.

—¿Va usted andando?

—Sí, señora, es parte de mi viaje. Estoy de peregrinación por las iglesias del país y la capital es mi última parada. Si, además de agua, pudiera darme algo de pan...

—Por supuesto. Mihai, por favor, encárgate del equipaje de nuestro invitado.

—Oh, no es necesario —repuso el monje, apegándose la bolsa al cuerpo.

—Disculpe, pero no me ha dicho su nombre.

—¡Qué maleducado! Ni se lo he dicho ni le he preguntado el suyo, señora mía. Me llamo Carlo. ¿Con quién tengo el placer?

—Soy Elena. Vamos al comedor.

—No quiero importunar. Puedo ir directamente a la cocina.

—No se preocupe —insistió ella.

Aunque Carlo parecía inofensivo, bien podía no serlo y Elena creía que presionarlo para que se quedase le transmitía que allí no tenían nada que ocultar.

—¿Y vive usted aquí sola? —preguntó el monje.

—No, con mi pareja. Él está ahora en Bucarest.

Por mucho que la tentase mentir, no podía olvidar que tanto Vasile como Ion habían visto a Iacov.

El monje no aceptó nada más que el agua y el pan y contestó convincentemente a las preguntas que Elena le planteó sobre su viaje. Además, aunque se interesó por ella, no lo hizo por Iacov en ningún momento. Y al ir a despedirse, le dio las gracias a su anfitriona por su hospitalidad e incluso le deseó la bendición de Dios, y ella lo vio alejarse por el camino mientras se obligaba a reconocer que toda sospecha sobre él era infundada.

Sin embargo, su sensación de triunfo no duró demasiado: Mihai se la quedó mirando hasta que ella se percató y entonces se puso un dedo sobre los labios, como pidiendo silencio, para acto seguido hacer el gesto de quien quiere escribir algo. Elena entendió que alguien los estaba escuchando, por absurdo que resultase, y un escalofrío hizo presa de ella. Pero antes de saber nada más, Mihai movió la cabeza como un gato que oye algo inaudible para una persona y le comunicó que el monje había allanado el castillo.

—¿Dónde se encuentra?

—Deberíais iros a la sala de estar, mi señora. Dejad que nosotros nos encarguemos.

Elena tuvo claro que no debía mentar a Iacov de ninguna forma, y también que ellos solos no serían capaces de convencer a alguien como aquel monje.

—Vamos a aclarar esto. Aún no sabemos qué pretende, así que intentaré que se vaya por las buenas. Tú ve a por los demás y apoyadme si no quiere irse.

Mihai le rogó con los ojos y ella negó con la cabeza.

—¿Dónde está? —insistió Elena.

—Está bien, mi señora. Pero permitidme primero que le diga a Jaris que reúna a los demás. Está muy cerca.

Elena sospechaba a dónde la llevaba y no tardó en comprobarlo, cuando vio aquella puerta sin pomo, goznes ni cerradura. Carlo se encontraba justo delante de ella.

—¿Sabes a dónde da esta puerta?

—No es una puerta —aseguró Elena—. Y si lo fuera, no es asunto tuyo. Te pido por favor que te marches de mi casa.

El monje sonrió de tal forma que ella sintió que se ahogaba.

—¿No quieres saberlo?

—No es una puerta —repitió Elena con menor firmeza.

Carlo observó aquello durante un par de segundos que parecieron horas.

—Sí que lo es —dijo—. ¿El señor de la casa te ha dicho lo contrario?

—Él no me ha dicho nada. No es una puerta, ¿no lo ves? No tiene pomo ni nada.

—Cierto. Ambas cosas. Solo eres una pobre joven inocente. Pero no te preocupes, que yo voy a ayudarte.

—No necesito ayuda. Quiero que te vayas. Ahora mismo.

El monje se agachó para buscar en su bolsa y Elena dio un paso atrás. Él le mostró un trozo de madera afilado por un extremo, que parecía haber formado parte de una gran estaca, recubierto de una sustancia reseca de color rojo oscuro.

—¿Sabes qué es esto? ¿No? ¿El hombre con el que vives no te lo ha dicho? Pues es algo que solían hacer por aquí hace bastante tiempo. Me ha sorprendido encontrármelo, la verdad. No he podido traerlo todo, pero creo que te puedes imaginar que era un buen palo. ¿Sabes dónde estaba metido?

—No sé a dónde quieres llegar —mintió Elena.

La servidumbre en pleno apareció y Mihai se colocó delante de sus compañeros.

—Que no intervengan —advirtió Carlo—. Lo mejor es acabar con esto de una manera rápida y limpia. No quiero haceros daño ni a ti ni a ellos. Solo me interesa él.

—¿Qué quieres decir? ¡Vete de una vez!

—Sé que está detrás de esta puerta. Reconozco este glifo. Es magia de sangre.

—¿Magia? ¿Estás loco? Mira, o te vas ahora mismo o...

—¿Alguna vez has entrado? No, ¿verdad? ¿No quieres saber por qué no lo ves en todo el día? ¿Es que no tienes curiosidad?

Elena le dedicó una mirada que intentaba intimidarlo, sin embargo, el monje se limitó a sonreír y a volver a agacharse sobre su bolsa. Cuando sacó una pequeña navaja, Mihai se abalanzó sobre él, pero Carlo lo esquivó fácilmente. El sirviente volvió a arremeter, pero el monje lo golpeó en la nuca y Mihai cayó al suelo desplomado. Y allí se quedó, inmóvil y con los ojos muy abiertos.

Elena ahogó un grito y miró a Carlo con todo el desprecio que supo y pudo.

—Ya te he dicho que no quiero haceros daño. Solo necesito un poco de tu sangre y que me dejes hacer mi trabajo.

—¿Mi sangre? —masculló ella.

—Únicamente se abre con sangre limpia, algo que ni ellos ni yo tenemos.

—No voy a darte nada.

—¿He de tomarlo por las malas?

—¿Qué haces aquí? ¿Cuál es tu trabajo?

—Podría decirse que me dedico a cazar. O a purgar el mundo. Yo creo que simplemente saco la basura.

Elena sintió que el pecho se le encogía y recordó la cara de Vasile. Sus ojos sin vida y el cuchillo impregnado en su sangre.

—El señor no tuvo nada que ver —aseguró—. Fui yo.

—¿Eso te ha dicho que dijeras? ¿Como a sus sirvientes que no dijeran nada?

—No, es la verdad. Vasile me atacó y yo me defendí.

El monje escrutó su rostro, pero si algo tenía ella claro, era que él no podría encontrar otra cosa que sinceridad.

—¿Lo dirías en un juicio?

—Sí.

—¿Aunque pudieran condenarte?

Elena asintió sin demora. Prefería aquello a que Iacov muriese por pagar una deuda que era suya.

—No soy policía —repuso Carlo—. Si estoy aquí no es solo por esa muerte.

—¿Y entonces?

—Realmente no lo sabes, ¿eh? Claro. De qué otra forma podría una muchacha como tú estar aquí voluntariamente. Cuando me lo dijeron, no podía creerlo. Tenía que verlo con mis propios ojos. Niña, el hombre con el que vives es un monstruo y yo he venido a destruirlo.

Carlo avanzó hacia ella con la navaja en la mano y Elena se alejó de inmediato. Aunque ella ansiaba descubrir qué había al otro lado de aquella puerta, insistir era la única forma que le parecía capaz de salvar a Iacov en el caso de que el monje no encontrase nada, sobre todo después del sacrificio de Mihai:

—No está aquí.

—Sí que está. ¿Por qué te dejaría aquí sola?

—Discutimos. Por lo que pasó con Vasile. Lo amenacé con dejarlo si acababa con Ion y se marchó muy enfadado. No he vuelto a verlo. Lo juro.

Carlo se detuvo. Elena pensó que había conseguido que dudase, pero el monje estaba decidido a comprobar sus sospechas.

—Solo necesito un poco.

—¿Y cuando veas que no está ahí detrás? Si es que hay un detrás.

—Si no está detrás de esta puerta, me iré a buscarlo a donde sea que se haya ido. Te doy mi palabra. Ahora, ven aquí.

Elena recalculó sus opciones y les ordenó a los sirvientes que no interviniesen. Luego dejó que Carlo agarrase una de sus manos y le hiciera un pequeño corte en un dedo, y después, que tirase de ella para tocar con su herida el símbolo de la madera. Se mantuvo escéptica, a pesar de sus deseos, hasta que vio cómo las marcas brillaban igual que el hierro candente.

Se oyó un crujido y el monje los retiró a ambos unos pasos. El trozo de madera se desprendió del muro y cayó a sus pies, generando un estruendo que pareció rebotar en todas y cada una de las paredes del castillo. Elena se quedó absorta contemplando el hueco, negro como una noche sin estrellas ni luna, como los ojos de su hombre, del que manaba un frío que helaba hasta el alma.

Sentía una enorme curiosidad, aunque también la abordó un miedo terrible. Carlo sacó una linterna de su bolsa y le ordenó que lo siguiera de cerca.

—¿He de ir?

—Claro que sí. Vamos.

El hueco se adentraba en el muro un par de metros y después había una escalera de piedra. Bajaron por ella despacio, peldaño a peldaño, sumidos en un silencio solo quebrado por el rasguño de sus pasos. Al final, encontraron un pequeño rellano y otra puerta. Esta era muy similar a la que se hallaba escaleras arriba, aunque con un símbolo diferente: en lugar de parecer la concha de un caracol, recordaba a un pez.

Carlo se hirió un dedo y tocó el glifo, pero nada sucedió. Meditó un segundo, y terminó colando la mano en su bolsa y sacando una pequeña botella de cristal con un líquido negro en su interior. Tomó un poco en un dedo y volvió a tocar la puerta, y esta vez, la madera reaccionó.

Una peste horrible emergió del otro lado, como si allí dentro hubiese mil cadáveres en descomposición. La oscuridad era completa y el silencio, por un instante, fue total. Si Elena hubiera estado sola, jamás se habría atrevido a cruzar aquella puerta.

—Curioso —dijo Carlo, mostrándole la botellita—. La de arriba se abre con alguien limpio y esta de aquí con alguien muy sucio.

—¿Qué es eso?

—Sangre de monstruo. Vamos.

—No quiero entrar.

Él le dejó claro con una mirada que no tenía más opción que seguirlo. Penetró en aquella pútrida negrura y la luz de la linterna desveló una sala rectangular de piedra, con un techo bajo y abovedado y sin ventanas. En el centro de la sala se hallaban tres sepulcros de mármol blanco, sin decoración ni inscripción alguna, dos de ellos perfectamente cerrados. Dentro del tercero había un ataúd de una extraña madera plateada, rodeado con unas gruesas cadenas de hierro de las que pendían tres candados.

—Las llaves —ordenó Carlo.

—Yo no las tengo, ni sé dónde están.

—He de ver qué hay dentro.

—Estuvo casado, así que seguro que uno es de su esposa. Los otros dos serán sus padres.

—¿A qué esposa te refieres? Las dos que yo conocía están muy lejos de aquí, y la tercera está ahí fuera, en el jardín, con su suegra y lo que parecen ser un par de criados. ¿Y en serio crees que montaría todo esto para enterrar a alguien?

Por supuesto que era sospechoso, y aquellas cadenas, además, lo hacían resultar aterrador. Por mucho que deseara saber, Elena no quería seguir más tiempo allí.

—Tampoco son sus padres —prosiguió el monje—. La madre ardió por bruja y el padre fue destruido por un adversario político. Creíamos que él había caído también, pero está claro que no es así. Y ahora me encuentro con tres lugares de descanso. Uno es el suyo, pero ¿y los otros dos?

El monje había hablado más para sí mismo que otra cosa, y de repente pareció darse cuenta de que Elena estaba a su lado.

—¿Sabes lo que le pasó a su primera esposa? —preguntó. Ella dedujo que lo único que pretendía era ponerla en contra de Iacov.

—No es asunto mío.

—Se suicidó. Estaban rodeados por los turcos y entendió que aquello era un castigo por la condición de su esposo. Uno de sus hijos era solo un bebé, y ella lo arrojó también al vacío para evitarle la condena que le esperaba con semejante padre.

»Pero al menos pudo decidir. Su segunda esposa se dio cuenta de lo que él era y murió por su mano cuando quiso delatarlo, y me temo que la que está enterrada en ese viejo cementerio del jardín no corrió una suerte muy distinta. Qué casualidad que falleció ni un año después de su boda, al poco de que lo hiciera su madre.

Sus palabras permanecieron en el silencio durante un segundo entero, adheridas a aquellas paredes de piedra y a aquel aire tan viciado. Después, Elena se percató de lo fuerte que le latía el corazón y de lo mucho que le dolía el pecho. Se sintió mareada y perdió el equilibrio, y sin querer se apoyó en uno de los sepulcros. Entonces, se oyó un golpe.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Carlo.

Barrió la estancia con la luz de la linterna y se fijó en los sepulcros. Le pasó la luz a Elena y se dispuso a deslizar la tapa de mármol del primer sepulcro, y no con las manos ni empleando la fuerza de cualquier otro modo, sino que miró la tapa, dijo una extraña palabra y así desveló un hueco que se asemejaba mucho a una cama vacía. Para el segundo sepulcro, sin embargo, decidió encaminarse escaleras arriba. Ella no necesitó que le dijera nada para ir tras él.

La servidumbre no se había movido un ápice. Elena dio un respingo al ver a Mihai vivo.

—¿Os encontráis bien, mi señora? Estáis muy pálida. No os preocupéis, que nada haremos que pueda ponerlos en peligro.

—Pues ayudadme —replicó el monje—. No quiero malgastar mi energía.

Los sirvientes se miraron entre ellos mientras los ojos de Mihai seguían anclados a Elena, como esperando un permiso. Aunque ella no quería dárselo, no se le ocurría otra forma de que Carlo los dejase en paz y se repitió que su curiosidad no guardaba relación, ni tampoco el coraje que sentía por las palabras del monje.

—La señora se queda aquí —dijo Mihai.

—De ningún modo —replicó Carlo.

—Entonces, no te ayudaremos.

—Moriréis. Y ella también.

—Nunca abrirás ese ataúd. No atiende a golpes ni al fuego.

Mihai y Carlo se miraron el uno al otro como manteniendo un combate invisible. Al final, el monje resopló.

—¿No quieres saber lo que hay? —le preguntó a Elena.

—Lo haré luego.

Carlo se adentró de nuevo en la oscuridad, esta vez seguido por Mihai y otros dos sirvientes. Elena se debatió entre quedarse allí, a intentar oír lo que pasaba al final de la escalera, o marcharse y correr a esconderse hasta que todo hubiera acabado. Lo que tenía claro era que jamás pondría en peligro a Iacov, por muy enfadada con él que estuviera en esos momentos. Entonces, Jaris se le acercó y le pidió que lo acompañase.

—¿A dónde?

El sirviente señaló con un dedo el piso de arriba, donde se encontraba la habitación en la que descansaba su señor, mientras contestaba:

—Una infusión os hará bien, mi señora.

—Pero necesito terminar aquí.

Sonó un estruendo escaleras abajo.

—Por favor, mi señora. No quisiera obligaros.

Elena se mostró atónita antes de volver a negarse, y Jaris se la subió al hombro y la llevó a la habitación entre disculpas.

—No salgáis hasta que se ponga el sol —dijo el sirviente en cuanto cerró la puerta—. Oigáis lo que oigáis. Es muy importante.

La estancia se hallaba sumida en la oscuridad y en el silencio, pero Elena tenía la abrumadora sensación de que Iacov estaba consciente. Aunque no sabía qué iba a pasar y eso la aterraba, tenía demasiado claro que su hombre le había mentado y le había ocultado hechos muy graves. Pensó en echarle la bronca allí mismo, aprovechando que él no podía replicar ni tampoco huir, sin embargo, pronto comprendió que no solo era algo que ya no tenía remedio, sino que seguía queriendo estar con Iacov. Aquello era una locura, definitivamente, pero era la verdad y ya había sepultado sus deseos demasiado.

Escuchó unos gritos. La idea de ir a ver qué podía hacer ella cruzó su mente, pero sabía que era del todo absurda. Entonces, oyó la voz de un hombre que parecía ser Jaris, y justo después algo pesado cayó al suelo.

Cuando vio oscurecerse la rendija de luz bajo la puerta de la habitación, el corazón le dio tal vuelco que corrió a taparse la boca con una mano.

—¿Primo? —preguntó una mujer en un idioma desconocido para Elena—. ¿Eso que oigo es tuyo de verdad? Bueno, iré de momento a buscarme otra cosa. No me quiero ni mirar.

Elena se había agarrado a una pierna de Iacov sin darse cuenta, y no la soltó hasta que le pareció que la desconocida se había alejado del todo. El miedo y la incertidumbre lograron desplazar cualquier rastro de enojo en ella y la llevaron a abrazar a su hombre. Si aquella mujer decidía entrar en la habitación antes de tiempo, no la encontraría separada de él.

Supo que el sol se había puesto por fin cuando notó moverse la mano de Iacov. Se incorporó para encender la vela de la mesilla de noche, y lo primero que vio fueron los oscuros ojos de su hombre. Ardían con tal ira que no pudo sino bajar los suyos, pues sabía que todo aquello era culpa suya.

Pero él no pensaba lo mismo, y la rodeó con sus brazos para estrecharla contra su cuerpo mientras daba las gracias en silencio. Se había sentido aterrado e impotente como pocas veces y ansiaba pagarlo con cualquiera menos con ella. Cuando le ordenó que lo siguiera muy de cerca, Elena se atrevió por fin a decir algo:

—¿Voy a ir?

—No puedes quedarte sola de momento.

Mihai esperaba en el pasillo. Sonrió cuando Elena le aseguró que se alegraba mucho de verlo con vida, hizo una reverencia cuando Iacov lo felicitó por su labor, y los guio a ambos hasta el comedor, donde estaba la desconocida dando buena cuenta de una comida abundante. Ella era una mujer atractiva, con un largo cabello negro como el de Iacov y unos ojos verdes que contrastaban bellamente con su tez morena.

—Buenas noches, primo —dijo. Se fijó en Elena e hizo pucheros—. ¿Ella es tuya, entonces?

—Sí, lo es.

Aunque su rostro no expresaba emoción alguna, esos ojos suyos lo decían todo, pero la mujer no parecía afectada en absoluto.

—Vamos, no seas así. Soy la única familia que te queda. Me conformo con un poco.

—Elena es mi compañera —masculló él—. ¿Has entendido?

La mujer resopló.

—Sí, primo. No me culpes por intentarlo. Es tan joven... Pero ya tengo a alguien, de todos modos.

—Ya la oigo. Suéltala.

—De ningún modo. ¿O vas a decirme que también es tuya?

Iacov dio un paso al frente y Elena hizo lo mismo, colocándose a su espalda. La mujer arrastró exageradamente la silla al levantarse.

—¿Has olvidado por qué acabaste encerrada? —inquirió Iacov—. ¿O es que te acabó gustando?

—No me amenes. Tú eres incapaz de hacerme nada.

—Esta es mi casa. No vas a atraer problemas aquí.

—¿Dices como los que ha atraído tu cosita?

Él no contestó.

—No soy estúpida. Aprendí la lección.

—Ya no es como entonces. Ahora todas importan.

—¿Que importa? Es una sirvienta. La he visto comprando comida.

—Eso ha cambiado. Si no la dejas ir, la buscarán.

—Pero la necesito. ¿Y qué crees que va a pasar de todos modos? Vendrán hasta aquí igualmente.

—Sí, ya has hecho suficiente.

—¿Cómo? Os he ayudado, querido primo. ¿Qué hubiese sido de ti y de tu preciosa cosita si no llego a encargarme de ese monje del demonio? Creía que a estas alturas se habrían extinguido. Vamos, sentaos. Hay comida de sobra para todos. Ah, no, que tú no puedes, querido primo. Cosita, ¿quieres acompañarme?

Iacov condujo a Elena fuera del comedor y la llevó a la sala de estar.

—No tardaré demasiado —le prometió—. Quiero que te quedes aquí dentro y que mantengas la puerta cerrada hasta que vuelva. No le abras a nadie, salvo a Mihai. Él te traerá algo de comer.

—¿De qué sirve que me encierre?

—Haz lo que te digo. Cuando vuelva, hablaremos.

Elena se sentía destemplada y se acercó a la chimenea, que estaba encendida. Mihai apareció poco después, con una bandeja repleta de comida en las manos, y enseguida se dispuso a marcharse.

—Espera —pidió ella—. Me gustaría saber cómo es que no has muerto.

El sirviente esbozó una sonrisa.

—Los siervos estamos vinculados a nuestros señores, mi señora. No podemos morir, aunque tampoco estamos vivos realmente.

—Pero no sois como Santiago, ¿no?

—No, pero somos resultado de su condición. Así se dispuso desde un principio.

—¿Quieres decir que si él...

—No sería nada sin mi señor.

Elena no pudo evitar preguntarse hasta qué punto Mihai habría preferido que Carlo hubiera tenido éxito, y también, si la simpatía que el sirviente parecía sentir por ella había influido en sus actos.

—¿Algo más, mi señora?

—¿Me puedes decir cómo abristeis ese ataúd? No me ha parecido que la mujer esté enfadada con Santiago.

—Con la sangre del propio monje. Quien fuera que selló los candados buscaba que el señor nunca pudiera abrirlos.

—¿Y qué había en el otro sepulcro?

—Nada. Uno es del señor y el otro varía su propietario.

—Carlo abrió el primero con una palabra. ¿Sabes algo de eso? Sabes quién era, ¿no? ¿Y esa mujer?

—Creo que es mejor que todo eso lo habléis con el señor, mi señora.

Elena no tenía ningún apetito y sí mucho cansancio, así que se recostó en el sofá y cerró los ojos; no tardó en comprender que le iba a resultar imposible conciliar el sueño. Poco después, llamaron a la puerta.

—¿Mihai?

—Soy yo, cosita.

Elena se quedó completamente quieta mientras su corazón corría a instalarse en su garganta.

—Vamos, ábreme. No voy a hacerte ningún daño.

—No entiendo nada —se excusó Elena.

—¿Eres castellana?

—¿Conoces mi idioma?

—Los conozco todos, cosita. ¿Puedes abrirme? Solo quiero conversar un poco con la esposa de mi querido primo. Tengo mucha curiosidad. Esta vez parece enamorado.

—No estamos casados.

—¿Ah, no? ¿Eso es correcto estos días?

—Es lo normal.

—Pues sí que ha cambiado el mundo. Cuando yo era muy joven, mucho más que tú, mis padres decidieron quién sería mi marido. Pero luego, cuando él murió, otras personas no me dejaron actuar con libertad. Pensaban que una mujer no podía controlar nada a solas.

—¿Por eso te encerraron?

—Eso pasó después, pero las razones fueron similares. Vamos, no me gusta hablar con una puerta. ¿Me abres, por favor?

Su voz sonaba tan dulce que Elena se sintió muy proclive a contentarla.

—Lo lamento, no puedo.

—Vamos, ya te he dicho que...

Elena la escuchó alejarse de la puerta y dedujo que Iacov había regresado. Y así era. Parecía más tranquilo y ella se alegró a pesar de imaginar el precio que había supuesto, sin embargo, también se veía preocupado y eso le secó la boca.

—Lo siento —aseguró tras beber un poco de agua—. Sé que es todo por mi culpa.

Él le quitó el vaso para devolverlo a la bandeja y guardó la mano de Elena entre las suyas.

—Nunca debí traerte aquí. Te he puesto en peligro, mi pequeña.

—No, Santiago. No pienso permitir que te compadezcas de ti mismo. Yo soy aquí la única responsable. Después de todo, maté a un hombre.

—No venía a por ti —le recordó Iacov, fijándose en el fuego de la chimenea—. Lo que te ha dicho...

—Sé que es tu vida, mi amor, y que ocurrió hace mucho tiempo.

—¿No estás enfadada?

—No estoy contenta. Pero quiero que me respondas una cosa: ¿cómo puedo ser tu esposa si ignoro algo así? Por no hablar de que me has mentido sobre esa puerta.

Él siguió concentrado en las llamas. Elena aguardó a que dijera algo, aunque solo fuera una vana excusa, pero a Iacov las palabras se le resistían.

—Vamos —susurró ella apretando su mano.

—Sería muy normal que pensaras que también puedo hacerte daño a ti. Y no quería que vieras mi lugar de descanso.

—¿Crees que se lo contaría a alguien?

Él suspiró.

—Supongo que si no dices que quieres marcharte es porque no me rechazas por lo que te ha dicho ese hombre, pero yo pensaba que no sería así.

—Eso es pasado, Santiago —repuso Elena con la mayor firmeza posible.

Los ojos de Iacov regresaron a los suyos y ella se dio cuenta de que nunca antes lo había visto tan triste. El pecho le dolió tanto que tuvo que apretárselo con una mano, y entonces tocó el anillo con el zafiro, que se había colgado al cuello hasta que llegase el momento de colocarlo en su sitio. Momento que quizás no existiría, y eso era algo de lo que debía alegrarse.

—¿Quieres que me vaya? —dijo en un hilo de voz.

Él cerró los ojos y tomó aire.

—Tienes que hacerlo. Ahora mismo he de arreglar todo esto y no puedes quedarte. Es demasiado peligroso.

—No, Santiago, por favor.

Iacov acunó su rostro con ambas manos y secó sus lágrimas con besos.

—Mi pequeña, volveré a por ti en cuanto lo solucione.

—¿Me lo prometes?

Él esbozó una sonrisa y bajó una mano hasta el anillo.

—Te doy mi palabra.

Elena lo abrazó.

—Yo quiero que me prometas que seguirás con tus estudios —dijo Iacov.

—Te lo prometo. Dime, ¿qué era ese hombre? ¿Y ella?

—Él era miembro de una organización católica, llamada la Orden de la Expiación, que se dedica a destruir a sujetos como yo. —Hizo una pausa—. Monstruos.

—Lo eres, amor mío —admitió ella—. Y yo te quiero con todo mi corazón. ¿En qué me convierte eso?

—En mi compañera.

Elena lo besó en los labios y él se desvió hasta su cuello, donde solo lamió su piel. No la invadió hasta que ella le invitó a hacerlo.

—¿Quién es esa mujer? —insistió Elena.

—Se llama Ioana y es mi prima por parte de madre. ¿Recuerdas lo que te conté de esas mujeres que ayudaron al rey contra los turcos? Ioana era una de ellas.

—Me mentiste, entonces. Sí que queda quien puede crear a alguien como tú.

—No, eso solo puede hacerlo un aquelarre.

—¿Un aquelarre? ¿De brujas?

—Así las llamaban antes de quemarlas. Yo diría mejor que son sacerdotisas o algo por el estilo.

—¿Por qué? ¿Crees que realmente obtienen su poder de Dios?

—Mi madre estaba convencida de que era así. Yo no recuerdo demasiado de cómo pasó. Me dieron algo de beber y murmuraron unas palabras que no entendí, y luego escuché... Creo que escuché una voz que decía también algo, pero no estoy seguro. Es más una sensación que otra cosa.

Ambos se sumieron en el silencio, sin romper aún su abrazo. Aunque Elena no sabía muy bien qué pensar, debía reconocer que ya no podía descartar nada.

—¿Los dos han empleado magia?

—Bueno, supongo que se le puede decir así, aunque no es lo mismo. Mi madre no compartió nada conmigo hasta que, antes de morir, me reveló dónde guardaba su grimorio. Gracias a él, pude encargarme la fabricación de esas puertas. Combinando palabras de un extraño lenguaje con sangre humana, se pueden ejecutar los más variados hechizos.

»Pero no es algo accesible para esos monjes. La bruja que contraté me lo confirmó. Ellos controlan el fuego, el agua y otros elementos naturales como Ioana o como mi madre, pero no pueden hacer cosas como desplazarse en un instante grandes distancias. No están consagrados, un ritual secreto por el que pasan las mujeres como ellas y que las hace mucho más poderosas.

—¿Y entonces cómo pudieron vencerlas?

—Quien las lideraba cambió de opinión y desde entonces las persigue.

Esperó un poco más antes de llenarle la cara de besos.

—Acaban de terminar tu equipaje —dijo, poniéndose en pie—. Vamos, te llevaré a la estación.

—¿Ahora?

Él se limitó a asentir.

CAPÍTULO VI. EL TRATO



uy pocas cosas le habían dolido más que tener que separarse de su pequeña. Y ahora que la Orden sabía que él existía y dónde vivía, también tendría que alejarse de su hogar. Ignoraba cuánto tiempo necesitaría para volver a ver a Elena o al castillo, ni siquiera si sería posible, pero le había hecho a ella una promesa y pondría todo su empeño en cumplirla. Aunque las posibilidades de éxito fuesen ciertamente escasas, la alternativa era esconderse durante años y olvidarse de estar con Elena, y no solo no se veía capaz de hacerlo, sino que entendía que aquel era el precio a pagar.

Su pequeña no abrió la boca en todo el trayecto a la estación de tren, mientras que Ioana no dejó un solo segundo de parlotear: quería saber qué había pasado en el mundo en su ausencia, qué había hecho él, cómo funcionaba el coche y qué otras maravillas se habían inventado. Iacov con gusto habría abandonado a su prima en el castillo de no haberla necesitado para sus planes. Aunque su fuerza y sus sentidos eran normales y precisaba del empleo de la seducción o de la hechicería para conseguir a sus víctimas, Ioana no tenía nada que temer de los monjes, por no hablar de que no necesitaba guardar cama durante el día ni la destruía la luz del sol.

En cuanto el tren desapareció, Iacov regresó al coche y condujo lo más rápido que pudo. Ioana se calló por fin cuando llevaban una hora de viaje, habida cuenta de que el único que le contestaba era Mihai y apenas lo hacía con monosílabos. El martirio fue tal, que Iacov llegó a pensar que Carlo había logrado su cometido y que en realidad estaba en el infierno. Una media hora después, la ciudadela de Rasnov surgió recortada contra el cielo nocturno.

—Bhalto —dedujo Ioana—. ¿Qué quieres de él?

Una vez más, Iacov no respondió.

—¿Crees que te ayudará?

—Me lo debe.

—¡Por fin! Creía que te habías quedado mudo.

—Cállate.

—¿Es que no puedes ser más amable?

—¿Y tú más silenciosa?

Ella se cruzó de brazos y miró por la ventana. Rasnov volvió a ocultarse tras el bosque que cubría las montañas como una enorme y tupida alfombra.

Cuando entraron en el tortuoso camino que conducía a la residencia de Bhalto, Ioana lanzó un suspiro dramático.

—Tengo hambre —se quejó—. Y necesito a una joven.

—Ya, te ha salido una cana.

Ella corrió a sacar un espejo de su bolso y su primo soslayó una sonrisa.

—Muy gracioso —masculló Ioana en cuanto se hubo cerciorado de que él mentía—. Me voy a burlar yo de algo relacionado con tu cosita.

Iacov la miró a través del espejo del retrovisor y le advirtió:

—No vuelvas a mentarla.

—¿O qué? ¿Qué harías sin mí con esos monjes por ahí deambulando? Y te digo algo, primo, te conviene tenerme bien provista.

—¿Tan grave sería lo contrario? No vas a morirme.

—Tú tampoco.

—Pero yo me pudro y parezco un cadáver andante. Envejecer es mucho mejor.

—No sé yo —murmuró Ioana.

El castillo de Bhalto seguía igual que la última vez que Iacov lo vio, hacía por lo menos cuatro siglos: una mole de piedra blanquecina con torreones circulares, uno de ellos prácticamente cubierto por una espesa y brillante enredadera salpicada de flores violáceas. Uno de sus sirvientes, falto de un brazo y ciego de un ojo, acudió a recibirlos.

—Espera aquí —le ordenó Iacov a su prima.

Ella protestó, pero no se movió del sitio. Él siguió los gritos y llegó hasta el sótano. Bhalto estaba cortando por la mitad a uno de sus sirvientes sobre una mesa de madera, y a su alrededor había más sirvientes e incluso dos hombres jóvenes, habitantes de Rasnov, todos ellos metidos en jaulas o encadenados a las paredes.

—¡Mi señor! —exclamó Bhalto lleno de asombro—. Venid, servíos.

Él tampoco había cambiado, con su cabello largo y suave como el de una mujer, sus ojos hundidos y algo juntos y su nariz torcida de una de las palizas de su padre, y estaba completamente desnudo, al igual que sus acompañantes. Aunque la mayoría de estos aún respiraba, tres habían perecido y se encontraban tirados en un rincón oscuro.

—Cada vez aguantan menos —dijo Bhalto con desdén.

Se acercó a uno de los jóvenes y lo liberó de sus cadenas. El chico estaba aterrorizado y enseguida le suplicó ayuda a Iacov, pese a que estaba claro

que no serviría de mucho. Bhalto, para reprenderlo por hablarle a quien no debía, golpeó su estómago con tanta fuerza que le cortó la respiración y luego lo zarandeó con violencia. El joven siguió suplicando con la mirada.

Iacov observó la sangre que manchaba su piel y las múltiples heridas de las que procedía. Lo agarró de un brazo e introdujo la mano en su pecho para sacar su corazón, y sus ojos se abrieron todo lo posible, fijos en los de Iacov hasta el momento en el que la vida abandonó por completo su cuerpo maltrecho. Bhalto presenció en silencio cómo su señor acababa también con el otro joven y se alimentaba de él.

—No hay tiempo para esto —dijo Iacov—. Vístete.

Subió rápidamente las escaleras del sótano y se encontró con Ioana. Ella tenía el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—¿Y yo qué?

—Tú espera.

Bhalto apareció vestido con una bata de seda roja, que disimulaba las salpicaduras de sangre.

—Mi señora —saludó a Ioana. Ella le ofreció una mano y Bhalto la besó con gusto—. ¿A qué debo este placer?

—He venido a pedirte algo —dijo Iacov.

—¡Cuánto me alegro de ver que seguís entre nosotros, mi señor! ¿Qué puedo hacer por vos?

—Necesito hablar con Cassandra.

La sorpresa cruzó el rostro de Bhalto y luego la seriedad se apoderó de él.

—Llevo años sin verla, mi señor.

—Pero sabes dónde está.

—Mi señor, no entiendo por qué ... —La forma en la que Iacov lo miró lo hizo correr a disculparse—. Lo último que supe de Cassandra fue que quería recluirse en un monasterio.

Ioana soltó un bufido.

—¿Dónde? —masculló Iacov.

—No lo sé, mi señor, hace tiempo que no me escribe. Puede que haya muerto.

—Sabes que no es así. ¿Desde dónde te escribió la última vez?

—Nunca pone remite.

—Quiero ver esas cartas.

Bhalto los guio hasta una estancia cercana, donde guardaba toda la documentación que consideraba relevante. Había una mesa en el centro y estantes abarrotados de carpetas en las paredes. Las cartas de Cassandra se hallaban dentro de una bella caja de taracea que estaba metida en uno de los cajones de la mesa. La caja se abrió en cuanto él la tocó, iniciando la melodía de un cilindro de púas, pero Bhalto volvió a cerrarla enseguida.

—Mi señor...

—Eso es —lo interrumpió Iacov—. Y no hace falta que te recuerde que si estás aquí, en este castillo haciendo lo que te place, es gracias a mí.

La existencia de Bhalto dependía de la voluntad de Cassandra. Ella lo había amado e incluso se había casado con él, y si no lo reservaba para el final, hasta pudiera ser que pensara en hacer una excepción. Sin embargo, no movió un dedo cuando el primo de su esposo trató de arrebatársela a este sus tierras.

Por fortuna, Bhalto decidió abrir la caja de nuevo. El papel de algunas de las cartas estaba tan envejecido que había adoptado un color marrón. Cogió una que apenas había comenzado a amarillear, pero en lugar de pasársela a su señor, se quedó mirando el texto.

—Dámela —ordenó Iacov.

—Imposible, mi señor. Si la toca otra persona, se destruirá. Y, la verdad, tampoco creo que deba leerla en alto.

—Bhalto, eres consciente de lo que ocurrirá si me mientes, ¿verdad?

Los ojos azules del vasallo se fijaron en Ioana.

—A mí no me mires —dijo ella—. Se basta para eso.

—Cassandra me matará si sabe que he revelado nuestra relación, y vos me mataréis si no os complazco. Mi señor, ¿podrías consolar a este pobre siervo?

—¿Ella no tiene problema con que secuestres gente?

—No lo sabe, mi señor.

—¿Quieres que siga siendo así?

Bhalto suspiró.

—Habla y no tendrás que preocuparte por tu esposa —añadió Iacov—. Ioana, si las lee, ¿le pasará algo?

—Creo que no —dijo ella encogiéndose de hombros—. No conozco un hechizo así.

Iacov le lanzó una mirada de reproche. Pero funcionó, aunque al decir la primera frase, Bhalto se detuvo como esperando a que le cayese un rayo.

La información contenida en las misivas era fundamentalmente intrascendente. Nunca se mencionaba lugar alguno ni referencia que permitiese localizarlo, o por lo menos eso fue lo que a Iacov le pareció. Observó con indignación cómo disminuía el montón por leer sin obtener nada de valor. Al final, solo quedó una carta y deseó con fuerza que aquel trozo de papel pudiera darle algún dato, por mísero que fuera.

Cassandra había sido especialmente escueta en su último contacto; las frases eran muy cortas y el tono denotaba cansancio. Iacov ignoraba su edad exacta, solo sabía que era la más vieja de las brujas que seguían existiendo y que había conocido los tiempos del Redentor, sin embargo, si él había notado el peso del paso de los siglos, podía hacerse una idea de lo que debía de ser para alguien con más de dos mil años.

Bhalto terminó de transmitir las palabras de su esposa e incorporó alguna que otra reflexión sin valor alguno. Iacov intentó controlarse, pero a su vasallo ya nada le quedaba por aportar y si él no era capaz de dar con Cassandra, el fracaso estaba casi asegurado. Le arrancó la cabeza y la colocó en uno de los estantes, y la preciada documentación de Bhalto se manchó con la sangre negra como el carbón que manó de la base de su cuello.

—Sonríe complacido —se burló Ioana—. Ahora ya no tendrá que preocuparse por Cass. ¿Es definitivo?

Iacov le contestó con un brusco gesto y se dirigió al exterior del castillo. Por el camino, se topó con el cadáver de uno de los sirvientes de Bhalto, que sí que parecía satisfecho con su final. Cuando alcanzó el coche, sin poder aún vislumbrar una solución plausible, partió de un puñetazo el cristal de la ventana del conductor mientras la vergüenza y el pesar se apoderaban de él.

—¿Te compadeces? —preguntó Ioana.

Él gruñó con desesperación y se fue directo a estrangularla. Enseguida notó cómo su cuerpo se volvía rígido y le resultaba del todo imposible incluso pestañear.

—¿Vas a volver con tu cosita? Primero, deja de mirarme así. Y segundo, no vuelvas a intentar pagarlo conmigo. Además, querido primo, sería una estupidez matarme. —Hizo una pausa dramática—. Sé dónde está Cass.

Iacov se sintió reblandecer.

—¿Dónde? —masculló.

—¿Así se piden las cosas?

—Ioana —le advirtió él.

—No tienes poder sobre mí —le recordó ella—. Sé que para ti es muy difícil, pero ya deja de actuar como si lo tuvieras.

Iacov suspiró, reuniendo toda su paciencia.

—¿Me puedes decir dónde está Cassandra?

—Antes dame las gracias por salvarte.

Él apretó los dientes mientras Ioana sonreía.

—Estoy aquí gracias a ti.

Ella meditó sonoramente si aquello la convencía o no.

—Vale, está bien. En su última misiva decía que ama el mar, ¿no?

—¿Y?

—Y que recuerda más lo que hacía de niña que lo que había comido el día anterior. —Hizo una pausa, aguardando a que Iacov sacase una conclusión que a ella le parecía obvia, y resopló cuando él solo la apremió para que hablase de una vez—. Está nostálgica. Ha vuelto a casa, primo.

—Eso no me sirve de nada: será como buscar una aguja entre miles de agujas. ¿O acaso sabes de qué parte de Grecia hablamos exactamente?

Ioana se enfurruñó, hasta que recordó su aprensión por las arrugas y relajó su expresión.

—No te mereces que te diga nada más.

—¿Qué más sabes? —exigió él. Ella se cruzó de brazos—. Vamos, Ioana.

—¿Para que me digas que tampoco sirve?

—No lo haré. ¿Sabes de dónde es exactamente o no?

—No, eso no. Ni siquiera sé su edad. ¿No ha dicho Bhalto que quería recluirse?

—Sí, pero por allí debe de haber muchos conventos y monasterios.

—Y tienes prisa, claro.

—Sí, la tengo.

—Cuando mi abuela se opuso a Cass, fundó con sus chicas la Orden de la Penitencia. Por cómo se expresaba y las cosas que decía, está claro que Cass se arrepiente de lo que hizo. ¿Podría estar con ellas? No sé cómo podríamos encontrarlas, pero...

La mente de Iacov voló hasta Elena y hasta su querido internet. Ioana sonrió al ver su cara.

Pasaron el día refugiados en el castillo, y en cuanto se puso el sol se dirigieron hacia Bucarest. Iacov estuvo toda la noche conduciendo para lograr llegar hasta la ciudad de Sofía, en Bulgaria, antes de que amaneciera. Allí contrató un par de habitaciones de hotel que tenían wifi, y su prima convenció a uno de los huéspedes de que utilizara su propio ordenador para buscarles la información que necesitaban.

Lo alegró saber que solo había un monasterio de penitentes en Grecia, pero lamentó descubrir que se encontraba en mitad de una isla. No le gustaba nada viajar en barco, aunque lo prefería a hacerlo en avión. El huésped también les pagó un par de billetes en un ferry que salía al día siguiente desde Kavala. No había nada antes ni tampoco después del atardecer, por lo que, además, los ayudó a dar con un ataúd y la pertinente documentación para trasladar un cadáver.

Ioana fingió muy bien ser la desconsolada viuda de Iacov y, en cuanto fue posible, le facilitó llegar hasta el camarote.

—¿Qué harás cuando la veas? —preguntó. Al no recibir respuesta, despegó los ojos del móvil que le había regalado el huésped del hotel de Sofía—. ¿Por qué no me dices nada? Ni siquiera sé qué quieres que haga exactamente.

Él se dispuso a salir del camarote y ella resopló.

—¿Quieres matarla?

—¿Y para qué iba a querer eso?

Ioana se encogió de hombros.

—A lo mejor quieres su poder o algo.

—¿Acaso se consigue así?

—No, que yo sepa. Pero, de todos modos, tú no podrías tenerlo.

—Quiero pedirle algo —dijo Iacov, cerrando la puerta del camarote tras de sí.

Salió al exterior a la primera oportunidad. El mar estaba en calma y en el cielo brillaban en silencio miles de estrellas, sin luna ni nube que las perturbara. El horizonte parecía la boca de un lobo, como así lo sentía Iacov, excepto en un punto concreto.

Nunca antes había estado en la isla de Lemnos. Según el ordenador de aquel huésped, el barco los dejaría en la ciudad de Mirina y en la isla había unos 18.000 habitantes, suficientes como para alimentarlos a Ioana y a él.

Mihai se hallaba a unos pocos metros. En otras circunstancias lo habría ignorado, pero ansiaba distraerse. El sirviente obedeció enseguida cuando él le ordenó que se acercase del todo.

—Lo que hicisteis merece ser recompensado. Te aseguro que jamás volverán a dañaros, ni yo ni nadie.

Mihai hizo una reverencia.

—Espero que eso no haga flaquear tu lealtad —agregó Iacov.

—Eso la refuerza, mi señor.

—Aprecias a Elena, ¿verdad?

—Es mi señora.

Iacov lo miró fijamente y él terminó asintiendo con la cabeza.

—¿Qué piensas de lo que estoy haciendo?

Mihai parecía sorprendido. Siempre resultaba difícil saber qué pasaba por su cabeza, aunque en realidad, a Iacov nunca le había importado lo más mínimo.

—No estoy seguro —admitió el sirviente—. Si la protege de algún modo, me parece bien.

—Me protege a mí. Ella estará bien mientras no me acerque.

—Pero, mi señor, ¿no la buscarán para interrogarla?

—Lo harán. Pero confío en ella, y la Orden no hace daño a los inocentes.

Se dio cuenta de lo que acababa de decir y se quedó pensativo; aun en su mente, la idea de fiarse de alguien le sonaba de lo más extraña.

—Mi señor, creo que deberíais volver al camarote.

—Todavía no he desayunado.

—Jaris y yo nos ocuparemos de eso. No es seguro que deambuléis por el barco, alguien podría preguntarse quién sois.

—Mihai, en este barco hay casi cien personas.

Los ojos del sirviente suplicaron y, aunque Iacov consideraba absurda su inquietud, lograron hacerlo dudar.

—¿Qué pasa?

—Hace un rato que algo no encaja, por eso me he permitido seguiros. Deberíais volver al camarote, mi señor.

—Ioana no me ha dicho nada.

—Ella no es como yo, y aquí hay mucha agua.

Iacov resopló y decidió hacerle caso, sin embargo, el brazo de Mihai le impidió moverse. A punto estuvo de golpearlo, cuando el sirviente le ordenó que abandonase el navío.

—¿Cómo?

Entonces, vio a un hombre. Estaba en el otro extremo de la cubierta y las luces de las lámparas se reflejaban en el cordón dorado que sujetaba su túnica gris. Dijo algo y de repente una bola de fuego se proyectó directa hacia Iacov, y este, muy poco antes de que lo alcanzase, se arrojó por la borda.

El agua estaba muy fría, y tan en calma que el impacto de su pesado cuerpo provocó un estruendo terrible. Algunos pasajeros salieron corriendo para ver qué había ocurrido, y él oyó decir que alguien había caído al mar. Se sumergió unos metros, suficientes como para que el monje no pudiera alcanzarlo con flechas, balas o embrujos, pero siguió escuchando el murmullo de las voces que procedían del barco. Y pudo apreciar cómo el monje acababa definitivamente con Mihai.

Se sorprendió lamentando la pérdida de su sirviente mientras buceaba sin rumbo alguno, esperando a estar lo bastante alejado del navío como para salir a la superficie. Necesitaba ver dónde se encontraba Mirina para hacerse una idea de la situación de la costa, porque ya no podría ir a aquella ciudad. Cuando por fin le pareció prudente, emergió con cuidado y miró en todas las direcciones hasta dar con las luces de la isla.

Unas horas más tarde, viró el rumbo algunos grados a su izquierda y pronto vio más luces en el horizonte. Aunque estaban más dispersas y eran mucho menos numerosas que las de Mirina, siguió en su empeño sin importarle a dónde acabaría llegando. De hecho, lo único que importaba en esos momentos era alcanzar tierra antes de que saliese el sol. Su capacidad pulmonar no le preocupaba, pero sí ser atacado por algún animal.

El azul del cielo empezaba ya a clarear cuando por fin distinguió la playa. No quería pensar en el tiempo que podía faltar para alcanzarla y menos en el tiempo que faltaba para el amanecer, solo nadaba y nadaba, sacando la cabeza del agua el instante preciso para asegurarse de que no se desviaba de su destino. Entonces, notó el hormigueo en uno de los pies.

El pánico quiso apoderarse de él. Iacov se repitió una y otra vez que iba a conseguirlo, que no era posible que, después de todo, su existencia acabase

en aquel lugar tan alejado y de aquella manera tan lastimosa. Recordó entonces la risita de Blanca mientras él trataba de alcanzar su habitación, y el coraje que lo invadió renovó sus ánimos y le permitió tocar por fin la arena, aunque las piernas apenas le respondían.

La playa estaba desierta y la limitaba un acantilado de roca gris, atravesado aquí y allá por pequeños matojos verdes, pero que fuera capaz de distinguir los colores no le preocupó tanto como no atisbar nada parecido a un escondrijo en el que poder guarecerse. De bruces en el suelo, utilizó los brazos para seguir avanzando, agarrando la arena como si estuviera escalando una montaña, hasta que sus manos también sucumbieron y la desesperación acabó venciendo. Y se encontró sollozando como un niño abandonado, sin poder recordar un momento en toda su existencia en el que se hubiera sentido más impotente.

—Patético —oyó decir con la cara enterrada en la arena.

Iacov le dio las gracias a Dios, aunque no creía que estuviera de su parte. Ioana escarbó junto a su cara para permitirle tomar aire y le colocó algo por encima. Era imposible que ella lo moviese, así que tendría que pasar el día allí tirado.

—Acabarás muerto por esa cría —dijo Ioana, alejándose unos pasos—. ¿Qué lugar es este? ¿Y cómo demonios voy a comer algo? Además, el sol me afecta muchísimo.

Él notó un leve ardor en los pies. La sensación fue ascendiendo lentamente hasta llegar a su pecho y después a su cabeza, y pronto le pareció que lo estaban hirviendo en el agua de una olla. Aquella cosa que Ioana le había puesto encima impedía que la luz del sol lo destruyera, pero no que sintiese una parte importante de sus efectos.

—Tus sirvientes han muerto, por cierto. No he podido hacer nada. Es un fastidio, la verdad.

El dolor que Iacov debía padecer era más insoportable aún por tener que oír la cháchara de su prima, hasta el punto de que llegó a desear encontrarse en el lecho marino. No obstante, ella le había traído la bolsa en la que guardaba su documentación y también su móvil, lo que lo ayudó a soportar aquel calvario.

—Tengo hambre —dijo Ioana por enésima vez—. Y me aburro más que una piedra. Ese trasto se ha muerto. ¡Qué calor! Como me salga alguna

arruga lo vas a lamentar. Ay, el pelo lo debo de tener horrible. No encuentro el espejo por ninguna parte.

Resopló y volvió a rebuscar en su bolso. Iacov deseó más que nunca poder estrangularla.

Cuando por fin recuperó la movilidad, descubrió que aquello que lo cubría era una balsa salvavidas desinflada. Se sentó mirando el mar y el cielo, apenas estrellado. La luna, solo una delgada línea de luz, asomaba con timidez por el horizonte.

Inspiró hondo del aire nocturno, salado y fresco, y pensó en el rostro de Elena y en su cuerpo desnudo. Pensó en el sabor de su sangre, de su boca y de su coño y en la fuerza con la que siempre lo abrazaba. Pensó en sus lágrimas cuando se despidieron. Y pensó que, a pesar de lo que pudiera pasar al final, la había tenido. Muy poco tiempo, sí, pero había logrado ser feliz.

A punto estuvo de sacar el móvil y de llamarla, aunque solo fuera para oír su voz un momento, pero nada tenía para ofrecerle él a cambio. En su lugar, cogió la postal con el amanecer que ella le había regalado en el viaje.

—¿Y bien? —inquirió Ioana, sacándole de su ensimismamiento.

Iacov se incorporó y observó el acantilado. No le pareció que hubiera diferencia entre ir en una dirección u otra, de modo que empezó a avanzar hacia la derecha.

—¡Eh! ¡Espérame!

Él se la subió al hombro y echó a correr ignorando sus protestas. En pocos minutos atisbó cómo el acantilado descendía, creando un espacio por el que poder ascender que parecía el surco dejado por el agua torrencial a lo largo de los años. Bajó a Ioana al suelo en cuanto estuvo arriba del todo.

—¿Qué te crees que soy? —le espetó ella mientras se recolocaba el cabello.

Leves arrugas comenzaban a formarse en torno a sus ojos y boca, sin embargo, a Iacov le convenía más centrarse en el paisaje. El terreno a partir de allí era un manto de hierba salpicado de piedras, sin árboles ni arbustos, que descendía suavemente hasta toparse con un camino de tierra que acababa en lo que parecía ser una explotación ganadera. No había más edificaciones ni luces a la vista.

Volvió a coger a su prima y corrió con ella en dirección a la explotación, soltándola unos metros antes de llegar. Ioana resopló como un toro, dejando claro que estaba muy en contra de aquella forma de transporte. Aunque a él le parecía necesaria, no podía negar que también intentaba vengarse de algún modo.

—¿Cómo han podido saberlo? —preguntó ella.

—Creo que ha sido por el ataúd.

—¿No he podido ser yo?

—¿Crees que respetarían algún tipo de trato?

—Si no fueran tan mojigatos, te habría vendido.

—¿Por libertad? Yo también lo habría hecho.

Iacov notó que la había ofendido y eso consoló un poco más el día que había tenido que pasar.

—Lo malo de perder a los sirvientes es que la próxima vez lo tendremos más complicado —dijo Ioana.

—No habrá próxima vez —se prometió él.

Siguieron avanzando en silencio. Iacov bufó cuando su prima no fue capaz de mantenerse callada.

—¿Y ella?

—Ella no sabe nada.

—¿Nada le dijiste?

—No.

—¿Pero no que confiabas en ella?

—¿Cuándo te he dicho yo eso?

—Bueno, se lo dijiste a Mihai. Es que me aburría e hice un hechizo de escucha. ¿No crees que haya podido decirles algo?

—No sabe nada —aseguró Iacov—. Déjalo ya.

La explotación estaba casi a oscuras. Había tres edificios y uno de ellos era la vivienda de los dueños, en la que dormían cuatro personas. De repente, unos perros empezaron a ladrar como locos y enseguida se encendieron las luces de la casa. Iacov cogió a su prima de nuevo y salió corriendo.

—¿Qué haces? —protestó Ioana.

Él se detuvo y maldijo una y otra vez. Se había asustado como todo un novato y había huido sin pensar en nada más.

—Estoy en mínimos —se excusó.

—Ya lo noto —dijo ella, apartando con una mano la peste que empezaba a emitir su primo—. Mira, tengo algo de sangre, pero sería mejor que la utilizase para neutralizar a esos perros. Luego solo tendrías que conseguirme un poco más para controlar a la familia. Ojalá haya una muchacha.

Esperaron una hora, y cuando los perros no pudieron provocar más problemas, Iacov se coló en la vivienda. Había tres habitaciones, una con un matrimonio y otras dos con una chica muy joven, casi una niña, y un hombre de unos veinte años. Él dudó, sobre todo por su compromiso de no alimentarse de mujeres, y de nuevo cuando se percató de que había perdido su preciado anillo y eso, aunque ciertamente lo aliviaba, le obligaría a hacer una chapuza.

Pero estaba demasiado hambriento.

Aunque ni siquiera pudo saciarse con los padres y el hijo, era importante que Ioana obtuviera lo que quería. Estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta por cumplir su propósito y eso incluía alimentar la obsesión de su prima. Al ver lo que Iacov le traía, los ojos de Ioana brillaron ansiosos.

—No sabes lo que lamento decirte esto, primo, pero cuando los encuentren, sabrán que estamos aquí.

—No van a encontrarlos —aseguró él.

Ioana sacó un pequeño cuchillo curvo de su bolso y también un vaso hecho de hueso. Colocó a la chica de costado, le rebanó el cuello con gran decisión y llenó el vaso con su sangre.

—Menudo desperdicio —dijo Iacov al ver que gran parte del líquido caía en la tierra.

Ella le dedicó una mirada de desdén y se bebió el vaso. Luego llenó otro y volvió a bebérselo, y entonces tomó con sus dedos un poco de la sangre derramada y lo aplicó en su rostro como si se tratase de una crema hidratante.

—Asqueroso —murmuró Iacov.

Ioana siguió hacia su cuello como si no hubiera oído nada. Cuando él se dio cuenta de que iba a desnudarse para poder embadurnarse entera, se fue a la casa a buscar algo de comida, ropa y las llaves del coche que estaba aparcado junto a la entrada. También intentó dar con algún mapa, porque aunque su prima había aprendido bastante sobre usar *smartphones*, los que allí había y también dos ordenadores estaban bloqueados con contraseña.

Al regresar, Ioana no se había vestido aún. Sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y los brazos descansando sobre los muslos, parecía meditar o rezar y no demostró percatarse de la presencia de su primo hasta pasados varios minutos.

—¿Podemos irnos? —preguntó Iacov mientras ella se vestía.

—Te agradezco que la hayas traído entera.

—Echa tierra sobre la sangre.

Iacov cogió el cuerpo de la chica y lo metió en el coche. Fue a por sus padres y a por su hermano e hizo lo mismo con ellos, y luego arrancó el coche y lo condujo rumbo al acantilado, acelerando más y más. El coche provocó un gran estruendo al caer al agua y él se quedó mirando cómo se hundía en la oscuridad. Había hecho tantas cosas en su vida, tanto mal, que aquello no era nada, una niñería, o al menos eso fue lo que se repitió.

Ioana lo esperaba en la playa. A pesar de que le había costado bajar sola, lo prefería a que su primo la portase como si ella fuera un saco de patatas.

—No me lles. Si se nos hace de día, tienes la balsa. Cógela.

—¿Y volverás a darme la murga?

—Te prometo que no. Y ten, esto es mejor que un cuchillo de cocina.

Le tendió un par de llaves y la pequeña medalla de un santo que Iacov cogió extrañado. En su mano, el metal se derritió y se enrolló en su dedo índice izquierdo, convirtiéndose en un nuevo anillo elaborado y digno, con una media luna y una estrella, y tan afilado como el que probablemente yacía en el fondo del mar. Ioana sonrió cuando él le dio las gracias.

Avanzaron por la playa dejando el mar siempre a la derecha. Si algo sabían ellos de aquella isla era que Mirina se encontraba al sur, y antes debía de haber alguna población en la que tratar de informarse. Sería demasiado arriesgado avanzar a tientas sin saber dónde estaban y a dónde se dirigían.

Pronto vieron cómo el acantilado invadía de repente la playa y se introducía en el mar. Ioana bufó: la idea de mojarse no la agradaba en absoluto y no sabía nadar. Él avanzó tirando de ella y de la balsa. Al otro lado de la roca no vieron ninguna playa, pero aún faltaba bastante para el amanecer y siguieron adelante.

—Ojalá supiera volar —dijo Ioana—. Tengo entendido que Cass sí que sabe.

—¿Por qué la llamas así? ¿Acaso la conoces?

—Así le decía mi abuela.

—¿Y te contó algo de ella?

—Nada que no sepas. Te lo habría dicho.

Iacov se detuvo para escrutar el rostro de su prima. Le pareció sincera, aunque resultaba muy difícil saber cuándo mentía y cuándo decía la verdad.

—No te oculto nada de Cass —dijo ella muy seria.

Por fin, el terreno cedió y apareció la playa, donde había una pequeña casa hecha de madera. Iacov sonrió al sentir a una persona. La casa contaba con un porche en el que ondeaban varios móviles de conchas, y junto a ella había una vieja barca de pescador, sujeta a la arena con una cuerda. Las ventanas estaban todas cerradas y no había puerta trasera.

Pero también sintió a un perro, que debía de estar dormido porque no ladró. Aunque el dueño de la casa roncaba a pierna suelta, entrar sin que el animal delatase a Iacov era muy poco probable.

—No sé, primo. Deben de pensar que has muerto y otra desaparición podría perjudicarnos.

—No piensan que he muerto.

—¿Por qué no? Lo habrías hecho de no ser por mí.

—Eso no es seguro. Además, ¿te vieron?

—Bueno, a lo mejor maté a uno y el otro se escapó.

—Pues entonces no lo piensan. De todos modos, vamos a intentar que nos ayude. Despéinate un poco.

Ioana torció el gesto.

—¿No prefieres que use la sangre?

—No si no es necesario.

El perro no ladró hasta que Iacov llamó a la puerta de la casa. Su dueño cesó sus ronquidos, se incorporó trabajosamente de la cama y abrió la puerta de golpe y empuñando un hacha de cortar leña. Era un anciano, con la tez tostada por el sol y plagada de arrugas y las orejas enormes, y estaba prácticamente calvo, pero era alto y grande y parecía perfectamente capaz de desenvolverse por su cuenta.

—Buenas noches, señor —dijo Ioana en griego.

El anciano se fijó en ella y la tensión de su cuerpo se rebajó, aunque el corazón siguió latiéndole deprisa. Mandó callar al perro de malos modos y el animal hizo un ruidito lastimero antes de obedecer.

—¿Qué queréis?

—Hemos naufragado —contestó Ioana, mirando hacia la balsa tirada en mitad de la playa—. Estamos helados. ¿Podría prestarnos un poco de ayuda?

—¿Y cómo sé que no queréis robarme?

Iacov y su prima se miraron fingiendo desconcierto.

—Solo queremos entrar en calor y beber algo —aseguró ella.

—¿Y él quién es? ¿Por qué no habla?

—Es mi marido. No conoce este idioma.

El anciano meditó un segundo y se apartó del hueco de la puerta para dejarlos entrar en su casa. Si bien soltó el hacha, fue a apostarse tras su perro. El animal era enorme y tenía un denso pelaje negro como el carbón, y sus ojos marrones denotaban lucidez mental y también algo parecido a la tristeza.

Su anfitrión les ofreció de comer y de beber. Ioana dio buena cuenta de todo lo que pudo, por lo que fue mucho más evidente que Iacov no probaba bocado. Sin embargo, el anciano ni siquiera pareció darse cuenta o quizás incluso lo agradeciera.

—¿Cuál es la ciudad más cercana? —preguntó ella con los dos carrillos llenos.

—Mirina.

—Allí se dirigía nuestro barco. ¿Está muy lejos?

—No tanto. Pero Kástron está más cerca, se tarda en llegar poco más de una hora por el camino que tenéis saliendo a la izquierda. ¿Y a qué ibais a Mirina, si se me permite preguntar?

—Estamos de luna de miel.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues creo que chocamos con algo. No lo sé, todo fue muy rápido. Nos montaron en esas balsas y hemos acabado en esta playa.

—¿Vosotros dos solos?

—No. Había dos hombres más y una mujer. —Ioana dejó de comer y tiñó su expresión de pesadumbre—. Hubo una tormenta y los perdimos.

—¿Tormenta?

—¿No la vio?

—Nada de nada.

—Pues fue fuerte. Al día siguiente, vimos tierra.

El perro, tumbado en el suelo con la cabeza apoyada en las patas delanteras, no le quitaba ojo a Iacov. Su expresión era extremadamente lánguida. El anciano parecía seguro de que el animal lo protegería en caso de necesitarlo, pero Iacov albergaba serias dudas. Miró a su prima y esta se dispuso a despedirse de su anfitrión.

—¿En plena noche? Tenéis que descansar un poco, hombre. Mañana partid temprano y llegaréis a Kástron enseguida. Desde allí solo son un par de horas hasta Mirina. Y lo mismo alguien puede acercaros.

Su repentina hospitalidad sorprendió a Iacov, sin embargo, no fue suficiente para hacerlo cambiar de opinión.

—Gracias, pero nos vamos ya.

Cuando llegaron a la puerta, el perro ladró. El anciano cogió una vara que tenía junto a la cama y le dio un fuerte golpe al animal, que enseguida soltó un gemido. Iacov lo tuvo del todo claro.

—¿Nos vamos? —preguntó Ioana en cuanto alcanzaron la balsa.

—No. Mávalo.

—Pero...

—Y deja en paz al perro.

—No entiendo nada. Se morirá de hambre.

—Le dejaremos comida al alcance y luego que se busque la vida.

—Pues quiero algo a cambio.

Él inspiró hondo y soltó todo el aire. Elena lo despreciaría si supiera aquello, y por eso, como había hecho con la familia, se juró de nuevo que ella no se enteraría jamás.

—Conseguiremos otra.

—¿Así de joven? —insistió Ioana.

—Si se da la oportunidad.

Ella sacó de su bolso un frasco lleno de sangre, dio un trago y musitó una palabra en un idioma desconocido para Iacov. Entonces, el corazón del anciano se detuvo, como si acabara de darle un simple infarto.

Cuando él abrió la puerta, el perro estaba al otro lado del umbral, moviendo la cola y mirándolo fijamente. Iacov se fue directo hacia la cama del anciano y tomó de él un par de tragos largos, y al salir de la casa, el animal lo siguió. Se volvió para decirle que se fuera, pero el perro se limitó a jadear. Ioana emitió un sonido como si estuviera viendo a un adorable bebé.

—Le has gustado. ¿Se puede saber qué te pasa? Esto era del todo innecesario.

Iacov no contestó. Se dijo que tener que explicarle aquello suponía que ella jamás lo entendería, pero en realidad le avergonzaba hacerlo. Le avergonzaba incluso pensar que así alcanzaba cierto equilibrio, al igual que con lo sucedido en el castillo de Bhalto, y su compasión no fuese sino una muestra de debilidad, como si no siguiera creyendo que todos y cada uno de sus actos no solo tenían sentido, sino que serían finalmente compensados.

Aunque Kástron se hallaba muy cerca, eran ya las cinco de la mañana y decidieron pasar el día en aquella casa. Aprovecharon para darse una ducha y cambiarse de ropa, cuidándose de dejarlo todo como se lo habían encontrado. En cuanto atardeció, se pusieron de nuevo en marcha.

El perro los siguió a una distancia prudencial mientras Iacov debía soportar las burlas de Ioana. Él intentó deshacerse del animal sin emplear la violencia, pero fue en vano. Entonces, cuando vieron aparecer las primeras luces, el perro se negó a continuar y desapareció tras un desnivel del terreno.

Entraron en la primera casa que había junto al camino, donde vivía una pareja de ancianos. Aunque no tenían conexión a internet, accedieron con gusto a revelar que el monasterio en cuestión se encontraba al noreste, cerca de las ruinas de una antigua ciudad. Para llegar hasta allí, había que cruzar la isla casi al completo y se tardaban unas cinco horas a pie.

Unos metros más adelante, encontraron una casa con un coche aparcado fuera. Ioana dio un trago de sangre y los dueños le entregaron las llaves, y también accedieron a ayudar con la localización exacta del monasterio. En poco más de media hora apareció un aeropuerto, aunque el regocijo que Iacov sintió se esfumó muy deprisa: la Orden debía de estar controlando ya el tráfico aéreo.

Cuando vio la indicación de las ruinas, Iacov detuvo el coche y siguieron andando. Enseguida notó la cercanía de un animal y se preguntó si sería aquel perro pesado, pero no era posible. En lo alto de un promontorio se alzaba un muro alto que brillaba bajo la luz de la luna, por encima del cual asomaba la espadaña de una iglesia.

Se acercaron al único hueco que perturbaba el muro: una enorme puerta de madera. Tenía gruesos clavos de hierro por todo el perímetro y un glifo

impreso a fuego en el centro.

—No puedes entrar —dijo Ioana—. Ni yo tampoco. Solo se abre con la sangre de alguien en concreto. Supongo que será la de Cass.

Iacov se echó unos pasos hacia atrás y se puso las manos en torno a la boca para que le hicieran de altavoz.

—¡Cassandra, he venido a hacer un trato contigo!

Nada cambió durante unos segundos, tiempo suficiente como para que Iacov empezase a lamentarse y a calibrar sus opciones. Entonces, la madera crujió y vieron aparecer a una mujer de mediana edad ataviada con un hábito blanco. Sin decir una palabra, los invitó a pasar.

El interior del monasterio conservaba la sencillez y pulcritud de su exterior. Aquellos muros no encerraban sino una modesta iglesia blanca como la leche, tres barracas, un huerto, un establo y unas pocas personas. Cassandra estaba en la iglesia, arrodillada en el suelo con las manos juntas y mirando hacia un sencillo crucifijo de madera, con una vela encendida a un lado y un ejemplar de la Biblia al otro.

Iacov olfateó sangre y se preguntó cuántas horas llevaría la mujer en aquella misma posición. Ella se incorporó y permaneció atenta al crucifijo. Portaba una túnica blanca hasta los tobillos y tenía el cabello, completamente canoso, recogido en un moño a la altura de la nuca. Iacov no podía ver su rostro, pero sus ajadas manos y su espalda encorvada denotaban una avanzada senectud.

A él no le afectaban los crucifijos, el agua bendita y demás cosas relacionadas con la Iglesia, y Cassandra lo sabía de sobra y tampoco lo necesitaba. Si lo había recibido allí no sería precisamente para mermar la fuerza de Iacov, sino porque así dejaba clara su postura y también el camino que había escogido seguir.

Iacov se aferró más que nunca a la esperanza de obtener su ayuda, porque no tenía ningún sentido pensar en qué haría si al final era rechazado, aunque lo consolaba saber que, en cualquier caso, no terminaría sus días como una presa. Cassandra mantuvo el silencio y él dedujo que aguardaba a oír los detalles del trato.

—Tu intervención fue fundamental para que apareciésemos, pero ninguno de nuestros actos es culpa tuya, aunque entiendo que lo veas así. Por ello, si acabas con la Orden, eliminaré a todos y cada uno de los míos y no volveré a quitar ninguna vida. No tendrás que preocuparte más por lo

que hagamos ni por la gente que sufra por ello y podrás centrarte en el pasado.

Cassandra se dio la vuelta. Su rostro ovalado estaba plagado de profundas arrugas y enmarcaba unos ojos lechosos que miraban a un punto indeterminado. Iacov recordó cuando la vio por primera vez, lo hermosa que era, con su cabello largo y del color del trigo maduro y unos ojos capaces de enamorar incluso a un rey. Por su expresión, Iacov pensó que aquello que acababa de oír era cuanto ella deseaba en la vida y sintió una punzada en el pecho. Al fin y al cabo, Cassandra era algo así como una madre para él.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No quiero seguir huyendo.

—Mientes. Estás lo bastante desesperado como para acudir a mí, arriesgándote a ser destruido. ¿Por qué?

Ioana miró a Iacov con exigencia. Ella quería que le dijera la verdad a Cassandra, sin embargo, él no creía que fuera seguro revelar la importancia de Elena. La respuesta de la anciana fue volver a darles la espalda.

—Es una mujer —dijo Iacov—. Quiero estar con ella.

—¿Y cuando muera?

—¿No podrías evitarlo?

Su voz resonó en aquellas paredes tan blancas y vacías. Cassandra no contestó, y la mirada de Ioana le confirmó que había cometido una insolencia. Sí, lo era, y también era un destino cruel, que no debería desearle a un ser amado, pero él no concebía la certeza de desaparecer como preferible a la posibilidad, sobre todo si eso permitía que los dos siguieran juntos.

—¿Tampoco puedes revertirme? —insistió.

—¿Estarías dispuesto?

Iacov dijo que sí enseguida. Si aquello sucedía, él podría recuperar su hombría y ser entonces algo parecido a la pareja que se merecía su pequeña. Y el final llegaría de forma natural, sin necesidad de tener que buscarlo.

—Eso es imposible —dijo Cassandra—. La muerte no tiene remedio.

—Entonces vendré aquí y podrás decidir.

Nunca antes se había oído pronunciar una promesa más sincera que aquella, aunque habría preferido poder decirle que él mismo acabaría con todo. Sin embargo, ella no lo creyó.

—Necesitas una garantía —dedujo Iacov.

—Cumple con tu parte y luego ven aquí y tráeme las pruebas. Te diré entonces qué hacer.

—¿Y mi garantía?

—No tienes derecho a ella. Haz lo que te digo y me encargaré de que el papado disuelva la Orden. De momento, haré que cese la búsqueda. Tienes un mes. Id al aeropuerto.

La monja que había recibido a Iacov y a su prima le entregó a él un papel doblado y los condujo a ambos hasta el exterior del monasterio. Al abrir el papel, Iacov vio que se trataba de una lista de nombres escritos en tinta azul. Reconoció las letras de su propio nombre al final.

CAPÍTULO VII. EL HIJO



Iacov no se paró, porque si se paraba, cambiaría de idea. Y no podía hacerlo, porque eso significaría tener que renunciar a Elena y no estaba dispuesto a ello. No estaba dispuesto a perder la oportunidad de dejar de vagar sin rumbo, de despertarse cada atardecer queriendo que el sol no se volviera a alzar, de sentir que estaba unido a alguien que le prometía un porvenir y le liberaba de lo que ya no tenía remedio. No estaba dispuesto, y sacrificaría cualquier cosa con tal de conseguir su objetivo.

Se mantuvo sombrío y taciturno durante todo el trayecto al aeropuerto, a pesar de los intentos de Ioana por entablar una conversación. Ella quería saber si de verdad él cumpliría con lo que se había comprometido a hacer, considerando que algunos de aquellos nombres pertenecían a buenos amigos suyos. Sí, algunos nombres serían más complicados de tachar que otros, y por eso Iacov había decidido retrasarlos todo lo posible.

Solo había un nombre que no conocía: Ígor Slavoj. Aunque ignoraba dónde se hallaban algunos de los demás, había hilos de los que podía tirar. Esperaba que el desconocido tuviese algún tipo de relación con alguno de ellos. El nombre de Bhalto aparecía en la lista, así que tendrían que regresar a su castillo a por la prueba.

—Deberías intentar olvidarla —comentó Ioana al bajar del coche.

—Cállate.

—¿Otra vez con esos modales? Lo que te propones supone asumir demasiado riesgo, por no hablar de que perderás a tus amigos, y ni siquiera tienes la seguridad de que Cass vaya a cumplir su parte.

—No me queda otra, y el mundo será un lugar mejor.

—Cuidado, sueñas como la Orden.

Entraron en el aeropuerto y enseguida se les acercó un hombre, que los condujo hasta una avioneta que los llevaría de regreso a Kavala.

—No conozco a ese Ígor —admitió Iacov, recostándose en el asiento.

—¿No? —Ioana hizo una pausa para que él le preguntase—. Es un bastardo de Aleksander Krecic. Si sabes dónde están sus restos, daré con él.

Iacov vio aquello como una señal del buen camino y sintió que sus esperanzas se fortalecían. En el pasado, la Orden había encontrado a muchos de los suyos con aquel dichoso hechizo de búsqueda, pero en esos momentos justificaba realmente que Ioana se encontrase allí sentada a su lado. Y ella estaba resultando ser mucho más útil de lo que él había creído.

Los restos de Krecic eran el objetivo más próximo y eso implicaba regresar a Rumanía. En vida, Aleksander había sido un gran amigo de Mircea, el abuelo de Iacov. Cuando obtuvo el poder que ofrecían Cassandra y sus seguidoras, se convirtió en todo un adalid contra los turcos y los extraviados, sobre los que descargó toda vileza imaginable.

Nadie parecía capaz de acabar con él, y en aquellos tiempos la Orden no existía aún. Cassandra estaba de su parte, pues la lucha contra los turcos era la lucha contra los infieles en defensa de la fe verdadera. Sin embargo, había alguien que no estaba de acuerdo con todo aquello. Alguien que podía acercarse a Aleksander más que ninguna otra persona.

Aunque Ágata no era una mujer demasiado hermosa, su inteligencia y su confianza en sí misma la hacían resultar muy atractiva. Era alguien singular, que siempre llenaba las estancias con su presencia y divertía a cuantos interlocutores tenían el privilegio de poder conversar con ella. Iacov la había conocido ya entrada en años, cuando aún era poco más que un niño, pero la admiración que le despertó le provocó el amor más puro que jamás había sentido.

Todos sabían que no era una mujer muy religiosa, sin embargo, tenía un profundo sentido de lo que era correcto y una gran capacidad de sentir compasión por los demás. Estuvo semanas pidiéndole a su esposo que cesara su crueldad, pero Aleksander no hizo sino volverse más implacable. Decía que hacía lo necesario, y tanto Mircea como el resto de los bendecidos por Cassandra pensaban exactamente igual que él.

Un día, mientras Krecic descansaba en su cama, uno de los amantes de su esposa le cortó la cabeza y la expuso al sol. El joven fue descuartizado y a Ágata se la sometió a un juicio y se la sentenció a ser emparedada viva. A Aleksander lo enterraron en la cripta, pero cuando la Orden fue creada, uno de sus hijos trasladó sus restos a un lugar indeterminado. Iacov esperaba poder averiguar dónde una vez que se encontrase en el castillo.

Después de los últimos días, y sobre todo de los últimos siglos, en los que había tenido que ocultarse por el día y por la noche, cuidando cada uno de sus pasos, Iacov se sentía como si fuera invencible. Era una sensación extraña y familiar al mismo tiempo, y resultaba tan reconfortante como beber agua fría cuando se tiene sed un día de verano. En esos momentos, y durante un mes entero, lo único que debía temer era la luz del sol.

No obstante, el pesar se negaba a abandonarlo, aunque Iacov había sido capaz de desplazarlo hasta un rincón de su mente en el que no molestaba demasiado. Y tenía confianza suficiente en que, a la hora de la verdad, no le impediría hacer lo que tenía que hacer. En cualquier caso, Wilhelm sería el último de todos.

Bucarest seguía exactamente igual a como la habían dejado. Nadie allí se había enterado de nada de lo que les había pasado a Iacov y a su prima, ni se enteraría de lo que iban a hacer. Tampoco lo haría Elena. Cerca de la ciudad había un gran lago, con varios pueblos alrededor, y junto a él se alzaba, sobre un promontorio, la antigua residencia de Krecic y su familia.

El castillo se hallaba en un estado excepcional, como recién reformado. Aunque seguía estando habitado, una buena parte del edificio se había destinado al turismo y acogía un hotel. Pocas cosas le recordaban mejor a Iacov un pasado que ya no iba a regresar, y además, pese a que había habido un incendio y todo el mobiliario solo imitaba al original, por un instante se vio como cuando acompañaba a su padre a visitar a Aleksander.

Miró aquellas paredes preguntándose en cuál de ellas estaría oculto el cadáver de Ágata. Ioana intentó dar con él, pero fue en vano. En cuanto pudieron se colaron en la cripta, que había sido acondicionada para la visita, pero allí tampoco estaba y de hecho no quedaba ni un solo hueso. Probaron suerte, entonces, con la zona habitada, donde vivía un matrimonio, sus tres hijos pequeños y otra persona más. Aunque el hombre no era descendiente de Aleksander, Iacov esperaba que tuviera información sobre él.

El tiempo y la cercanía habían mejorado su relación con Ioana y ella ya no le resultaba tan insufrible como al principio. Además, siempre le habían gustado las personas resolutivas y eficaces y su prima lo era sin duda. Incluso llegó a pensar que Ioana podría haber sido una buena compañera para él, al menos la compañera que se merecía en realidad.

Del dormitorio del matrimonio salían suaves ronquidos. Ioana abrió también aquella cerradura, y se encargó de mantener dormida a la mujer mientras su primo incorporaba al hombre de la cama. Cuando este se despertó alterado, enseguida lo obligó a tranquilizarse.

—Estate quieto y en silencio —le ordenó Iacov al hombre—. Si te portas bien y me das lo que quiero, me iré sin hacerle daño a nadie.

La oscuridad de la estancia hacía que el hombre no supiera a dónde mirar mientras sus ojos suplicaban clemencia.

—¿Eres Albert, descendiente de Andrej, hermano de Aleksander Krecic?

—Sí, soy yo.

—Necesito saber dónde está Aleksander. Sus restos, dónde se encuentran.

—Lo lamento, pero no lo sé. Lo siento mucho. Por favor, no nos hagas daño. Mi familia...

—Es tan sencillo como que me digas lo que sabes.

—Lo único que sé es que un nieto suyo se lo llevó de la cripta.

—Alguien de la familia debe de saber algo más. ¿Tengo que preguntarles a tus hijos?

—No, por favor. Por favor, déjalos en paz.

—Pues responde.

—No entiendo nada. Los tuyos ya estuvieron aquí y ya confirmaron que no sabíamos dónde está la tumba de Aleksander. Su nieto solo se lo reveló a su hijo mayor.

—¿Y él no se lo dijo a nadie?

—Seguro que sí, pero esa línea se perdió con la Revolución y con ella se perdió el secreto. Heredé el castillo poco después. Nosotros no sabemos nada, de verdad. Te lo juro. Por favor, no nos hagas daño.

Parecía sincero y el hechizo aseguraba que lo era.

—¿Conoces a Igor Slavoj? —inquirió Iacov. Albert entreabrió la boca, pero no emitió sonido alguno—. ¿Les pregunto a tus hijos?

—Yo no sé nada. Lo juro.

—¿Entonces quién?

El hombre volvió a quedarse callado.

—Muy bien —dijo Iacov, encaminándose fuera de la habitación.

—¡Espera! Mi suegra debe saberlo.

Rompió a llorar. Iacov le dio un bofetón para silenciarlo, y entonces, notó cómo la persona que descansaba en una habitación aneja llamaba a la esposa de Albert y luego se incorporaba de la cama. Le hizo una señal a Ioana para que se acercase a él.

—Si me voy, se despertará —susurró ella.

—La suegra viene hacia aquí y va a despertar a los niños —repuso él lo bastante alto como para que Albert pudiera oírlo.

—Déjeme hablar con ella —pidió el hombre.

La anciana volvió a llamar a su hija, esta vez desde el pasillo.

—Consigue que entre aquí sin hacer ruido —accedió Iacov.

Albert se enjugó las lágrimas antes de abrir la puerta de la habitación.

—Agnes, ¿qué hace levantada?

—He oído un ruido. ¿Estabais haciendo cosas sucias?

—No, suegra. ¿Puede pasar un momento? Su hija quiere hablar con usted.

La anciana entró en la habitación y le exigió que encendiera una luz.

—Antes prométame que va a guardar silencio.

—No me des órdenes y haz lo que te digo.

Iacov le indicó a su prima que prendiera la lámpara de la mesilla de noche. La anciana, al verlos a los dos, se tapó la boca con ambas manos y lo miró a él de arriba abajo. Y pareció reconocerlo. Iacov dedujo que había visto alguno de los dibujos de su hermano pequeño, donde aparecía él con su larga nariz, sus pómulos hundidos y su cabello tan negro como sus ojos.

—¿Mi hija está bien?

—Sí —respondió Ioana.

—Le preguntaba a tu yerno por los restos de Aleksander —dijo Iacov—. ¿Dónde se encuentran?

La anciana se mostró sorprendida y corrió a hacerle una reverencia. Su yerno enseguida la imitó. Iacov no estaba del todo conforme con que ellos supieran quién era él en realidad, porque eso significaba que podrían alertar mejor a Ígor, sin embargo, la lealtad que le debían quizás fuese más fuerte que el hechizo de Ioana.

—Perdóneme, señor. No puedo creer que lo esté viendo con mis propios ojos. Yo no soy nadie, pero he estudiado en profundidad la historia de este nuestro país, y cuando conocí al padre de Albert, él compartió la verdad conmigo y me habló de la importancia que tiene su familia. Señor, si me permite, ¿puedo preguntar para qué quiere saber eso? Ya no queda ningún descendiente de Alek, ni vivo ni muerto.

No era súbdita, entonces. Y por desgracia, cuando Iacov miró a Ioana para que esta controlase a la anciana, su prima negó con la cabeza mientras pedía disculpas con los ojos. La sangre que había consumido solo le permitía seguir con el matrimonio.

—Ígor Slavoj —dijo Iacov. Agnes bajó la mirada—. Si sabes algo, dímelo.

—Señor, ¿puedo saber para qué lo busca? Por favor.

—No debéis preocuparos por él.

Agnes escrutó su rostro y luego se fijó en su prima.

—¿Qué ha hecho?

—Dime dónde está. Mi paciencia está a punto de agotarse.

—Por Dios, habla de una vez —intervino Ioana—. No os va a pasar nada.

La anciana lanzó un hondo suspiro. Debía de estar muy preocupada si prefería resistirse, y eso significaba que Ígor los conocía a ellos y sabía dónde vivían.

—Ignoro el paradero de ese hombre, pero no necesitáis los restos de Alek para dar con él. Aunque se supone que es bastardo suyo, en realidad lo es de su esposa.

Iacov se lamentó en secreto.

—¿Dónde está su cuerpo?

—Aquí cerca.

—No he encontrado nada —repuso Ioana—. ¿No podéis contactar con Ígor?

—Sospecharía enseguida. Me refiero a que Ágata está en el pueblo más próximo. Traicionó a su esposo, pero era una buena persona y merecía santa sepultura. La encontraron hace unos meses, cuando hicieron las obras para adaptar el castillo a hotel, y la trasladaron al cementerio. Mi yerno sabe dónde es exactamente.

Albert la miró como si ella acabase de apuñalarlo.

—¿Y no se lo habéis dicho a Ígor?

—Cuanto más lejos estemos de ese hombre, mejor. Y también así tenemos algo para defendernos. Durante años se dedicó a acabar con los descendientes de Alek pensando que así se protegía de la Orden, y apareció por aquí cuando nos mudamos para ver si sabíamos algo de los restos de quien pensaba que era su padre. Tuve que revelarle su verdadero origen y lo que le pasó a Ágata, aunque le dije que a ella la habían quemado.

—¿No sabes nada de ese amante? —preguntó Iacov.

—No he encontrado registro alguno sobre su vida ni sobre su enterramiento. Casi es como si no hubiera existido.

El cementerio apestaba a podredumbre: no hacía mucho que habían enterrado a alguien y su cuerpo se descomponía bajo tierra. La tumba de Ágata estaba en un nicho del muro perimetral, cubierta con una lápida virgen, sin inscripción alguna que indicase quién descansaba allí dentro.

Iacov golpeó la piedra y no tardó en atisbar sus pies: estaban desnudos, al igual que el resto de su cuerpo.

Aquella mujer, en otro tiempo tan lozana y brillante, se había visto cruelmente reducida a un puñado de huesos viejos a los que les habían negado un descanso apropiado. Iacov la cogió en brazos y se la llevó de vuelta al castillo, y allí, la metió en el arcón que se hallaba a los pies de su cama y la cubrió con una de las mantas que sacó de él.

Estaba a punto de amanecer, por lo que no tenía más remedio que retirarse a descansar mientras dejaba que Ioana hiciera su trabajo, aunque no pudo pegar ojo hasta que la oyó decir que había tenido éxito. No le gustó un pelo saber que su presa se encontraba en mitad del continente africano, pero Ioana le propuso una alternativa: que Agnes avisara a Ígor del hallazgo de los restos de su verdadero padre y fuese él mismo quien viniera hasta allí. Tenían más que ganar que perder, así que aceptó.

Agnes se mostró reticente y al final acabó negándose, a pesar de la influencia de Ioana. La aterraba demasiado la certeza de que Ígor se vengaría con su familia. Iacov la disculpó porque entendía su miedo y porque lo cierto era que le caía bien, al contrario de lo que ocurría con el pusilánime de su yerno o la sosaina de su hija.

—No os pasará nada —aseguró—. Ni siquiera os enteraréis.

—¿Pero cómo sabe usted que vendrá? ¿Y si huye y os obliga a ir tras él? ¿No es mejor aprovechar el factor sorpresa?

—Agnes, no me apetece en absoluto ir hasta donde está y tampoco tengo tiempo que perder.

—Señor —suplicó la anciana.

—No me gusta repetir las cosas. Yo también puedo haceros daño a todos.

Mientras esperaban a Ígor, Iacov repasó toda la información de la que disponía sobre sus siguientes objetivos. Era una pena que hubiera ardido la biblioteca del castillo, repleta de volúmenes relativos a la época en cuestión, y también le habría gustado tener sus propios libros, que se habían quedado en el barco a Mirina, pero contaba con sus recuerdos y con la extensa sabiduría de Agnes.

Dedicó varias horas a conversar con la anciana, y ella le contó algunas cosas interesantes sobre Aleksander y sobre su hermano Alen, los únicos de los cuatro hermanos que habían aceptado aumentar su fuerza a costa de no volver a engendrar. Andrej se cayó del caballo y se mató antes de hacerlo, y

a Luca le interesaba más colarse bajo el vestido de una de las chicas de Cassandra, algo por lo que también encontró su final.

Agnes le habló asimismo sobre otro de los afortunados, de nombre Borislav. Las malas lenguas decían que había sido amante de Alen, y lo cierto es que se expuso al sol tras saber que este había sido destruido por la Orden. No obstante, para entonces había tenido dos hijos y uno de ellos aceptó la oferta de Cassandra: Ciril Grosu.

En una de las comprobaciones diarias sobre la ubicación de Ígor, Ioana notó por fin que su presa estaba bastante cerca del castillo. Para enfrentarla había preparado tres hechizos: uno que ocultaría su olor y el sonido de su corazón, otro que tenía la capacidad de retener a alguien como Iacov, y un tercero para bloquear cerraduras. La cantidad de sangre necesaria requería de dos personas, de modo que Iacov y ella tuvieron que acercarse de nuevo al pueblo.

La noche siguiente, el castillo estaba en calma y tanto los huéspedes del hotel como la familia de Agnes descansaban en sus camas. Ioana había fabricado una pócima a base de hierbas de los alrededores que ayudaría a que la anciana, el matrimonio y los niños no se despertasen hasta el alba. Cuando el sol saliera, sería como si nada de todo aquello hubiera sucedido.

Iacov se apostó en uno de los tejados del castillo y vigiló cada posible acceso durante casi una hora. Finalmente, vio a un hombre salir del fondo del lago y dirigirse hacia un lateral del edificio. El hombre trepó por las paredes de uno de los torreones y trató de entrar por la ventana de la habitación de Albert y su esposa, pero, tal y como Iacov había previsto, fue incapaz de abrirla y probó entonces con la de los niños y con la de Agnes. Captó a Iacov en el último momento, sin embargo, no logró evitar que este le introdujera una mano por la espalda y retorciéndose su corazón hasta desgarrarlo.

Ígor despertó poco después de que Iacov lo colocase sobre el glifo pintado con sangre que Ioana había realizado en el suelo de su habitación. Cuando la vio a ella, el terror se apoderó de su rostro e intentó escapar, pero apenas pudo preguntarle a Iacov quién era y qué quería mientras lo miraba como si ansiara arrancarle las tripas.

—No grites, que hay gente durmiendo. Voy a decirte tres nombres y tú me dirás a mí qué sabes de ellos.

Aunque Ígor no tenía más opción que satisfacerlo, sus ojos se mantuvieron desafiantes. Unos ojos color chocolate que a Iacov le recordaban a Ágata. También los otros rasgos de su rostro se parecían, mientras que su cabello, rizado y muy rubio, delataba que no podía ser hijo de Aleksander.

Iacov sacó la lista de Cassandra y pronunció cada nombre mientras observaba a su presa. Por desgracia, Ígor ignoraba el paradero de todos los aludidos y a uno de ellos ni siquiera lo conocía. No mantenía contacto alguno con ninguno de los suyos desde hacía cientos de años.

Iacov calibró la utilidad de que siguiera más tiempo existiendo y su presa pareció notarlo, porque rebajó su hostilidad al decir:

—¿Puedes soltarme? Tengo mujer e hijos. Por favor, no volveré a aparecer por aquí.

—¿Hijos? —se burló Ioana.

—No son mis hijos biológicos, pero soy su padre.

Iacov se tragó el sabor amargo que inundó su boca.

—Entonces podría ir a preguntarles a ellos.

—¡No sé nada! Por Dios, lo juro. ¿Qué es esa lista? ¿Qué estás haciendo?

Iacov le reveló su identidad antes de decirle que él también tenía una mujer, que sus actos buscaban conservarla a su lado. Lo hizo por respeto a Ágata, para que su hijo conociera el sentido de su propio final, la ausencia de culpa, y por la misma razón, no lo prolongó más. Los ojos de Ígor rebosaron de terror justo antes de quedar vacíos para siempre.

Ioana recogió una muestra de su corazón y la guardó en un par de pequeños botes de cristal, de manera que Iacov custodiase uno y ella el otro. Luego él cogió el cadáver y lo metió en el arcón con los restos de su madre.

Aquello era algo que Iacov quería hacer a solas. Se dirigió a la orilla del lago, dejó el arcón sobre la arena y vertió en su interior un poco de gasolina y de un preparado que su prima había fabricado. Cuando arrojó la cerilla, Ígor ardió enseguida envuelto en llamas azuladas. El fuego afectó al arcón y este acabó cediendo y desplomándose. Iacov siguió echando gasolina hasta que lo único que quedó fue un montón de cenizas.

Ágata solía decir que amaba aquel lago. Ahora descansaría para siempre allí con su hijo.

CAPÍTULO VIII. EL PESAR



Que Iacov supiera, el hijo de Borislav no había tenido descendencia alguna, por lo que habría que buscar a Ciril directamente. Ignoraba dónde se encontraba, pero conocía a alguien que probablemente tendría información útil sobre él.

Ella era la única mujer que aparecía en la lista de Cassandra: Erzebet Gábor. Era una mujer muy hermosa y muy seria, más seria incluso que Iacov, a la que Ciril había amado hacía muchos años y por la que había intercedido para que la convirtieran en uno de los suyos. Erzebet estaba casada por aquel entonces con un importante noble, y Cassandra vio la oportunidad de reclutarla para que apoyase su causa.

Pero Erzebet prefería la compañía de Ciril a las intrigas cortesanas, y a él le pasaba lo mismo respecto al campo de batalla. De modo que ambos se retiraron a una de las propiedades del esposo de Erzebet, que no tardó en sufrir un conveniente accidente, y allí permanecieron hasta que tuvieron que huir de la Orden. Luego Ciril se marchó por alguna razón, y fue poco después cuando Iacov conoció a Erzebet.

Ella languidecía en su palacio francés hasta que un grupo de campesinos enfurecidos, armados con hoces y hachas, se abalanzó contra la propiedad y contra todo aquel que la habitase. Erzebet, con la ayuda de su servidumbre, logró escapar indemne y fue en busca del auxilio de Iacov, pero no para que él la cobijase o le prestase recursos para poder valerse por sí misma, sino para que acabase con su triste existencia.

En esos momentos, Iacov aún eludía la apatía y opresión melancólica que lo dominaban antes de conocer a Elena, aunque de algunas cosas ya había dejado de disfrutar como antaño: las matanzas lo habían hastiado, la tortura le resultaba vulgar y muchas veces innecesaria y la mayoría de las personas, especialmente las mujeres, apenas lograba interesarle. Además, Wilhelm empezaba a molestarlo demasiado a menudo.

Erzebet mantenía las distancias en todo momento y tenía una conversación inteligente y amena, quizás un poco aburrida, pero tampoco Iacov se caracterizaba por ser el alma de las fiestas y de esto se encargaba su amigo. Ambos la convencieron para que postergase su deseo. Iacov incluso habló con ella sobre lo sucedido con su primera esposa y su hijo menor, solo para que entendiera que el tiempo era capaz de hacerla superar cualquier contrariedad, aunque él realmente no lo creyera.

Los dos entablaron una amistad que poco a poco se fue confundiendo con algo más. Sin embargo, ninguno llegó a enamorarse del otro. Erzebet seguía pensando en Ciril, pese a que jamás lo mentase, y a Iacov le costaba verla como otra cosa que no fuera una buena amiga o, como mucho, una hermana. Era agradable estar con ella, era tranquilo y apacible, sin sorpresas, ni malas ni buenas, como una cálida tarde de verano de las que Iacov ya no podía disfrutar, pero que saturan sin el contraste del invierno. No tardó demasiado en comprender por qué razón debía de haberse marchado Ciril, aunque el tiempo que él le dedicó a Erzebet demostraba que sí la había amado.

La falta de aliciente de su relación se convirtió en un desapego notable por parte de Iacov, y empezó a centrarse cada vez más en menesteres que nada tenían que ver con Erzebet. Al final, ella fue a hablar con él: ya no quería ser destruida, pero había llegado el momento de intentar buscar su propio camino. Iacov y Wilhelm la ayudaron en todo cuanto pudieron hasta conseguir que se instalase como merecía.

Zoltan Lákatos era descendiente de un hermano de Erzebet y accedió a acogerla en cuanto supo quién era ella, y con el tiempo, logró desposarla. Poco después falleció, y Erzebet se encargó entonces de la propiedad. Seguir haciéndolo durante demasiado tiempo era peligroso, por lo que simuló su muerte y entierro y continuó, o eso pensaba Iacov, gestionando en las sombras.

El castillo de Erzebet coronaba una colina cuajada de árboles a cuyos pies serpenteaba un tranquilo afluente del Danubio. Sus muros de piedra color canela habían sido cepillados recientemente y ninguna vegetación perturbaba sus agudos tejados anaranjados. Cuando Iacov y su prima recorrieron el puente que conducía hasta la entrada principal, las pesadas puertas de madera oscura se abrieron y apareció un sirviente, que sabía quién era él.

Una vez en el interior del castillo, Erzebet no tardó en acudir a recibirlos. Seguía siendo tan hermosa como en la mente de Iacov, o quizás incluso más: su tez oscura era muy atractiva y casaba de manera perfecta con sus ojos y su cabello del color de los granos de café, y como añadido, desprendía un candor especial. Y por un instante, él se alegró de verla.

—¡Iacov! —exclamó Erzebet con una amplia y bellísima sonrisa—. ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí?

—Estoy de viaje. —Él se obligó a corresponderle el gesto—. Con mi esposa.

—¿Te has casado? Encantada. Ay, dejadme un momento para que pueda preparar una recepción decente. Y para que avise a alguien que quiero que conozcas, Iacov —añadió con un poco de vergüenza.

Consiguió un hombre y una mujer dispuestos a satisfacer el hambre de Iacov y de Ioana. Eran una pareja que rendía culto a Satán y sacaba algún que otro beneficio de servir a quienes tomaban por creaciones suyas. Aunque tenían los ojos vendados, Iacov pudo notar de igual modo sus miradas de fascinación, de idolatría incluso, y apenas consiguió dar un par de tragos.

—Se va a retrasar un poco —se disculpó Erzebet.

—¿Quién? —preguntó Ioana.

—Mi esposo. Bueno, no estamos casados, pero es como si lo estuviésemos. ¿Cómo os conocisteis? Perdonad, os lo habrán preguntado muchas veces, pero es que pensé que Iacov no volvería a casarse y hacéis muy buena pareja.

Ioana miró a su primo y mostró un pudor que parecía sincero. Con la voz como la miel, le contó a Erzebet una historia similar a la verdad, una historia sobre cómo Iacov la había rescatado y cómo los dos habían viajado de un lado para otro, juntos, y cómo, tras mucho insistir, él había accedido a desposarla. Sus ojos verdes brillaban tanto al hablar, que por un momento convenció incluso a su primo de que estaba enamorada.

—¡Cuánto me alegro! —celebró Erzebet.

Ioana sonrió. Entonces, Iacov notó que alguien se acercaba al castillo.

—¡Ya está aquí! —dijo su anfitriona con ilusión.

Fue corriendo a recibir a la misteriosa persona y regresó con ella al comedor. Se trataba de un hombre joven, con una piel tan pálida y un cabello tan rojizo como los de Elena.

—Este es Ciril —dijo Erzebet.

Los ojos de Iacov se clavaron en su presa y no la soltaron hasta que Ioana le provocó una leve presión en una mano.

—Erzebet me ha hablado de ti —le reveló Ciril.

—Y a mí de ti.

Mentiría si dijera que se creía capaz de hacer lo que tenía que hacer. Después de lo de Ígor, su ánimo no había hecho sino empeorar. Erzebet era

su amiga y además parecía ser feliz, por lo que temía conocer hasta qué punto le afectaría aquello. Podría seguir retrasando su nombre, sin embargo, cada instante que perdía era tiempo que debía pasar alejado de su pequeña.

El deseo de regresar junto a Elena se había convertido en una obsesión, no necesitaba que Ioana ni nadie se lo dijera para saberlo. No solo por lo mucho que la echaba de menos, sino sobre todo porque los dos llevaban ya demasiados días separados, tiempo suficiente como para que ella se hubiera retractado de querer estar con él. Y si su pequeña lo olvidaba y seguía con su vida, todo cuanto estaba haciendo carecería de sentido alguno.

—Siento mucho el daño que le hice —dijo Ciril refiriéndose a Erzebet—, y quiero darte las gracias por haber cuidado de ella cuando yo no supe apreciarla.

Erzebet lo miraba embelesada. Él la correspondió y ambos se dieron un suave beso en los labios. Entonces, Iacov sintió flaquear su determinación y pensó seriamente en retirarse. Sin embargo, sabía que tarde o temprano se correría la voz de que alguien estaba acabando con los suyos, y eso solo haría que tuviera que emplear más tiempo aún.

Ninguno de los dos se lo esperaba en absoluto, ni tampoco tuvieron oportunidad de oponer resistencia alguna. Iacov dejó a Ciril el último para que Erzebet no viese cómo destruían al amor de su vida.

Ioana no dijo una sola palabra de regreso al coche. Iacov se lo agradeció en silencio y condujo directo al siguiente destino. Todavía quedaban horas para que amaneciera.

Jamás se perdonaría lo que acababa de hacer y esa certeza amenazaba su misión. Por mucho que se frotase las uñas, seguiría viéndolas de color negro, y por mucho que se dijera a sí mismo que podría con Wilhelm, apenas oía otra cosa que todo lo contrario. La pesadumbre se apoderó de él, y llegó a tal grado, durante tanto tiempo, que su prima terminó decidiéndose por hablar:

—No te repetiré que lo dejes.

—Acabas de hacerlo.

—¿No has pensado que no merece la pena?

Iacov la miró y ella se encogió como si de verdad él pudiera llegar a hacerle algún daño.

—Iremos a por Petrov —dijo Iacov. Ioana fue a replicar, pero él levantó una mano—. Está muy cerca y es un hombre despreciable.

—¿Más que Bhalto?

—Bhalto solo se divertía.

Aunque Petrov Sobo estaba oculto en alguna parte, Iacov sabía cómo encontrarlo porque sabía dónde se hallaban los restos de su padre. Cuando se creó la Orden, Petrov le pidió al abuelo de Iacov que los ocultase porque él era la única familia que le quedaba, de algún modo, después de que su madre desapareciera y de no encontrar en su propio matrimonio más que la desdicha de la muerte.

En vida, se suponía que se dedicaba a proteger la salud de los demás y parte del fuerte vínculo que había establecido con Mircea dependía de ello, pues había ayudado a este en múltiples ocasiones. Pero, ya desde antes de ser como Iacov, se dedicaba a llevarse derrotados a su castillo y a practicar con ellos diversos experimentos, con el fin de poner remedio a males extraños como el de su esposa. Y cuando obtuvo el poder de Cassandra, su labor fue incansable durante más de una década.

Mircea había construido una cripta en un paraje cercano al castillo de Poenari, donde Iacov había habitado. Allí confió su lugar de descanso, sabedor de que ninguna fortaleza era lo bastante segura, y allí localizó las tumbas de sus familiares más próximos. Y fue en ese lugar en el que ocultó también al padre de Petrov, o eso vio Iacov cuando llevó a aquella cripta el cuerpo de su hijito.

Ahora ese paraje yacía bajo el agua, debido a una presa reciente, por lo que la seguridad era aún mayor. El castillo, por su parte, había sido convertido en una burda atracción turística, aunque no tanto como aquel en el que Iacov estuvo preso una vez. Él ya lo sabía, pero nunca había querido ver semejante espectáculo y aquella no iba a ser la excepción. Condujo directo al lago evitando mirar hacia el que fuera su hogar.

Temía el momento en el que viese a su hijo. Nada en toda su existencia, ni siquiera perder a Radu, le había dolido más que saber que él ya no volvería a mirarlo y a sonreírle con aquellos enormes ojos negros. Pese a todos los años que habían pasado, Iacov todavía recordaba vívidamente el momento en el que Mihai apareció con su maltrecho cuerpecito en sus brazos. Cnaejna se lo había arrebatado, pero, en realidad, había sido él quien lo había perdido.

«Esto es culpa tuya —repitió ella a través de los siglos».

Ioana se quedó a esperarlo en la orilla del lago. Con la referencia de uno de los riscos que se introducían en las oscuras aguas, Iacov nadó hasta alcanzar la disimulada abertura de una cueva, buceando por un estrecho túnel hasta toparse con una roca que impedía el paso. En el centro había tallado un glifo de concha de caracol.

Iacov se pichó un dedo y pegó la herida a uno de los trazos, y todo el símbolo se prendió como las brasas de un fuego, permitiéndole desplazar la roca lo suficiente como para continuar. El túnel proseguía un par de metros hasta unas escaleras, donde el agua daba paso a una cámara de aire.

La cripta estaba hecha de piedra de color gris azulado. Las cuatro paredes y el techo contaban con glifos diversos que protegían contra distintos males, y lo convertían en un lugar prácticamente imposible de hallar y de profanar. Junto a las paredes había seis sepulcros, y en mitad de la estancia estaban los de su abuelo, su padre y el suyo propio. La mayoría se encontraban vacíos; ni siquiera Mircea llegó a poder utilizar el suyo, pues cansado de su largo gobierno, su heredero lo declaró muerto e hizo que lo enterrasen mientras descansaba, acabando con él antes de que pudiera levantarse.

Metió en la bolsa que llevaba consigo algunos huesos del padre de Petrov y luego abrió el sepulcro de Mircea, donde Iacov había colocado el cadáver de su hijo. Al verlo, el pecho se le encogió. Roció sus restos con gasolina y les arrojó el preparado de Ioana, y allí permaneció, contemplando el pasado arder, hasta que la ceniza se apoderó de todo.

Ioana practicó el hechizo de búsqueda en la orilla. Le dedicó mucho más tiempo del que había necesitado para Ígor, y al final, hubo de darse por vencida. No sentía la presencia de Petrov en ninguna parte.

—No está en este continente —se excusó—. Creo que está en otro, más allá de una gran masa de agua salada que estaría bloqueándome.

Iacov suspiró, imaginando que se refería a América. Lo último que sabía de Petrov era que había estado en Alemania aprovechando la guerra, y probablemente había sido reubicado como tantos otros científicos nazis. Ella le pidió disculpas con los ojos.

—Es una señal.

—¿No estarás mintiendo?

—Te juro que no.

Restaban dos nombres en la lista, pero ambos habían destruido a sus familiares y habían desaparecido. Lo único que Iacov sabía de ellos era que Petrov los conocía, de modo que lo necesitaba a él para encontrarlos. Necesitaba hacer un viaje de varios días sin la certeza de que su presa estuviese donde esperaba.

Se pasó casi el resto de la noche sentado en la orilla del lago y mirando hacia su antiguo castillo. Su deseo de volver a ver a Elena era tan inmenso como el cielo cuajado de estrellas que discurría sobre él, sin embargo, lo último que Iacov quería era ponerla en peligro. Aunque no sabía nada de la Orden desde que aterrizó la avioneta, y ni Ioana ni él habían notado nada extraño, entraba muy dentro de lo posible que los estuvieran siguiendo.

Pero quizás bastase con verla de lejos. Podía desviarse lo justo para pasar por su pueblo, y caminar por sus calles como podría hacerlo por las calles de cualquier otro sitio. Y podía colarse en su casa, como si fuera cualquier otra, para tomar un poco de su sangre y recuperar fuerzas. Ella ni siquiera tenía por qué enterarse, ni Wilhelm tampoco.

El viaje hasta España suponía una noche entera y él pasó la mayor parte del tiempo inmerso en sus pensamientos. Aunque Ioana se mostró entristecida por su actitud, respetó los silencios que Iacov necesitaba. Cuando llegaron al pueblo más próximo al de Elena, ella le pidió contratar unas habitaciones en un hotel y quedarse allí a esperarlo. Aquello extrañó a su primo, pero él no pensaba ponerse a discutir.

Recorrió Valdelarrosa evitando acercarse al camino que conducía a la casa de su amigo. Entró en una vivienda del pueblo y dio un par de tragos, y luego siguió deambulando sin rumbo fijo. Había decidido dedicar las primeras horas de la noche a fingir indiferencia hacia el pueblo y a intentar dilucidar si lo seguían o no, sin embargo, cuando quiso darse cuenta, sus pasos lo habían llevado hasta la plaza con el enorme alcornoque.

Se quedó sin aire al oír la voz de su pequeña. Hablaba con María y con un hombre que él no reconoció, y de repente no pudo esperar un solo minuto más. Debería bastarle con saber que ella estaba bien, pero ansiaba verla, tocarla y saborearla más que cualquier otra cosa, y en esos momentos, nada necesitaba más que comprobar si ella quería lo mismo.

Captó que alguien se acercaba y vio al novio de María. Elena le abrió la puerta y el deseo de Iacov no hizo sino aumentar. Entonces Manuel propuso

dar una vuelta, y no pudo seguir resistiéndose: se metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil para escribir un mensaje.

Escuchó el móvil de su pequeña y cómo ella lo cogía. Escuchó el corazón de Elena acelerarse y cómo ella les decía a sus acompañantes que estaba muy cansada para irse con ellos. Iacov llamó a la puerta en cuanto se quedó sola, y Elena abrió enseguida y lo miró con esos ojos suyos tan hermosos y que él tanto había echado de menos.

A Iacov le dio tiempo a temer el rechazo, pero fue todo lo contrario: Elena se abalanzó sobre él y le rodeó el cuello con sus brazos para apretarlo con fuerza contra su tierno y cálido cuerpo. Le llenó el rostro de besos y pegó con pasión sus labios a los de él, y al final, entre lágrimas y sonrisas, enterró el rostro de Iacov en su cuello. Entonces se acordó de que los dos seguían en la calle, y tiró de su hombre hacia el interior de la casa.

Aturullada, empezó a hacer preguntas sin parar: cómo estaba, por qué había tardado tanto en volver con ella, dónde había estado, qué había hecho... Iacov no supo qué decir, porque había demasiadas cosas que no podía contarle, sin embargo, ella cambió de opinión y lo arrastró hasta su cama.

Entre besos, se quitaron la ropa el uno al otro y él pudo comprobar que Elena seguía llevando el anillo con el zafiro. Iacov lamió y besó cada centímetro de su piel, y justo tras asegurarse su éxtasis, bebió del interior de su muslo. El sabor de su sangre lo invadió, arrollando como un torrente todo el pesar.

Elena quiso salir de la cama y él se lo impidió. Aún quedaba mucha noche. Ella le dio un beso en la punta de la nariz antes de revelarle que tenía una sorpresa, que estaba guardada en el armario. Una caja, en cuyo interior había una especie de correa con un diseño muy particular. Aunque era la primera vez que Iacov veía un arnés semejante, enseguida supo para qué servía.

Probaron una postura tras otra hasta que Elena cayó rendida. Ella se acurrucó entre los brazos de su hombre y le preguntó si había comido, y entonces lo apretó contra sí.

—¿Puedes esperar un rato?

Iacov cerró los ojos y se sumió en su aroma y sus latidos.

—Luego me cuentas —murmuró ella.

Poco después se quedó dormida. Iacov no dejó de acariciarla hasta que notó el hormigueo. Ya no le daría tiempo a llegar al hotel, así que la apartó con cuidado y echó la persiana y el cerrojo de la puerta. Deseaba seguir abrazado a ella, pero su cercanía era más que suficiente para insuflarle genuina alegría, y la forma en la que lo había recibido reforzaba su determinación.

No quería conciliar el sueño ni estaba cansado. Algo hambriento sí, con tanto sexo no había querido tomar mucho de ella, pero ya comería. Al poco de salir el sol, su pequeña se le subió encima como si fuera un gato doméstico. Iacov habría sonreído de haber podido, y deseó con fuerza poder también congelar aquel momento.

Sonó el despertador y Elena lo apagó mientras murmuraba unas disculpas. Entonces, Iacov notó que alguien se acercaba a la casa. No era María, que había regresado de madrugada y dormía en su cama. Quien fuera, abrió la puerta de la casa y entró en ella, dirigiéndose hacia la habitación donde se hallaban Elena y él. Iacov escuchó cómo se movía el cerrojo.

Aunque tenía los párpados cerrados a cal y canto y no pudo ver al hombre vestido con túnica gris, de igual modo se apoderó de él un pavor indescriptible. El sentimiento se combinó enseguida con impotencia, y esta con una de las iras más fuertes que Iacov había sentido nunca. Totalmente inmóvil como se hallaba, tuvo que presenciar cómo el monje se acercaba a ellos y cómo se atrevía a tocar a su pequeña para llamar su atención. En ese momento juró que, a la menor oportunidad, le arrancaría ese brazo a él o a cualquier otro miembro de la Orden.

Elena gruñó y giró la cabeza hacia el otro lado. Cuando el monje insistió, ella le dio un manotazo.

—Señorita Cruz, por favor, levántese.

En cuanto vio al intruso, Elena se movió para colocarse delante de Iacov intentando cubrirlo con su cuerpo, sin preocuparse por sus vergüenzas.

—Vístase —ordenó el monje—. Y coja algunas pertenencias, se viene conmigo.

—¿Qué? No voy a ningún lado. ¡Váyase de mi casa! ¡Ahora!

—No me haga repetirlo, no tiene más remedio. Él se ha comprometido a hacer algo y usted se quedará con nosotros hasta que haya cumplido.

Elena miró a su hombre. Iacov rabió por no poder corresponderla, por no poder disculparse, por no poder prometerle que él se encargaría de solucionarlo todo.

—¿Le harán daño? —preguntó ella.

—Todo depende de él.

—¿Y qué pasa con mi hermana?

—No es la primera vez que la deja aquí sola, ¿no?

Ella le asestó una mirada cargada de desprecio.

—¿Puede esperar fuera?

—Bien, pero no tarde.

Elena esperó hasta que el monje cerró la puerta tras de sí para reprocharle a Iacov:

—De modo que no pensabas quedarte. Ahora tendré que abandonar a María e interrumpir mis estudios.

Prendió la luz de la mesilla de noche y se acercó al armario.

—Te odio —dijo, apartando las perchas con brusquedad—. Y no sé qué ponerme.

Cogió una mochila y la llenó de cualquier manera con ropa que fue sacando a tirones. Al final, agarró una camiseta y unos pantalones al azar y se vistió con ellos, recogiendo el cabello con una pinza y calzándose unas botas sin ponerse calcetines. Luego se fue al cuarto de baño.

Estuvo un buen rato haciendo más ruido del necesario, pero cuando reapareció, dejó el neceser junto a la mochila y se centró en disponer mejor todo lo que había metido en ella. Llegó a hacerlo con tanta tranquilidad que Iacov temió que el monje volviese en cualquier momento para llevársela, sin permitir que se despidieran.

Elena cerró la mochila y se acercó a la cama, sentándose en el borde. Colocó una mano sobre su anillo escondido y la otra sobre la de Iacov.

—Tiene que ver con lo que pasó, ¿verdad? ¿Qué es lo que has hecho? ¿No podías limitarte a quedarte conmigo? Podríamos haber ido a cualquier parte. Es cierto que estudiar me hace feliz, pero podría haberlo hecho en otro momento. Tu seguridad es lo más importante para mí, Santiago. No quería que nos separásemos, pero pensé que era lo mejor para ti. Y ahora me encuentro con que has estado haciendo Dios sabe qué, en lugar de huir y que te perdieran el rastro como me dijiste que harías. No haces más que mentirme.

Rompió a llorar. Aunque apenas duró unos segundos, Iacov habría entregado cada uno de sus años por haber podido evitarle aquel dolor. Lo habría hecho aunque solo fuera por poder incorporarse, rodearla con sus brazos y decirle que todo saldría bien.

Elena le dio un beso en la frente y otro en los labios y le susurró al oído que lo quería. Después agarró la mochila, se encaminó hacia la puerta de la habitación y lo miró una última vez antes de desaparecer.

Iacov no le deseaba a nadie el día que tuvo que padecer en aquella cama, a menos que formase parte de la Orden. En cuanto pudo, fue directo a buscar a alguien con quien tratar de calmarse y, por fortuna, lo halló pronto: dos hombres estaban robando a otro. Y habría acabado con más vidas de no haber estado tan impaciente por hablar con Ioana.

—Se la han llevado —le dijo en cuanto entró en su habitación. Ella se mostró compungida y le aseguró que lo sentía mucho—. ¿Me ayudarás a terminar?

Ioana accedió enseguida.

—Iré a donde tú vayas, Iacov.

Lo miraba con tal intensidad que él comprendió su actitud de los últimos días. No supo qué replicar.

—No te preocupes —añadió ella, moviendo la mano como quitándole hierro al asunto—. Sé que amas a esa chica. Pero, quizá, algún día, no sé...

—Yo tampoco lo sé —admitió Iacov.

Ioana sonrió y sus ojos brillaron como esmeraldas.

—¿Petrov?

—Aparte de Wilhelm, solo quedan tres y él es el único del que tenemos algo. —Se sentó en el borde de la cama y lanzó un hondo suspiro—. ¿Sabes dónde puede estar tu abuela?

—¿Mi abuela? ¿Para qué?

—¿Lo sabes o no?

La sorpresa cruzó el rostro de Ioana.

—¿Qué estás pensando? ¡No podemos hacer eso!

—¿Por qué no?

—¡Porque es una locura! Ni siendo mil podríais con la Orden y con Cassandra.

—Pero sí que podríamos intentarlo con tu ayuda y con la de Onuba.

Ioana se colocó a su lado y le habló como si él fuese un niño que no entendiera una lección:

—Tienen a Elena, Iacov. Si intentas cualquier cosa...

—Por eso vamos a pensarlo bien.

—¿Por qué no te limitas a hacer lo que has dicho que harás?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Quiero verlos muertos. A todos. Incluida Cassandra.

—Pero espérate a recuperar a Elena. Iacov, todavía nos queda mucho tiempo. ¿Por qué precipitarse?

—Temes que acaben conmigo.

—Claro que sí. Estás cabreado y no piensas con claridad. Vamos a cumplir nuestra misión, y cuando recuperes a Elena, veremos el siguiente paso.

—Pero entonces tendré menos opciones que ahora.

—¿Qué crees que puede hacer cualquiera de ellos? Mi abuela sí tiene alguna opción, mucho más si no está sola.

—¿Tú crees que accedería?

—Sus chicas murieron por culpa de Cassandra y ella y yo acabamos encerradas. Pero no se me ocurre dónde han podido esconderla. Tal vez logró escapar.

—Tal vez. Filip debe de saber algo.

—Y crees que Petrov conoce su paradero —dedujo Ioana. Se mordisqueó un labio antes de añadir—: ¿Y si ella ha muerto? Porque si escapó, ¿no me habría buscado?

—Tu abuelo ignora la localización de mi castillo, por si la Orden lo capturaba. Cassandra no solo se ha dedicado a purgar el mundo de nosotros, también quiere tener bien controladas a quienes son como tú. De hecho, no tengo constancia de nadie más.

—Dilo, no me importa que me llamen bruja. No lo considero un insulto.

—Pero no es lo que eres, ¿no?

—Bueno, es en lo que me han convertido, y muchos me temen por ello. Eso es importante.

—En estos tiempos, es más bien un incordio.

—¿Qué dices? Ya viste a esa parejita adoradora del Diablo. Y cuando esto se acabe, me haré famosa en internet. Ya tengo casi mil seguidores y a ellos

les encanta cómo soy. Le dan muchos corazones a lo que escribo.

Iacov arqueó una ceja al imaginarse a alguien capaz de no solo soportar a su prima, sino de apreciarla. Entonces se percató de que ese era precisamente su caso.

—¿Quieres que te enseñe? —propuso Ioana—. Creo que tú también les interesarías. Recuerdo que te gustaba escribir cartas muy largas y has vivido tanto tiempo...

—¿Y no crees que sea peligroso?

—Primo, por favor. No saco mi cara y no les cuento nada comprometedor.

Cogió de su bolso el último móvil que había conseguido, el primero del que tenía su cargador, y le mostró a lo que se refería. Iacov nunca se había sentido más desconectado del mundo que mientras veía las conversaciones de su prima con perfectos extraños que se ocultaban tras una imagen.

—No te conocen —repuso—. Ni tú a ellos.

—¿Y quién lo hace realmente?

Él pensó en su pasado y no pudo volver a replicar. Ioana sonrió.

—Tranquilo, eso a nosotros dos no nos afecta.

Aquello consoló a Iacov, pero también le recordó que no podía decir lo mismo de su pequeña.

CAPÍTULO IX. LA ANCIANA



o único que el monje le quitó a Elena fue su móvil, después de que ella hubiera escrito a su hermana y al joven encargado de la tienda. La condujo en silencio hasta la salida del pueblo y luego hasta un bosque de castaños, donde los esperaba un monje que había pintado una especie de pájaro en el suelo con su propia sangre. Esta aún resbalaba por su brazo, y la piel de su rostro estaba pálida como la niebla.

El monje le indicó a Elena que se colocase sobre el glifo. Pronunció unas palabras en otro idioma y la sangre se iluminó levemente. Los árboles empezaron entonces a agitarse como si temblaran, y poco a poco el cielo y la tierra parecieron acercarse entre sí, reduciendo cada vez más el espacio que rodeaba a Elena. Y, de repente, todo se volvió negro.

Ella sintió unas terribles náuseas que la hicieron vomitar. Cogió la botella que llevaba en su mochila y se lavó la boca con un poco de agua. Y miró a su alrededor. Ya no estaba en el bosque ni tampoco creía que se encontrase cerca del pueblo: había aparecido en mitad de un paraje desconocido, escarpado y medio desértico, y justo frente a un enorme muro blanco por el que asomaba una espadaña.

Vio al monje que la había secuestrado materializarse entre humo de color rojo. Él le indicó que lo siguiera y no quiso decirle nada sobre aquel lugar. Pronto dieron con una enorme puerta de madera, que tenía impreso un símbolo diferente a los que Elena había visto en el castillo de Iacov: un círculo partido en cuatro porciones iguales. El monje sacó una botellita de su bolsa y usó un poco de su contenido para tocarlo, igual que Carlo había hecho, aunque la sangre no era negra esta vez.

Aquello parecía ser un monasterio, aunque era el más modesto que Elena conocía. Una mujer ataviada como una monja se les acercó y, sin decir una palabra, los guio hasta la iglesia, en cuyo interior se encontraba una anciana que le estaba rezando a un crucifijo. El monje dejó allí a Elena y regresó al exterior.

La anciana mantuvo el silencio y Elena no creyó que fuera prudente interrumpirla, porque nada bueno iba a ganar siendo irreverente tan pronto. No tuvo que esperar demasiado, tampoco. La anciana se incorporó y le mostró que se había desollado las rodillas y que estaba ciega como un topo.

—Me llamo Cassandra. Elena, ¿verdad?

—¿Por qué estoy aquí? ¿Y qué tiene que hacer Santiago?

—Tienes muchas preguntas, niña, y crees que las respuestas te aliviarán.

—No lo creo —aseguró Elena.

—Entonces, confórmate con saber que si el príncipe cumple, podrás marcharte.

—¿Y él?

—Bueno —suspiró Cassandra—, eso ya lo veremos.

Elena tocó su anillo a través de su camiseta mientras le mantenía la mirada, sin importar que la anciana no pudiera verlo. Y así era mejor, porque Cassandra no intuiría que no estaba dispuesta a permitir aquello. Su actitud condescendiente ya le había dejado claro que la subestimaba, que pensaba que no era más que una niña tonta que se había dejado seducir por un monstruo. Podía ser la verdad, Elena no iba a negarlo, pero aquello no significaba que fuese a quedarse de brazos cruzados.

Sospechaba que la anciana era algo parecido a Ioana. Eso quería decir que era poderosa, quizás incluso más que la prima de Iacov, a pesar de su ajado aspecto. Y si el monje la había traído hasta allí, debía de ser porque la anciana pensaba lo mismo que Carlo respecto a su hombre.

—Quiero saberlo —insistió.

—Ahora estoy cansada y tú deberías ir a acomodarte. Te pediría que te acogieras a nuestra regla, pero en el fondo sé que eres un ser inocente que no tiene por qué hacer penitencia. De modo que puedes llevar tu ropa, aunque tendrás que ayudar un poco con las tareas.

—¿Soy tu rehén y encima quieres que trabaje?

—Eres muy insolente, niña —replicó la anciana con una sonrisa—. Harás lo que se te dice. Piensa en tu Santiago. Es importante que te portes bien.

Cassandra abandonó la iglesia y Elena aprovechó para acercarse a la cruz. No era muy religiosa y hacía mucho que no iba a misa, y además, al contrario de lo que creía la anciana, no era nada inocente. Pero le pidió, le suplicó, que la ayudase. Lo único que necesitaba era una oportunidad, y no sabía el tiempo del que disponía para crearla. Solo sabía que si Iacov cumplía su tarea, fuera la que fuese, y venía a por ella, Cassandra acabaría con él.

En el exterior se encontró con otra monja. Contando con la que los había recibido a ella y al monje y con las que estaban trabajando en el huerto, sumaban cinco mujeres, además de Cassandra. Intentó establecer conversación con la monja, por si esta podía decirle algo de interés, pero

fue inútil. La mujer la llevó hasta la barraca más próxima y le indicó con un simple gesto dónde estaba la cama que utilizaría.

Las barracas eran unas estancias rectangulares levantadas en ladrillo, con techo de madera, que carecían de cualquier división interna. No existían cortinas ni ninguna otra forma de garantizar privacidad. Las camas se disponían a un metro de distancia unas de otras, con los cabeceros pegados a la pared, como en un hospital de campaña. Solo en aquella barraca había diez camas, por lo que el monasterio albergaba muchas más monjas de las que Elena había visto.

Miró a su alrededor y no encontró armario alguno en el que poder meter sus cosas, de modo que cogió su neceser y guardó su mochila debajo de la cama. Abrió el neceser solo para comprobar que seguían allí su lima de uñas y las tijeras para el pelo, y decidió esconderse la lima en un bolsillo del pantalón. Era más apropiada por si alguien la pillaba con ella.

Pero nadie le prestaba demasiada atención. Ninguna de las monjas parecía pensar que Elena pudiera hacer nada contra ellas. Y tenían claro que le sería imposible escapar, por los altos muros y, sobre todo, por el glifo de la puerta.

Mientras realizaba las tareas que le mandaban, como ir a por agua al pozo o alimentar a las gallinas, Elena pensó en sus opciones. Lo único que tenía claro era que debía resolver tres problemas. Sin duda, el primero de ellos era averiguar cómo acercarse lo suficiente a Cassandra. No parecía ser algo complejo, pues la mujer pasaba largas horas a solas en la iglesia, pero no quería cometer el mismo error que ella y subestimarla.

Su segundo problema afectaba a las monjas. Debía descubrir si alguna de ellas era como Cassandra, y si no era así, debía calibrar su reacción y ver cómo podría afectarla. Si la arrestaban tras el crimen y la encerraban en alguna celda oscura, no haría sino empeorarlo todo.

Y tercero, tenía que resolver cómo salir del monasterio y hacia dónde dirigirse después. Resultaba evidente que su sangre no funcionaría, y Carlo había distinguido entre un glifo que reaccionaba a la sangre normal y uno que lo hacía a la suya o a la de alguien como Iacov. Entonces, ¿se abriría el de allí con la de Cassandra? Y respecto a su destino, a juzgar por lo que había visto fuera y dentro del monasterio y la temperatura que hacía, podía encontrarse en cualquier sitio a orillas del Mediterráneo.

Al caer el sol, repicó la campana de la iglesia y todas las monjas se dirigieron al comedor. Elena pudo averiguar entonces, aunque esperaba comprobarlo en la barraca, que había seis monjas en total, aparte de Cassandra. Una de las monjas era bastante más joven que las demás, rondaría la edad de Elena, y miraba a esta con curiosidad cuando pensaba que no se daba cuenta.

Todas cenaron sumidas en un perfecto silencio, aunque llamar cena a una sopa aguada y un pequeño mendrugo era ser generoso. Después de casi todo el día trabajando, aquello era por completo insuficiente para calmar su hambre, pero ninguna de las monjas manifestó disconformidad alguna. En realidad, la única que parecía sentir algo era aquella monja joven, y por su expresión, parecía que la estuvieran obligando a estar allí.

En un momento dado, una de las monjas trajo un cuenco con algo dentro. Desde donde Elena se encontraba no alcanzaba a ver lo que contenía. Cassandra se lo bebió mientras las demás mantenían el silencio y la mirada gacha. El rojo de sus comisuras hizo a Elena intuir que se trataba de sangre.

Al terminar, todas las monjas salieron en fila del comedor. Elena se dispuso a seguir las, pero Cassandra la llamó para que fuera a sentarse a su lado.

—¿Sigues queriendo saberlo?

Elena asintió y ocupó la silla que la anciana le ofrecía.

—Sí —dijo cuando recordó que Cassandra no la podía ver.

—Muy bien. Por esta noche te dejo hacer tres preguntas.

Elena meditó mientras reprimía como podía su deseo de saber si habría más noches para más respuestas.

—¿Y bien? Soy muy anciana y quiero irme a la cama cuanto antes.

—¿Qué es lo que está haciendo Santiago?

—Está cazando para mí.

Elena aguardó, sin embargo, Cassandra no dijo nada más.

—¿El qué?

—Monstruos —siseó la anciana.

Elena resopló y Cassandra esbozó una sonrisa, desvelando una dentadura tan torcida como oscura.

—Me refiero a otros individuos como él, niña. Tu novio vino a verme hace unos días. Me pidió ayuda con la Orden, esos monjes que te han traído hasta aquí, y a cambio me ofreció acabar con los suyos. Así de simple. Es

un ser sin corazón, niña, capaz de hacer cualquier cosa por satisfacerse. Y tú eres ahora su juguete, que no quiere soltar. No es nada más, cariño.

Elena contuvo una réplica teñida de ira.

—Te queda una pregunta.

—¿Qué es este lugar?

—Un monasterio —respondió Cassandra como si fuera evidente.

—No me refiero a eso —se defendió Elena—. Digo que quiénes son estas mujeres y por qué estáis aquí.

—Esas son dos preguntas. Pero está bien, te lo diré: somos un grupo de mujeres que ha cometido graves pecados y esperamos poder expiarlos aquí. Adara asesinó a su esposo, en venganza por traicionarla con su propia hermana. Desha robaba a menudo, a pesar de no necesitarlo. Echo gustaba de fornicar con varios hombres a la vez. Falana comía y comía hasta quedarse dormida. Halia acabó con la vida de su bebé recién nacido. Y Karen... Ella está aquí por seducir a su padrastro. Aunque, bueno, yo soy sin duda la peor. Pero supongo que tú no pensarías lo mismo, ¿no?

—¿A qué se refiere? —preguntó Elena de la forma más ingenua que pudo.

—A que yo creé a los monstruos, niña. Yo y mis chicas.

—¿Las monjas?

—Basta de preguntas por hoy. —Cassandra se puso en pie—. Es hora de irse a dormir.

A pesar de que la joven que había estado observando a Elena en la cena dormía a solo dos camas de distancia, era demasiado arriesgado intentar hablar con ella estando presentes las demás. De modo que Elena pasó toda la mañana esperando una oportunidad, sin embargo, la monja siempre estaba acompañada, incluso cuando iba al aseo. Algo tenía aquella chica para que la controlasen tanto y Elena presentía que esa información podía serle de utilidad.

Cogió la libreta que se había traído de su casa y apuntó en inglés «hola, quiero hablar contigo» en una de sus páginas. Arrancó la página y la colocó bajo la almohada de la monja, con la esperanza de que tarde o temprano esta la viera.

Tras la cena, Cassandra accedió a contestar otras tres preguntas. Elena dedujo que la anciana se divertía conversando con ella.

—¿Qué es lo que hiciste y que tanto lamentas?

—Ir contra natura y contra la voluntad de Dios, y por ello pagaré durante el resto de mis días.

Elena esperó a que concretase. Ya había entendido que terminaba haciéndolo, que únicamente le gustaba crear un poco de expectación.

—Solo quería ayudar. Pedimos y se nos otorgó. Creía que hacía lo correcto, que sus crímenes estaban justificados y que contaban con el beneplácito del Señor. —Suspiró—. Tuve que darme cuenta antes.

—¿De qué?

Cassandra no contestó, solo cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No eres culpable de lo que hace Santiago o cualquier otro —aseguró Elena.

La anciana sonrió con amargura.

—Son como mis hijos, niña. Sus errores son mis fracasos.

—¿Y por eso quieres acabar con ellos?

—No. Soy responsable de sus actos, pero si quiero que desaparezcan es por compasión. Compasión por las víctimas que deben sufrir cada noche que esos monstruos se levantan.

Aunque Elena debía reconocer que la anciana tenía razón y que aquel era un buen motivo para terminar con la existencia de Iacov, ella no podía estar de acuerdo.

—¿Y si te prometiera que no va a volver a matar?

Cassandra soltó una carcajada quejumbrosa.

—No es por ti, mi niña. Es que él me dijo eso mismo. Pero no le creo.

—¿Por qué no?

—Porque, aunque jamás se aburriese de ti, algún día morirás. Y yo ya estoy demasiado cansada. —La anciana se levantó de su silla—. Te has pasado con las preguntas.

Elena encontró en su cama el papel que le había dado a la joven monja. Esta había dibujado en él un rectángulo y seis cruces dispuestas a su alrededor, y entre dos cruces, un círculo. El rectángulo se parecía a la mesa del comedor, y había siete señales, como siete eran las mujeres que habitaban el monasterio.

Elena no tenía razones para desconfiar de la chica. De hecho, esta parecía necesitar tanta o más ayuda que ella misma. Si era la monja que Elena

sospechaba que era, seguramente se encontraba allí en contra de su voluntad.

Aunque parecía tener a Cassandra a su merced después de la cena, un solo movimiento en falso podría suponer el fin de sus opciones y de las de su hombre. Había tratado de dar con alguna hierba venenosa, sin embargo, no solo había sido en vano sino que además era estúpido. Una mujer como Cassandra jamás se bebería nada extraño y reconocería el preparado enseguida. No, tenía que ser algo físico. La anciana podía contar con un poder sobrenatural, pero no dejaba de estar casi impedida.

Un aullido ronco y duradero desveló a Elena antes de que saliera el sol. No le pareció un lobo, sino más bien un perro. El animal sonaba como si se lamentase por algo y lo hacía muy cerca del monasterio. Estuvo varios minutos así, sin dejarla volver a conciliar el sueño, y al final, Elena se levantó de la cama y salió de la barraca.

Todo el monasterio se hallaba sumido en la oscuridad, pero la luz de la luna refulgía en las paredes blancas del muro perimetral. Elena se acercó a él y de repente los aullidos cesaron. Pudo oír al animal jadear y gemir de forma patética, y no le pareció ninguna amenaza, sino más bien un ser solitario que con gran probabilidad estaría hambriento. El animal volvió a aullar en cuanto ella se alejó.

Elena fue hasta la cocina y buscó, aunque fuera, algo de pan, y dio con un trozo. También encontró un poco de queso escondido dentro de un bote con sal. Le lanzó el pan al perro y escuchó a este masticarlo a toda velocidad mientras ella, sentada junto al muro, daba buena cuenta del queso. Sus ojos se fijaron en la puerta del monasterio antes de alzarse hasta el cielo, y pidió, suplicó, una manera de salir de allí, una manera de evitar que acabasen con Iacov.

Decidió regresar a la cama antes de que alguien se despertase y se diera cuenta de su ausencia. Entonces, vio a una de las monjas abandonar la barraca y se quedó quieta como en una fotografía, esperando que la noche la ocultase. Pero la mujer se acercó a ella a paso apresurado, y Elena tuvo tiempo de pensar que le daría un infarto antes de reconocer el rostro de la joven monja.

—¿Qué haces aquí? —susurró la chica en inglés.

—¿Y tú?

—¿No querías hablar?

—¿Te gusta estar aquí?

—No, claro que no. ¿Y a ti?

—Me han secuestrado.

—Y a mí. Y todo por los celos de mi madre.

—Eres Karen, entonces. Me llamo Elena. ¿Hay alguna otra como nosotras?

—No. Las demás están aquí porque se sienten culpables y creen que Cassandra las va a ayudar a redimirse. Especialmente Halia. Ella es la que me sigue a todas partes.

—¿La del bebé?

—¿Qué bebé?

—¿Sabes algo de alguna?

—Lo que te puse en el dibujo, que son normales.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Cassandra te ha dicho algo de ellas? ¿Qué bebé?

—Me dijo que Halia había matado a su hijo.

Karen ahogó un grito.

—¿Cómo sabes que son normales? —insistió Elena.

—Porque la única que toma sangre es Cassandra. Yo misma se la extraigo cada día a Halia. Eso no es normal. Por no hablar de que la puerta solo se abre cuando la tocan ella o esos monjes. Creo que Cassandra es mucho más peligrosa de lo que parece. Deberías tener cuidado con ella.

El pulso de Elena volvió a acelerarse conforme su mente discurría. La emoción a punto estuvo de hacer que olvidase la capacidad de escucha de Carlo, y aunque no creía que Cassandra las estuviese oyendo, al menos en esos momentos, no podía arriesgarse y le indicó a Karen por señas que guardase silencio y la esperara allí. Regresó con su libreta y empezó a intercambiar mensajes con ella:

—*¿Tú le extraes la sangre?*

—*Soy enfermera.*

—*¿Y le inyectas algo?*

—*No, pero sí que le preparo un mejunje extraño que añado a la sangre. A ella le duelen las manos y no puede hacerlo. No sé para qué será ni de qué está hecho, pero me imagino que debe ser algún tipo de medicina natural. Es tan anciana que podría ser para cualquier cosa.*

Ahí estaba. Su oportunidad.

—*¿Antes de la cena?*

—*Después. En la cena solo hacen como un acto simbólico. Cassandra toma más en su cuarto. ¿Podemos hacer algo? No soporto estar aquí.*

Elena le colocó una mano en el hombro, aunque más que por Karen, lo que buscaba era su propia calma.

—*Hay una cosa que podemos hacer, pero es peligroso.*

—*¿El qué?*

Karen había escrito enseguida y con decisión, como si estuviera dispuesta a todo. Elena contestó:

—*¿Crees que podrías añadir algo a eso que le preparas?*

—*Sí. Pero no se dará cuenta, ¿verdad?*

—*No, te lo aseguro. ¿Por eso te sigue Halia a todos lados?*

—*A las demás no les gustaría saber que Cassandra se salta la norma de austeridad en la comida.*

Pese a que Elena no quería depositar demasiadas esperanzas en que aquello funcionase, ni tampoco pensar en lo que ocurriría si Karen fracasaba, estaba segura de que valía la pena intentarlo. Porque era eso o arriesgarse a que Cassandra la detuviera a ella y a su lima de uñas.

La noche siguiente, tras la cena, Cassandra volvió a permitirle hacer preguntas, aunque esta vez las redujo a dos. Elena temió haberla hecho sospechar de alguna forma, sin embargo, le pareció sincera cuando dijo que estaba muy cansada.

—*¿Dónde estamos?*

—*En una isla de Grecia.*

—*Vaya, es increíble.*

—*¿El qué?*

—*Lo que hizo el monje. En menos de un segundo me trajo hasta aquí.*

—*No le salió gratis. Nada lo es.*

—*El poder tiene un precio.*

—*La vida, en este caso.*

Elena guardó silencio para fingir respeto.

—*Esto parece lejos de todo.*

—*Lo está, niña. La población más próxima se encuentra a kilómetros de distancia. Pero no importa. Nada necesitamos de nadie mientras tengamos a Dios.*

—*¿Por qué? ¿Por qué te preocupa el mundo si vives tan alejada de él?*

Cassandra se reclinó en su silla.

—Es mi penitencia. La forma que tengo de reparar lo que hice.

—¿Esperas ir al cielo?

—Espero morir en paz.

Cuando Elena vio a Karen supo que había logrado su propósito, sin embargo, no se sintió más confiada porque aún le quedaba por hacer lo más difícil. Esperó una hora entera, para asegurarse de que las pastillas para dormir habían hecho el efecto deseado y de que las monjas hubieran conciliado el sueño, y dejó a Karen al pendiente de cualquier cambio en la barraca.

El corazón le latía muy deprisa, de modo que respiró hondo un par de veces antes de encaminarse hacia la barraca particular de Cassandra. Miró por una de las ventanas con mucho cuidado, y la luz de la luna le permitió ver que la anciana estaba tumbada en su cama. Entonces, el perro ladró y ella se escondió rápidamente.

Aguardó unos segundos, quieta y en silencio, antes de atreverse a volver a mirar. Cassandra continuaba en la misma posición, así que su sueño debía de ser profundo. Se dispuso entonces a abrir la puerta de la barraca, que por suerte cedió sin hacer ruido, y entró en la estancia con toda la cautela del mundo.

Se acercó muy despacio a la cama de la anciana y se detuvo a un lado. Asió el mango de sus tijeras para el pelo con ambas manos y lo apretó con fuerza, mientras apuntaba hacia la cuenca de uno de los ojos de Cassandra. Entonces, alzó los brazos y los bajó bruscamente. La sangre brotó enseguida de la herida, salpicando su cara, su pecho y sus dos manos, y el rostro de Vasile cruzó por delante de sus ojos.

Hasta el último momento había temido algún tipo de resistencia, y seguía haciéndolo. Todo había acabado muy rápido y en realidad había resultado ser bastante sencillo. Elena le tomó el pulso a Cassandra y comprobó que estaba muerta. Lo estaba. Ya podía marcharse de allí y su hombre ya no tendría que temer por aquella bruja.

Sacó de su mochila un pequeño tarro que había contenido crema hidratante y metió en él un poco de la sangre de Cassandra. Luego salió de la barraca y fue corriendo hacia la puerta del monasterio, donde se pintó un dedo y tocó el glifo. Por un instante horrible temió que no funcionaría, sin

embargo, las marcas brillaron en la oscuridad y la madera crujió, abriéndole el paso.

Lo primero que vio al otro lado fue un enorme perro negro. El animal ni se movió ni emitió sonido alguno, limitándose a mirarla fijamente, con unos ojos que reflejaban la luz de la luna y que a Elena le parecieron llenos de inteligencia.

—Voy a por algo de comer.

El perro respondió moviendo la cola. Se quedó allí, como custodiando la puerta, mientras Elena se dirigía hacia la barraca donde Karen la esperaba. La monja la había visto correr hacia la entrada del monasterio y había atrancado la puerta de la barraca.

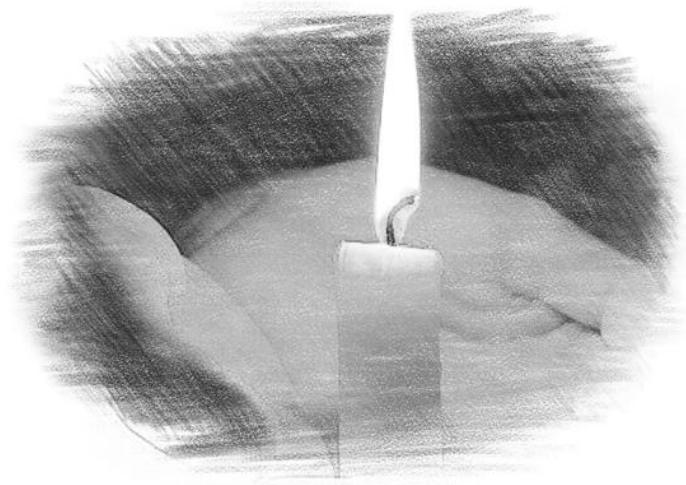
Fueron juntas a la cocina para coger todo lo que pudieron, y Elena aprovechó para lavarse y cambiarse de camiseta. De repente, oyeron un fuerte golpe. Salieron corriendo hacia la entrada del monasterio, pero justo antes de alcanzarla, una de las monjas las interceptó y se colocó delante de la puerta con los brazos en cruz. Enseguida apareció otra monja, que hizo lo mismo, y entonces escucharon unos gritos provenientes de la barraca de Cassandra.

—¿Qué habéis hecho? —rugió la segunda monja.

Un profundo gruñido surgió de entre las sombras de la noche. El enorme perro negro estaba detrás de las monjas y enseñaba las fauces en una expresión de clara amenaza, sin embargo, ellas se mantuvieron en su sitio. Entonces, el animal se abalanzó sobre las monjas y empezó a dar dentelladas, que hicieron salpicar de rojo las inmaculadas túnicas mientras sus dueñas proferían gritos de dolor.

Elena y Karen aprovecharon para salir del monasterio. Elena le gritó al perro que las siguiera y cerró la puerta en cuanto lo hizo. El glifo brilló, dejando a las monjas encerradas. Quizás no tardarían en descubrir cómo se abría la puerta, pero Elena confiaba en que para entonces les habría dado tiempo de alejarse lo suficiente de aquel lugar.

CAPÍTULO X. EL AMIGO



El perro siguió a Elena y a Karen mientras corrían sin rumbo fijo, hasta que se colocó delante de ellas y empezó a avanzar en otra dirección. Elena comprendió que pretendía guiarlas y no dudó en aceptar. Aunque sabía perfectamente que confiar así en un animal era una locura, aquel animal en particular las había ayudado a huir y ella no dejaba de pensar que quizás no fuese solo un perro.

Las condujo hasta un aeropuerto. A Elena se le saltaron las lágrimas al ver que había vuelos a Madrid, y que además el próximo salía en solo tres horas y ella tenía dinero suficiente en el banco para dos billetes. Pero Karen nada tenía que hacer en España, ni siquiera hablaba castellano, y le pidió que le pagase un billete a su país, Eslovenia, y que le diera sus señas para enviarle el dinero lo antes posible. Elena le regaló el billete, porque sin su intervención nunca lo habría conseguido, y la abrazó con fuerza cuando se despidieron.

Consiguió que alguien le prestase su móvil para escribirle a Iacov, esperando que no fuese demasiado tarde, y luego compró comida y fue a llevarle un poco al perro. Pensó que se habría ido, pero allí seguía y agitó la cola en cuanto la vio. Elena le dio las gracias por todo y se quedó con él hasta que llegó la hora de subir al avión.

Recostada en su asiento, fue incapaz de conciliar el sueño a pesar de lo cansada que se sentía. No por remordimientos, pues estaba convencida de que no había tenido más opción, sino porque no era capaz de escapar de los lechosos ojos de Cassandra, clavados en los suyos propios, ni del temor por ser descubierta en cualquier momento.

Y este creció cuando por fin atisbó su pueblo. Aunque durante todo el viaje había confiado en tener allí un refugio, a medida que se acercaba le entraban más y más dudas. No obstante, y sin importar lo mucho que lo desease, ir a su casa era incluso más arriesgado.

El camino estaba cubierto de hojas secas y parecía que hacía tiempo que ninguna rueda lo cruzaba. La casa que surgió tras la puerta de hierro había cambiado también, sobre todo el jardín, que se veía como si hubiesen despedido al jardinero meses atrás. Y el coche de Blanca había desaparecido. Elena terminó de entender lo que sucedía cuando fue Antonia la que le abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la cocinera, dándole un abrazo.

—Siento no haber venido antes, he estado muy liada en la tienda y con mis estudios.

—No te preocupes. ¿Cómo estás? ¿Y tu hermana?

—Bien, estamos bien. ¿El señor está en casa?

Antonia frunció el ceño.

—¿Es por su amigo? Porque hace mucho que no lo veo.

—No, necesito hablar con él. ¿Puedo pasar?

Elena esperaba que la cocinera no se negara, porque no había llegado hasta allí para quedarse en la calle. Aunque no muy convencida, Antonia la llevó a la cocina y le ofreció un refrigerio.

—No tengo mucho —se excusó—. Ahora apenas cocino.

—Está genial —aseguró Elena, devorando un generoso trozo de bizcocho—. ¡Cómo echaba de menos tu comida!

Antonia sonrió, pero enseguida se puso muy seria.

—Cielo, tienes que irte.

Elena negó con la cabeza mientras tragaba. La cocinera se sentó a su lado y, muy seria, repuso:

—No debes estar aquí.

—No te preocupes, no me hará ningún daño.

Antonia se mostró atónita y luego pareció darle vueltas a algo.

—No se tomó bien que lo dejara —dedujo Elena. La cocinera siseó y los ojos se le fueron un instante al piso de arriba—. ¿Crees que está despierto? Guillermo, Santiago está en peligro y tú también. Por eso estoy aquí. Esperaré hasta que se haga de noche y puedas moverte.

El asombro de Antonia era más que evidente. Elena se comió el último trozo de bizcocho que le quedaba y acabó con la leche de su vaso.

—¿Quieres que te ayude con algo?

La cocinera negó con la cabeza y se puso en pie. Cuando cogió el cesto con la colada, Elena se lo arrebató para tenderla ella.

La parte trasera de la casa estaba aún más descuidada que la delantera. Allí había unas losas de pizarra que conducían hasta la puerta de la cocina, pero apenas se apreciaban, casi ocultas por las malas hierbas. Los rosales bajo las ventanas estaban resacos y la hiedra trepaba sin ningún control por la fachada. Y junto al lugar donde se tendía había agujeros en el suelo, probablemente de algún topillo o conejo.

Elena siguió ayudando a Antonia en sus quehaceres domésticos hasta que se puso el sol. Entonces, mientras la cocinera se encargaba de servirle el desayuno a su señor a partir de bolsas de sangre, ella fue a darse una ducha y a cambiarse de ropa. Encontró a Wilhelm en el salón, sentado en el sofá y bebiendo de un vaso.

Él le clavó un segundo sus ojos color miel y luego se fijó en la chimenea. A Elena le había parecido muy apuesto en la cena, más que Iacov, con su cabello rubio muy claro, su nariz recta y sus labios carnosos, sin embargo, en esos momentos, casi no podía reconocerlo, pues se había quedado muy delgado, tenía barba y ojeras y no se le veía muy amigo del peine.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, colocándose a su lado. Wilhelm la miró como si acabase de cometer un crimen—. Creo que hacíais buena pareja, aunque Blanca es un poco mandona.

Él se puso en pie y pretendió asustarla con una expresión de lo más amenazante.

—Aún soy la compañera de Santiago —le advirtió Elena—. Estoy enfadada con él, pero es así. ¿Eso os ha pasado? ¿Os habéis enfadado por algo?

Wilhelm tensó la mandíbula y optó por volver a sentarse y por centrar su atención en su vaso.

—¿Qué edad tienes? —le reprochó ella. Él mantuvo el silencio—. ¿Puedo quedarme aquí? No tengo a dónde ir. Si no te interesa lo que está pasando, vale, pero necesito que me protejas hasta que Santiago venga.

Wilhelm se lamió los labios, evidenciando la naturaleza de su ingesta, y Elena volvió a preguntarse si aquella forma de alimentarse podría ser válida para su hombre y durante cuánto tiempo.

—Ya sé lo que pasa. Lo estoy esperando.

—¿Porque quieres morir? —se burló ella.

Él dio un último trago y se incorporó para salir de la estancia.

—¿Y por qué no te pones al sol y le ahorras el trabajo? —inquirió Elena, logrando detenerlo—. Porque esperas a que ella vuelva, ¿no es así? Mira, no quiero que Santiago te haga nada. Eres su amigo y eso le afectaría demasiado.

—Pues entonces, déjalo. O también puedo matarte aquí mismo.

—Eso no te salvaría, precisamente. Y no pienso dejarlo.

—No tengo interés en ser salvado.

Elena sintió una gran compasión que la empujó a pretender abrazarlo. Él retrocedió enseguida y se le cayó el vaso, salpicando el suelo de cristales teñidos de rojo.

—No debes darte por vencido —dijo ella con suavidad—. ¿Cuántos años te quedan por delante? Puedes conocer a otra persona, una que te merezca de verdad.

—No tienes ni idea de lo que pasó.

—Ya, pero os vi a ambos y dudo mucho de que fuera por tu culpa. La adorabas.

—Lo hago —admitió Wilhelm observando el fuego—. Y no creo que conozca a otra que...

—Nunca se sabe. Mira a Santiago. Podría presentarte a gente. La vida sigue, Guillermo. No le puedes dar ese poder sobre ti a nadie.

—¿Crees que es voluntario?

—Es voluntario que te quedes aquí encerrado. Hay todo un mundo ahí fuera al que seguro que le encantaría conocerte.

—Hablas como si fuera un hombre normal.

—Si Blanca te aceptó, lo hará otra mujer. O podrías probar con los hombres.

Él se limitó a torcer el gesto en señal de desagrado.

—Entonces ¿puedo quedarme? Me gustaría seguir hablando, pero estoy agotada.

—Escoge la habitación que prefieras. La mía es la del fondo del pasillo.

—¿Dónde se quedaba Santiago?

—En la primera a la derecha.

Wilhelm tenía una biblioteca estupenda, así que Elena decidió repartir su día entre ayudar a Antonia y estudiar cualquier libro que tuviera que ver con la selectividad. Encontró diversos tratados de medicina y una buena colección de revistas científicas.

El sol se puso de nuevo y su anfitrión entró en la biblioteca. Ella estaba sentada en el sofá, rodeada de libros e inmersa en uno de ellos. Cuando Wilhelm se fijó en el título, relativo a la ginecología, puso una cara que le permitió a Elena deducir cuál había sido el problema entre él y Blanca.

—Siéntate y cuéntame qué pasó.

—Si estoy aquí es porque he de reconocer que ayer me animaste un poco, pero no quiero que hablemos de ella.

—Hablar de ella es lo que necesitas —aseguró Elena.

Wilhelm se quedó mirándola un momento antes de ceder. Ella recogió los libros mientras esperaba a que se decidiera a decir algo.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

Elena le lanzó una mirada de reproche, por cambiar de tema y por subestimarla.

—¿No me crees capaz de viajar solita?

—Bueno, ahora mismo no podría asegurar nada sobre ti. Me refiero a que lo último que supe es que estabas en Rumanía con Iacov. Lo siguiente fue enterarme de que habían destruido a alguien que solo nosotros dos sabíamos dónde estaba, y después pasó lo mismo con una mujer a la que ambos apreciábamos. Entonces deduje que tarde o temprano vendría a por mí.

—¿Y sigues sin querer irte?

—Si Iacov quiere acabar conmigo, no tiene sentido escapar.

—¿Por qué no? No es infalible. Yo misma lo he visto.

—Frente a la Orden. Con ella no tenemos nada que hacer ninguno de nosotros. Pero, aunque pudiera enfrentarlo, Iacov es mi señor. He de plegarme a su voluntad.

—¿Aunque eso signifique morir?

Wilhelm sonrió.

—Ya estoy muerto, pequeña médico. ¿Por qué te interesan esos libros? Y te recuerdo que no me has respondido.

—Quiero estudiar medicina y estoy preparándome el acceso. Y llegué hasta aquí con la ayuda de una chica y de un perro. Después de... Bueno, de matar a Cassandra.

Aquello tomó tan por sorpresa a Wilhelm que se quedó completamente inmóvil, igual que si fuera una escultura griega o romana.

—Me secuestraron esos monjes —añadió Elena—. Me llevaron a un monasterio en Grecia y allí conocí a Cassandra. Ella pretendía utilizarme para poder asegurarse de que Santiago cumplía su parte. Es decir, que creía que no iba a hacerlo. Él hizo un trato con ella para acabar con los monjes y con todos vosotros, pero Cassandra no pensaba dejarlo ir cuando terminase. Su vida giraba en torno a veros a todos muertos. Bueno, destruidos o como sea.

Él no parecía terminar de creerse lo que estaba escuchando, y como si esperase que ella le revelara algún truco impresionante o una magia ancestral, le preguntó:

—¿Cómo?

—Siento decepcionarte, pero le clavé unas tijeras.

Wilhelm se recostó en el sofá. Sus ojos no la abandonaban y Elena sintió que estaban viendo algo maravilloso.

—Recuerda que estoy con Santiago.

Él sonrió con ella, sin embargo, el gesto casi murió antes de nacer y entonces su mirada regresó al fuego.

—Blanca quería tener un hijo y eso es lo único que no puedo darle.

—Sí, Santiago y yo hablamos de ello. ¿Y sabes lo que me dijo? Que lo tuviera con otro. Sois muy antiguos. Hoy día existen métodos para tener hijos sin sexo y sin comprometerse con nadie.

Pero su anfitrión ya sabía aquello.

—Sería de otro.

—Pues si eso te importa, entonces no podéis estar juntos.

—¿Dices que Iacov estaría conforme?

—Eso me dijo, aunque lo tranquilizó saber que no era necesario que tuviera relaciones. Es que, Guillermo, si Blanca quiere hijos está en todo su derecho. Y si tú la quieres y deseas que sea feliz, entonces deberías acceder.

Wilhelm meditó un único segundo.

—Si ella es feliz, yo también.

Elena pensaba que él dependía demasiado de Blanca, pero si eso les funcionaba a ellos, no iba a criticarlo. No podía, de hecho: que la existencia de su anfitrión estuviese en peligro era muestra de que a Iacov le sucedía lo mismo con ella.

—¿Puedes llamar a Blanca? —indagó. Aunque Wilhelm estaba como en su propio mundo, asintió con la cabeza—. El dinero no es problema, ¿verdad? El estado de la casa no es muy bueno y estás aquí solo con Antonia.

—El dinero no es problema.

Su ánimo mejoró notablemente a partir de aquella conversación, y lo hizo más aún cuando Blanca accedió a venir al día siguiente.

Elena sentía un deseo inmenso de volver a ver a su hombre. Sin embargo, al mismo tiempo, también tenía miedo. No quería que él destruyera a

Wilhelm, y si Iacov se empeñaba en ello, no le quedaría más remedio que rechazarlo. Prefería separarse de él para siempre antes que permitir que perdiese así a su amigo, un amigo que seguiría ahí para Iacov cuando ella ya no estuviera.

Se levantó bastante tarde y encontró un poco de sangre en sus bragas. Cuando bajó a la cocina para buscar algo que acompañase a la pastilla para el dolor, escuchó una voz de mujer que procedía del salón. Enseguida se dio cuenta de que se trataba de Blanca.

Antonia estaba muy apurada preparando un copioso almuerzo. Al ver a Elena, resopló y le pidió que la ayudase. Cuando llevaron los platos al comedor, Blanca apareció y confundió a la joven con una criada. Antonia se apresuró a corregirla con el mayor de los respetos.

—Ah, ya me acuerdo. ¿Qué haces aquí?

—Estoy esperando a Santiago. ¿Qué tal el viaje?

Blanca la miró de arriba abajo. Margarita estaba allí también y tenía la expresión de quien huele algo apestoso.

—Guillermo no me dijo nada —comentó Blanca. El tono de su voz preconizaba una discusión.

—Me está ayudando —aclaró Elena—. He tenido un problema.

—¿Ya no estás con Santiago?

—Sí, sí. Él tenía que hacer una cosa.

Blanca se sentó a la mesa y no le preguntó ni cuál era su problema ni nada sobre lo que Iacov estaba haciendo. Elena tuvo claro que a ella no le interesaba su vida en absoluto y que si le hablaba era para hacer pasar el tiempo.

Blanca le ofreció seguir acompañándola en el salón, pero ella había tenido suficiente por un día. Elena no entendía qué podía ver Wilhelm en aquella mujer que no fuera su excepcional aspecto físico, si es que a él sí que le importaba eso, aunque quizás su actitud en privado o con el tiempo fuese distinta.

Elena ayudó a Antonia a dejarlo todo limpio y recogido y luego se metió en la biblioteca. Al poco de ponerse el sol, sintió movimiento en el salón. Escuchó con atención y supo que se trataba de Wilhelm y de Blanca, y se acercó muy despacio a la pared para poner la oreja, por si cabía la posibilidad de engañarlo a él.

Aunque apenas entendió gran cosa de lo que decía Blanca, oyó la mayoría de las palabras de Wilhelm. Al principio ella debía de estar enfadada, porque él le aseguró que Elena pertenecía a Iacov. Luego hablaron sobre tener un hijo juntos. Wilhelm le dijo que ella era lo más importante para él y que se haría su voluntad y le suplicó que no volviera a dejarlo. Al final, los dos salieron del salón y subieron las escaleras.

Cuando Elena se giró, su hombre estaba justo delante de ella y le faltó muy poco para gritar.

—¿Espiendo? —susurró Iacov, acercándosele.

La apretó contra la pared y le dio un profundo beso en los labios, que Elena con gusto correspondió durante varios segundos enteros.

—Quita —ordenó, apartándolo.

Iacov le impidió alejarse al agarrar sus brazos y la contempló como a un tesoro.

—¿Qué haces aquí?

—Te odio —le recordó ella.

Él la besó de nuevo y Elena lo mordió en un labio. Entonces, Iacov la cogió del cuello y los fundió a ambos en otro beso más, y ella no pudo seguir resistiéndose ni pudo negarse cuando él se arrodilló y buscó colar la cabeza entre sus piernas.

—Tenemos que hablar —dijo Elena mientras se arreglaba la ropa—. Pero espera un momento que vaya a por algo para limpiarte.

—No. Estoy perfectamente.

Se lamió los dedos de una mano y los utilizó para quitarse la sangre de la cara. No tenía dónde mirarse, así que Elena decidió ayudarlo. Los ojos negros de su hombre no dejaron de observarla ni por un segundo.

—No le vas a hacer nada —aseguró ella mientras frotaba.

—¿A quién?

—A Guillermo. Si insistes, te dejaré. ¿Me has entendido?

Iacov pretendió abrazarla y ella le permitió hacerlo.

—No tiene sentido que intentes ocultármelo, mi amor. Cassandra me lo contó todo.

—Te llevaron con ella, entonces.

—Sí. Y ya no tienes que preocuparte por ese trato, porque está roto. De modo que deja en paz a tu amigo.

Él se apartó lo justo para mostrarle su desconcierto.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Qué has hecho?

—No pensaba dejarte ir. Iba a matarte en cuanto...

—Ya estoy muerto, Elena. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le has prometido? No voy a permitir...

—No le he prometido nada. La he matado.

La reacción de Iacov fue la misma que la de Wilhelm, aunque él se parecía más a una obra rodiniana.

—Eso no puede ser.

—Pues ha sido, así que déjalo ya.

—La Orden sigue siendo un peligro. Mientras exista, no podré quedarme contigo en ninguna parte por mucho tiempo.

—No puedes hacer tratos con ellos, Santiago, quieren acabar con todos vosotros. Cassandra me lo dejó claro. A ver, ¿cuánto trabajo sucio les has hecho?

—Quizás haya otra opción.

—¿Ocultarnos en alguna parte? El mundo es muy grande.

—No lo es tanto, mi pequeña.

Elena se cruzó de brazos y esperó a oírlo hablar, aunque dudaba bastante que fuera a escuchar una buena idea.

—Nosotros no tenemos nada que hacer contra esos monjes, pero puede que haya alguien que sí.

—¿Puede?

—Solo tengo que encontrarla.

—Solo —bufó ella.

—No será fácil —admitió Iacov—. Pero tengo a alguien. Mi prima. Ella me ha estado ayudando con todo.

Elena notó el pinchazo de los celos y le retiró la mirada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Él le dio un beso en la mejilla y en la punta de la nariz.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Pues pasa que mientras yo estaba sola y echándote de menos, tú ibas de un lado para otro con otra mujer.

—No digas tonterías, Elena.

La volvió a abrazar. Cuando lamió su cuello, ella se relajó.

—Lo siento —susurró—. Agradezco mucho lo que has hecho, pero lo siento igual. Como lo de aquel joven.

Elena comprendió que si quería sinceridad, debía demostrarla. Le aseguró que no se arrepentía de ninguno de sus crímenes, que no le pesaban, que se reprochaba a sí misma por ello como lo hacía por no ser más precavida con él, con todo lo que sabía ya de su persona, y que no deseaba que él cargase con sus decisiones, pues no era responsable de ellas por mucho que lo amase. Iacov no pudo sino sonreír.

—No las habrías tomado de no ser por mí.

—Y de no ser por mí, tú tampoco habrías hecho muchas cosas.

—Las he hecho porque he querido. Siempre hay elección.

—Lo mismo te digo.

Él besó su cuello.

—¿Cómo conseguiste escapar? El monasterio estaba muy lejos de todo.

—Una de las monjas me ayudó. También se encontraba allí obligada. Luego apareció un perro negro enorme. Por extraño que parezca, nos guio hasta el aeropuerto.

—Vaya, conocí a un perro igual cuando fui a ver a Cassandra. ¿Cómo acabaste con ella?

Se rio al oír la respuesta y la apretó contra su cuerpo. Elena volvió a notar su lengua, y también notó el roce de su anillo.

—Sigo enfadada —dijo con toda la firmeza que pudo.

—No sabes cuánto me hubiera gustado quedarme, mi pequeña. Ni cuánto lamento que se te llevasen sin poder hacer nada.

Ella decidió acceder. Luego lo condujo a la habitación, para que Iacov intentara convencerla también de que lo perdonase. Poco antes del amanecer, él le prometió que se lo contaría todo en cuanto se pusiera de nuevo el sol.

Elena se despertó después de la hora del almuerzo. Iacov seguía allí con ella. La tentó la idea de quedarse con él, de asegurarse de que no desaparecía, pero solo conseguiría incordiarlo y que el tiempo pasara mucho más despacio.

Comió en la cocina antes de ir a la biblioteca. Margarita estaba allí y torció el gesto en cuanto la vio.

—¿Te molesto? —preguntó Elena, buscando sus libros con los ojos. Pero alguien los había recogido.

La criada siguió leyendo como si no hubiese escuchado nada. Elena cogió algunos libros y se los llevó consigo al jardín, donde se sentó en uno de los bancos de piedra situados entre las ventanas y trató de concentrarse en la lectura. El sol primaveral incidía en aquella fachada y resultaba muy agradable, y además, el cielo estaba límpido, el aire olía dulce y soplaba un suave viento que hacía susurrar los árboles.

Un rato antes del atardecer, fue a ayudar a Antonia con la cena. Se disculpó en cuanto vio que se hacía de noche para dirigirse a su habitación. Iacov se estaba incorporando de la cama y ella se sentó en el borde.

—Has estado pensando en ello todo el día.

—Bueno, gran parte del día he estado durmiendo.

Él esbozó una sonrisa y la atrajo a sí para besarla.

—¿Puedo comer antes?

Elena negó con la cabeza rozando sus narices entre sí.

—Un poquito.

—Ni un poquito ni dos. Venga, habla. Cuéntamelo todo.

Iacov tampoco había dejado de darle vueltas a aquella conversación, y no solo ese día. Seguía temiendo el rechazo de Elena casi tanto como temía el sol, pero había llegado a comprender que eso no sería lo que provocaría que todo lo que había hecho, especialmente lo de Erzebet, fuese en vano. Necesitaba ser sincero, necesitaba que ella lo viese de verdad, sus dos caras al completo, porque de lo contrario, el vínculo que tenían ambos no sería sino un mero espejismo.

Empezó tanteando el terreno, y terminó enlazando palabras durante casi media hora. Aunque Elena no pudo evitar sentirse celosa cada vez que él reconocía el valor de Ioana, ni horrorizada con cada acto que había cometido para cumplir su promesa, ni intimidada al saber quién era él en realidad, se mantuvo en silencio y sin demostrar emoción alguna. Hasta que Iacov mencionó los restos de su hijo.

—Eso fue necesario —repuso él—. Así la Orden no podrá buscarme de ningún modo.

—Sí, lo entiendo, pero te seguirán encontrando por mi culpa.

Su estómago rugió de repente.

—Me visto y bajamos.

—Aún no has acabado.

—No queda mucho más, mi pequeña. Ioana y yo estábamos en mitad del Atlántico cuando recibí tu mensaje.

—¿Y por qué has tardado tanto en venir?

—Tuve que esperar a llegar a puerto y que saliera otro barco.

—¿No ibais en avión?

—Son demasiadas horas. Puede amanecer en pleno vuelo o me pueden interceptar en aduanas.

—Así que solo quedáis cinco. Dime qué va a pasar con Guillermo.

Iacov la agarró del cuello y acarició sus labios con la yema del dedo pulgar.

—No hay nada que no haría —susurró.

Elena no podía negar que aquello la complacía, sin embargo, lo situaba a él en una posición que ella no debía tolerar. Aunque entendía que Blanca disfrutase con semejante sensación de control, solo imaginar el precio que suponía para su hombre la convencía de que no merecía la pena.

—No es eso lo que yo quiero, mi amor. Lamento en el alma lo de tu amiga y no voy a permitir que le suceda lo mismo a Wilhelm.

Iacov se sintió como recién alimentado. Y su satisfacción duró el mismo tiempo, cuando se dio cuenta de que ella aún podía pensárselo mejor.

Los demás estaban ya en el comedor y Blanca casi había terminado con el contenido de su plato. Wilhelm miró a Iacov como si se disculpase, manteniéndose expectante ante lo que su amigo pudiera decir o hacer.

—Veo que sigues falto de educación —comentó ella—. ¿Cuánto llevas aquí?

Iacov se limitó a sentarse a la mesa. Margarita lo observó con una expresión que disgustó a Elena.

—¿Qué vais a hacer? —inquirió Blanca.

Elena esperó a que su hombre contestase, pero él solo miraba el fuego de la chimenea.

—¿Por qué?

—Guillermo y yo nos vamos a Madrid.

—No creo que sea buena idea —le dijo Elena al aludido.

Blanca frunció el ceño y Wilhelm pareció no encontrar palabra alguna.

—¿Qué pasa? —le reprochó ella.

Iacov dijo el nombre de su amigo, atrayendo la atención de este.

—Hablemos.

Elena intentó advertirlo en silencio, pero él se puso en pie y salió de la estancia evitando sus ojos. Wilhelm le dio un beso a Blanca en la mejilla y siguió a Iacov con una expresión sombría, y Elena enseguida se sintió tan incómoda que decidió irse también. Se sentó en las escaleras que conducían al segundo piso, desde donde podía ver la entrada del comedor, y rezó para que Iacov tomase la decisión correcta.

Cuando su hombre por fin apareció, estaba solo pero no mostraba rastro alguno de violencia. Se limitó a informarla de que se marchaba a cazar, y cruzando la puerta principal se hallaba cuando Elena vio a Wilhelm. El alivio que ella sintió fue tan grande que corrió a darle un abrazo a este.

—¿Qué te ha dicho?

—Una locura.

Elena fue a insistir, pero Blanca salió del comedor. Al verlos a los dos tan cerca el uno del otro, la miró a ella con desprecio y se encaminó escaleras arriba.

—Blanca... —comenzó él.

—Buenas noches —atajó ella.

—Espera un momento —ordenó Elena. Blanca se detuvo y se giró para observarla como si ella fuese un mosquito—. ¿Quién te crees que eres? Me faltas al respeto, se lo faltas a Santiago, pero ¿y a él? ¿Sabes cómo estaba cuando vine? Eres una egoísta.

Blanca apretó los dientes.

—No le hables así —pidió Wilhelm.

—Puedo defenderme yo sola —aseguró ella—. ¿Y quién te crees tú? ¿Eh? ¿No te basta con Santiago?

—No seas ridícula. Guillermo te adora.

Blanca se quedó muda mientras Wilhelm parecía desear que se lo tragase la tierra.

—No me gustas —confesó ella.

—¿En serio? Me importa una mierda. Deja de torturar a Guillermo y respeta a Santiago. Si vuelves a hablarle de mala manera a mi hombre, te arrancaré de cuajo un mechón de ese bonito pelo tuyo. ¿Me has entendido?

Por la cara que puso Blanca, Elena supo que la creía. Sin más, se dirigió hacia la cocina para auxiliar a Antonia.

Casi habían terminado cuando Iacov entró por la puerta que daba al exterior. Sus labios y también sus ojos rebosaban de la complacencia que le habían provocado las palabras de su pequeña. El sexo esa noche fue el mejor que los dos habían tenido hasta el momento.

—¿No podemos quedarnos aquí? —preguntó ella, dibujando circulitos con un dedo en el pecho de su hombre.

—¿Y tus estudios?

—Ya te dije que puedo postergarlo. O estudiar a distancia.

—Ya saben quién eres. En cuanto te matricules... —Iacov suspiró—. Me encantaría que las cosas fuesen diferentes, pero no tengo más remedio que terminar lo que he empezado.

—¿Estás seguro? Podríamos irnos a algún lugar recóndito.

—¿Qué vida sería esa para ti?

—No tendría que ser para siempre.

—Elena, deja de insistir. Me gusta lo que dices, me encantaría creer que puede ser, pero ambos sabemos que no tiene sentido.

Ella apretó los labios, conteniendo una réplica más. Aunque en la superficie estaba enamorada de él hasta el tuétano, en el fondo sabía que, a la larga, su amor solo podía corromperse si escogiesen ir por aquel camino. No le quedaba más remedio que esperar que el camino que Iacov proponía no los llevase a algo incluso peor.

Entonces se dio cuenta de que había una tercera opción. Sin embargo, él apenas dejó que la verbalizase.

—Mi amor, no quiero que te sigas arriesgando.

—Lo seguiré haciendo hagas lo que hagas —le advirtió Iacov—. No quiero que vuelvas a hablar de acabar con nada si no es porque así lo quieres tú.

—Pero...

—Ioana vendrá mañana. Ha estado en un hotel todo este tiempo.

Elena tuvo que ceder, ante él y ante sí misma.

—¿Y por qué no ha venido antes?

—Prefiere mantenerse a cierta distancia.

—¿Por qué? ¿No me dijiste que sus sentidos son normales?

—Sí, lo son.

Ella se incorporó para poder mirarlo a los ojos y esperó a oírlo concretar antes de cabrearse.

—Nuestra relación no significa lo mismo para ambos.

Iacov utilizó un brazo para bloquear el intento de Elena de salir de la cama.

—¿Qué haces?

—Suelta —masculló ella.

—¿Ya estás pensando tonterías?

Elena trató de zafarse, pero hubiera sido más fácil hacer salir el sol de repente. Iacov lamió todo el lateral de su rostro como si se tratase de un helado.

—No seas dura con ella —pidió—. Sin su ayuda, no estaría aquí.

—Deja de decir eso —ordenó ella, haciéndolo sonreír.

—Y la sigo necesitando. Pero nada de todo esto tendría sentido sin ti, mi pequeña. No quiero que dudes de mí. Es absurdo y hasta resulta insultante.

Elena se relajó. Sin embargo, él no quiso soltarla e incluso apretó su cuerpo contra el propio.

—Me portaré bien —prometió Elena—. Mientras ella haga lo mismo. Te advierto de que tengo tijeras nuevas.

Iacov se rio y la llenó de besos.

—Por cierto, no le digas lo que he hecho.

—Demasiado tarde. —Besó el ceño fruncido y los labios apretados de su pequeña—. ¿No te gusta que esté orgulloso?

Aunque Elena nunca se había imaginado estar en una situación semejante, era tan feliz en ese momento como en cualquier otro que recordara. O quizás incluso más.

—No quiero que alguien así sepa de lo que soy capaz —aclaró.

—Ella no te va a hacer nada.

La liberó solo porque se acercaba el amanecer. Se tumbó en la cama, y Elena le dijo que lo quería antes de acomodarse a su lado. Y esta vez, aunque apenas fue un susurro, ella escuchó la respuesta. Las palabras no eran suficientes, no, pero él llevaba demasiado tiempo esperando las de Elena, ahora que su pequeña lo conocía y lo aceptaba, y se sintió demasiado bien como para renunciar a ellas.

La curiosidad venció las ganas de Elena de quedarse en la cama, sin embargo, Ioana no apareció hasta la hora del almuerzo. Enseguida pensó que lo había hecho a propósito, viéndola disfrutar de todos los platos que

Antonia y ella habían preparado. Le resultó increíble que tantísima comida pudiera caber en un cuerpo tan pequeño.

Ioana no le dirigió la palabra en ningún momento, ni tampoco lo hicieron Blanca y Margarita. Así que en cuanto terminó de comer, se instaló en la biblioteca, donde había varios libros de historia, y en concreto, de Europa medieval. Estaba sumida en la Valaquia del siglo XV cuando la prima de su hombre entró en la estancia, se sentó en el otro sofá y la miró como si no supiera qué decir.

—Hola —saludó Elena con retintín.

Ioana se agarró las manos.

—No debí tratarte como lo hice. Pensaba que eras de otra forma.

—Sí. Eso mismo le pasó a Cassandra.

Ioana se encogió ligeramente mientras parecía esforzarse por no bajar los ojos. A Elena la divertía aquel inesperado cambio de roles, pero dada su promesa, optó por no demostrarlo.

—Tengo entendido que has cuidado de Santiago. Te lo agradezco.

—Entonces, ¿podemos llevarnos bien?

—Tú eres la que no me ha hablado en la comida —le recordó Elena.

—Porque ignoro lo que saben esas dos.

—Supongo que Guillermo le habrá contado todo a Blanca.

—Guillermo... Hasta su nombre le ha cambiado.

—¿Qué quieres decir?

—Que está muy diferente a la última vez que lo vi. Él nunca ha necesitado el permiso de una mujer para todo.

—Yo solo lo he conocido con Blanca.

—Pues era muy seguro de sí y muy divertido.

—Pero ¿te refieres antes de... No sé cómo decirlo.

—¿Morir? Antes y después. Estaba con quien quería.

—La gente cambia, supongo. Y más alguien con tanto tiempo de vida.

—De existencia —corrigió Ioana—. Pero sí. Supongo que sí.

Pese a que sabía que Iacov le había contado a Elena las andanzas de ellos dos, quiso relatarle con pelos y señales su propia versión de los hechos. El brillo en su mirada mientras lo hacía fue suficiente para que a Elena le quedase claro que amaba a su primo.

—¿He dicho algo malo?

—No, tranquila. Es solo que no me gusta mucho lo que sientes por él. Pero supongo que me entiendes.

—No he podido evitarlo. Y no te preocupes, Iacov ya me lo ha dejado bien claro.

Pasaron la tarde juntas y Elena se despidió para ir a ver a su hombre. En cuanto este pudo hablar, lo primero que dijo fue que se alegraba de que ella y su prima hubiesen hecho buenas migas.

—¿Quieres que te llame Iacov? —indagó Elena.

—¿No resolvimos eso?

—Pero no quiero hacer como Blanca.

—Mi pequeña, no te pareces en nada a ella.

—Vamos, sé sincero.

—¿Crees que podría serlo más? —Iacov la besó en los labios lleno de satisfacción—. Haz lo que quieras.

—¿O... prefieres de otra forma?

Él se puso muy serio y ella estuvo muy tentada de bajar la mirada, pero no podía hacerlo. No quería. Por muy atado que estuviera Iacov a su pasado, por muy despreciable que ella pudiera resultar al no rechazarle, Elena lo consideraba dueño de su presente y capaz, por tanto, de decidir sobre su futuro. Capaz de asumir que el precio de sus intenciones era excesivo para él.

—Mi madre me llamaba así —dijo Iacov sin inflexión alguna en la voz—. Lo prefiero.

Aliviada, Elena asintió y le dio un abrazo.

Estuvo bastante a gusto en la cena, sin embargo, Ioana se marchó al terminar y su hombre se fue con ella. Intentó evitar que alguno de los dos notase lo poco que la agradaba saberlos juntos. Al regresar, Iacov se lo compensó con creces.

CAPÍTULO XI. EL ABUELO



u idilio con Elena no podía durar demasiado. Sin embargo, pasara lo que **S**pasase en los días venideros, Iacov guardaría aquella semana con su pequeña para siempre. Nunca se había sentido más acompañado ni había tenido un hogar mejor.

Le costó mucho decirle a Elena que tenía que marcharse y que lo haría solo con Ioana. Ella, por una vez, reaccionó tal y como había previsto, aunque al final pareció entender que era demasiado peligroso hacer lo contrario por mucho que hubiera acabado con Cassandra. Lo que Elena no entendía, de ninguna forma, era que tuviesen que separarse de nuevo tan pronto. Iacov no fue capaz de reconocerle que si seguía allí una noche más, nunca haría lo que se había propuesto.

Blanca no se tomó demasiado bien que Wilhelm no pudiera ir a ver al médico aún, pero accedió a quedarse en la casa. Él se había comprometido a velar por la seguridad de Elena, y además no era recomendable que se expusiese tanto. Iacov detestaba la idea de dejar a su pequeña con la amante de su amigo y su criada, porque sospechaba que la harían sentirse sola, así que, al menos, se aseguró de que tuviera todos y cada uno de los libros precisos.

Gracias a Wilhelm, Iacov y su prima pudieron coger un avión privado que los dejó en Nueva York al atardecer del día siguiente. En cuanto estuvieron en el hotel, Ioana probó su hechizo de búsqueda.

—¡Está aquí! —dijo con gran regocijo.

—¿Cómo de cerca?

—Bueno, no demasiado. Bastante lejos, de hecho. La señal es débil. Viene del sur.

Tras meditar todas sus opciones, decidieron alquilar un coche. Además de permitirles ir comprobando el rumbo, no dependerían de horarios ni tampoco de hoteles y solo les llevaría un par de días alcanzar la frontera con México. Esperaban que Petrov no estuviera mucho más lejos.

Ioana no sabía conducir, así que Iacov dedicó la primera noche a enseñarle el manejo básico para que ella pudiera encargarse cuando saliera el sol. Era un coche automático, por lo que lo más importante era mantener firme el volante y, sobre todo, no superar el límite de velocidad. Ella no tardó en pillarle el truco y justo después se enamoró perdidamente de la máquina, más incluso que de un móvil.

Pese a todos los años de existencia de Iacov, aquella era la primera vez que visitaba los Estados Unidos. Aparte de Europa, solo había pisado algunas zonas de Asia y África y nunca había sido por mero placer. Siempre lo había reconfortado sentir que controlaba sus actos y de algún modo lo que sucedía a su alrededor, y los lugares cercanos y conocidos le permitían hacerlo aun con el constante acecho de la Orden.

No obstante, el paisaje desde la ventanilla del coche no le resultaba tan extraño, aunque debía de ser por no hallarse en la típica zona oeste del país que podía verse como telón de fondo de muchas producciones audiovisuales. Lo que sí destacaba era lo rectas y largas que eran las carreteras, y lo eterno que estas hacían que pareciera el viaje. No era aquella la ruta más rápida, en realidad, pero Iacov no consideraba muy prudente acercarse demasiado a Nueva Orleans.

Poco a poco, la aridez del terreno fue aumentando hasta que se vieron próximos a un desierto. Antes de llegar a la frontera mexicana, se detuvieron y él se bajó del coche para enterrar a dos turistas que los habían estado acompañando desde Dallas. El hechizo de búsqueda continuó guiándolos rumbo al sur. Por fortuna, su presa no se había movido de su sitio en ningún momento.

El cielo estaba plagado de nubes que amenazaban tormenta y la luna se ocultaba tras ellas de vez en cuando. A unos kilómetros de Monterrey, se desviaron por una carretera sin asfalto que conducía hasta una hacienda. Su aspecto le recordó a Iacov a los cortijos andaluces, enorme y blanco y con un gran patio central repleto de columnas.

Había dos guardias armados custodiando la entrada. Como no sabían qué más encontrarían, se apostaron en un lugar que les permitiera observar el edificio sin ser vistos. Allí, Ioana colocó de rodillas a los nuevos rehenes y les cortó el cuello de manera que su sangre llenase un gran cuenco. Luego se sentó en el suelo y cerró los ojos.

Murmuró dos palabras y los guardias de la puerta cayeron desplomados. Si la previsión de personal había sido certera y el hechizo era lo bastante fuerte, todo aquel que no fuese como Iacov permanecería inconsciente durante al menos una hora. Confiaban en que fuera tiempo suficiente como para hallar a Petrov, que tendría que rendirse en cuanto su señor se lo ordenase.

Iacov rodeó el muro perimetral de la hacienda hasta dar con un buen lugar por el que trepar y saltar al otro lado. Llegó hasta el patio guiado por el sonido de la fuente que decoraba su centro. La iluminación era escasa, pero le bastó para distinguir que las paredes de la galería que lo cercaba estaban pintadas de rojo.

Por la puerta principal de la casa salieron tres hombres. Iacov reconoció enseguida a Petrov y a uno de los otros dos, Filip Ivanenko. Al tercero nunca lo había visto, pero tenía que ser Mikah Boer. La pregunta de por qué estaban juntos pudo contestarla pronto: el odio contenido en la expresión de este último delataba que no era porque todos ellos viviesen allí, precisamente.

Petrov levantó un brazo para mostrarle a Iacov la palma de su mano, mientras su pelo blanco refulgía con las lámparas de la galería y sus ojos grises lo miraban con la dureza de un diamante.

—Por respeto a tu abuelo, dejaré que te vayas.

—Es grato veros a los tres —dijo Iacov—. Y no he venido a haceros nada.

—Eso es mentira —espetó Mikah—. Sabemos lo que has...

Petrov lo detuvo con su mano alzada y, con un ligero movimiento como el de un director de orquesta, le pidió a Iacov que continuase.

—No negaré lo que he hecho, pero ahora lo que quiero es vuestra ayuda y encontrar a Onuba.

Las toscas facciones de Petrov se tiñeron de sorpresa y sus ojos se fijaron en Filip. El aspecto de este difería bastante: delicado, rubio como la miel y con los ojos del color de las aguas croatas, en vida se le enrojecían las mejillas al menor cambio de temperatura. Cuando trascendió, se volvió extremadamente pálido y su belleza no hizo sino aumentar, y combinada esta con la gelidez de su carácter, resultaba de lo más atractivo para multitud de mujeres.

Onuba era una de ellas. Ambos habían tenido un tórrido romance y el fruto había sido la madre de Ioana. Si alguien sabía dónde se encontraba la bruja, era muy posible que fuese él.

—¿Para qué? —preguntó Filip.

—Quiero acabar con la Orden.

Por un largo instante, lo único que se oyó fue el leve burbujeo del agua de la fuente.

—Eso es imposible —murmuró Mikah.

—Entremos dentro —dijo Petrov—. Y, por favor, dile a tu bruja que venga.

Iacov no estaba muy seguro de querer averiguar cómo habían descubierto su cacería, sin embargo, no había sido por Wilhelm sino por Ciril. Mikah era buen amigo suyo y vivía muy cerca del castillo de Erzebet, de hecho, y había sido él el anónimo informador que había avisado al amigo de Iacov. Después, sabiendo que por separado tenía aún menos opciones que con compañía, había contactado con Petrov y con Filip merced a la misma red de comunicación que Wilhelm había construido con los años para tener a la Orden vigilada.

Un sirviente condujo a Iacov y a su prima hasta un comedor. Una pesada lámpara colgaba del techo con miles de pequeñas lágrimas de cristal, sobre una mesa rectangular de madera oscura y brillante, y en las paredes, había buenos cuadros de bodegones y platos de fina cerámica. Petrov siempre había exhibido buen gusto al habitar y también al vestir, en la vida y en la muerte, a pesar de su humilde origen.

Estaba sentado en una cabecera de la mesa. Iacov ocupó la otra y le indicó a Ioana que se colocase junto a él, pero alejada de Filip y de Mikah. Ivanenko observó a su nieta con intensidad mientras dos sirvientes empezaban a llenar cinco copas de vidrio veneciano con sangre recién extraída.

Iacov estaba ansioso por resolver su duda y le preguntó directamente a Filip. Este le mantuvo la mirada un momento antes de asentir.

—¿Dónde?

—Primero decidnos lo que planeáis —intervino Petrov.

—No hay tiempo para eso.

—Tendrá que haberlo.

Iacov apretó los dientes. Su prima le suplicó en silencio que se tranquilizase mientras Filip no le quitaba a ella el ojo de encima.

—Onuba debe ser tan anciana como lo era Cassandra —dijo Iacov—. He pensado que...

—¿Era? —interrumpió Petrov.

Iacov asintió con solemnidad. Su anfitrión se fijó en Ioana, pero ella solo miró hacia otro lado y su primo dejó que Petrov sacase sus propias conclusiones.

—Eso significa que la Orden está descabezada.

Parecía darle vueltas a algo y Mikah se mostraba conmovido, sin embargo, nadie habría podido aventurar lo que cruzaba por la mente de Filip. Lo único que hacía Ivanenko era seguir admirando a su nieta, que empezó a evidenciar incomodidad.

—Te pareces mucho —se excusó él.

—Continúa —le pidió Petrov a Iacov.

—No hay más que decir. Espero a hablar con Onuba.

—Entonces ¿no tienes plan?

—Desconozco qué puede hacer ella realmente, pero confío en que con su ayuda y con la vuestra podamos destruir a la Orden.

—¿Nuestra ayuda? —protestó Mikah—. ¿Después de lo que has hecho?

—He acabado con tres de los nuestros, pero ¿y ellos? Cassandra pretendía nuestra total destrucción. No habría parado hasta conseguirlo. Ahora que no está, tenemos alguna opción que no sea huir y escondernos.

—¿Has estado bajo una piedra? Aún tendríamos que seguir escondiéndonos. Y si fracasamos, que es lo más probable, acabarán con todos nosotros. Incluida Onuba.

—De todos modos —dijo Filip, aludido—, esto es inútil.

—¿Por qué? —preguntó Iacov con fastidio.

—Porque ahora que ha muerto la que encerró a Onuba, va a ser imposible liberarla, a menos que tengáis sangre fresca de Cassandra.

Iacov miró a su prima como acusándola de haberle ocultado algo, y ella corrió a asegurarle que no sabía qué ocurría con los hechizos de una bruja muerta, porque esto era algo que no había llegado a conocer.

—Se mantienen —confirmó Filip—. No es como con los hechizos comunes, que se basan en algo que poseen algunas personas desde su nacimiento, algo que llevan dentro; es un contrato que se establece con Dios y este pasa a ser dueño de lo hechizado, y como todos sabemos, Él carece de final.

Entonces, fue Ioana la que juzgó a su primo, como si hubiese sido él quien hubiera matado a Cassandra o como si que esta siguiera viva fuese remotamente preferible a lo contrario.

—Algo se podrá hacer —dijo.

Iacov se sintió agradecido y ella esbozó una sonrisa.

—Tu abuela compartió muchos de sus conocimientos conmigo —repuso Filip—, pero supongo que tú sabes más que yo.

—Lo que no sé es por qué Cass me hizo lo que me hizo. ¿Qué había hecho yo? No me creo que fuera por esas sirvientas. Sí, maté a aquella señoritinga, pero tampoco era una noble y solo fue una vez. ¿Y mi abuela? Ella se oponía a Cass, pero lo hacía de forma pacífica.

Filip cerró los ojos como si lamentase algo profundamente.

—Mi pequeña Katia, tu madre, ansiaba tener nuestro poder y se lo pidió a Onuba. Ella se negó, en contra como estaba de crearnos a nosotros, por lo que Katia recurrió a Cassandra. Pero ella... la convirtió en otra cosa. En algo imposible de controlar.

Hizo una pausa. Pese a su impasible fachada, resultaba evidente que le afectaban mucho aquellos recuerdos.

—Onuba le pidió a Cassandra que lo revirtiera. Ella dijo que la única manera era haciendo un sacrificio, y que tenía que ser un pariente directo. Onuba se ofreció enseguida, pero solo funcionaría con alguien inocente y el único que podía ser era tu hermano Aurel. Onuba tuvo entonces que tomar una decisión, y optó por entregar a Katia a las autoridades.

Le dio un trago a su copa antes de continuar.

—Eso la cambió. Se volvió fría y taciturna y solo pensaba en vengarse de Cassandra. Formó un aquelarre y lo instruyó bajo sus propias normas. —Titubeó por primera vez en todo su relato—. Yo temía por ella, por que acabase destruida como nuestra hija, así que fui a hablar con Cassandra.

Suspiró y no quiso concluir.

—La entregaste —dijo Ioana con rabia en la voz.

—Logró el perdón para tu vida y la de tu abuela —aclaró Petrov—. Si estás aquí ahora, es gracias a él. Además, cuando os encerraron a las dos, se encargó de llevarte con Iacov por si el grimorio de su madre podía ayudar a liberarte.

—¿Y mi abuela?

—Primero os colocaron en una iglesia de Bucarest. Sorprendieron a Filip, y Onuba le pidió que te diera prioridad. Luego la trasladaron a un lugar desconocido.

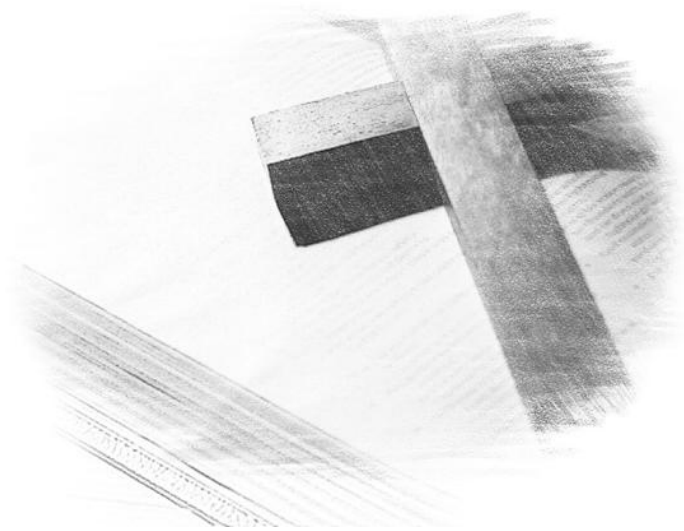
—Pero ya no lo es. ¿Dónde está?

—En Italia —contestó Filip—. En la cripta de la sede de la Orden en Roma.

Sus revelaciones causaron un hondo impacto en su nieta. Ioana acababa de averiguar que había sido su propio abuelo el que había provocado su martirio. Él intentó acercarse a ella, intentó explicarse, pero Ioana se negó a escuchar una sola palabra más de su parte. Iacov, en cambio, creía comprender a Filip y sospechaba que él mismo habría actuado igual de verse en su situación.

Mikah no quiso acompañarlos. Iacov no podía juzgarlo ni tampoco podía obligarlo a nada, porque él, al igual que Filip, nunca había servido a ningún miembro de la Casa de Basarab. Aunque Petrov intentó convencerlo de que los ayudara, Mikah se marchó de la hacienda esa misma noche.

CAPÍTULO XII. LA SANGRE



ese a que llevaban conviviendo ya varios días, Elena era incapaz de **P** congeniar ni con Blanca ni con Margarita, aunque tampoco lo intentaba demasiado y ellas no ponían nada de su parte. La única con la que realmente podía relacionarse era Antonia, porque Wilhelm, en línea con su querida mujer, apenas le dirigía la palabra mientras pedía disculpas con esos ojos suyos.

No había comida en la que Blanca no nombrase las ganas que tenía de ir a Madrid, ni momento que Elena estuviera presente en el que no se quejase de tener que permanecer en aquel pueblo. Para evitar pelearse con ella, Elena no le replicó ni una vez, pero eso solo hizo que Blanca fuese tomándose cada vez más confianzas. Hasta que logró que Elena decidiera comer en la cocina y pasar largas horas en el exterior de la casa.

A veces incluso se le hacía de noche. Y una de esas veces, Wilhelm apareció y se sentó junto a ella en el banco de piedra.

—¿Sabes algo? —preguntó Elena.

—Nada. Ni tampoco sobre lo de Cassandra. Es como si no hubiera ocurrido.

—Pues estaba muerta —aseguró ella.

—No digo lo contrario. Pero después de tanto tiempo detrás de nosotros, esperaba que su falta hubiera sido todo un escándalo. Y ni se nota.

Apoyó la espalda en la fachada de la casa y admiró el cielo estrellado. La luna estaba redonda y especialmente brillante.

—No la soporto —confesó muy quedo.

El viento meció las copas de los árboles.

—Te mereces algo mejor —dijo Elena.

—¿Algo como tú?

La miró y ella hizo lo mismo con él. Elena esperó algún atisbo de que Wilhelm no hablase en serio, sin embargo, no sucedió durante el tiempo suficiente para que se sintiera alarmada.

—Ya sé que no te intereso —agregó él, fijándose en sus labios y luego en su cuello. Ella se dispuso a marcharse—. Tranquila, no voy a hacerte nada. Iacov me descuartizaría.

Lanzó un hondo suspiro. Elena se debatió un momento y al final optó por regresar al banco.

—Como te dije, puedo presentarte gente.

Wilhelm esbozó una sonrisa.

—Estoy muy viejo para empezar de nuevo.

—No digas tonterías. Eres muy guapo, y más afeitado.

—No tanto, al parecer.

—O quizás te venga bien un tiempo a solas.

—Es posible. Pero ¿quién se lo dice?

—Si te parece lo hago yo.

—¿Le puedo decir que estamos juntos?

—Ni se te ocurra.

Él se rio y su atención se centró de nuevo donde no debía.

—Deja de mirarme así o me voy —le advirtió Elena.

—Lo siento, solo es que tengo curiosidad.

—Pues tendrás que aguantarte.

—Un poquito —pidió Wilhelm, haciendo pucheros.

—¿Espiendo?

—¡Mira quién fue a hablar! Y no te he espiado, es que me era imposible no oírlos.

Avergonzada, Elena se incorporó para ir a entrar en la casa. Él se interpuso en su camino.

—Vale, vale. Pero no me culpes por intentar cortejarte. Y ten piedad, llevo tanto sin hacerlo que estoy oxidado.

—Eso no tiene nada que ver. Si crees que traicionaría a Iacov de algún modo es que no me conoces en absoluto, y mucho menos con su amigo.

—¿Iacov?

—¿No lo digo bien?

—No, no es eso. ¿Ya no le llamas Santiago?

—Su nombre es Iacov.

Wilhelm sonrió.

—¿Quieres que haga lo mismo contigo? Aunque tu nombre me cuesta más decirlo.

Sus intentos por pronunciar correctamente la palabra en cuestión ampliaron el gesto de él.

—Te diré lo mismo que Iacov. ¿Podemos quedarnos aquí un rato?

—Bueno, pero me está entrando hambre.

Pasaron allí más de una hora, hablando sobre lo que Wilhelm había hecho desde que murió. Aunque él también recordaba haber oído algo aquella primera noche, prefería ni pensar en ello. Después de que la zona quedase

sometida a la Sublime Puerta, de que se viese que definitivamente el don de Cassandra no era lo que había prometido ser y se creara la Orden, se marchó con Iacov y otros nobles supervivientes a Hungría, buscando el refugio de su rey.

Matías y sus sucesores los protegieron hasta que sucumbieron también ante los turcos, y entonces los transformados se separaron y marcharon cada uno a un lugar. Algunos fueron a Transilvania, otros al Sacro Imperio, y otros, como Iacov y Wilhelm, se escondieron más lejos, en África, América o Asia, y gracias a eso lograron sobrevivir a la intensa purga llevada a cabo por la Orden durante casi un siglo, aun a costa de pasar largos periodos descansando.

Como consecuencia, él no recordaba demasiado de gran parte del siglo XVI ni del XVII, igual que le sucedía a Iacov. Cuando las aguas se calmaron un poco y alimentarse dejó de ser tan peligroso, los dos, deseando como estaban de volver al hogar, contactaron con el único miembro de los Habsburgo que aún existía, su rey en la sombra, y este los proveyó de un castillo en consonancia con su raigambre para que se instalasen con sus sirvientes.

Iacov casó con una rica viuda que lo adoraba, mientras que Wilhelm estuvo a punto de ser destruido por las sospechas de una de sus amantes, que rabiaba de celos por no poder verlo por el día ni tenerlo solo para ella. Él llevaba demasiado tiempo ocultándose para privarse de nada, pero eso provocó, además de perder su casa y su servidumbre y tener que esconderse con Iacov, que iniciase el siglo XVIII con la memoria repleta de drogas, sexo y muerte y vacía de nada que pudiera considerar de valor.

Fue entonces cuando ambos convivieron con Erzebet, durante casi veinte años. La marcha de ella hizo pensar a Wilhelm sobre su necesidad de buscar una vida al margen de su señor, que aunque lo apreciaba como a nadie, nunca jamás estaría a su mismo nivel y eso era algo que ya no podía seguir ignorando. Así se separaron los dos, Iacov se quedó en su amada tierra y él viajó por Europa como un vagabundo hasta que finalmente se instaló en España.

Cuando apareció con Elena para cenar, Blanca ya había terminado y había abandonado el comedor, de modo que ambos siguieron conversando. Wilhelm reveló entonces hechos del pasado que a ella la avergonzaba tratar con su hombre, una brutalidad excesiva incluso para la época, pero que

hablaba de una rebeldía y una devoción que Elena no podía evitar admirar, y no era la única.

—Hay gran parte de leyenda —advirtió él—. Muchos enemigos e ignorantes. Yo jamás le vi dañar a un niño ni permitirlo, ni matar a nadie sin una buena razón, ni por supuesto beber sangre en público. Pero también hay una parte de verdad, aunque sea exagerada. Torturamos y acabamos con la vida de muchas personas, sí, pero no tantas como se dice. Es más fácil contar que se ha talado un bosque entero para clavar a miles que hacerlo realmente.

»Su labor no era sencilla. El crimen y la tiranía proliferaban mientras acechaba el peligro de que no solo nosotros perdiésemos toda integridad, también el resto de Europa. Doy gracias de que no me tocara tomar aquellas decisiones, de que solo tuviera que seguirle, aunque sé que eso no me exime.

—¿Lo de los mendigos es leyenda?

—Bueno, lo del banquete sí, pero no lo de quemarlos. Eran vagos, perjudiciales para los demás, al igual que los enfermos. No entiendo por qué eso se juzga tan mal hoy en día cuando a ellos se les ignora de forma tan flagrante. Y no será la mejor manera de erradicar la pobreza o la infección, pero sí la más rápida.

—¿Crees que sus actos eran necesarios? —preguntó Elena mientras ignoraba la voz que le decía que no existía excusa posible.

—Lo creíamos. Creíamos que lo que hacíamos era lo mejor para nuestro país y también lo que Dios deseaba, que el mal no estaba en los actos en sí, y menos si eran para defenderse, sino en quien los cometía, en el propósito que encerraba y el señor al que servía. Y no éramos los únicos, precisamente, pero la historia la decide el que la cuenta. Las cosas cambian mucho, Elena, sobre todo cuando estás aquí tanto tiempo.

—Era otra época —se dijo ella.

Wilhelm no replicó, pero tampoco hizo falta.

—No es por mí —aseguró Elena—. No más que por él, al menos. Debe de ser muy frustrante.

—Lo es, pero no por eso. Obrar así ya no tiene sentido, y tampoco puede nadie tener todo lo que quiere, ni siquiera existiendo para siempre. Lo que mi señor ahora es ser el señor. El señor de verdad. Quien guía su destino y

el de su pueblo, aunque sea a su pesar, y no un pobre diablo reducido a la rapiña y a la sombra, a merced de la voluntad ajena.

»Añora una causa. Algo que resolver, que le permita asumir un riesgo que haga que su existencia merezca la pena. Y eso es lo que debe de haber encontrado contigo, Elena. Entonces era su familia y su tierra; ahora, eres tú. El futuro que puede tener contigo, por breve que sea. Y de todos modos, la frustración es preferible a ser cazado como un animal.

Ella se estremeció. Semejantes palabras le cargaban de responsabilidad, pero también de dicha.

—¿Por eso insiste en que lo llamemos Iacov?

—Su madre le tenía un aprecio especial, y sufrió más cuando volvió a verlo que cuando tuvo que quedarse con los turcos. Había cambiado, y más que cuando trascendió. De ellos aprendió la utilidad de la muerte para la vida. Aprendió que debía ser fuerte para poder decidir, para poder proteger lo que le importaba, y que no había mejor arma que el miedo. Lo que no significa que disfrutase; de hecho, creo que es más bien al contrario.

—¿Le... hicieron daño?

—¿Has leído lo de los abusos? Desde luego, no es algo que él fuera a contarme. Pero creo que es mentira. No le imagino permitiéndolo. Aunque su hermano... Bueno, él era distinto —concluyó con un deje, leve pero firme, de desprecio.

—Lo traicionó.

—Era débil, como su padre, que permitió que se adueñasen de sus hijos y que el pequeño... Pero Iacov lo amaba igual, lo sé porque pudo matarlo en dos ocasiones y no lo hizo, y cuando murió, fue directo a por su verdugo.

—Quizá, en el fondo, lo comprendía.

—Es una aberración, por mucho tiempo que pase.

—No lo es, Wilhelm. Es amor, o solo sexo, como en cualquier pareja. ¿Es cierto, entonces?

—Es cierto que fue un capricho del sultán, y pagó por ello.

—¿Y cómo logró Iacov escapar cuando los turcos fueron a por él? ¿A quién decapitaron?

—Pues a Iacov. Sí. Pero conseguí rescatarle. Los turcos metieron su cabeza en un arcón de lo más elaborado que la protegió del sol, y yo los seguí hasta que logré intercambiarla por la de Velkan, un hermano bastardo suyo que se le parecía mucho y lo suplantaba cuando era necesario, y ellos

la expusieron en su capital durante todo un mes. Luego regresé a donde había escondido el cuerpo de Iacov. Era algo experimental, no sabía si funcionaría, pero estaba desesperado. Yo... le necesito mucho más que él a mí.

—No lo creo. Un señor no es nada sin su vasallo. Y ¿no vive Iacov de tu dinero?

Wilhelm se mostró agradecido. Le contó que había estudiado varias cosas, pero sobre todo se ganaba la vida con inversiones a largo plazo. Y tenía contactos en todas partes, gracias a los cuales había conseguido los pasaportes de su amigo y de Ioana.

—¿No puedes hacer lo mismo conmigo? —pidió Elena.

—¿Y tu hermana? Además, Iacov no quiere eso. Pero si es lo que tú quieres...

—¿Podrías no ser tan condescendiente?

—Eso me es imposible con las mujeres.

—A lo mejor ese es el problema.

—Entonces, he de obligarte. —La expresión de Elena lo hizo sonreír—. ¿Cómo he de actuar, pues?

—Vuelves a ser condescendiente.

Él bajó la mirada.

—No se me da muy bien estar solo —admitió—. Por eso estaba dispuesto... Bueno, la verdad es que aún no me he decidido.

—Pues yo creo que lo que pasa es que te valoras poco.

—O a lo mejor tú nos valoras mucho.

—No me vengas ahora con esas. Has tenido tiempo de sobra para superar lo que eres o dejas de ser. Además, la autocompasión no es muy atractiva.

Wilhelm entreabrió los labios, sin embargo, no dijo nada en absoluto.

—Es eso, ¿verdad? Crees que mereces a alguien como Blanca, que no podrás encontrar nada mejor.

—Lo intenté —se defendió él—, pero salió corriendo la primera vez que me vio beber sangre y eso que fue de una copa.

—¿Mataste a alguien?

—No, pero ella sabía que era humana. Luego hizo sus cábalas y concluyó que yo estaba loco. Me dijo que lo de no ponerme al sol era solo una enfermedad.

—Y según tú, era mejor que Blanca.

—Ella era tierna y dulce. Blanca es todo lo contrario. Si no vale ni lo uno ni lo otro, ¿qué, entonces?

—Pues la persona adecuada. Y dado que gozas de una larga existencia, tienes muchas oportunidades de conocerla, Wilhelm. Solo valórate más y no quieras limitarte a hacer feliz al otro.

Él asintió con la cabeza y se quedó mirándola. Logró que Elena se sintiera incómoda y que se dispusiera a irse a su habitación.

—Quiero una noche contigo —dijo Wilhelm.

—Y yo quiero que vuelva Iacov.

Wilhelm tomó la decisión acertada. Aunque Elena lo vio flaquear, aguantó tenazmente los reproches y malas palabras de Blanca e incluso de Margarita. Elena se mantuvo al margen, hasta que ambas empezaron a insultarla y tuvo que defenderse. Pero apenas pudo decir nada, porque Wilhelm se interpuso entre ellas y mostró por primera vez algo de carácter.

—¡Fuera de mi casa! —rugió.

Blanca le dedicó a Elena una última mirada furibunda antes de ceder por fin. Margarita la siguió con una expresión similar. Después de casi una hora de preparación, las dos salieron por la puerta principal, se montaron en el coche de Blanca y desaparecieron por el camino repleto de hojas secas.

Elena acompañó a Wilhelm durante el resto de la noche. En el salón, sentados cerca del fuego de la chimenea, ella lo escuchó contar su historia con aquella mujer tan cruel como hermosa. Y, al final, lo vio llorar. La lástima que sintió la llevó a abrazarlo, y también a permitir que él le diera un beso en los labios.

—Ya —susurró, apartándolo. Él se resistió—. Por favor, Wilhelm.

—Vale, perdona.

Se recostó en el sofá y suspiró.

—Sigues enamorado de ella y es normal —dijo Elena—. Deberías darte tiempo.

—¿No se olvida mejor en compañía?

—No se trata tanto de olvidarla como de intentar recuperar tu amor propio. Cuando pase un tiempo, verás que has hecho lo mejor que podías hacer.

Su estancia en aquella casa mejoró de manera considerable. Wilhelm no volvió a insistir, aunque ella lo notaba tontear de vez en cuando, y su

compañía era muy agradable. Pero le resultaba imposible no compararlo con Iacov, y entonces, al recordar a su hombre, el pecho se le encogía y ella agarraba su anillo.

Al día siguiente de la marcha de Blanca y Margarita, muy temprano, alguien llamó a la puerta principal. Elena se despertó como movida por un resorte, se vistió todo lo deprisa que pudo y corrió hacia las escaleras. El corazón le dio un terrible vuelco cuando a quien vio en el vestíbulo fue a dos monjes grises: uno de ellos aseguraba las ataduras en las muñecas de Antonia, que yacía inconsciente en el suelo, y el otro se fue directo hacia ella.

Elena regresó a su habitación como alma que lleva el diablo. Echó el cerrojo e intentó pensar en qué podía hacer. Sus opciones eran muy limitadas, aunque no tanto como las del hombre que en esos momentos debía de sentirse abrasado por la impotencia y el miedo. Quería quedarse con él, quería intentar defenderlo, pero eso solo habría acabado de una forma y ella tenía que escapar como fuera.

Elena abrió la ventana y miró hacia abajo. Si bien estaba demasiado alto como para saltar, podía descolgarse con la ayuda de las sábanas. Entonces, mientras las arrancaba de la cama, escuchó cómo alguien intentaba abrir la puerta. Ató un extremo de la sábana al balcón, y cuando ya había pasado una pierna, la puerta se abrió de golpe y el monje que la perseguía entró en la habitación. Corrió hacia ella, pero no pudo agarrarla a tiempo.

Elena apenas había bajado medio metro cuando la tela se desgarró y ella se precipitó contra el suelo. Aunque el dolor le cortó la respiración, no tenía tiempo para eso. Se puso en pie y cojeó todo lo rápido que le fue posible rumbo al bosque, confiando en poder perderse entre los árboles.

Se permitió parar detrás de un tronco lo bastante grueso como para ocultarla. No solo necesitaba recuperar el aliento sino que la rodilla le dolía horrores, aunque por suerte parecía que solo se había hecho una herida. Sabía que si no se movía terminarían encontrándola, sin embargo, apenas consiguió dar un par de pasos antes de que el monje la interceptase.

—Si no quiere que la mujer muera, acompañenos.

—¿No que no hacíais daño a los inocentes?

—Ha estado ayudando a un monstruo. No es inocente.

—¿Y Wilhelm? ¿Qué habéis hecho con él?

—Todos los monstruos son destruidos.

Elena se lanzó contra el monje para pegarle, pero él la esquivó con facilidad y ella notó un golpe en la cabeza. Lo siguiente que supo fue que estaba en una cama. Era mullida y olía bien, y pensó que todo lo que recordaba solo había sido una pesadilla. Entonces, al abrir los ojos, se dio cuenta de que ya no estaba en casa de Wilhelm.

Las lágrimas se le saltaron y golpeó con furia el cabecero de la cama. No entendía cómo podía haber cambiado tanto todo de un momento para otro, y no hacía sino darle vueltas a quién demonios podría haberlos delatado.

Tenía vendada la rodilla y en la mesilla de noche había una pastilla alargada y blanca y un vaso con agua. La pastilla era para mitigar el dolor, y ella lo sentía, profundamente, pero no serviría de mucho y prefería que el dolor físico la distrajera. Se bajó de la cama y fue hasta la puerta de la habitación, donde había un glifo impreso con forma de cuadrado, e ignorando sus sospechas, se quitó la venda e intentó hacerlo reaccionar con su sangre.

Frustrada e impotente, escuchó ruidos más allá de la puerta. Un monje que no conocía entró en la estancia con una bandeja en las manos.

—Buenos días, señorita Cruz. Le traigo algo de comer.

—¿Qué es este lugar? —exigió ella.

—Dependencias de la Orden —contestó él, depositando la bandeja sobre el baúl situado a los pies de la cama.

Elena miró la puerta abierta.

—No llegaría muy lejos —le advirtió el monje.

Se dispuso a marcharse y Elena cogió el cuchillo que había en la bandeja y se lo clavó en la espalda. El monje no mostró ningún padecimiento, solo se dio la vuelta y la abofeteó. Ella esperó a que él cerrase la puerta y a que sus pasos se perdieran en el silencio para recuperar el cuchillo.

Mojó un dedo en la sangre de aquel monje y no dejó de rezar hasta ver cómo refulgía el símbolo de la puerta. Con suma cautela, se asomó a un pasillo de piedra con puertas a un lado y a otro. Debía de estar bajo tierra, porque su habitación carecía de ventanas y el pasillo era bajo y estrecho y solo lo iluminaban unas pocas antorchas.

No parecía haber diferencia entre ir a la derecha o a la izquierda, pero como el monje había escogido esta última, ella optó por la dirección contraria. Avanzó con todo el cuidado y sin oír más que el crepitar de las antorchas, y de un momento a otro, se topó con un hueco en el muro y con

unos escalones que descendían. Al contrario de lo que dictaría la lógica, parecía haber luz natural allí abajo y eso significaba una posible salida.

Sin embargo, al pie de las escaleras se encontró sumida en la completa oscuridad. Se debatió entre regresar y continuar hasta que vio en el suelo una delgada línea de luz. Apenas duró un segundo, pero le permitió comprender que delante de ella había una puerta. A ciegas, tanteó la madera y apreció unos adornos de metal que dibujaban zarcillos y hojas, y en el centro, unas líneas hendían la madera. En cuanto las tocó, las líneas brillaron mostrando un círculo dividido en cuatro, y la puerta crujió y se desplazó unos centímetros.

Al otro lado, inmersa todavía en las tinieblas, descubrió una humedad y una peste muy superiores a las de la cripta del castillo de Iacov. Resultaba evidente que por allí jamás hallaría una salida, pero algo en su interior le decía que estaba exactamente donde debía estar. Como no podía ver nada en absoluto, avanzó muy despacio con los brazos haciéndole de escudo.

De repente, tocó algo y se tapó la boca para ahogar un grito. No escuchó nada, así que volvió a levantar uno de los brazos y comprobó con alivio que solo se trataba de una pared de piedra. Entonces notó lo que parecían ser unas inscripciones, y tuvo que deducir que estaba delante de una tumba. No pudo evitar preguntarse si habría allí alguien que pudiera ayudarla y el precio que por eso tendría que pagar.

Escuchó un golpe y el corazón se le desbocó como un potrillo. Mantuvo la posición y el silencio, y entonces sonó de nuevo. Elena se acercó al origen del ruido y se topó con otra losa, pero aquella tenía trozos de hierro dispuestos como grapas.

—No sé cómo abrirlo —dijo Elena, pegando la oreja a la piedra.

—Sangre —siseó una voz de mujer.

—No hay símbolo.

—Hierro.

Elena sintió el miedo bullendo en su interior. Si liberaba a quien fuera y resultaba ser como Ioana, nada le garantizaba que no la mataría para alimentarse de ella. Pero, si no lo hacía, bastaría con que se encontrase a un solo monje para ver frustradas sus intenciones de escapar de allí. Y no podía permitirse seguir mucho tiempo más en aquel lugar, o tarde o temprano Iacov acabaría apareciendo.

—Ayuda —suplicó la voz.

—Por favor, no me hagas daño.

Tocó con su sangre uno de aquellos trozos de hierro. El metal reaccionó enseguida, aflojando su agarre de la piedra. Tocó el resto de los trozos y estos cayeron estrellándose contra el suelo, aunque el ruido que hicieron no fue nada comparado con el que provocó la losa, que retumbó en las paredes y pareció trepar más allá del techo.

Cuando el eco desapareció, Elena escuchó que algo se movía en el interior de aquel nicho. También escuchó unas voces en la lejanía y fue corriendo a cerrar la puerta.

—Quieta —ordenó la voz—. Déjalos. Y échate a un lado.

Unos pasos apresurados se fueron acercando cada vez más. Elena vio luz escaleras arriba y enseguida aparecieron tres monjes con antorchas en la mano. Desde el hueco de la puerta, sin atreverse a ir más allá, intentaron averiguar qué se escondía entre las sombras.

La mujer de la tumba dijo algo. Los monjes se quedaron quietos y soltaron las antorchas, que echaron chispas al chocar contra el suelo. Uno de ellos se adentró con decisión en la estancia y se detuvo donde Elena ya no podía verlo. Cuando sonó como si alguien se ahogara, ella dedujo que la mujer se estaba alimentando de él.

Pero no debió quedar satisfecha, porque hizo entrar a los otros dos monjes. Sus cuerpos fueron cayendo a plomo, uno tras otro, en el suelo de aquella cripta.

—Gracias —dijo la mujer—. Me llamo Onuba.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par. Lo primero que Iacov vio al entrar al vestíbulo fue a Antonia, tumbada en el suelo y atada de pies y manos. La mujer rompió a llorar de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Iacov, liberándole las manos—. ¿Dónde está Elena?

—No lo sé, señor. Estaba arriba y uno de esos hombres fue tras ella, pero no sé lo que habrá pasado.

Iacov subió las escaleras y enseguida vio el hueco que conducía a la primera habitación de la derecha. Entró en ella y la recorrió con los ojos, comprobando que allí no estaba su pequeña, y entonces se fijó en que alguien había atado una sábana al balcón. Gran parte de esta se hallaba en el suelo del jardín.

Saltó al exterior y encontró restos de sangre reseca, insuficiente para ser algo letal. Miró a su alrededor, hacia los árboles del bosque, y cerró los ojos para concentrarse en el aroma de Elena, pero siguió sin poder captarlo más allá de allí. El que sí distinguió fue el de un desconocido, que lo atrajo hasta el dibujo carmesí de un pájaro en la tierra y un montón de cenizas. ¿Podían los monjes ejecutar el hechizo de desplazamiento? ¿A cambio de su vida?

Cuando regresó a la casa, Antonia seguía llorando. La cocinera corrió a preguntarle por Elena.

—Creo que se la han llevado —contestó Iacov—. Y me parece que sé a dónde.

—Ayúdela, por favor.

Él asintió y miró hacia el piso de arriba.

—¿El señor? —preguntó ella con un hilo de voz.

Iacov había percibido el olor a putrefacción desde hacía un kilómetro. Nunca, en toda su existencia, había sentido tanto miedo como durante el tiempo que necesitó para recorrer esa distancia. Y cuando captó la sangre de Elena, a punto estuvo de entrar en pánico.

Volvió a subir al piso de arriba y a adentrarse en el pasillo. La peste fue aumentando conforme se acercaba, paso a paso, hacia la puerta del fondo. Wilhelm yacía bocarriba en su cama, quieto como si durmiera, pero su cabeza había sido incinerada mientras su putrefacta sangre se extendía por las sábanas y el borde de la cama, empapando la alfombra.

Iacov se dio la vuelta. Una lágrima consiguió escaparse, pero la detuvo de inmediato al tiempo que tragaba saliva. No cabía la tristeza en esos momentos, solo había espacio para la rabia y para un inmenso deseo de retribución. Aunque no sabía exactamente quién, ni cuándo ni dónde, alguien tendría que pagar por aquello.

Cerró la puerta de la habitación y regresó con Antonia. La noticia de la muerte de su señor afectó a la cocinera más de lo que Iacov esperaba.

—¿Dónde están Blanca y su criada?

—Se fueron ayer. —Antonia se sonó la nariz con un pañuelo—. Después de que el señor la dejara.

—¿Cómo?

—Así es. ¿Cree que tienen algo que ver?

—Pocos más sabíamos que Wilhelm estaba aquí. Me encargaré de averiguarlo.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—También me encargaré de ellos —atajó Iacov—. Antonia, nadie debe ver a Wilhelm así. Ahora no tengo tiempo de ocuparme de él, así que mantén la puerta de su habitación cerrada. No van a volver a esta casa, tranquila.

—Muy bien. Pero, por favor, me gustaría saber si Elena está bien.

—Y a mí.

Iacov corrió hacia el lugar donde había dejado esperando a Ioana, a Petrov y a Filip, un pequeño torcal situado en mitad del bosque. Al verlos, se maldijo de nuevo. Había pretendido proteger a su amigo ocultando su hogar, pero lo único que había hecho en realidad era todo lo contrario.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber su prima.

—Wilhelm ha muerto. Nos vamos.

—¿Y Elena?

—Se la han llevado.

Ella bajó los ojos y Petrov y Filip se miraron el uno al otro.

—¿Seguro que no ha muerto también? —intervino Petrov.

—¿Por qué? —repuso Iacov casi gritando—. ¿Acaso eso cambiaría algo? Tenemos que acabar con ellos.

—Quizás lo mejor sería retirarnos un tiempo —dijo Filip. La mirada que Iacov le dedicó no pareció afectarlo en absoluto, ni tenía tampoco por qué hacerlo—. Me refiero a que si se la han llevado es para provocar que te precipites. Acabarás destruido si te dejas arrastrar por la ira.

—Para ti es fácil decirlo.

—Te equivocas. Hace siglos que tienen a mi mujer.

—Elena morirá si...

—Esa chica es joven, ¿no? —lo interrumpió Petrov—. Y si no la han matado aún, no van a hacerlo en un tiempo razonable. Esperan utilizarla para que cumplas con tu parte. —Sus ojos se cargaron de desafío—. ¿Vas a hacerlo?

—Voy a matarlos a todos —aseguró Iacov.

—Quizás deberíamos tranquilizarnos un poco —intervino Ioana—. Primo, yo te apoyo, pero por favor entiende que eso nos pone en peligro a todos. No solo se trata de ti.

—Puede que con tu ayuda baste. Controlas a los monjes y yo me cuelo en la sede.

—No sabemos cómo es ese lugar exactamente —replicó Petrov.

Iacov miró a Filip con exigencia y este confirmó aquello.

—Sé dónde está y cómo se entra, pero ignoro su diseño interior. Podría ser todo un laberinto y podrías perderte ahí dentro buscando a esa chica.

—No, soy capaz de reconocerla cuando estoy lo bastante cerca de ella y, además, está herida.

—¿Pero cuál es la idea? —inquirió Ioana—. ¿Rescatarla o acabar con la Orden?

—Quizás no puedan ser las dos cosas —advirtió Petrov—. Si la utilizan, te rendirás, y si estamos contigo, seremos destruidos y tú obligado a ir a por Mikah. Entonces ellos habrán conseguido lo que tanto ansían.

Iacov escuchó el murmullo del viento entre las copas de los árboles y el rítmico sonido de la vida nocturna. Sabía que ellos tenían razón, y sobre todo, que no doblegaría sus voluntades de ninguna forma. Y si solo podía ser una de las dos opciones, entonces estaba claro cuál iba a tomar.

—Filip, ¿puedes darme ese diario?

El aludido sacó de su chaqueta un pequeño cuaderno de tapas de cuero negro. En su interior, había ido recogiendo todas las informaciones que recababa sobre la Orden y su sede. Lo observó durante un par de segundos y acabó devolviéndolo a su sitio.

—Yo voy contigo —dijo.

Aliviado, Iacov miró a Petrov, pero este negó con la cabeza.

—Sería una estupidez y lo sabes. Me vuelvo a mi casa.

Iacov consideró de nuevo intentar obligarlo, apelando a su lealtad a Mircea, y Petrov, como si le estuviese leyendo la mente, negó de nuevo, esta vez solo con esos ojos que más parecían cuchillos afilados. Su señor volvió a recordarse a sí mismo que una cosa era ser obedecido y otra, muy distinta, esperar que un súbdito nunca llegara a rebelarse, sobre todo un súbdito como Petrov.

—¿Y tú, Ioana?

Ella suspiró.

—Ya te dije que voy a donde tú vayas, primo. Pero escúchame un momento, ¿quieres?

—¿Qué?

—Déjame que hable con ellos antes. Quiero intentar convencerlos de que suelten a Elena por las buenas.

—¿Lo crees posible? —intervino Petrov.

—Déjame intentarlo —le pidió ella a Iacov, con sus grandes ojos verdes suplicando como los de un animal doméstico sin hogar—. Les diré que ya tienes la ubicación de los tres que faltan y que los cazarás si sueltan a Elena.

—Es su seguro —dijo Petrov—. Lo único que tienen para obligar a Iacov. ¿Por qué iban a deshacerse de ella?

—Porque ya no tienen a Cassandra. Sin ella, deben de sentirse perdidos. Me ofreceré a conseguirles una nueva bruja.

—¿Quién? —preguntó Filip, aunque ya parecía saber la respuesta.

—La mujer a la que traicionaste. Puede que le pusieran el mismo hechizo que a mí, y si no, averiguaré cómo liberarla. O me ofreceré yo misma. Vamos, Iacov. Solo intentarlo. Si no funciona, haz lo que quieras, pero por favor no desperdicies una oportunidad de evitar enfrentarte con esos monjes. Sabes que no tendrías mucho que hacer, y lo más seguro es que tengan a Elena a buen recaudo y que la utilicen en cuanto sospechen cualquier cosa.

Iacov miró hacia el cielo, con sus millones de estrellas ocultas tras unas cuantas nubes. La sensatez de su prima lo había ayudado más veces de las que quería reconocer, igual que pasara con Wilhelm.

—De acuerdo.

CAPÍTULO XIII. LA BRUJA



lena se había imaginado a Onuba parecida a Cassandra, pero era joven y hermosa, con el cabello zaino y muy rizado, la tez casi negra y los ojos como el chocolate. Ni siquiera su ropa, un largo vestido azul marino, delataba los cinco siglos de encierro.

Cogió una antorcha del suelo y subió las escaleras en primer lugar. Aunque tenía muchas dudas, muchas preguntas que hacerle a la bruja, le daba miedo perturbar el silencio y que alguien pudiese oírlas, a pesar de lo que acababa de suceder. Onuba, sin embargo, parecía muy tranquila. Llegaron al pasillo y miró a derecha e izquierda.

—¿Por dónde?

—No sé cómo se sale —se disculpó Elena.

—Me muero de hambre.

—Hay comida cerca, pero...

—Llévame.

Elena la guio mientras rezaba para no encontrarse con ningún monje. En cuanto alcanzaron la habitación en la que ella había estado retenida, Onuba se fue directa hacia la bandeja. No le preocupaba que los monjes pudieran haberle echado algo a la comida, ni que esta estuviera fría y fuese bastante parca en cantidad y atractivo; al contrario, se asemejaba a una niña el día de Navidad.

—Quiero más —se lamentó al acabar.

Su actitud habría dejado perpleja a Elena, considerando que tras tanto tiempo sepultada debería estar loca o pensando solo en vengarse, si no recordase el caso de Ioana: una vez esta asumió que no abandonaría aquel ataúd, rezó para sumirse en un letargo que la mantuviera ajena a su situación. El rezo era un poder al que se acudía cuando no se disponía de sangre y que solo respondía cuando en verdad se necesitaba.

En cualquier caso, Onuba era la mejor baza que Elena tenía para poder salir de allí, si no la única, así que la siguió de cerca rumbo a cualquier parte, y ambas avanzaron por el pasillo durante unos minutos antes de toparse con una intersección.

—¿Lo echamos a suertes? —propuso Elena.

La bruja cerró los ojos un segundo.

—La derecha y el frente están libres. Escoge. Seguiremos hasta que notemos el aire menos viciado.

—¿Que escoja?

Onuba asintió. Elena apenas meditó antes de decidirse por la derecha. Al fin y al cabo, si seguían girando en esa dirección como hasta entonces, en algún momento llegarían a alguna parte; ir cambiando no le parecía que fuese muy prudente, teniendo en cuenta que aquello era como un laberinto.

La decisión de Elena acabó en otro cruce y ella escogió igualmente, y lo mismo sucedió en la siguiente ocasión. Entonces, se toparon con una verja de hierro que impedía continuar, pero la cerradura no tardó en ceder cuando la bruja la miró. Al otro lado, el pasillo continuaba con un par de cruces más, hasta que apareció un hueco en la piedra y unas escaleras que subían.

Arriba del todo dieron con una puerta de madera. Tenía adornos de metal y también otro de aquellos símbolos extraños para Elena, este semejante a una estrella o una flor con seis pétalos.

—¿Qué significa? —indagó la joven.

—¿No lo sabes? ¿Y cómo has abierto mi puerta?

—No era el primero que veía.

—Es un glifo. Un signo de una escritura muy antigua, la más antigua que existe por lo que sé. Debidamente tratado, impide el paso a cualquiera que no sepa cómo abrir la puerta, y este además protege su ubicación. Es decir, que solo quien puede abrirla puede dar con ella.

Permaneció expectante y Elena comprendió que insinuaba que ella la abriera, a pesar de que eso en principio careciese de sentido. Tocó el símbolo y la puerta crujió, y detrás encontraron más oscuridad y el hedor de la muerte.

—Creo que es un mausoleo —dijo Onuba—. Podremos salir por aquí.

Elena contuvo su alegría para no tener que decepcionarse. Cruzó la puerta y enseguida la luz de su antorcha reveló una sala llena de tumbas, en cuyo centro había unas escaleras metálicas que conducían a una especie de escotilla de hierro. La bruja hizo lo mismo que había hecho con la verja, sin embargo, detrás esperaba una pesada losa de mármol.

—No te preocupes —dijo—. Solo será un momento.

Sin perder de vista la losa, murmuró unas palabras en un idioma desconocido para Elena. La piedra no tardó en resquebrajarse, y de repente grandes trozos de piedra cayeron al suelo provocando un tremendo estrépito. Elena se giró hacia la puerta, pero Onuba ya se había encargado de cerrarla.

—¿Hay alguien?

—Solo los muertos —contestó la bruja.

Elena subió las escaleras y se encontró con una pequeña estancia rectangular de techos altos y ventanas alargadas. Había flores en el suelo.

—¿Es un cementerio?

—Me pregunto de qué ciudad.

Abrió la puerta del mausoleo. Antes de salir, apagó la antorcha y cogió a Elena de la mano.

La luz de la luna apenas permitía distinguir nada. La bruja guio a Elena por la calle que pasaba por delante del mausoleo, y de un momento a otro, se detuvo y murmuró una palabra. Algo cayó al suelo y Elena dedujo que debía de tratarse de un guarda. Cuando por fin alcanzaron la puerta del cementerio, escuchó el sonido de cláxones y gente hablando.

—Italiano —dijo Onuba—. Creo que estamos en Roma.

Al otro lado de la puerta, Elena se encontró frente a su hombre. Iacov vio aparecer a su pequeña, sana y salva, y salió corriendo dispuesto a estrecharla entre sus brazos, pero algo lo detuvo y se sintió como si ya hubiera salido el sol. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ella no estaba sola.

—No, por favor, déjalo —le suplicó Elena a la bruja.

La presión disminuyó y él pudo recuperar la movilidad de su cuerpo. Onuba observó ceñuda cómo Iacov y Elena se fundían en un abrazo y un beso, y preguntó entre dientes quién era él aunque ya parecía saberlo. Elena contestó mientras Iacov se agachaba para lamer su rodilla. La herida cicatrizó de repente y, poco después, desapareció por completo.

Filip llamó la atención de la bruja y ella mostró un instante de sorpresa, que se convirtió en un desprecio profundo. La distrajo ver a su nieta, que le devolvió el saludo con una expresión que no dejaba claro si se alegraba o no del reencuentro. Aunque Onuba se había ofrecido para sacrificarse por su hermano pequeño, también había propiciado la muerte de su madre.

Para no quedarse en plena calle, se refugiaron en un parque cercano. Iacov no se separó de su pequeña ni un solo centímetro en ningún momento.

—¿Wilhelm? —le susurró ella.

Él negó con la cabeza y Elena contuvo un sollozo.

—Lo siento, mi amor.

Iacov la apretó con sus brazos y besó su cabello mientras inspiraba. Su calidez nunca le había parecido más reconfortante, ni su aroma más delicioso. Entonces, se encontró con los ojos de Ioana, que los miraba a los dos como si estuviesen haciendo algo malo. Y Onuba parecía pensar lo mismo.

—¿Alguien me explica qué pasa aquí?

—¿Cómo estás libre? —preguntó Ioana.

—Ha sido Elena.

Iacov sintió más orgullo aún que al saber lo de Cassandra y también notó los celos de su prima.

—Onuba, me preguntaba si...

—Que lo diga Elena —ordenó ella.

—Queremos acabar con la Orden.

—¿Queremos? No imagino por qué querría una joven inocente como tú que se destruya algo que no le desea ningún mal.

—Estaba secuestrada —aclaró Elena—. Mataron a su amigo y me trajeron aquí a la fuerza.

—¿Su amigo? ¿Un monstruo como él?

Elena apretó los dientes.

—Me lo debes —dijo con firmeza.

La bruja se quedó muda.

—Muestra más respeto —intervino Ioana—. Ni siquiera sabías lo que hacías.

—¿Y tú qué sabes? No estabas ahí.

—No eres nada. Solo una niña tonta que va de aquí para allá rompiendo cosas.

—Silencio —ordenó Onuba mirando a su nieta con dureza—. Elena, me has ayudado y te lo agradezco, pero hay algo que debo hacer antes.

—No es necesario —repuso Iacov—. Ya está muerta.

—Sí —bufó Ioana.

La bruja dio un paso atrás con el rostro a rebosar de asombro, topándose con un árbol en cuyo tronco apoyó la espalda.

—¿Muerta?

—Así es —confirmó Elena—. Y a pesar de lo que diga tu nieta, sí que sabía lo que estaba haciendo. De modo que no soy inocente, ni soy ninguna niña. Onuba, por favor, acaba con la Orden.

Iacov la estrechó aún más contra su cuerpo.

—Y querrás que no destruya a tu novio —repuso la bruja.

—Es a mí a quien odias —intervino Filip, que hasta el momento había permanecido apartado de los demás—. Deja que estos dos tengan su momento feliz.

—¿Como nosotros? Para que llegue un día en el que la decepcione, ¿dices?

—Eso no pasará —aseguró Iacov.

—Tú cállate, si respiras es porque ella me ha liberado. Ya os he soportado bastante. Elena, ven conmigo.

—Abuela, ¿a dónde vas?

Onuba se encaminó hacia la salida del parque. Iacov se resistió a soltar a su pequeña, pero ella le pidió que lo hiciera y él pensó que solo se alejarían unos cuantos metros, que podría enterarse de todo lo que Elena se dijera con la bruja. Sin embargo, Onuba desapareció de repente y se llevó a su pequeña consigo.

Las dos arribaron a la cima de una colina que se hallaba sumida en las sombras. A lo lejos se extendía la ciudad de Roma, brillando con más fuerza que las estrellas. La bruja prendió una pequeña bola de luz, que reveló que se encontraban en un mirador con varios bancos de madera, en uno de los cuales se sentaron juntas.

—¿De verdad quieres que haga eso? —preguntó Onuba.

—Sí —aseguró Elena.

—¿No prefieres pedirme otra cosa?

—¿Te refieres a ser como tú o como él? Querría, sí, para que Iacov y yo pudiéramos tener la opción de estar juntos para siempre, pero entiendo que es muy posible que fracasemos mucho antes y también que tú no quieras hacerlo.

—Ser como yo no depende de mí, si no de mi señor. Él te escoge. Y ser como tu novio va contra natura y contra la voluntad de Dios.

Elena no pudo evitar sonreír.

—Eso mismo dijo Cassandra.

—¿Cómo la mataste?

—Con unas tijeras: se las clavé en un ojo mientras dormía. Nada extraordinario.

—¿Nada extraordinario? Sí que es algo sencillo, pero ni te imaginas cuánta gente ha querido matarla y no ha podido. Entre las que me incluyo.

—Lamento habértela quitado.

—Yo no: seguirías allí con ella y no te habrían traído aquí. Prefiero que esté muerta a haberlo hecho yo, aunque no te negaré que pensé en ello repetidas veces allí dentro. Pero no entiendo cómo has podido abrir mi sepultura.

—¿Por qué?

—Cassandra misma la selló. No debería haberse abierto con tu sangre, ni tampoco la puerta.

Se quedó absorta un momento y luego negó con la cabeza varias veces. Cuando Elena quiso saber qué ocurría, la bruja la observó como si la viera por primera vez.

—Quiero que me cuentes lo que ha pasado. Todo.

Elena intentó resumir el viaje de Iacov, sin embargo, la bruja insistió en conocer todos los detalles. Luego les tocó el turno a sus propias andanzas, y la actitud de Onuba fue exactamente la misma. Al terminar, se quedó pensativa y Elena sintió que se le escapaba algo importante.

—¿Me puedes decir qué pasa?

La bruja no contestó enseguida, y cuando lo hizo, habló despacio y sin mirar a Elena a los ojos:

—¿No crees que todo parece haber pasado por una razón?

—¿Qué razón?

—Nunca intentaría crear a otro de esos seres. No volveré a pedir nada a nadie que no sea Dios. Además, haría falta un gran aquelarre y ahora mismo solo quedamos mi nieta y yo.

—Iacov me dijo que cuando lo crearon, le pareció oír una voz. —Elena ignoró la mirada de advertencia de Onuba y también su corazón acelerado —. Y a Wilhelm le pasó lo mismo. ¿Es cierto?

La bruja se mostró compungida.

—Nunca debimos hacerlo. Y aunque soy libre, aún no he pagado mi penitencia.

Elena se debatió, intensamente, pero tenía claro que quería saberlo.

—¿De quién era esa voz?

—No quiero hablar de eso.

—¿Satán? —insistió Elena.

Onuba negó con la cabeza repetidas veces y Elena pensó en rendirse, pero entonces confesó que en realidad desconocía la respuesta. Ella solo podía asegurar que se había equivocado al pensar que se trataba de Dios.

—¿Y crees que Él es el que ha intercedido en todo esto? —preguntó Elena.

—Llevo sirviéndolo desde que era solo una niña y nunca he conocido su voluntad. No encuentro otra explicación, pero tampoco pretendo dar nada por sentado. Solo Él sabe lo que hace y por qué lo hace.

Elena se sintió abrumada. Aun después de todo lo sucedido, no podía creer que estuviese dando por sentado la existencia de Dios, sin embargo, al mismo tiempo, quería saber todo lo que pudiera saberse.

—¿Qué edad tienes, Onuba?

—Pues el día de mi encierro se me ha quedado grabado, pero todos los anteriores transcurrieron casi como si no lo hicieran. Aunque a menudo pensaba que me estaba perdiendo grandes cosas, tenía a las mías y a mi señor. Ahora ellas no están, y Él...

Elena esperó, pero la bruja no dijo nada más.

—No me has contestado.

—Cass era la tercera más vieja de todas nosotras. Se crio en Creta hace unos cuatro mil años. Yo nací como un milenio después, en el sur de Egipto. A los doce me desplazé sin querer, y ella me encontró y me llevó a su templo en la tierra que los romanos llamaron Hispania. No nos importaba lo que sucedía fuera de sus muros y debimos seguir así.

—¿Y cómo es que eres joven? Cassandra estaba muy vieja. ¿Es por la cantidad de sangre? Ella tomaba muy poca.

—¿De verdad? Sí, es la sangre la que nos mantiene lozanas. Y cuanto más joven sea el sacrificio, más tiempo lo somos nosotras y más fuertes nos volvemos.

—¿Cómo es posible? Digo, no eres como Iacov.

—Es un don de mi señor para que pueda ser una buena sierva.

—¿Y no lo es también lo de Iacov, entonces?

—No, eso es una perversión.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque el don lo recibes sin pedirlo y está pensado para asegurar el culto de mi señor. Lo que hicimos con esos hombres es todo lo contrario.

Nos excedimos, Elena, y el resultado fue una aberración. Un ser egoísta que lo único que sabe hacer es dañar todo cuanto lo rodea.

Elena se abstuvo de replicar. Onuba se había puesto a la defensiva y jamás la sacaría de un pensamiento que ella, en el fondo, sabía teñido de verdad.

—Entonces, si Cassandra y tú sois anteriores a Cristo, ¿a qué dios te refieres?

—Al único que existe —contestó la bruja como si fuera evidente.

—En el mundo hay muchas creencias, Onuba.

—Todas las deidades que existen en este planeta emanan de la misma realidad, lo único que cambia son las interpretaciones que las personas dan de mi señor. Mi culto se remonta a tiempos inmemoriales, al momento en el que el ser humano tomó consciencia de sí mismo. Mi señor empezó siendo aquello que rodeaba a su creación más solitaria, y acabó entrando en su interior. Seas de donde seas y creas lo que creas, lo cierto es que todos necesitamos sentirnos unidos a alguien.

—Pues no entiendo por qué combatíais a los turcos, entonces.

—Desconocer la voluntad de mi señor es lo más duro de ser una sierva. La interpretación del Redentor atrajo a muchas de nosotras, nos satisfacía servir a un dios así, y nos encantó... —Lanzó un hondo suspiro.

—¿Alguna vez se ha comunicado contigo?

—Nunca. Por eso, no pudo ser Él quien contestó.

—Pero no estás sola, Onuba. ¿Qué pasa con tu nieta?

—Es como su madre: solo es cuestión de tiempo que me lo pida. Y cuando le diga que no, insistirá hasta lograrlo. Lo veo en sus ojos, como veo que te odia.

—Nos llevamos bien, es que tiene un carácter difícil.

—No, cariño. Tiene la misma mirada que su madre cuando le negaban algo. Y como ella, Ioana no es alguien que se conforme sin más. Por lo que me cuentas, esas tres mujeres con las que convivías y mi nieta eran las únicas personas que sabían dónde estabas.

—¿Crees que fue ella?

—Es posible. De ser así, esperaba que te matasen esta noche o pensaba hacerlo ella misma.

—Parecía sincera.

—Es una facultad que heredó de su madre. De niña, era capaz de resultar totalmente inocente. Recuerdo una vez que rompió algo muy valioso y convenció hasta a mi Katia de que había sido alguien del servicio. Supongo que para quien no la conozca, aún es capaz.

—¿No es más posible que hayan sido esas dos?

—Es posible. Podemos salir de dudas si las encontramos. Bueno, eso si tu novio no las destroza primero.

—¿No puedes darle una oportunidad? Acaba de perder a su amigo y...

—Tú no le has visto hacer lo que yo, Elena. No merece tu compasión ni mucho menos tu amor.

—Pues es así. Iacov siempre ha obrado buscando justicia, y creo que la muerte de Wilhelm le habrá convencido de que si sigue por ese camino, lo que encontrará es su propio final. Si se compromete a no volver a matar a nadie, sea culpable o inocente, ya no sería un problema.

La bruja alzó una ceja mientras la juzgaba con sus grandes ojos marrones.

—Entiendo que estés enamorada, solo eso excusa tus palabras. Tu novio fue un monstruo y lo sigue siendo. ¿Sabes que en los asedios envenenaba el agua con cadáveres de enfermos? ¿Y que quemaba vivos a mujeres y ancianos? Por no hablar de los empalamientos. Una vez tuve que ver uno de sus bosques y eso es algo que jamás olvidaré. Eso es maldad, no justicia.

Elena ya sabía aquellas cosas, gracias a Wilhelm, y había tenido tiempo para justificarlo todo de la misma forma que justificaba lo que Iacov había hecho mientras intentaba acabar con la Orden, y para seguir creyendo que si él se lo proponía, la violencia no volvería a ser un recurso. Pero no pretendía ponerse a discutir con Onuba, sino lograr que ella cumpliera su deseo.

—¿Puedes acabar con la Orden o no?

La bruja levantó la mirada hasta el cielo nocturno e inspiró profundamente del aire fresco y limpio.

—Quería acabar con Cass y con su obra, pero ahora me encuentro con que ella ha muerto y con que su obra es otra muy distinta a la que conocí.

Elena se llevó una mano a su anillo y Onuba soltó una risita.

—No pongas esa cara, criatura. He contraído una deuda contigo, por lo que si me pides que no acabe con él, no lo haré. Pero entonces tendrás que ceder. He pensado en que podría hacerme cargo de la Orden.

—¿Eso no significaría seguir la obra de Cassandra?

—Si me ocupo, os dejaré en paz. Claro, hasta que tu vida llegue a su fin: nada garantiza que tu novio sea capaz de controlarse a partir de entonces. Sí, es la obra de Cass, pero solo porque al final se dio cuenta de que yo tenía razón. Creo que mi deber es concluir eso y acabar con todos los monstruos de una vez. Creo que por eso me has liberado, que esa es la voluntad de mi señor.

Elena se dio cuenta de que se estaba agarrando ambas manos con fuerza. Tomó aire e intentó relajarse.

—Ya sé que no es lo que quieres —dijo la bruja—. Pero sin la Orden, tu novio estaría a salvo de ir y venir a su antojo. Comprende que yo no puedo permitir eso.

—Pero me podría pasar cualquier cosa en cualquier momento. Tu nieta...

—No, cariño. Ella nada te hará, porque tú vas a dejar a Iacov.

—¿Qué? No pienso...

—Escucha —la interrumpió Onuba, colocando una mano en su hombro—. Si fue ella la que se lo dijo a la Orden, o hizo que alguien lo hiciera, entonces estás en peligro. Dejar a tu novio la tranquilizaría y haría innecesario deshacerse de ti. Hazme caso, Elena.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? ¿Prefieres arriesgarte a morir?

—No sé cómo podría tomárselo.

—¿De qué tienes miedo? ¿Crees que haría alguna locura? Yo no lo creo.

—No es solo eso. No puedo ni pensar en hacerlo sufrir.

—Pues como no lo separes de ella varios kilómetros y luego finjáis muy bien, no hay otra opción. Pero cuanto más lo postergues, más peligro corres, Elena. Además, solo sería durante un tiempo. Hasta que Ioana venga a por mí.

—¿Que vaya a por ti?

—No sé si antes me pedirá lo que no puedo darle, pero estoy segura de que tarde o temprano intentará acabar conmigo. Soy la responsable de la muerte de su madre.

—¿Y no puedo quedarme contigo? Vamos a buscar a Blanca y lo esclarecemos todo.

—Y crees que mi nieta se quedará de brazos cruzados.

—Tú eres más poderosa que ella, ¿no?

—Eso no le impediría pararte el corazón si quisiera. Temo que la única razón por la que no lo ha hecho aún es porque no ha encontrado una explicación para ello. Es decir, que lo único que le importa es la opinión de tu novio. Sinceramente creo que deberías hacer lo que te digo. Me caes bien, Elena, no quisiera tener que ver cómo mueres tan jovencita. Y ten claro que tu novio no duraría demasiado entonces.

Elena apretó su anillo para tratar de contener el dolor que sentía en el pecho. Quería guardar la esperanza de que tendría la opción de avisar a Iacov, sin embargo, en el fondo sabía que no podría ser así. Si Onuba estaba en lo cierto, cada segundo que mantuviera su relación con él era un segundo más que le daba a Ioana para intentar acabar con ella.

—Está bien —murmuró.

La bruja las regresó al parque. Elena contuvo el impulso de correr hacia su hombre para abrazarlo y besarlo, y cuando él hizo el ademán, se colocó detrás de Onuba en señal de rechazo. La cara que puso Iacov le partió el alma en dos.

—¿Y bien? —preguntó Filip.

La bruja le lanzó una mirada gélida y dijo una sola palabra. Filip se quedó paralizado por completo y su piel se volvió cenicienta y áspera como una roca. Miles de pequeñas grietas asomaron aquí y allá y su bello rostro empezó a resquebrajarse, y al final, tan solo un par de segundos después de aquella única palabra, todo lo que quedó de él fue un montón de piedras.

—Marchaos —les ordenó Onuba a Iacov y a Ioana.

—Elena —suplicó él.

—Vete —dijo ella con toda la firmeza de la que fue capaz, aunque sin poder mirarlo a los ojos—. Me has mentido miles de veces y casi muero por tu culpa en más de una ocasión. Onuba tiene razón, no sois más que monstruos. No quiero volver a verte. —Se calló antes de que se le quebrara la voz.

—Voy a encargarme de la Orden —dijo la bruja—, pero Elena me ha pedido que te perdone la existencia.

—Abuela...

—Vete con él. Encuentra a los dos que faltan y destrúyelos. Será tu penitencia por colaborar con un monstruo. Cuando termines, vuelve y hablaremos.

Elena se atrevió por fin a mirar a Iacov. Solo un instante, pero fue tiempo suficiente como para comprobar que los ojos de su hombre rebosaban de una ira profunda y sombría. Entonces, él dio un paso al frente.

—No.

—¿Quieres acabar así? —inquirió Onuba señalando el montón de piedras.

—Santiago, vete. No tienes nada que hacer aquí.

—Así que me dejas —masculló él.

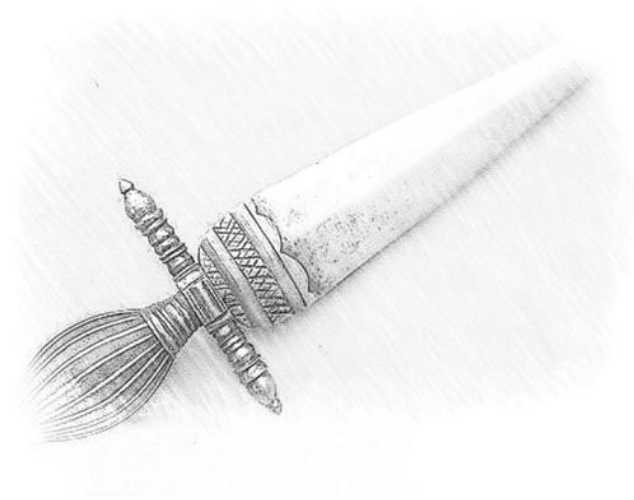
Elena se llevó una mano al pecho, tocando su anillo a través de su camiseta. Iacov se fijó en ello, y de repente, cayó en la cuenta de cómo lo había llamado ella.

—Ya te dije que tendría que acabarse —replicó Elena—. Ha llegado el momento de seguir con mi vida.

Se concentró en no mirar a Ioana mientras cada célula de su ser la exhortaba a que le comunicase a su hombre que aquello era culpa de ella. Aunque carecía de prueba alguna, no dudaba de que las sospechas de Onuba eran acertadas. Tendría que contentarse con aquellos intentos de hacerle entender a Iacov que su rechazo era una farsa.

Él bajó los ojos y Elena no pudo retener más a los suyos. Ioana observaba a su hombre con la boca entreabierta y el rostro teñido de ansiedad. Iacov se dio la vuelta y caminó con la cabeza gacha, perdiéndose pronto entre las sombras y los árboles, y su prima no tardó en seguirlo de cerca.

CAPÍTULO XIV. LA IRA



Después de lo de Erzebet y sobre todo de lo de Wilhelm, Iacov había creído que ya no cabía más dolor que sentir en mucho tiempo. Sin embargo, las palabras de su pequeña lo habían herido de tal modo que incluso había llegado a desear el lugar de Filip.

Pero entonces ella dijo aquello, algo que ya le había dicho antes. ¿Lo dejaba porque quería protegerle? ¿Y por qué no le había devuelto el anillo? Quizás solo se estaba engañando, pero la más mínima posibilidad de que Elena mintiese era suficiente para aplacar la ira que recorría todo su cuerpo. De no ser así, se habría abalanzado sobre Onuba por ponerla en su contra.

O, quizás, solo se estaba engañando. Era cierto que él era un monstruo y que ella misma se lo había reconocido. Era cierto que le había mentado mil veces y también que la había puesto en peligro de muerte en varias ocasiones. Y era cierto que Elena tenía una vida de la que sus problemas la habían apartado, y él entendía que quisiera regresar a ella.

Avanzó por el parque sin saber a dónde dirigirse, solo pensando en alejarse de aquel rechazo. Así, tal vez, todo le parecería distinto y podría decidir qué hacer.

—Iacov —llamó Ioana—. No falta mucho para que salga el sol. Regresemos al hotel.

A él la idea de exponerse le resultó más atractiva que nunca.

—Iacov —insistió ella, pero su primo no se detuvo—. Por favor, volvamos al hotel.

—Ve tú.

Salió corriendo, saltó la valla del parque y deshizo el camino hasta la puerta del cementerio. Se coló dentro y buscó por todos lados el mausoleo por el que habían salido Elena y Onuba, aunque sabía bien que podía ser cualquiera.

—¿Qué haces? —protestó Ioana a alcanzarlo—. Venga, vamos.

—Déjame solo.

—¿Para qué? ¿Qué piensas hacer?

—Destruiré a esos monjes.

—¿Estás loco?

Él apretó los dientes y cerró ambas manos en un puño, con tanta fuerza que sus uñas se tiñeron de negro.

—Volvamos al hotel —suplicó Ioana—. Mañana veremos qué hacer.

De repente, Iacov se dio cuenta de la cercanía del alba y comprendió que no quería desaparecer aún, no mientras su pequeña siguiera respirando. Mientras ella estuviera viva, aún podía intentar recuperarla.

No consiguió conciliar el sueño. Trató de dar con una solución que lo satisficiera, pero por mucho que insistía, la conclusión siempre acababa siendo la misma: aunque las palabras de Elena fuesen mentira, también eran ciertas, y solo había una opción si él realmente la amaba.

Ioana llamó a la puerta de su habitación al poco de ponerse el sol. Iacov la había notado rondar por el pasillo y acercarse en varias ocasiones.

—¿Puedo hablar contigo? —la oyó decir.

Fue a abrir la puerta y le dijo que no deseaba compañía alguna, pero ella le suplicó con sus ojos grandes y verdes.

—¿Qué?

—¿Puedo pasar?

Él negó con la cabeza.

—No te merece —dijo Ioana con dulzura—. No te acepta como eres.

Iacov quiso cerrar la puerta y ella se lo impidió sin siquiera tocarla.

—Vamos a por Petrov y Mikah. Te distraerá.

—No.

—Venga, será divertido.

—¿No entiendes que no estoy para eso?

—Pero vas a ayudarme, ¿verdad? Me gustaría poder estar con mi abuela.

—Yo tampoco tengo lo que quiero.

Pudo cerrar la puerta y regresó a la cama mientras Ioana se dirigía a su habitación. Ella debía de estar mintiendo, porque si volvía con Onuba, ellos dos tendrían que cortar cualquier relación y se suponía que Ioana no quería eso. ¿Estaba pensando en vengarse? ¿Por qué ocultárselo a él, entonces?

Aunque, para ser sincero, a Iacov poco le importaba lo que tramase su prima. Solo podía pensar en su pequeña y en todo lo que ambos habían vivido, en lo que significaba para él y en lo que significaba para Elena, y en que si lo mejor era mantenerse alejado de ella, entonces no le restaban suficientes razones para seguir existiendo. En realidad, lo único que mantenía era el miedo al final, porque Ioana no hacía sino recordarle que él era el verdadero responsable de todo.

Su prima llamó de nuevo a la puerta y esta vez Iacov la ignoró. Ella terminó entrando sin permiso y reprochándole que no se hubiera alimentado

aún.

—Te traeré a alguien.

—No.

—Tienes que comer. No seas niño.

Él se quedó callado, observando el techo de la habitación y esperando a que ella se diera por vencida.

—Mira, entiendo que estés triste, pero justo por eso creo que te vendría bien distraerte. Vamos a por esos dos. Cuando te des cuenta, habrás olvidado a esa cría. No te merece, Iacov. Venga, levántate.

Él la miró de reojo y escuchó acelerarse su corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó ella muy seria.

—¿Te alegras?

—¿De qué? —dijo Ioana con suma inocencia.

—De que me haya dejado.

Ella adoptó una expresión compungida.

—¿Cómo piensas eso? Me duele mucho verte así.

—Pero te alegras.

—No, no. Claro que no.

Iacov escrutó su rostro y no encontró falsedad alguna, sin embargo, su corazón latía a toda velocidad. Aunque tampoco era algo por lo que pudiera juzgarla: si él estuviese en su lugar, sí que se habría alegrado.

—Prefiero ir a por esas dos.

—¿Quiénes?

—Blanca y su criada —aclaró Iacov de mala gana.

—No —pidió ella, sentándose en la cama—. Mi abuela te ha perdonado, pero si les haces daño a esas mujeres, temo que tendrás que pagar las consecuencias.

—No me importa.

Ioana meditó un momento.

—¿Podrás controlarte si tienen algo que ver? Yo me encargaré. Es mejor hacer como si fuera un accidente.

La noche siguiente, los dos estaban en Madrid. Bajo el influjo del hechizo de Ioana, Blanca negó cualquier implicación en lo sucedido, pero Margarita reveló que había visto a Elena escribiendo algo en el móvil en un rincón,

como si pretendiera ocultarlo, como si la Orden no se lo hubiera quitado antes de llevarla a la isla de Lemnos.

Iacov, tal y como había prometido, se marchó de allí sin hacer nada. Ioana lo siguió en silencio hasta el hotel, con tal congoja en su expresión que parecía que lo que acababan de oír le afectase a ella más que a su primo, y antes de que él se metiera en su habitación, le aseguró que lo lamentaba profundamente.

—Pero tiene sentido —añadió.

Iacov le dedicó tal mirada que ella se encogió y su pulso se volvió loco.

—Siempre está en el lugar más propicio —dijo Ioana con suavidad—. Quiere ser como tú o como yo. Debió de intentarlo con Cass, pero al no conseguir nada, la mató para poder escapar. Ella debió de hablarle de mi abuela. Vamos, sabes que es muy posible.

—¿Ah, sí? —masculló él.

—Por mucho que me duela decírtelo, esa debe de ser la razón por la que estaba contigo. Y ya no te necesita, primo. Se ha dado cuenta de que no puede ser como tú, pero sí que puede ser como yo. Mira cómo te dejó, sin ninguna consideración y justo tras hablar con mi abuela.

Aquellas palabras que parecían de seda cayeron como un poso de plomo en el pecho de Iacov. Y allí se quedaron, negándose a abandonarlo y obligándole a sentir que, en toda su existencia, no había hecho sino cometer un error tras otro. Sin embargo, fue esta misma certeza la que lo salvó, impidiéndole errar de nuevo.

—Vete —dijo, entrando en la habitación.

—¿Vas a comer?

—Sí.

Iacov no creía que hubiera matanza capaz de calmar la ira que lo consumía. Pero no se trataba del mismo sentimiento con el que había convivido desde que Elena lo había dejado, sino una sensación gélida y amarga, que se retorció en su estómago y le trepaba la garganta dejándole un desagradable sabor de boca. Solo la había sentido una vez antes, justo tras perder a lo que más quería en el mundo.

¿Cómo había pasado? ¿Cómo, después de tanto?

El siguiente atardecer, se vio con suficiente fuerza como para enfrentar a Ioana. Cuando le dijo que irían a por Petrov, ella esbozó una sonrisa y sus ojos parecieron teñirse de malicia. Él se repitió de nuevo que necesitaba

tener paciencia. Lo necesitaba como nunca había necesitado nada en todos los años que llevaba dando vueltas sin sentido, aun estando debajo de una losa de mármol.

Y en los momentos más difíciles, cuando Ioana dormía y parecía estar más a su merced, se recordaba la primera vez que urdió una venganza. Era joven, caminaba bajo el sol todavía, y su ira bullía con mayor facilidad aún, y sin embargo, entonces pudo soportar la espera. Esperó a que los nobles llegasen, esperó a que se sentaran a la mesa, esperó a que comieran y a que creyesen que volverían a sus casas, para solo encontrar tantos días de agonía como él imaginaba que había sufrido su admirado hermano mayor. Aquellos traidores lo habían enterrado ciego, y debieron permanecer contemplando su castillo, su éxito, hasta el final.

Se recordaba lo que había sentido. Lo que sentía cada vez que le daba su merecido a alguien. Cada vez que el dolor ajeno no paliaba el suyo, si acaso lo acrentaba, como acrentaba la distancia con todo y todos, y por eso, porque la solución solo engendraba más y más problemas, sabía, lo supo al ver a Wilhelm o puede que incluso antes, que aquello no se repetiría. Aquella sería su última vez.

Petrov estaba en su hacienda, sabía que no tenía sentido marcharse si la Orden conseguía los huesos de su padre, y los recibió en el lujoso comedor para invitarles a degustar a dos mujeres jóvenes. Ioana observó complacida cómo Iacov no ponía impedimento alguno. Luego los tres se acomodaron en una sala de estar con una decoración que nada tenía que envidiar a la del comedor, y allí su anfitrión les preguntó por fin qué hacían ellos dos en su casa, aunque ya parecía conocer la respuesta.

—Esperábamos que nos dijeras dónde está Mikah —informó Ioana.

Los duros ojos de Petrov se clavaron en su señor.

—¿No habíais acabado?

—Necesito hablar con él —contestó Iacov.

—Si solo quieres decirle algo, puedo encargarme.

—También queremos proponerle un hechizo de protección —repuso Ioana—. Y mi ayuda en caso de que alguien quiera delatarlo. Le convenceré de lo contrario. Es mejor que matar a nadie.

Iacov sintió que la ira le trepaba. Bastaba una orden suya para que Petrov hablase y eso ella lo sabía de sobra, no necesitaba tratar de convencerlo a él

también, pero estaba claro que disfrutaba de manipular tanto como de la comida.

—Onuba quiere acabar con todos—reveló Iacov—, de modo que haríais bien en esconderos un tiempo.

—Has dicho que la Orden ya no está.

—Y es así. Pero ella nos odia, ya lo sabes.

—¿Y cómo habéis escapado?

—Mientras mataba a Filip —contestó Ioana—. Nos desplazé.

Iacov dudaba de que Petrov no supiera que no era posible desplazar a alguien como ellos dos, o al menos nunca se había llegado a conseguir sin que terminasen siendo una negruzca y palpitante masa, sin embargo, su anfitrión pareció conforme con aquella excusa. De todos modos, no era rival para Ioana.

—¿Y la chica? —le preguntó a Iacov.

—Ya no quiere saber nada de mí.

—Toda una sorpresa. ¿Y tú, bruja? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás con tu abuela?

Ioana adoptó aquella expresión de marcada inocencia que tanto éxito le procuraba, pero Petrov ni se inmutó.

—No le perdono lo que hizo. Además, prefiero estar con Iacov.

Petrov se reclinó en su asiento y miró al aludido. Este confió en poder seguir manteniéndose tan insondable como en los últimos días, y su anfitrión no le demostró que no fuera así.

—¿No hay posibilidades contra ella? ¿Desprevenida, tal vez?

—¿Crees poder coger desprevenida a mi abuela? —se burló Ioana.

—Ya sucedió una vez.

—Filip ya no está —le recordó ella.

—Tienes razón —dijo, poniéndose en pie—. Iacov, vamos a cazar.

—Pero ya habéis comido —protestó Ioana.

Petrov sonrió con suficiencia y salió de la estancia. Ioana intentó que Iacov se quedase con ella, sin embargo, él habría preferido dejar que Petrov experimentase con su cuerpo durante todo un siglo.

El cielo estaba completamente despejado y el aire era fresco y limpio. Iacov y su anfitrión se adentraron en el desierto, corriendo durante toda una hora sin encontrar una sola alma.

—¿Me traes tan lejos para esto? —se quejó Iacov.

Petrov pareció estarse riendo de un chiste que él no había entendido.

—¿Quieres matarme? —preguntó Iacov sin ningún interés.

—¿No habéis venido vosotros dos a matarme a mí? ¿O piensas que soy estúpido? Tan estúpido como lo has sido tú.

Iacov no pudo hacer otra cosa que clavar los ojos en el suelo. En esos momentos sentía, sobre todo, vergüenza.

—No te fustigues —agregó Petrov—. Ha sido muy cuidadosa.

—Tú te has dado cuenta enseguida.

—De algo me tendrá que servir ser el más viejo, pequeño Vlad. ¿Cómo lo arreglamos? Entiendo que deciros el paradero de Mikah será mi final.

—Onuba le ha prometido aceptarla si acabamos con él y contigo.

—Es como su madre, después de todo. Pobre Filip.

—He pensado que podrías encargarte.

—¿No prefieres hacerlo tú mismo?

Iacov negó con la cabeza, aun sin mirar directamente a su interlocutor.

—Vamos, no me digas que la aprecias.

—Es mucho lo que le debo y creo que nunca podría sentirme satisfecho. Sea como sea, no me devolverá a Wilhelm ni tampoco a Elena.

—¿Y ella por qué no? Tienes tiempo para convencerla.

—No es cuestión de tiempo. Debo dejarla en paz.

—¿Y todo lo que has hecho?

—Su bienestar es más importante que dar sentido a mis actos.

Decidió callarse antes de perder la compostura que tanto le había costado mantener durante el viaje hasta allí. Petrov lo miró como si le felicitase.

—Solo quiero una cosa a cambio.

—Se quedó un trozo de costilla y destruyó el resto. Está en su bolso.

Petrov asintió y se dispuso a marcharse. Al ver que Iacov no se movía, dijo:

—Sabes que antes me refería a ti, ¿no?

El rostro de Ioana se iluminó nada más ver a su primo. Con la voz como una caricia, le preguntó por qué razón habían tardado tanto.

—No era una presa fácil —contestó Petrov.

Le hizo a su señor una reverencia y abandonó la sala de estar. Iacov se sentó en el sofá con Ioana.

—Entiendo cómo te sientes —dijo ella—. Pero ¿no podrías ser un poco menos frío conmigo? Solo un poco.

Él se dio cuenta de que le temblaba la mano y la apoyó en el sofá.

—Me duele tanto verte así —susurró Ioana.

Rozó sus dedos, pero Iacov logró quedarse quieto. Cogió pronto confianza y trepó despacio por su brazo, y cuando él por fin se decidió a mirarla, los ojos de ella brillaban coquetos y sus labios estaban húmedos y entreabiertos. Ioana esbozó una sonrisa y empezó a acortar poco a poco la distancia entre ambos.

Sus bocas casi se habían tocado cuando ella ahogó un grito. Él se apartó y su prima pudo ver que tenía clavada una daga de hierro en el estómago, y cómo la sangre brotaba y manchaba su vestido y también la tela blanca y dorada del sofá.

—Tendrás que pagar eso —dijo Petrov.

Los ojos de Ioana estaban desmesuradamente abiertos y ella se esforzaba por decir algo. Incapaz, intentó librarse del hierro, pero Iacov lo mantenía anclado a su interior. Mientras le suplicaba a su primo con aquella mirada esmeralda, en la que Iacov se veía reflejado como si de un espejo se tratase, su anfitrión le colocó una mordaza y le ató las manos.

—Espera —dijo Iacov.

—¿Te has arrepentido? —se burló Petrov.

Con las lágrimas saltadas, Ioana asintió repetidas veces con la cabeza.

—Se lo debo.

Petrov soltó un bufido, cogió el bolso de Ioana y los dejó a solas. Ella seguía mirando a su primo como intentando decirle que lo olvidaría todo si le sacaba aquel hierro. Iacov colocó las manos a ambos lados de su pequeño y redondo rostro, enmarcando una expresión que nunca antes había pretendido mayor inocencia.

—Wilhelm —musitó.

El miedo volvió a apoderarse de los ojos de Ioana y ella intentó negar con la cabeza. Él no quería postergarlo más, así que empezó a ejercer presión. El rostro de Ioana pronto adoptó un rictus de terror mientras esos ojos suyos no cesaban de suplicar en silencio. Y no cesaron hasta el final.

Con las manos empapadas, Iacov le devolvió el anillo que ella le había fabricado y se puso en pie para salir de la estancia. Dos sirvientes entraron

en ella enseguida. Él no quiso mirarlos, pero sintió perfectamente cómo cogían el cuerpo de su prima y lo trasladaban al exterior.

—¿No podías haberlo hecho de otro modo? —se quejó Petrov.

Iacov se dirigió al patio para acabar de una vez. Sin embargo, ver el fuego consumir a aquella mujer del demonio no lo reconfortó en absoluto.

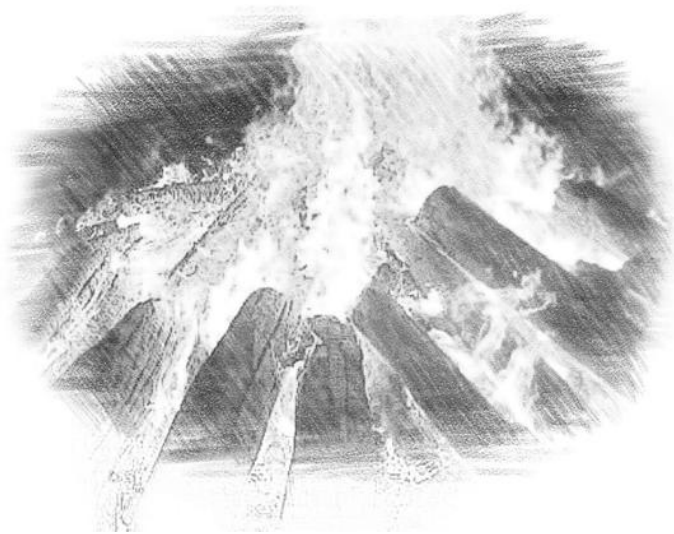
—Toma —dijo Petrov, tendiéndole un anillo que creía perdido. La plata de sus bordes y el oro del rombo labrado en su centro refulgieron ante las llamas—. Estaba en su bolso.

Iacov cogió el anillo mientras el alivio y el pesar pugnaban por dominarle. El anillo que su madre le había regalado cuando le entregó su grimorio, cuando le dijo que ella siempre había tenido fe en él.

—Hay cosas que puedes hacer —añadió Petrov—. No ahora, no pronto, pero sí en un futuro. No creas que todo está perdido, mi señor.

Iacov observó su anillo un poco más antes de guardárselo.

CAPÍTULO XV. LA CENIZA



lena se quedó un día entero con Onuba antes de atreverse a separarse de ella. Temía demasiado lo que Ioana pudiera llegar a hacer y se sentía demasiado estúpida por haberse creído su teatro, cuando solo había fingido para que la subestimase igual que ella misma había hecho con Cassandra.

Por mucho que deseara ver a su hermana, había algo que debía hacer antes. Aunque quizás Iacov ya se había encargado, quería comprobar que Wilhelm había sido bien atendido y, sobre todo, averiguar cómo se encontraba Antonia.

Cuando se acercó a la casa, por un instante fue como si el tiempo hubiese retrocedido. El camino estaba lleno de hojas, el viento susurraba entre los árboles y el sol brillaba en lo alto del cielo, y al llamar al telefonillo, Antonia le contestó y le abrió la puerta. Pero los ojos llorosos de la cocinera y la fuerza de su abrazo le demostraron que todas aquellas cosas horribles sí que habían sucedido.

Iacov no había vuelto desde que apareció buscándola a ella. Él le había encargado a Antonia que nadie viera el cuerpo de Wilhelm, de modo que allí seguía, tumbado en su cama. Cuando Elena entró en la habitación, tuvo que taparse la boca y la nariz, y al verlo necesitó salir un momento al pasillo.

Entre las dos intentaron mover el cuerpo, pero pesaba mucho más de lo que parecía a simple vista, así que quitaron las sábanas y limpiaron en lo posible aquella sangre tan negra, y cubrieron a Wilhelm con una manta. A su lado colocaron algunas flores que cogieron del jardín.

—No sé qué hacer —dijo Antonia.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué será de esta casa? ¿Y de mí?

—Wilhelm era abogado, seguro que lo tendría previsto. Sí, cuando pensó que Iacov iría a por él tuvo que pensar en algo. Miraremos en su despacho.

Pese a que la cocinera no estaba conforme, se limitó a seguirla. Wilhelm era un hombre muy ordenado, y no tardaron demasiado en dar con dos carpetas que podrían contener la información que necesitaban: una guardaba los papeles relativos a aquella casa y la otra, las escrituras de todas las posesiones de Wilhelm. Fue en esta última carpeta donde Elena encontró lo que buscaba.

—Esta casa es tuya.

Antonia corrió a leer lo que ponía en el papel y las lágrimas se le saltaron.

—Señor —murmuró.

—Algunas cosas se las ha dejado a Blanca —dijo Elena mientras pasaba las escrituras, hasta que se detuvo y frunció el ceño—. Hay una cosa para Iacov.

—Normal, eran amigos. Y es el único que le ha visitado en los últimos años.

Elena se emocionó de repente y no tardó en entregarse al llanto. La cocinera la rodeó con sus brazos y esperó a que se calmara, y luego le preparó una generosa taza de chocolate caliente.

—No sé cómo voy a encargarme de la casa.

—Ya lo haces —repuso Elena, haciéndola sonreír.

—¿Y tú, mi niña? ¿Qué vas a hacer ahora?

Elena suspiró.

—Iacov dejó aquí a su amigo, así que supongo que volverá a darle entierro. ¿Puedes avisarme si se pasa por aquí? Ahora tengo que estar con mi hermana.

No podía decirle nada más ni debía seguir en aquella casa. Aunque, siendo sincera, había algo que le provocaba un temor mayor que Ioana: que Iacov la hubiera creído.

La cocinera le frotó la espalda con cariño.

—Ve. Cuando vuelva el señor, le diré dónde estás y lo de su casa.

—Gracias, Antonia.

Unos días después, fue Iacov el que apareció por allí. Él había tomado una decisión, pero necesitaba ver a su pequeña una última vez y encargarse de su amigo. Le llamó la atención que el olor fuese tan tenue, y cuando entró en la habitación de Wilhelm, se sintió reconfortado. Lo cogió en peso y se lo llevó al jardín, y en la noche oscura, contempló en silencio las llamas azuladas.

No le había importado hacer ruido, así que no le sorprendió oír a Antonia levantarse y acercarse hasta él. Ella le recriminó que no hubiera enterrado a su señor, pero su enojo se transformó en compasión cuando Iacov le replicó con una larga mirada.

—Hay algo que debe ver.

Él no se movió hasta que ella le aseguró que se trataba de algo importante. En el despacho de Wilhelm, la cocinera le mostró unos papeles unidos por una grapa: la escritura de una vivienda situada junto al mar.

—Elena está en su casa.

Iacov le devolvió los papeles y se marchó de allí.

Durante todo el viaje, conforme se acercaba a Elena, sus dudas solo habían crecido. Al final, cuando por fin pudo ver las luces de Valdelarrosa, no estaba nada seguro de que pudiera lograr mantenerse firme en su decisión. Aunque ella así lo quisiera, se veía deambulando cada noche por las cercanías de su casa y entrando a hurtadillas para estar juntos de algún modo.

Permaneció dos horas dando vueltas antes de atreverse a acercarse a la plaza del alcornoque. Entonces, notó que Elena no estaba sola con su hermana, sino que había allí una pareja y una criatura a la que le aleteaba el corazón. Por una de las ventanas, vio a su pequeña y a la reciente familia sentados en el sofá. Elena tenía en brazos al bebé y sonreía mientras le hacía carantoñas.

Iacov necesitó alejarse de la casa. Si esperaba una confirmación de que estaba en lo correcto, allí la tenía. Elena se merecía aquello y mucho más, y él jamás sería capaz de dárselo ni de procurarle una vida plena y feliz.

Puso rumbo a su hogar. Onuba se encargaba de la Orden y ya no tenía por qué huir, y si ella cambiaba de opinión, tampoco pensaba esconderse. De hecho, lo único que pretendía hacer era intentar descansar. Unos años, quizás un siglo. Después, cuando se despertase y Elena ya no existiera, cuando ella fuera como las cenizas de Wilhelm, decidiría qué hacer.

Los sirvientes que se habían quedado en la casa habían sido destruidos, pero no era algo que lo preocupase demasiado en esos momentos. Se encaminó hacia la puerta sin pomo, goznes ni cerradura y bajó las escaleras. Allí, junto al sepulcro en el que Ioana había pasado tantos años, se encontraba el cadáver reseco de aquel monje que lo había iniciado todo.

Iacov se metió en su sepulcro y cerró los ojos.

El bebé berreaba a todas horas. La prima de Elena y su marido lo llevaron al médico, y este les dijo que no se alimentaba lo suficiente y que tendrían que darle el biberón. La madre todavía acusaba el parto, que había durado

largas horas y al final había terminado en cesárea, pero lo que más le pesaba era no ser capaz de alimentar a su propio hijo.

Elena se prestó a ayudar en todo lo posible. Esos días, mientras esperaban a que se estabilizase el pequeño José, no tuvo demasiadas oportunidades para pensar en que Iacov no había aparecido aún. Luego llegaba la noche y se quedaba sola, y no hacía sino darle vueltas y más vueltas a qué podía hacer si él no venía a por ella.

Antonia le había dicho que Iacov había estado en la casa, que había quemado a Wilhelm y que no había aceptado quedarse con la propiedad que le había dejado su amigo. También le dijo que él había ido solo. Aquello podía significar que se había separado de Ioana, y si era así, quizás solo hubiera un sitio en el que podría estar.

Elena se sentía como en una encrucijada: el camino de la derecha conducía a Iacov y se difuminaba más allá, mientras que el de la izquierda la llevaba hasta su sueño de ser médico; uno era incierto y conforme a sus emociones, y el otro le parecía seguro y contaba con la aprobación de su lado racional. A simple vista la decisión podía resultar sencilla, sin embargo, le preocupaba más que nunca decantarse por una vida que acabase siendo insoportablemente cauta.

Quizás solo fuera cuestión de tiempo, como afirmaba Onuba, o quizás pudiera tener ambas cosas, aunque lo dudaba mucho. Si algo había comprendido en los días que llevaba con su prima, era que deseaba ser madre en algún momento, y la opción que había hablado con Wilhelm era válida para Blanca, pero no estaba segura de que lo fuera para ella. Temía que si se decidía por Iacov, eso significara que se perdería a sí misma de un modo u otro.

Los días pasaron y se convirtieron en semanas, y conforme el tiempo transcurría, una sensación se fue instalando en su interior. Una sensación que le era demasiado familiar, porque había convivido con ella durante años, y que la había hecho escribir la carta a Iacov y confesarle su sueño. Era como un hambre imposible de saciar, como si le faltara una pieza en su interior, que la obligaba a sentirse insatisfecha a todas horas.

Intentó llenar ese vacío conociendo a otros hombres, pero en cuanto ellos pretendían tocarla de algún modo, la asaltaba un profundo rechazo. Decidió centrarse en sus estudios y aquello le funcionó mejor, sin embargo, la sensación se negó a abandonarla.

En cualquier caso, no se quitó el anillo. Y un día, se puso a buscar vuelos a Rumanía. Estuvo meditándolo hasta que anocheció, aunque en el fondo tenía claro lo que quería hacer. Su hermana le dijo que aquello era una locura y probablemente tenía razón, pero la tarde siguiente ya se encontraba en Bucarest.

Una terrible mezcla de emociones la embargaba: estaba nerviosa y ansiosa por ver a su hombre, y también temía lo que se iba a encontrar, tanto por parte de Ioana como del propio Iacov. Ella podía matarla y él no la había buscado, por lo que quizás no la querría aceptar o algo peor. No se había atrevido a escribirle o llamarlo por si acaso su prima se enteraba. Se convenció, pues, de adoptar la actitud de quien visita a un amigo por sorpresa.

Se apeó del taxi como un kilómetro antes del acceso al camino que conducía al castillo. Aunque la Orden lo conociera, no tenía por qué hacerlo nadie más y menos alguien que, dando por sentado que ella estaba en el país por Vlad Tepes, le había chapurreado en inglés «ojalá estuviera él aquí porque hay muchos que deberían ser empalados». Sin embargo, no tardó en maldecir su decisión, padeciendo el sol en su cabeza y la sequedad del ambiente en sus pulmones. Necesitó sacar la botella de agua de su mochila para dar un buen trago. Por suerte, el camino se adentraba entre los árboles y pudo cobijarse en su sombra.

El castillo se hallaba en un estado lamentable: el jardín se había asilvestrado por completo, con altas hierbas que le llegaban hasta la rodilla, y la fachada estaba recubierta de maleza y manchada de algo que parecía hollín. Pensar en que hubiera habido un incendio hizo que el corazón se le acelerase.

Nadie contestó cuando llamó a la puerta, pero no estaba cerrada y se atrevió a entrar. El interior no lucía mejor que lo de afuera: había telarañas por todas partes, muebles destrozados, manchas de humedad en las paredes e incluso un enorme agujero en el techo del pasillo que conducía a la cocina.

Elena avanzó por la que había sido su casa con el pecho encogido y rezando. Pudo ver cada habitación, pues habían roto las cerraduras y las puertas se hallaban abiertas de par en par, pero nada extraordinario se escondía en ninguna de ellas. Aunque no encontró cadáver alguno, había

restos de ceniza y dedujo que la Orden había destruido a todos los sirvientes.

Sus pasos terminaron conduciéndola hasta la puerta sin pomo, goznes ni cerradura. En cuanto vio que la habían vuelto a colocar, supo que su hombre estaba allí. Usó un trozo de cristal de una ventana cercana para abrirla y sacó su móvil para iluminar la escalera, sin embargo, tal y como había temido a la par que deseado, la segunda puerta estaba firmemente cerrada.

—Iacov, ¿estás ahí?

Nadie contestó. Elena recordó entonces que aún no se había puesto el sol, de modo que se sentó a esperar en uno de los escalones. Tuvo tiempo suficiente como para replantearse lo que estaba haciendo y como para pensar en que no fuera Iacov el que descansaba al otro lado de aquella puerta, pero se mantuvo apostada allí.

Por fin, la hora del móvil indicó que probablemente ya hubiera atardecido. Entonces, se puso en pie, se acercó a la puerta y volvió a llamar a su hombre. Y volvió a no obtener respuesta.

—He venido a verte. Estoy de viaje con unas amigas. Anda, solo será un momento.

Aunque creía haber sonado convincente, pese a su acelerado pulso, siguió sin oír nada. Apoyó la espalda en la madera y lanzó un hondo suspiro.

—Es mentira —admitió—. Al igual que todo lo que te dije esa noche. Lo siento mucho, mi amor. Siento haberte dicho eso y siento haberte dejado.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó la voz de él muy cerca suya, pero amortiguada por la madera que los separaba.

Elena se giró y pegó la oreja a la puerta.

—Abre —pidió.

—Responde —ordenó Iacov—. No, vete.

—¿Dónde está Ioana?

—Muerta. Vete de aquí, Elena.

—Fue por ella, amor mío. Temía que me matara y que entonces Onuba acabase contigo. Por favor, Iacov, ábreme. Por favor —suplicó ante el silencio.

Esperó durante terribles segundos. Entonces, la madera crujió y la puerta se abrió unos centímetros. Elena hizo el ademán de pasar al otro lado, pero Iacov enseguida se lo impidió. La luz del móvil le permitió ver que su

estado era más lamentable aún que el del castillo: tenía el rostro lleno de ángulos, los ojos hundidos y vidriosos y el cabello hecho paja.

—Déjame pasar —rogó, acariciando la mano con la que su hombre sujetaba la puerta.

Él terminó cediendo y Elena lo estrechó entre sus brazos. Aunque Iacov hedía y estaba rígido como una tabla, a ella no le importó y disfrutó cuando él acarició su cabello.

—Vamos —invitó Elena, enterrando el rostro de su hombre en su cuello.

Lo sintió suspirar y se estremeció, y cuando los labios de Iacov tocaron su piel, lo atrajo a sí todavía más. Pero no supo hasta qué punto lo había echado de menos hasta que notó el primer trago.

—¿No quieres más? —preguntó cuando él solo dio dos.

—Es peligroso.

Elena se percató de que tampoco físicamente se sentía como hacía unos instantes. Iacov la acercó a la escalera y la ayudó a sentarse en ella.

—Voy a por más. Si sigues aquí cuando regrese, haremos lo que tú quieras. Pero piénsalo bien, mi pequeña. Piensa en si quieres perder el tiempo conmigo.

—Eso no es así —protestó ella.

Él le dio un beso en la cabeza y se encaminó al piso de arriba. Elena esperó un poco antes de seguirlo y se metió en la sala de estar, y entonces recordó que llevaba en el bolso un paquete de galletas que se había comprado en el aeropuerto. Se las comió casi todas.

No podía negar que tenía dudas, pero en el fondo continuaba sabiendo que necesitaba a Iacov. Una parte de ella estaba convencida de que era capaz de vivir una buena vida sin él, sin embargo, existía otra parte que sabía que compartir su vida con Iacov era la única manera de obtener momentos de verdadera felicidad. Si bien sus estudios satisfacían una de esas partes, solo el amor de su hombre lograba calmar la otra.

Iacov tardó apenas una hora en regresar. Aunque había recuperado su aspecto habitual y se veía complacido de que ella siguiera allí, sus ojos aún transmitían una profunda tristeza. Elena fue a por él para que se sentasen juntos en el sofá y no esperó más tiempo para llenarlo de besos. Iacov apenas la correspondió al principio, pero pronto lo hizo, e hicieron el amor, con tal intensidad que parecía que sería la última vez.

Elena se mantuvo abrazada a su hombre y dándole pequeños besos en el rostro. Al final logró que él esbozase una sonrisa, y su alma se infló de dicha.

—Te he traído una cosa —dijo rozando sus narices—. La tengo en la mochila, es la escritura de esa casa en la playa.

—No puedo aceptarla.

—Sí que puedes. Lo que no puedes es seguir aquí.

—Solo necesita unos arreglos.

—Un tiempo, nada más. Así estarías más cerca de mí.

Iacov se retiró lo justo y necesario para ver los ojos de ella, aunque no lo soportó demasiado.

—Fue por mi culpa. No puedo aceptarlo.

—¿Por qué dices eso?

—Fue Ioana la que...

—Ya lo sé, mi amor. Ella es la culpable de lo que pasó. Bueno, era. La única culpable, ¿me has entendido?

Él clavó la mirada en su pecho desnudo. Con un dedo, acarició la cadena que conducía hasta el anillo y se detuvo antes de tocarlo.

—Te vi con ese bebé —dijo con amargura—. Lo mejor para ti es que no estemos juntos. Y lo sabes, Elena.

—Lo mejor para mí lo decido yo, gracias. Y te digo que quiero que estés en mi vida. Ahora que estamos a salvo podríamos vivir juntos.

—Temo que te arrepientas —insistió él.

Elena negó con la cabeza varias veces.

—Nunca me arrepentiré de estar contigo —aseguró—. Y deja que dure el tiempo que tenga que durar. Seguimos teniendo un trato, ¿recuerdas? Hasta que a alguno de los dos le convenga más otra cosa.

Iacov sonrió con los labios y también con los ojos. Agarró la cabeza de su pequeña con ambas manos y pegó sus labios a los de ella.

—Y ahora —susurró Elena—, cuéntamelo todo.

Los siguientes seis años, Iacov sintió que estaba en el lugar indicado. Y eso a pesar de las exigencias de la universidad, que le impedían ver a su pequeña tanto como quería; a pesar de que ella le había hecho prometer que no volvería a hacerle daño a nadie y eso supusiera tener que comer de bolsas de plástico; a pesar de no poder gozar apenas de lujos, lo que lo

hacía sentir mediocre demasiadas veces; y a pesar de la desaprobación de María, que no perdía oportunidad para demostrarle que no estaba de acuerdo con la relación.

Elena acababa de empezar la residencia en un hospital sevillano y había días en los que Iacov no la veía en absoluto. Otros días, en cambio, la tenía para él todo el tiempo que estaba despierta. Esos días procuraba no desaprovechar ni un solo minuto: iban al cine, al teatro, a los restaurantes, bares y todo lugar que abriera a partir del atardecer. Luego, una vez en casa, procuraba satisfacer a su pequeña también en la cama.

Antes de conocerla, cuando no estaba procurándose alimento, solía sentarse a escribir. Era algo que le complacía, que le permitía retomar de algún modo unas emociones que ya no volverían, y que, además, podía hacer en el horario que quisiera y donde fuese necesario, por lo que pronto retomó la afición. Escribía sobre su existencia, sobre la guerra y la caza, el poder y la pérdida, la vida y la muerte, y el amor, el correspondido y el repudiado, la traición y... Por primera vez, también sobre su hermano pequeño.

Nada más se le había resistido, ni siquiera su hijo menor, porque Iacov sabía que todo había comenzado en ese momento. El momento en el que lo vio besar con pasión a quien sería sultán. Algo por lo que su estancia allí pasó a convertirse en un infierno, una violencia enterrada en lo más hondo pero que reflató a la menor oportunidad, que había intentado aliviar tras capas y capas de buenas intenciones, de justicia, de orden, de esperanza. Una violencia que lo obligó a añorar a su cruel padre, para volver a casa y encontrar que él era el único que quedaba para defender lo que era suyo. Para ser el señor.

Cuando Elena terminó la residencia, consiguió una plaza en el ambulatorio de Valdelarrosa. Aunque a Iacov le sorprendió su decisión, no pensaba oponerse a ella. La vida en la ciudad era demasiado para él: demasiados olores y ruidos y demasiadas tentaciones. Elena lo sabía, por lo que Iacov dedujo que lo hacía por él, sin embargo, su pequeña le aseguró que llevaba tiempo queriendo volver a su pueblo.

Antonia accedió a venderles la antigua casa de Wilhelm, que había estado alquilando porque prefería vivir con su hermana. Al principio Iacov se mostró reticente, pero comprendió que su amigo habría estado de acuerdo. Además, aquella era sin duda la mejor vivienda de la zona y estaba lo

bastante apartada del pueblo como para ser un lugar tranquilo. Y al final, Iacov accedió también a quedarse con la casa junto al mar, para poder pasar allí juntos las vacaciones estivales.

Entonces, un día, Elena se quitó el anillo del cuello y se lo puso en un dedo. Los dos llevaban casi seis meses casados, y todo era tan perfecto como puede ser una vida en pareja, cuando por fin le confesó a su hombre lo que él llevaba años esperando oír. Y quería engendrar, si era posible. Iacov le repitió que contaba con su beneplácito.

En la misma provincia había un ginecólogo que Elena conocía. Por desgracia, el horario de consulta hizo imposible que él pudiera acompañarla. No fue un proceso largo, porque ella resultó ser perfectamente fértil y se quedó embarazada al primer intento.

Como tenía una vida en su interior, decidieron restringir el consumo de Iacov. Aunque era más correcto decir que él accedió a la decisión de su pequeña, pues realmente a Iacov no le importaba en absoluto aquel feto. Eso lo hacía sentirse mezquino, pero era incapaz de valorar otra cosa que no fuera el bienestar de Elena.

Y aquello no cambió conforme pasaban las semanas, sino más bien al contrario. A pesar de que Elena le aseguraba que todo era normal, tuvo que verla vomitar en repetidas ocasiones, desmayarse más de una vez, alterarse por cosas nimias, padecer demasiadas molestias y dormir mucho más que de costumbre. Por no hablar de que a Iacov le aterraba el momento en el que ella diera a luz, pese a ser consciente de que aquello ya no era ni de lejos tan peligroso como antaño, y también, y puede que sobre todo, le aterraba lo que pasaría después.

El resultado no fue otro que presenciar cómo nacía un profundo odio en su interior, que se fue desarrollando poco a poco hasta llegar a hacerle despreciar a aquel parásito. ¿Qué le había hecho pensar que esa vez sería diferente? ¿Cómo podía él criar a nadie y que no acabase en fracaso? ¿Cómo enseñarle a ser fuerte sin recurrir a la fuerza que él conocía? ¿Sería suficiente el influjo de Elena? ¿Y si los perdía a ambos?

Sin embargo, todo cambió cuando le vio la cara y el pequeño entreabrió los ojitos y le sonrió. Iacov se enamoró de aquella criatura que era parte de Elena, y supo que su alma se elevaba al pensar en que él realmente iba a ser su padre. Que aprovecharía aquella oportunidad con toda la decisión que había retenido durante siglos. Y aunque las noches siguientes no fueron tan

gratas como ese momento, ni los años posteriores, ni mucho menos el vacío que su pequeño dejó al marcharse para intentar construir su propia vida, Iacov agradecía su suerte cada día y cada noche.

Pero todo llega a su final. El de Elena fue a los 81 años. Después de una noche de fiebre recurrente en la que él no se despegó de ella en ningún momento, su pequeña expiró entre sus brazos. Iacov cogió entonces el ajado cuerpo y salió al exterior. Estaban en la casa de la playa, donde habían sido muy dichosos y Elena había querido retirarse en su jubilación.

Se sentó en la orilla del mar y observó el arrugado rostro de su pequeña y sus ojos cerrados para siempre. Una suave brisa cargada de sal mecía sus cabellos blanquecinos, mientras en el horizonte, las nubes empezaban a teñirse de rojo. La fruta que él llevaba casi sesenta años viendo madurar estaba lista para abandonar el árbol, una promesa de muerte que por fin iba a cumplirse.

El primer rayo de sol abrasó el dolor y la carne de Iacov. Él se abrazó con fuerza a Elena y enterró el rostro en su cuello, mientras suplicaba a quien quisiera escucharlo que no hubiera nada más allá. Después de todo, desvanecerse era lo mejor que podía esperar. Ella empezó a arder con él, y de repente, por fin, dejó de sufrir y la paz que tanto había ansiado desde su fallecimiento, hacía más de seis siglos, recorrió todo su ser.

Pero apenas duró un instante. Iacov volvió a abrir los ojos y ya no estaba en la playa ni bajo el cielo del amanecer, sino en un lugar oscuro que no olía a nada. Delante de él vio un ancho río, con una barca varada en la orilla, y al otro lado, entre una niebla densa y verdosa, atisbó la silueta de una fortaleza enorme, con altas torres que alcanzaban el techo de roca.

CAPÍTULO XVIII. EL MÁS ALLÁ



Iacov se miró las manos, buscando a Elena, y no vio nada. Su cuerpo y el de ella habían desaparecido por completo. En su lugar, tenía la sensación profunda y constante de que necesitaba salir corriendo.

Sube, le dijo una voz que no provenía de ninguna parte.

¿Dónde está?, contestó él.

Sube, repitió la voz.

No lo haré sin ella, aseguró Iacov.

Si te quedas en la orilla, ya no tendrás ese problema.

¿Qué quieres decir?

Te desvanecerás. Te veo, segador, y sé que no es eso lo que deseas.

¿Quieres volver a verla? Está aquí, en este lugar, pero ahora es mía.

Devuélvemela, rogó Iacov. *Haré lo que sea.*

¿En serio? Es mucho lo que me debes, le advirtió la voz.

Te pagaré, pero devuélvemela. Por favor. Dime qué quieres a cambio.

¿No lo sabes? ¿Después de tanto tiempo?

¿No te he servido suficiente?

Iacov escuchó una risa tétrica, que le habría helado la sangre de haberla tenido.

Mi hambre es tan grande como la tuya, segador. Coge lo que hay en la barca y llévaselo a la Sierva.

Algo le dijo a Iacov que la voz se refería a Onuba. Se acercó a la barca y vio una pequeña caja de metal, redonda y con una mariposa en el centro de la tapa.

¿Eso es todo?, preguntó extrañado.

Si consigues que ella acepte lo que ahí se guarda, vuelve aquí y sube a la barca. Te llevará a donde deseas.

¿Allí están mis hijos también?

Aquí están todos, segador.

Iacov sintió un escalofrío, o al menos, lo pensó.

¿Todo esto por una caja?

¿Todo esto por una mujer?

¿Qué hay dentro?

Nada, para ti. Todo, para ella. ¿Trato hecho?

Iacov sospechaba que no debía aceptar, pero también que no tenía más remedio que hacerlo. Cogió la caja y asintió.

Bien. Date la vuelta y sube.

Iacov se giró y vio una enorme escalera de piedra que ascendía hasta un hueco lleno de luz. Al mirarlo, le pareció oír un ladrido. Dio un paso y después otro, y peldaño a peldaño se fue acercando al final. Cuando alcanzó el umbral, dudó, pero le bastó con pensar en Elena. La luz lo rodeó como lo había rodeado el fuego en el amanecer, e igual que entonces, sintió que la paz atravesaba su alma.

Más allá, hacía bastante frío y el sol brillaba con fuerza sobre el mar y la arena. El gran perro negro de la isla de Lemnos estaba allí, esperándolo junto a la caja del ser. Solo con mirarlo a los ojos, Iacov supo que el animal se encargaría de guiarlo de vuelta a la barca.

A su lado había un pequeño montón de cenizas, que el viento y el agua amenazaban con hacer desaparecer. Entre la ceniza asomaba un brillo azul. Iacov se agachó para coger el anillo de Elena y entonces se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. Miró a su espalda y vio la casa.

En seiscientos años, no había pasado un solo día en el que no hubiera pensado en cómo sería volver a ser el que fue antes de morir. Volver a ser un hombre como cualquier otro, que podía disfrutar del calor del día, del sabor de la comida y del placer de follar. Pero, en esos momentos, no tenía tiempo de quedarse a disfrutar del sol ni tampoco quería tocar a nadie que no fuese su pequeña, así que se centró en comer algo, aunque la dieta que Elena había llevado en los últimos meses no le permitió elaborar gran cosa. Y le costó metérselo en la boca y sobre todo tragar, después de tanto tiempo evitando hacerlo.

Había tanto silencio que encendió la televisión, y también quería saber cuánto había estado en el más allá. Seguía en el mismo día, con los mismos conflictos por lo más básico y las mismas heladas cubriendo media Europa. Mientras se vestía, comprobó en el espejo que aquel hombre no era él, y vio más claro que nunca que su tiempo había pasado. Aquella cáscara solo era un medio para un fin, como lo había sido la anterior durante seis largos siglos. Y se sintió estúpido. Su oscura existencia no se había basado en la sangre ni en Elena, sino en el designio de aquel ser que moraba más allá.

El perro no quiso montarse en el coche. Iacov comprendió que no se separaría de la casa y que, por tanto, sería allí donde él volvería a terminar, así que se acercó al pueblo para comprar un saco de pienso. Lo puso al alcance del perro junto con varios cuencos llenos de agua.

Confiaba en no tardar demasiado, pero ignoraba por completo cómo podría convencer a Onuba de que aceptase la caja. ¿Debía decirle la verdad o intentar mentir? Si ella se enteraba de que la caja pertenecía a aquel ser, seguramente ni siquiera querría escucharlo, sin embargo, si Iacov hacía por engañarla, Onuba no solo podría percatarse y negarle cualquier confianza, sino que eso quizás hiciera que todo perdiese su sentido.

En tantos años, había aprendido al menos una cosa y creía entender al ser. No se trataba de una mujer ni de una caja, sino de la conexión que uno es capaz de establecer con alguien más. En concreto, del valor de esa conexión. Hasta que conoció a Elena, todos y cada uno de aquellos a los que había apreciado de alguna forma habían estado con él por obligación. Ni sus padres, ni sus hermanos, ni sus esposas o sus hijos, ni tampoco Wilhelm o Erzebet, pudieron escogerlo, sin importar cuánto lo hubieran querido.

Dos almas que se habían encontrado, y que si no lo hubieran hecho, tendrían por siempre la sensación de que no son del todo como deberían ser. Una conexión que no dependía del tiempo, que no era una roca que se endurece con las eras, sino que fluye, como un río, alimentado continuamente en un ciclo sin principio ni final. Una comunión perfecta que le había costado demasiado encontrar, la mayor fuente de alegría y paz que había conocido, y la razón por la que había estado dispuesto a perderlo todo.

Miró al perro una última vez por si le servía de alguna ayuda, pero él le devolvió la mirada de nuevo. Si el ser no sabía cómo conseguirlo, o no se lo había querido decir, menos haría su esbirro. No tenía documentación para viajar en avión, así que cargó el coche con comida, bebida y ropa y puso rumbo a Italia.

Las ganas de orinar lo pillaron desprevenido y, en un principio, no supo qué le ocurría exactamente. La sensación del hambre no había cambiado apenas, pero sí aquello, y entonces recordó que también llegaría el momento en el que tendría que excretar. No tardó demasiado tampoco, y el aseo de gasolinera que tuvo que utilizar no puso las cosas más fáciles. Podía asegurar que aquello era lo más repugnante que había hecho desde su muerte.

Sin embargo, al pasar las horas, lo asaltó algo todavía peor: el sol lo había obligado a permanecer en cama cada día, pero nunca se había tenido que

detener por sentirse cansado. Aunque trató de seguir avanzando, llegó un momento en el que se le cerraban los párpados y tampoco quería volver a morir antes de tiempo. Abandonó la autopista en la siguiente salida y aparcó junto a un restaurante.

Tuvo que hacer pis antes de dormirse y otra vez al despertar. Y tres horas después, de nuevo. Y buscar otro aseo. Volver a comer y volver a hacerlo, y repetir el ciclo de entrada y salida una y otra vez. No llevaba ni un día vivo y ya lo detestaba hasta el tuétano, y encima debía dar gracias porque no le dolía nada. Entonces, pensó en cómo regresaría junto a la barca, y el miedo que lo asaltó terminó de convencerlo de que no había existencia más miserable que aquella. Ni siquiera lo consolaba haberse librado de los sonidos y los olores, porque se sentía ciego sin ellos.

Vio por fin las luces de Roma y decidió tomar un desvío que llevaba hasta una estación de servicio. Allí, se dio una ducha para librarse de otro inconveniente de la vida, aunque le resultó algo placentero. Entonces, ya que estaba, se llevó una mano al miembro y luchó un poco más contra la miseria. También disfrutó de una pizza de lo más deliciosa. Y sabiendo que sus necesidades no estarían satisfechas por mucho tiempo, siguió su camino hasta la estación de tren más cercana, que lo condujo a las proximidades de la basílica en la que se hallaba la entrada principal a la sede de la Orden.

El edificio estaba rodeado de nieve y lleno de turistas, que iban y venían por entre las imponentes columnas buscando las obras de arte como perros olfateando un hueso. Iacov se dirigió hacia la cripta, pero allí había más gente aún, que admiraba unas reliquias pasionarias. No tenía manera de acceder a la entrada sin ser visto, así que decidió dirigirse al guardia de seguridad que estaba apostado en la puerta.

Era un hombre entrado en años que parecía enfadado. Iacov le preguntó dónde podía encontrar a un monje, con un italiano que le sonó horrible, y el guardia le dijo con voz cansina, como si hubiera tenido aquella conversación mil veces, que el monasterio estaba justo al lado de la basílica y que solo podía visitarse su huerto.

Iacov salió del edificio y enseguida vio la puerta a la que se refería el guardia. También había turistas allí dentro, deambulando de un lado para otro por los caminos que cruzaban un jardín muy singular, rodeado por unas murallas de piedra que formaban algo parecido a un círculo. Había una joven hablándole a un grupo de ancianos, y por lo que decía, entendió que

todo aquel complejo, incluida la basílica, había sido antes una construcción romana que había pertenecido a Helena de Constantinopla, la madre de Constantino el Grande.

Revisó las ventanas del monasterio una a una, y cuando no vio nada, se acercó a una de las dos puertas que comunicaban el huerto y el monasterio. Pero el guardia de seguridad no tardó en llamarle la atención por salirse del recorrido establecido, y entonces, lo tentó la idea de llamar a voces a Onuba, tal y como hiciera en su día con Cassandra. Lo tentó tanto que lo hizo, a pesar de que corría el riesgo de que alguien acabase requiriéndole su documentación.

El guardia se le acercó enseguida para pedirle que se comportase o se marchase de allí. No creía que sirviera de nada, pero Iacov le trasladó su necesidad de hablar con alguno de los monjes. El hombre, más joven y mucho más afable que el que protegía la basílica, le explicó a Iacov que los monjes no tenían contacto alguno con el exterior. De repente, se abrió una de las puertas y el guardia se atragantó con sus propias palabras.

Un hombre vestido con túnica gris sujeta con un cordón dorado le hizo una señal a Iacov para que entrase en el monasterio. Lo condujo hasta un claustro con patio de piedra en el que estaba ejercitándose una docena de mujeres, todas ataviadas de blanco pero de muy diferentes edades, y sentada en un banco de piedra y de azul, la mujer que él había venido a ver, aunque tenía el aspecto de una anciana y en su rostro había unas extrañas marcas, como raíces en la tierra.

—¿Quién eres? —preguntó Onuba.

—Un mensajero.

—¿De quién?

Iacov sacó la caja de metal de su mochila y se sentó junto a la anciana. Ella se puso en pie enseguida para alejarse de él, y las mujeres del patio se detuvieron y los observaron.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿Sabes lo que es?

—No deberías tenerlo. No debería tenerlo nadie. Hace siglos que... Quiero decir...

—Soy Iacov.

Onuba mostró una gran confusión y se dispuso a abandonar el claustro. Él se colocó delante de ella.

—Apártate —le advirtió la anciana—. No quiero acabar con ninguna vida.

—No me importa morir. De hecho, estoy deseando volver. Allí están todos los que me han importado.

Ella clavó sus ojos en Iacov y él sintió que le faltaba el aire, igual que si unas manos invisibles se hubieran cerrado en torno a su garganta y la estuvieran apretando con fuerza. La caja se cayó al suelo y del golpe se abrió, atrayendo la atención de Onuba y liberándolo a él.

Iacov se había preguntado qué había en aquella caja, por supuesto, pero no le interesaba saciar su curiosidad. No era lo que necesitaba hacer y conocía lo que se decía sobre los dioses y sus encargos. No obstante, se sintió decepcionado cuando vio que solo era un collar hecho a partir de conchas. A la anciana, en cambio, se le saltaron las lágrimas.

—Mi señor —murmuró, agachándose y alargando una mano hacia la caja. Sus dedos casi tocaron el metal antes de retroceder—. Mi señor, lo siento, os he fallado. No soy digna de vuestro perdón.

Compungida, fue a sentarse en el banco. Iacov cogió la caja y regresó a su lado, y esta vez, aunque parecía que veía aquello como una amenaza, Onuba no se movió. Un leve murmullo cruzó a las mujeres del patio.

—¿He de creer que has estado en su presencia?

—No exactamente. Me habló, o algo así, cuando llegué al más allá.

—¿Algo así? —preguntó ella con desprecio.

—Solo sé que me dijo que te trajera esta caja.

—¿Y por qué a ti?

—¿Estás celosa? Onuba, tú misma se lo comentaste a Elena: todo lo que ha pasado nos ha traído a este momento. Si quieres, te muestro al perro.

—No cuestiono a mi señor, sino a ti. Si de verdad eres Iacov, ¿cómo puedo fiarme de que lo que me dices no es alguna artimaña para conseguir lo que quieres?

—Porque podría haberte mentido y porque sí que busco conseguir algo. Necesito que aceptes esta caja para volver con mis seres queridos.

—¿Ahora que has dejado de ser una aberración?

—¿Sigues pensando que lo era?

—Por supuesto, y con más razón si eres Iacov. Eres la prueba de que mi señor es luz.

—Las luces arrojan sombras, Onuba. ¿Y si el error fue solo vuestro? No es un poder que deba tener nadie que no esté dispuesto a servirle.

La anciana miró la caja.

—¿Queda alguno? —indagó Iacov.

Ella negó con la cabeza y él sintió una mezcla de alivio y nostalgia. Cuando su prima murió, fue como si lo hiciese también una parte de él, y con la ausencia de todos los suyos, una época terrible había llegado a su fin.

—¿Y cuánto hace que no matas a alguien?

—Ya te he dicho que...

—Pero es parte del culto, ¿no? Echar la sangre en la tierra y todo eso. Vi a tu nieta una vez.

—¿Te refieres a la que asesinaste?

—Provocó la muerte de Wilhelm.

—¿Estabas dispuesto a acabar con él! ¿Y cuánta gente has matado tú? ¿Por qué tendría que permitir que alcanzases la paz?

—Creo que no se trata de mi paz, Onuba. —Iacov abrió la caja y cogió el colgante, y ella lo miró como si acabase de cometer el peor crimen posible —. ¿Qué es esto?

La anciana fue a arrebatárselo, pero al final se incorporó y le dio la espalda. Él esperó a oír la respuesta durante tanto tiempo que tuvo que repetir la pregunta.

—Es lo que recibí en mi iniciación, después de pasar un mes en una cueva junto al mar, sin comida ni agua dulce. Lo mantuve conmigo incluso cuando llegaron las palabras del Redentor, pero entonces, os creamos y me sentí abandonada y lo tiré al mar. Enseguida quise recuperarlo, pero había desaparecido. Poco después me encerraron. Mi castigo por perder la fe en mi señor, y no creo que mi penitencia haya acabado aún.

Iacov quiso acercarse a ella y la anciana se apartó mientras le advertía con la mirada.

—No puedo estar de acuerdo —dijo él, mostrándole el collar—. Creo que esto significa que entiende tus dudas y que tú deberías entender su naturaleza. Es eso, como la naturaleza. Ni buena ni mala. Solo es... equilibrio.

Onuba sonrió con suficiencia.

—¿Y qué sugieres?

—Creo que debes regresar a cuando llevabas este collar, recuperar tu relación de sierva con Él.

—¿Y cómo pretendes que haga sacrificios ahora? Nadie se ofrecería.

—¿Has salido de Roma en todo este tiempo? Hay muchos lugares en el mundo en los que no echarán en falta a alguien, y menos a alguien dañino. Pero, de todos modos, ¿tienen que ser sacrificios humanos?

—Has probado a beber de un animal, ¿verdad? Lo intentamos, era menos grave que usar personas, pero la tierra no lo aceptaba.

—¿Por qué el mismo acto te pareció bien durante siglos y luego no?

—Sabes la respuesta.

—Quiero que lo digas. Que digas que prefieres la palabra de los hombres.

—No es así. Yo... —Suspiró—. Me hizo pensar que... Pues que no estaba bien que alguien tuviera que sufrir.

—Muchos sufren cada día. La vida es así. La naturaleza es cruel, Onuba. Y tú la sirves. ¿Quieres dejar de hacerlo, es eso?

—No —contestó ella enseguida—. Soy una sierva. Es lo que soy —aseguró.

—Pues sirve a tu señor como debe ser y deja de escuchar lo que dicen otros. No importa nada más que la verdad, Onuba, y tú la sabes. Sabes que la mentira puede ser más cómoda, más fácil, lo que quieras, pero nunca es suficiente. ¿O me equivoco?

—Habló el ser más egoísta que he conocido.

—¿Y tú? Disfrutas de su don sin darle nada a cambio. Y lo que llamas egoísmo, yo lo veo como la única manera que encontré de dejar de ser una aberración, de recuperarme de algún modo de lo que me hicisteis Cassandra y tú.

—No me echas la culpa de tus crímenes —masculló Onuba.

—No es lo que hago. Intento explicarte que perdí algo importante esa noche, algo más importante que la vida misma. Era incapaz de darle su justo valor a nada y mucho menos a la sangre. Dime que no me entiendes.

—Agarró el collar por dos extremos y tiró de ellos—. Dime que prefieres que lo rompa.

Ella alargó el brazo y él dejó que le arrebatase el collar. Entonces, Iacov oyó un ladrido que solo sonaba para sus oídos, aunque la anciana miró a su espalda. Y allí estaba, el gran perro negro, con sus inteligentes ojos clavados en él.

—Mi señor...

El corazón de Iacov se puso a latir como loco. Él ansiaba acabar de una vez, ansiaba sentir la paz y volver a ver a Elena, a sus hijos, a Wilhelm, pero le aterraba lo que debía suceder justo antes y había creído que contaría con más tiempo para hacerse a la idea. En la playa no tomó realmente la decisión, solo esperó con su pequeña a que el sol hiciese su trabajo. Allí, en aquel claustro ancestral, ignoraba cómo y cuándo ocurriría y el dolor que aquella cáscara lo haría padecer.

—He cumplido —dijo. Las palabras le supieron a mentira—. ¿No es así?

Onuba se tapó la boca para ahogar un sollozo y apartó la mirada del perro. Pronto cerró los ojos, y respiró hondo soltando todo el aire. Y asintió. Iacov supo la respuesta a su pregunta antes incluso de formularla:

—¿Qué ocurre?

—Tengo que hacerlo yo.

Lo miró con los ojos llenos de lágrimas, aunque también de determinación.

—Le has escuchado —dedujo él.

—Y me temo que no volveré a hacerlo. Ven, sígueme. Será rápido.

Un escalofrío recorrió la espalda de Iacov, de aquel cuerpo prestado, y no tardó en notar cómo le nacía un sudor frío en la nuca. Onuba lo guio al interior del monasterio y enseguida las piernas le quisieron fallar. Le faltaba el aire, le sobraban latidos, y entonces, solo entonces, tuvo que admitir que no quería morir. ¿No era aquello una segunda oportunidad? ¿No podría reunirse con sus seres queridos después de una larga vida?

El terror pensaba por él y el terror lo hizo ralentizar el paso hasta detenerse. Y estuvo a punto de huir, sin embargo, la anciana lo detuvo con una sola palabra.

—No necesito que sea voluntario —dijo ella con suavidad. Sonrió cuando Iacov le suplicó que lo soltase—. ¿De verdad has llegado hasta aquí para huir al final? ¿Ves como solo eres un egoísta? ¿Y tu amor por esa mujer?

Él trató de resistirse, a pesar de que tenía demasiado claro que era del todo inútil: Onuba estaba decidida a cumplir la voluntad de su señor. Lo único que le quedó entonces fue el llanto. Se sabía patético, se odiaba por su cobardía, no obstante, lo cierto era que nada le garantizaba que aquel ser fuese a cumplir con su parte. ¿Y si le había mentado? ¿Cómo podía

compartir él un más allá con almas como la de Elena y, sobre todo, su hijo pequeño?

El pánico amenazó con apoderarse de Iacov cuando la anciana lo hizo cruzar una puerta que conducía a unas escaleras que descendían hacia la oscuridad. Intentó gritar, pero ella no se lo permitió. De pronto le trepó el vómito, que acabó en un suelo de piedra negra y brillante, iluminado por un par de bolas de luz azul que había conjurado Onuba. Estaban en un pórtico de columnas torsas que se abría a una amplia sala.

Cuadrada y cubierta con una cúpula de algún tipo de cristal de color verde, en el centro de la sala había un robusto altar de piedra gris azulada, plagado de glifos y rodeado de cuatro botes metálicos. Todas las paredes eran del mismo material que el pórtico salvo una, que estaba dominada por unas gruesas raíces plateadas, entrelazadas unas con otras como si ocultasen algo.

Sin poder preguntar qué lugar era aquel, Iacov se vio forzado a tumbarse en el altar. La anciana cogió uno de los botes, lleno de una tierra rojiza que usó para rodear su cuerpo, y también había un cuchillo curvo de mango dorado. Él se orinó encima al verla empuñarlo y la miró a los ojos buscando su compasión una vez más, sin embargo, ella se limitó a acercarle la hoja a la garganta. Onuba dijo unas palabras en un idioma tan antiguo como el propio lenguaje, y acto seguido, deslizó el cuchillo. La sangre salió a borbotones y empapó la tierra, mientras el miedo de Iacov alcanzaba su cénit justo antes de desaparecer por completo.

Pero tras la paz, lo recuperó. Delante de él vio la barca, el río y la fortaleza, y a su espalda, la escalera y la luz ya no estaban. No tenía otra opción que subir a bordo. En cuanto lo hizo, la barca empezó a moverse para conducirlo hacia la otra orilla. Conforme se acercaba, su ansiedad crecía y crecía, y que el ser no se pronunciase no se lo puso más fácil.

La barca tocó tierra y la niebla lo envolvió, sumiéndolo en una oscuridad y en un silencio absolutos. Imaginar una eternidad semejante convirtió su miedo en pavor, consciente de que aquello era exactamente lo que él se merecía. Entonces, de repente, escuchó la voz de Elena decir su nombre, con ese acento suyo tan hermoso. Iacov fue a contestar, pero escuchó también unos gritos, como el fragor de una batalla, de voces que desconocía y que acallaron enseguida a la de su pequeña. ¿Acaso se trataba de sus

víctimas? ¿Pretendían impedir que la alcanzase? Si era así, ella lo tendría más fácil para encontrarlo a él.

Llamó a Elena con todas sus fuerzas y acto seguido volvió a hacerlo, ignorando el ruido que lo rodeaba y confiando en que, una vez más, ella viniera hacia él. Siguió gritando y siguió esperando. Y aunque nada cambiaba y aquello era mucho peor que la oscuridad y el silencio, saber que su pequeña estaba también allí lo llenaba de esperanza.

Los segundos se sucedieron uno tras otro, pero Iacov no pensaba ceder. Dedicaría la eternidad si hacía falta. No tenía más cometido, ni había llegado hasta allí para conformarse con la idea de que solo le quedaba el dolor. Tampoco pensaba llamar al ser, porque al fin y al cabo no le había mentido.

De repente, el silencio regresó y una pequeña luz se prendió a lo lejos. Iacov sintió el impulso incontestable de acercarse a ella.

Me has servido bien, segador. Ahora tienes dos opciones: puedes seguir aquí, buscando a esa mujer, o puedes regresar al más allá.

¿Y ella?, preguntó Iacov enseguida.

Ella tiene que tomar su propia decisión.

¿Y qué pasará si vuelvo?

¿Pretendes que te revele tu futuro?, preguntó divertido el ser.

Me refiero a si podré encontrarla otra vez, aclaró Iacov. *He tardado más de cinco siglos.*

Te ofrezco la oportunidad, segador. Lo que hagas con ella es cosa tuya.

Aquí nunca la encontraré, ¿es eso lo que dices?

Solo la vida ofrece opciones.

El fragor regresó, pero la luz siguió brillando con fuerza, desprendiendo un calor que Iacov presentía y atrayéndolo con la promesa de que aquella era la decisión correcta. ¿Pensaría su pequeña lo mismo? Llamó a Elena una vez más y, confiando en que lo estuviera escuchando, le reveló que iba a aceptar el ofrecimiento del ser y le prometió que la buscaría hasta dar de nuevo con ella. Luego se despidió del resto de su familia.

Y avanzó hacia la luz.

Nota de la autora

Esta historia ha llegado a su final, pero nunca descarto continuaciones. Si quieres estar al tanto, de esta y de todas mis obras, dispones de mi web:



En Amazon tengo otras obras publicadas, destacando Bocados de amor: vol. 1



Ahí tienes también todas mis redes, por si quieres contactarme, y varios recursos escritoriles que pueden interesarte si, como yo, disfrutas transformando en palabras tus locuras.

¿Te apetece comentar algo con otros lectores y conmigo? Podemos hacerlo en el Discord de Kmleon Books, busca mis obras en los canales dedicados:



Te agradecería mucho tu apoyo para animarme a seguir compartiendo mis escritos. Tienes varias formas de hacerlo gratis y con un esfuerzo mínimo: valorar la obra, seguirme y, sobre todo, recomendar mi trabajo. Para formas que requieren un desembolso, con una recompensa a cambio, consulta mi web.

Por favor, si llegaras a ver esta historia atribuida a otro autor y/o en algún otro lugar, repórtala y avísame para tomar las medidas pertinentes. Poseo los derechos de autor de todas mis obras.

Y para terminar, darte las gracias por haberle dado una oportunidad a mi obra y por todo el apoyo que puedas brindarme para continuar en este camino de rosas y espinas que es la escritura.

Sobre la autora

Devorando las historias de los demás, me di cuenta de que quería escribir las mías propias. Había cosas que quería decir y cosas que me habría gustado leer. Historias que nadie contaba, no al menos como a mí me habría gustado que lo hicieran. Pero el miedo a ser juzgado puede ser más difícil de vencer que el más grande y fiero de los dragones, y por eso, me vestí con un seudónimo y empecé a compartir en red. La acogida me sorprendió y aquí estoy ahora, arriesgándome un poco más.

He estudiado Historia del Arte y me estoy preparando las oposiciones para ser profesora de Geografía e Historia, y lo compagino como puedo con mi pasión por la escritura. Escribo Romántica y Fantasía, aunque publico sobre todo de lo primero y suelo incluir contenido sexual más o menos explícito. Me gusta escribir sobre personas que tienen alguna característica por la que crean algún rechazo, tratando de brindarles la felicidad que todos merecemos.